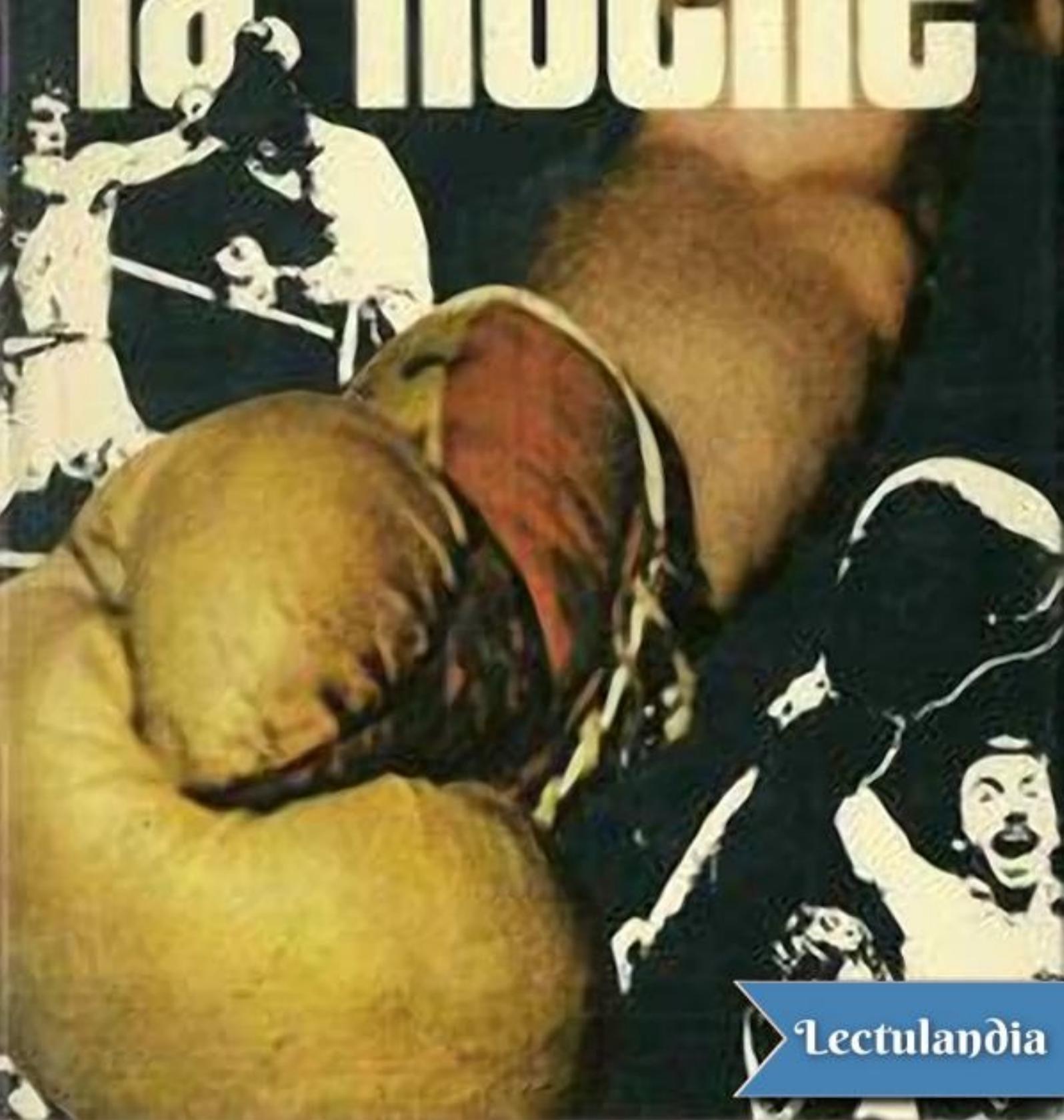


andrés bosch

la noche



Lectulandia

Para la despreocupada o profana muchedumbre que no asiste a espectáculos deportivos o, si los presencia alguna vez, considera a sus intérpretes como seres privilegiados a quienes la fortuna sonríe constantemente deparándoles una vida placentera y una venturosa posición económica, *La noche*, será una aleccionada revelación. Pues la atribulada existencia de Luis Canales descubrirá al lector que en el boxeo, como en todos los esfuerzos humanos, el triunfo es sumamente difícil y, aun conseguido, implica muchas veces dificultades insuperables y peligros angustiosos. No otro es el fondo de *La noche*, cuyo autor ha acertado a fijar el ambiente de los boxeadores, tanto en su modalidad espectacular como en su aspecto privado, para así captar la atención de los lectores al desarrollo de la acción, descrita con un ritmo muy apropiado al asunto elegido.

La fluidez y precisión del estilo, y la perfecta trama ambiental son elementos básicos en esta novela, que, por unanimidad del tribunal seleccionador, obtuvo el Premio Planeta 1959.

Lectulandia

Andrés Bosch

La noche

Premio Planeta 1959

ePub r1.0

liete 31.08.13

Título original: *La noche*
Andrés Bosch, 1959

Editor digital: liete
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Luis Canales

Capítulo Primero

OYÓ LA VOZ, pero él solamente veía la lona gris en que apoyaba su rostro. Volvió a oír la voz, esta vez muy claramente:

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo, Luis! ¡Espera aún! ¡Tranquilo!

Vio el rostro bajo la cuerda enfundada en terciopelo rojo. El cabello, blanco y liso, peinado hacia atrás; la piel rosácea, los ojos azules y el bigotillo breve, teñido de negro, formaban una imagen familiar; en los azules ojos había ansiedad; pero la boca, grande, de labios delgados, le sonreía. Respiró hondamente un par de veces, y miró a su izquierda. Junto al palo al que estaban atadas las cuerdas, el hombre desnudo movía las piernas como si corriese, pero sin avanzar. Sonreía y saltaba. Cuando vio que le estaba mirando, dejó de sonreír y de saltar.

Oyó la voz:

—¡Arriba, Luisito, arriba! ¡Arriba!

Se puso a gatas, y luego rodilla en tierra. El hombre en pie, junto al palo, le miraba atentamente y sonreía, pero permanecía inmóvil.

La voz que le había hablado anteriormente, era la de Velázquez. Le oyó otra vez:

—¡Respira hondo! ¡Uno... Dos... Uno...! ¡Tranquilo, Luisito! ¡Tranquilo!

Por encima de su cabeza, de atrás hacia delante, pasó la mano del hombre vestido de blanco, que estaba en pie a su derecha, y cuando la mano llegó al fin de su trayecto, una voz nueva sonó alta y distinta: «¡Siete!» Y la mano viajó hacia atrás para volver hacia delante. Miró a Velázquez y le sonrió para indicarle que el golpe no le había causado daño. La mano estaba otra vez frente a él, y la voz gritó: «¡Ocho!» Velázquez, perdido el dominio de sus nervios, chilló:

—¡Arriba! ¡Tápate la cara y cruza al hígado!

Echó una ojeada al otro boxeador, junto al palo; parecía desilusionado. Oyó la voz del hombre de pie a su derecha: «¡Nueve!» Saltó y quedó en pie frente a su contrincante, dándose cuenta en aquel momento, y sólo por un instante, de que un gran clamor, formado por miles de voces, estremecía el ámbito.

(Los espectadores frente a mí volvieron a sentarse, y yo me senté también. Cuando Sousa lanzó su golpe seco al mentón de Luis Canales y éste cayó de bruces en la lona, todos nos pusimos en pie. Bajo los conos de luz blanca que tenían sus vértices en el armatoste metálico pendiente sobre el ring, en aquella isla de luz blanca que destacaba en la penumbra de la sala, Canales había estado sin sentido, tendido boca abajo, durante siete segundos. El golpe de Sousa había sido bonito, limpio, bien ejecutado; su puño había ascendido desde la altura de su cintura, en línea vertical casi, para ir a chocar precisa, exactamente, contra el mentón de Canales. Las piernas de Canales, privadas de vida, se doblaron, y él abrió los brazos y cayó de cara contra la lona. Estábamos cerca del ring, y mientras Canales caía, pude ver sus ojos en

blanco. El hombre a mi lado dijo: «Está listo». Y yo pensé que tenía razón. Cuando el árbitro contó «cuatro», cogí mi abrigo dispuesto a marcharme, porque Canales estaba como un tronco. Los espectadores frente a mí, fijos sus ojos en el ring, también se ponían sus gabardinas y sobretodos. En el momento en que el árbitro contó «siete», vi que Canales miraba hacia el rincón en que estaba su entrenador, y sonreía. Los espectadores dejaron de ponerse sus abrigos, y un murmullo se extendió por la sala. Canales movió sus manos como si buscaran apoyo en el suelo, y el murmullo se hizo recio y se extendió más, y cuando Canales se puso en pie de un salto, el murmullo se convirtió en una algarabía de entusiasmo, un griterío ensordecedor de voces de ánimo, una marea sonora y poderosa hecha de mil voces. El vecino me agarró el brazo y gritó: «¡Mira! ¡No se aguanta! ¡No se tiene en pie! ¡Le va a tumbar otra vez!» Yo le dije: «No». Canales estaba de pie en el centro del ring; sus pies parecían clavados al suelo y sus puños permanecían inmóviles ante su rostro; balanceaba el cuerpo en un movimiento lento y rítmico que partía de su cintura. Tenía los labios hinchados y ensangrentados, y en cada ceja una herida larga y ancha, cuya sangre bajaba por los ojos y las mejillas dejando el rostro rojo y carente de expresión humana. Parecía estar inconsciente aún. Sousa avanzó hacia Canales.)

Sousa avanzó y él se quedó quieto, esperándole.

Vio llegar a su rostro el puño derecho de Sousa, bajó el cuerpo, y el puño pasó por encima de su cabeza en el mismo momento en que él lanzaba su izquierda, cruzada, al hígado de Sousa; pero Sousa, al tiempo que se cubría el hígado con el antebrazo izquierdo, lanzó su derecha en un viaje corto y rápido; el golpe en el ojo izquierdo le aturdió y, antes de que se repusiera, recibió una racha de golpes, dados con las dos manos, que hicieron bambolear su cabeza a derecha e izquierda, como si fuera una pelota de goma que los puños de Sousa hiciera rebotar el uno contra el otro. Se irguió y, con los puños bajos, sin protegerse, se echó hacia delante. No veía a Sousa, pero sabía que estaba allí, frente a él, saltando y esquivando golpes que aún no le habían sido dirigidos. Por un instante le vio y le lanzó un golpe con la derecha, de abajo arriba, a la barbilla. Sousa saltó hacia atrás y detuvo el golpe con un ademán parecido al que se hace para apartar una mosca. Él avanzó dos pasos y dirigió otra vez su izquierda al hígado de Sousa, y otra vez el golpe se perdió en el aire, porque Sousa había desaparecido de su vista. En el mismo instante reapareció frente a él. Sintió el golpe ardiente en la quijada, las piernas le fallaron y, mientras se iba abajo, Sousa le atizó una bofetada con la izquierda.

Estaba sentado en la lona y no podía levantarse. Una fatiga extraña le impedía moverse, pese a que estaba consciente. Le parecía sentir una de aquellas pesadillas en las que un animal feroz le perseguía y él quería escapar, pero no podía porque no le obedecían sus piernas. Sousa estaba en un rincón, junto al palo, y otra vez sonreía y saltaba. El árbitro, junto a él, contaba el tercer segundo. Tras la cortina de luz

alrededor del ring, vio al público en pie. Siempre se ponían en pie aquéllos al producirse el fuera de combate. Se estaban quietos y le miraban, y él no oía ningún sonido. Como si súbitamente se abriesen las puertas blindadas de una cámara secreta, dentro de la cual estuviera él, un raudal de sonido entró en sus oídos. Vio a Velázquez: su rojo rostro, su blanco cabello, su bigotillo pintado... El viejo embustero le gritaba como siempre: «¡Tranquilo, Luisito...! ¡Tranquilo!» Desde las gradas altas, el público coreaba al árbitro en su cuenta: «Cuatro... Cinco... Seis...» Las luces en la puerta de salida habían sido ya encendidas. El coro cantó: «Ocho...» Y la mano del árbitro, como un péndulo, avanzó hacia la izquierda: «¡Nueve!» Cuando la mano llegase al término de su próximo viaje, ya no sería un número lo que el coro cantaría, sino una palabra: «¡Fuera!» «*Out!*» Al darse cuenta de que estaba en pie, con los puños frente al rostro, se sorprendió. Sentíase igual que cuando estaba en la lona, incapaz de moverse. Y, cual si otra persona dentro de él ejecutase movimientos, subió y bajó los puños alternativamente, y avanzó y retrocedió un paso, dispuesto a pelear. Sousa estaba en el rincón, sus brazos caídos, como si no quisiera reanudar el combate. Miraba al árbitro. Él también le miró: los ojos del árbitro estaban fijos en su rostro, tenía las cejas alzadas y parecía albergar una duda en su mente. Las cejas descendieron y luego se fruncieron. El hombre vestido de blanco dio una palmada e invitó a Sousa a seguir peleando. Él agachó el cuerpo y acercó más aún sus puños a su rostro. Sousa llegó frente a él y, como sin querer, sólo para distraerse, lanzó tres o cuatro golpes al aire. Él bajó su puño izquierdo a la cintura,ladeó el cuerpo a la derecha y avanzó. Vio que Sousa le sonreía y subía y bajaba su antebrazo izquierdo del hígado al rostro, como indicándole que estaba prevenido. Apenas veía. La figura de Sousa era tan sólo una silueta clara sobre el fondo oscuro que formaba la masa de público en la penumbra. Lanzó un puñetazo que no dio en el blanco, y, a cambio, recibió un golpe flojo en la sien: se llevó los dos puños al rostro justamente a tiempo para que se estrellase en ellos una serie de golpes secos, rápidos y potentes. Con los puños cubriéndole la cabeza, aturdido, cabeceó y avanzó dos pasos. Recibió tres golpes en cada sien. Bajó más la cabeza y lanzó su puño derecho hacia delante, en golpe directo. Sintió en su puño el rostro de Sousa y oyó un grito largo y sorprendido del público. Se irguió y vio a Sousa descompuesto. Apenas se había dado cuenta de ello, y ya le había largado con las dos manos una racha de golpes que dieron, todos, en el rostro de Sousa. El murmullo alto y excitado del público llegó hasta sus oídos, y una oleada de calor le subió del pecho al rostro. Se echó hacia delante. El público ya no llenaba el aire con su murmullo, sino que aullaba. Todo el mundo estaba en pie —él lo sabía porque le pareció que todos ellos se le acercaban—, y el aullido «¡Hala, hala, hala! ¡Hala, Canales! ¡Hala!» estremecía el aire, y el vibrar del aire le transmitía el grito a la piel. Su derecha, llevando todo el peso de su cuerpo, pegó contra la sien de Sousa, y vio desorbitarse sus ojos, pero ya

la izquierda había pegado en la sien izquierda. Derecha, izquierda, derecha... Sousa cayó a sus pies, pero como si sus manos hubieran hallado un resorte en la lona, se puso en pie de un salto y se abrazó a él, sosteniéndose gracias al abrazo. Él le dio un cabezazo en la frente, y Sousa, en un movimiento muy rápido, se separó deshaciendo el abrazo, y le contestó con un golpe a la barbilla. Sus piernas cedieron, y para sostenerse se agarró a Sousa. El árbitro los separó. Y cuando se disponía a reanudar la pelea, sonó la campana.

Los minutos de descanso son muy breves. Velázquez le recibió en silencio. Él se sentó en el taburete, estiró las piernas y apoyó la cabeza, por el occipucio, allí donde las cuerdas se unen al palo que marca el ángulo en el cuadrilátero. Le preguntó a Velázquez.

—¿Qué asalto es éste?

—El próximo será el séptimo.

Velázquez le aflojó los pantalones y le dijo:

—Respira hondo. Uno... Dos... Uno...

Y suavemente pasó varias veces la palma de la mano, en movimientos circulares, sobre su estómago, ayudándole a respirar. Le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

Él no le contestó. Velázquez dijo:

—Bien... Bien... Esto marcha...

Él escuchaba al público. Una oleada de voces, yendo y viniendo, como el vaivén del mar, cantaba una y otra vez: «Canales... Canales... Canales...»

—Toma el agua, Luisito.

Bebió un par de tragos y luego embuchó uno que escupió sobre su pecho y estómago. El agua, sobre la piel ardiente, era confortante.

—Cierra los ojos, hijo.

Cerró los ojos. Era lo de siempre: curar las heridas en las cejas y en los pómulos. Siempre le pegaban en el rostro. En las cejas principalmente. Ya en sus primeros combates le partieron las cejas y, desde entonces, al menor golpe se le abrían las heridas. Sus contrincantes sabían esto y siempre le pegaban allí. Cuando sus cejas comenzaban a sangrar, él veía solamente sombras rosáceas, no podía precisar sus golpes y la figura de su adversario quedaba reducida a una sombra huidiza, inmaterial. Pero era peor aún que le cerrasen un ojo; el golpe en el ojo hinchaba la carne de tal modo, que tapaba la pupila, dejándole privado del sentido de la distancia; entonces ignoraba si su oponente estaba cerca o lejos, y sus golpes se quedaban cortos, terminaban en el aire, lejos del cuerpo de su contrincante.

Velázquez le limpiaba el rostro con la toalla húmeda. Y luego manejó el pincel. Cuidadosamente, con toques mínimos, dio las pinceladas de líquido desinfectante sobre la herida en la ceja derecha. Dijo:

—¿Pica?

Tampoco le contestó. Le parecía que Velázquez hablaba por hablar. Pues ¿qué quería que le contestase? «Sí. Pica mucho.» O quizá que se las diese de heroico y dijera: «No. No pica. Sigue, sigue haciendo la pascua». Claro que dolía, pero no iba a llorar por eso.

Con los ojos cerrados, a través de la piel de sus párpados, colaba la luz de los reflectores hacia los que estaba orientado su rostro. Era una luz igual y de color naranja. Se sentía soñoliento, y el público seguía coreando: «Ca-na-les, Ca-na-les...» Todo le parecía lejano como un recuerdo: el rugido del público, la luz naranja, la voz de Velázquez.

—Ya está. Por la otra, Luisito. Este desinfectante es formidable.

Daba igual. Que fuera formidable o asqueroso. Igual se despegaría. Siempre ocurre. Esos desinfectantes esterilizan la herida, cortan la hemorragia y forman una película dura que es como un esparadrapo. Pero al primer puñetazo toda la cosa se va al cuerno, y la sangre, contenida hasta aquel instante, sale a chorros casi. Y es peor. Suspiró y pensó un poco. Su nariz, en compensación, era muy buena, nunca sangraba, y no tuvo necesidad de que le extrajeran la ternilla, porque había nacido con una nariz plana y flexible. Sus cejas, pómulos y párpados eran cosa mala. Velázquez, el día que le tomó a su cargo, le dijo: «Tú no sabes boxear. Nunca serás un Carpentier, un Tunney, un Schmeling... No, nunca. Pero atizas unas castañas como coces. Tú no te preocupes de esgrimas ni fintas ni de tácticas ni nada. ¡Tú pega, atiza tus coces! Y si te pegan, piensa que cuanto más te peguen, más tienes que pegar tú. ¡Siempre *palante!* Si te pegan un golpe en la cara, devuelve tres...»

Velázquez había terminado con la segunda ceja. Él suspiró, encogió sus piernas y se movió para quedar sentado en el taburete, con el cuerpo vertical. Miró al rincón de Sousa. Estaba en pie, de espaldas a él, y hablaba con, su preparador como si se confesase. Velázquez insistió:

—¿Qué, cómo te sientes?

Él, por toda contestación, bajó la vista y se quedó con la cabeza gacha. El juego no consiste en sentirse bien o mal, sino en tumbar al contrincante. Y si él se encontraba mal, ¿qué haría Velázquez? Le diría: «¡Ánimo, Luisito! Tú, tranquilo, frío... Y si te tumban, espera a que te cuenten siete segundos y... ¡arriba! Tápate con la derecha y... ¡cruza la izquierda al hígado!» Velázquez sabía mucho de boxeo. Velázquez repitió:

—¿Cómo te encuentras, hijo? ¿Eh, Luisito?

Y pasaba la palma de su mano por su estómago, trazando lentas, suaves, amorosas líneas circulares. Él musitó:

—Bien.

Los segundos de descanso entre los asaltos sexto y séptimo estaban terminando.

Esperaba que Velázquez le diera los consabidos consejos de última hora. Pensaba que Velázquez, en sus consejos y predicciones, siempre tenía razón. Siempre decía que el combate marchaba de maravilla y que él iba a ganarlo. Pero pensaba que Velázquez tenía razón, no porque adivinase lo que iba a ocurrir, sino porque él siempre ganaba sus combates. El día en que dejase de ganarlos, Velázquez erraría. Velázquez dijo:

—Mira, Luis...

Y él le interrumpió:

—Sí, ya sé.

Velázquez, mientras un combate se hallaba en curso, jamás perdía la paciencia. Dijo:

—Luisito...

Y él:

—Sí, le cruzo mi izquierda al hígado y gano la pelea por *K.O.* Me cubro con la derecha y cruzo la izquierda al hígado. Y si me tumba, espero hasta nueve, y luego... ¡zas!, ¡arriba!

Velázquez tardó en contestar. Él sabía que había tardado los segundos necesarios para reprimir lo que de buena gana hubiera dicho. Dijo:

—Sí, Luis, exactamente eso. No olvides jamás tu izquierda. Y si te sientes tocado alguna vez, no te dejes caer, agárrate a él, trábale los brazos y aguántate así, y al salir del *clinch*, cuando el árbitro os separe...

—Sí, cruzo mi izquierda al hígado.

—Sí, pero ten cuidado. Ese hombre es peligroso en el momento de salir del *clinch*. Cúbrete de antemano con la derecha, porque suele lanzar un gancho de izquierda verdaderamente asesino...

—Sí.

Y sonó el gong anunciando el séptimo asalto.

Los dos llegaron al centro del cuadrilátero al mismo tiempo. Él le tiró un puñetazo a modo de saludo, y Sousa sonrió y se echó para atrás en un movimiento rápido y cómico, como si tuviera miedo. Le vio quedarse lejos, fuera del alcance de sus puños, y desde aquella distancia fingir movimientos de ataque, alzar y bajar los puños, balancearse a derecha e izquierda, avanzar un paso y retroceder uno y medio, cambiando la guardia. Él bajó sus puños a la altura de su cintura e irguió el cuerpo invitándole a pegar. Sousa bufó como un caballo que se asusta, y esgrimió sus puños, sin intención de golpear. Él sopló fuertemente por boca y nariz, y, agachando la cabeza, se echó para delante. Sousa retrocedió, y él siguió avanzando hasta llegar a la distancia en que sus puños podían alcanzar el rostro de Sousa. Lanzó un golpe de derecha, Sousa lo esquivó ladeando el cuerpo a la izquierda, y él sintió un golpe en la ceja derecha. Fue un golpe llegado de lejos, hábilmente propinado y de escasa fuerza; pero le obligó a retroceder dos pasos. E, inexplicablemente, recibió tres golpes más

en el rostro. Contestó, a ciegas, con cinco puñetazos que se perdieron en el aire. Sus cejas sangraban de nuevo, sentía la sangre resbalar por su rostro, y volvió a sumergirse en un mundo sanguinolento en el que deambulaban las imágenes imprecisas de Sousa, y la blanca, siempre más lejana y al margen, del árbitro. El centro de aquel mundo era Sousa, y fuera de él estaban el ruido del mar y las cabezas de los espectadores que seguían la lucha.

A distancia, movían brazos y piernas sin cambiar ni un golpe. En las gradas altas sonaron tres silbidos. El resto del público guardaba silencio. Y él se dio cuenta de que el rumbo de la pelea había variado. Sousa tenía el combate ganado, y parecía estar dispuesto a pelear sin exponerse a recibir golpes y sin empeñarse en darlos. Y él sabía que los golpes recibidos le habían conducido a un estado en el que los nuevos golpes que pudiera recibir ya no le causarían mella. Le dañarían el rostro, le producirían dolor, pero no le derribarían. A mitad del asalto sonaron voces de protesta. Los gritos animaron a Sousa. Le vio llegar hasta él, esquivar sus golpes y lanzarle un directo de derecha, y luego una serie, muy rápida, de golpes con las dos manos. No hizo nada para esquivarlos. Y vio que Sousa le dirigía uno de sus golpes con la derecha, de abajo arriba, al mentón. Bajó la cabeza para recibirlo en la boca —un golpe en la boca causa dolor, parte los labios y rompe dientes, pero no derriba— y retrocedió medio paso. Sousa avanzó rápidamente, su antebrazo izquierdo sobre el hígado y el puño derecho ante el rostro. Él esperó la acometida. Con su derecha detuvo el golpe que Sousa le lanzara con la derecha también. Sousa despegó de su hígado el antebrazo izquierdo, para proyectar el puño contra la cabeza de Canales. Él inclinó el cuerpo a la izquierda y, balanceándose hacia la derecha, dirigió su puño izquierdo al hígado de Sousa. Sousa se dobló hacia delante —por un instante él sólo vio espalda y cabeza con pelo negro— y en el instante siguiente oyó el ruido del cuerpo de Sousa al chocar contra la lona. Le vio de rodillas en el suelo, y su rostro se apoyaba en la lona; luego cayó hacia la derecha y quedó boca arriba, sus rodillas junto a la barbilla; sus manos, calzadas con los grandes guantes negros, oprimiendo su hígado, la boca abierta buscando aire y sin hallarlo. Lenta, penosamente, Sousa rodó hacia la derecha, y volteó sobre sí mismo, espasmódicamente, una y otra vez, y otra vez y otra... El árbitro le seguía en su rodar y contaba solemne, parsimoniosamente: «cinco... seis... siete...» Desde el rincón neutral, él miró hacia abajo, al público. Todos estaban en pie y no atendían a la cuenta del árbitro. Aplaudían, y sus aplausos eran la ovación final, porque sabían que Sousa no se levantaría antes de que el árbitro contase los diez segundos. El cuidador de Sousa estaba de pie en el borde del ring, una mano descansando sobre la cuerda superior y la otra sosteniendo una toalla, a la espera de que terminase la cuenta del árbitro, para ir a recoger a su pupilo. Los aplausos formaban un sonido continuo, sin altibajos, y parecía que jamás fuesen a terminar. El árbitro alzó los dos brazos al aire, formando una uve, y gritó la palabra: «¡FUERA!»

Sousa, fuera de combate. Corrió hasta Luis y, agarrándole el brazo derecho, lo alzó en el aire. Él se desasíó y corrió hacia Sousa, que aún se hallaba en el suelo. Entre Velázquez, el cuidador de Sousa y él, lo levantaron y llevaron a su rincón. Y allí estuvieron hasta que Sousa irguió el cuerpo y comenzó a suspirar, y con expresión de incredulidad miró a su preparador, que, sereno y severo, le secaba el rostro y el pecho con la toalla, con delicadeza maternal, ademanes contradictorios con la expresión de su rostro. Sousa dijo:

—¿Qué ha pasado?

Tenía voz aññada. Su preparador, lenta, gravemente, dijo:

—Anda, felicítale.

Y con la mano señaló a Luis. Sousa le miró como si no supiera quién fuese. Y su preparador le ordenó:

—¡Felicítale!

Sousa se puso en pie y le abrazó.

Y él le arrastró hacia el centro del cuadrilátero y le besó las mejillas. Y luego, cogidos de la mano, los dos saludaron al público, una y otra vez. Y él alzó varias veces la mano derecha de Sousa en el aire, como si Sousa fuese el vencedor. Y así estuvieron hasta que Velázquez le llamó:

—¡Luis, ven acá ya! ¡Basta! ¡Ven acá!

A pasos lentos anduvo hasta Velázquez, quien le echó sobre los hombros la bata de seda azul celeste, y de las manos le arrancó los guantes.

Veía rostros desconocidos junto a él, y las manos de aquella gente se tendían hacia él como si quisieran cogerle. Y, al frente, calmosos, los dos guardias apartaban con sus manos, enguantadas en color castaño, a los que pretendían acercársele, abriéndole así el camino hacia el vestuario. Velázquez andaba tras él y le apremiaba: «¡Anda, Luis! ¡Anda! ¡Deprisa!» Porque a Velázquez no le gustaba que él saludase al público y diese las gracias a los que le saludaban y le jaleaban.

Cuando la puerta de madera pintada de verde se cerró a sus espaldas, él echó a correr a lo largo del pasillo, estrecho y mal alumbrado, camino de los vestuarios, en tanto que Velázquez, que no podía correr a causa de sus almorranas, andaba solemnemente tras él, con los guantes de combate en una mano, y la toalla y la bolsa botiquín en la otra.

A la derecha de la gran sala había diez o doce cuartos con puertas numeradas, y a la izquierda, las duchas. Allí había unas cincuenta personas. Muchos avanzaron hacia él. Y el que llegó primero le pasó el brazo sobre sus hombros y dijo:

—¡Enhorabuena, gallito! ¡Enhorabuena!

Y con el otro brazo apartaba a los que también querían abrazarlo. Así le condujo Paco al cuarto número dos, sin dejar de tenerlo ni por un instante bajo su brazo.

Él arrojó la bata al suelo y se tumbó sobre la mesa de masaje. Cerró los ojos. Se

sentía mareado. Con los ojos cerrados, la oscuridad daba vueltas, y la dureza de la mesa de masaje le causaba sensación de comfortable seguridad. Oyó la voz de Velázquez.

—¿Qué te ha parecido, Paco?

—Bien, bien...

Y él se sintió solo. Tenía náuseas. Dijo:

—¿Dónde está Barba?

Pero Velázquez no le contestó. Sintió la mano de Velázquez sobre su pecho. La voz de Velázquez sonó junto a su oído:

—¿No quieres ducharte?

Pensó que no. Dudaba de que pudiese llegar, por su pie, hasta las duchas. Dijo:

—No.

—Estás cansado, ¿verdad?

—Un poco. ¿Dónde está Barba?

Y pasó largo rato sin que él oyese ni un solo sonido. Pero no lo advirtió. Y cuando se dio cuenta, tuvo miedo porque pensó que quizá se hubiera desmayado o dormido. Y dijo:

—¿Velázquez?

Y Velázquez, con ironía en su voz, preguntó:

—¿Qué? ¿Pica?

Velázquez le había estado curando las heridas. Él alzó su mano a la cabeza, y tocó la mano de Velázquez que sostenía el pincel. En la piel de sus dedos y de la palma de la mano sintió el ardor de su cráneo. Se agarró la cabeza con ambas manos: palpó su volumen, intuyó su peso, sintió su calor y su palpitación contra las palmas, pero la cabeza no sintió el apretón de las manos. Abrió los ojos y los dirigió hacia Velázquez. Vio un mundo gris con manchas negras, muy hondas, y amarillas, deslumbrantes. Cerró los ojos y contuvo la respiración. Susurró:

—¿Dónde está Barba?

Segunda parte

Yo

Capítulo Primero

FUE BERNARDO BARBA quien me inició en el arte de los puñetazos. Los dos trabajábamos en la misma fábrica, en un pueblo cercano a la ciudad. Barba, todos los sábados, llegaba a la fábrica con el rostro marcado por los golpes recibidos en el combate del viernes.

Un día en el que él tenía que pelear, me llevó al boxeo.

Cuando llegué a su casa, Bernardo me esperaba. Estaba sentado a la mesa del comedor, vestido con un traje azul marino, camisa blanca y corbata roja. Sus hermanas y su madre le rodeaban, y encima de la mesa tenía el maletín de cuero marrón. Iba peinado con fijapelo y recién afeitado. Cuando yo entré, Bernardo se puso en pie y me dijo:

—Buenas noches, Luis.

Charlamos un poco. Las mujeres, las hermanas —la madre no—, entendían de boxeo, y estuvieron diciendo que el adversario de Bernardo, aquella noche, era un *welter* de la mejor clase y que estaba dotado de un *punch* muy fuerte, pero que esperaban que Bernardo peleara «a la contra» en los primeros asaltos, para luego aceptar el «cambio de golpes». Bernardo, impaciente, afirmaba con la cabeza. Y tan pronto como ellas terminaron, dijo:

—Anda, vamos ya, Luis.

Me hizo gracia la seriedad de las muchachas al hablar del combate y el gran respeto que mostraron hacia Bernardo.

Durante el trayecto, en el tren, Bernardo permaneció silencioso y grave, con la mirada perdida fuera, en la oscuridad, tras el cristal de la ventanilla.

Llegamos muy temprano a la sala de boxeo. Barba dio su maletín a un empleado y me condujo, a través de la sala vacía, y en penumbra, hasta la primera fila de butacas. Allí había un grupo de hombres, algunos vestidos con camisa y pantalón blancos. Me presentó diciendo:

—Éste es Luis Canales, un aficionado local.

Y ellos me miraron.

Uno de los hombres dijo:

—Bernardo, ¿sabes que hoy vendrá Velázquez para ver a Charly?

Y otro, hundido en su butaca, hombre de rostro blanco, facciones inmóviles y cabello rubio encrespado, sin dejar de mirar al frente, a la imagen gris del cuadrilátero aún no iluminado y con los palos abatidos, dijo:

—También te verá a ti, Bernardo.

El que había hablado primero miró a Bernardo y soltó una carcajada. Barba dijo:

—Ahora estoy en forma...

El de rostro inmóvil dijo:

—Eso ya se verá...

Estas palabras desencadenaron la protesta de varios de los que allí estaban. Y siguió una conversación en la que todos tomaron parte.

Discutían las posibilidades de éxito de Bernardo ante su contendiente. Yo tenía mis ojos fijos en Bernardo. Parecía otro. Hablaba despacio y daba la impresión de que sabía muy bien lo que decía. Los otros a veces le daban la razón y otras no, pero en todo momento le escuchaban atentamente. Algunas luces alrededor de la sala habían sido ya encendidas, y grupos de espectadores se dirigían despaciosamente hacia sus asientos. A la reunión junto al ring llegaron cuatro hombres más y saludaron a Bernardo estrechándole la mano.

Al último que llegó, le preguntó Bernardo:

—¿Vio usted a Charly?

El otro sacudió la cabeza afirmativamente, al tiempo que mantenía sus ojos fijos en Bernardo, en expresión de cómica seriedad, como queriendo indicar que haber visto a Charly era una mala noticia para Bernardo. Barba sonrió y dijo:

—¿Y qué?

El otro se encogió de hombros. Dijo:

—Es un auténtico primera serie. Uno de esos tipos que no abundan aquí. Pega duro con las dos manos, en cualquier posición, tiene buen juego de piernas, se mueve bien en las cuerdas...

El de rostro inmóvil preguntó:

—¿Le has visto pelear?

El recién llegado le miró y dijo:

—No, solamente le he visto entrenarse, pero creo que con eso basta...

El del rostro inmóvil adujo:

—No. Hay que verle frente a alguien que atice candela.

Y miró a Barba indicando que éste era quien «atizaba candela». Barba irguió la cabeza y no dijo palabra. El del rostro inmóvil, sin dejar de mirar a Barba, dijo:

—Como éste.

Bernardo asintió de un cabezazo. Sí, él sería quien «atizaría candela».

El que había visto a Charly dijo:

—El mes pasado, Charly Collado dejó K.O. a Espinosa.

El del rostro inmóvil decidió moverlo, y sus músculos compusieron, con acierto y sobriedad, una expresión de desprecio. No habló. El que había visto a Charly agregó:

—Velázquez ha venido desde Madrid para ver este combate.

Y la frase tenía, al parecer, tanta importancia, que quien la dijera la remató con una breve carcajada. El del rostro inmóvil y todos los demás estaban impresionados por lo que la noticia implicaba. Pero el inmóvil reaccionó, y con voz muy recia, a gritos casi, dijo:

—¡Éste tiene más cuento aún! Aquí el único que tiene la palabra es éste.

Y señaló a Bernardo. Y Bernardo, solemne y grave, dijo:

—Pues le ha salido un hueso al Charly.

El del rostro inmóvil aprobó la declaración de Bernardo mediante un lento movimiento de párpados.

Todos miraban a Bernardo, en silencio, sin expresión en sus rostros.

Barba pasó su brazo sobre mis hombros y dijo:

—Anda, vamos.

Y los dos cruzamos la sala camino de los vestuarios.

Era una cuadra pequeña, de paredes cubiertas por losetas blancas y azules en su parte baja, y pintadas con cal en la alta; a la izquierda, tras una valla de madera, estaban los tubos negros de las duchas a presión, y a la derecha y al fondo había unas puertecillas angostas y despintadas. Allí había unas diez o doce personas; casi todas llevaban el rostro marcado por el boxeo. Bernardo fue saludado como se saluda a un viejo amigo. Y un hombre vestido muy elegantemente con un traje nuevo y planchado, se adelantó hacia Bernardo. Éste le saludó:

—Buenas noches, don Paco. ¿Llegó ya Charly Collado?

Don Paco dijo:

—Todavía no. Creo que llegará con Velázquez.

Y miró a Bernardo como si esperase ver en su rostro una expresión de sorpresa y desagrado, temida por él. Don Paco era un hombre de rostro redondo y cuerpo pesado, pero causaba la impresión de que aquella gordura no fuese suya, de que se la hubiesen echado encima, porque su nariz era delgada y fina, sus ojos tenían la expresión nerviosa propia de casi todos los hombres delgados, pero en sus carrillos, mentón y cuello se amontonaba la grasa formando paquetes superpuestos a la estructura de su rostro de hombre delgado. Sus hombros eran estrechos y echados hacia delante, y parecían indicar un esfuerzo para sostener el peso desproporcionado del corpachón.

Bernardo preguntó:

—¿Así ya está de acuerdo este par?

—Creo que no. Pero ya sabes cómo es Velázquez.

Barba dijo:

—No.

Y don Paco se echó a reír. Barba inquirió:

—¿De qué se ríe?

—De ti. Velázquez es un zorro.

—Ya.

Barba me dijo:

—Éste es don Paco, el empresario.

El empresario me miró y dijo:

—Mucho gusto.

Y yo sacudí la cabeza. Barba preguntó a don Paco:

—¿Es cierto que está usted asociado con Velázquez?

—Sí. —Y añadió—: Quiero explicarte eso. Necesito más gente, más dinero, más boxeadores, intercambio con peleadores de fuera, franceses principalmente... Esto también te conviene a ti, Bernardo... Os conviene a todos. Y Velázquez es el hombre que puede ayudarme en ello...

Bernardo bajó la cabeza. El empresario sonrió para sí, y dijo:

—¿En qué piensas, Bernardo?

Se lo dijo dulcemente, como a un niño. Barba alzó la cabeza, miró a don Paco, y manteniendo sus ojos fijos en los del empresario, preguntó:

—¿Cómo sabe que Collado y Velázquez acudirán juntos?

—Porque me lo acaba de decir el propio Velázquez.

—Así, Velázquez, Collado y usted van juntos.

Don Paco protestó:

—¡No, no, no! Velázquez y yo...

Barba le interrumpió:

—Oiga: yo saldré al ring para tumbar a Charly. Se lo juro. Me ha costado mucho llegar adonde he llegado, y no estoy dispuesto a aguantar pasteleos.

Don Paco precisó:

—Eso es lo que quiero. Adelante, tumba a Charly y yo seré el primero en felicitarte.

Acto seguido me miró y dijo:

—¿Tu amigo también boxea?

Barba, aún torvo, contestó:

—No.

Barba y el empresario siguieron charlando. Bernardo, seria, gravemente, y el empresario sonriente y un poco burlón. Y yo no podía apartar de mí la sensación de que Barba, allí, era un hombre distinto al que yo trataba en la fábrica. Me fijaba en él, le miraba y le escuchaba como si jamás le hubiera visto, y cada uno de sus gestos, palabras y actitudes eran nuevos para mí.

Al poco rato, todos cuantos estaban allí dejaron de hablar y miraron hacia la puerta. Yo me volví hacia ella al tiempo que el empresario, dejando a Bernardo, avanzaba al encuentro de los tres hombres que acababan de entrar. Uno de ellos, el que iba en medio, era un muchacho de unos veinte años, de rostro plano y cabello negro y brillante, peinado hacia atrás; en su rostro no había huellas de golpes. A su derecha iba un hombre de cabello blanco, rostro rojo y bigotillo negro de ataúd, que vestía una chaqueta a cuadros escoceses y llevaba corbatín verde. Y a la izquierda iba

un tipo muy alto, encorvado, con un traje sucio y arrugado; tenía la mirada triste y parecía ser el de menor importancia de los tres. El empresario estrechó la mano a Velázquez al tiempo que decía:

—Bienvenido a casa...

Y Velázquez le abrazó y le palmoteó la espalda. Se desasíó, y señalando al muchacho de rostro plano, dijo:

—Mira, Paco, te presento a Charly Collado.

El muchacho tendió su mano a don Paco, y en voz alta, un poco infantil, dijo:

—Mucho gusto, don Paco.

Y don Paco sacudió varias veces su mano y dijo:

—Bienvenido, campeón, bienvenido...

Luego estrechó la mano al hombre alto, diciéndole:

—¿Qué tal, Calder?

Y el hombre sonrió en una mueca melancólica, como si tuviera dolor de estómago.

Barba se había colocado inmediatamente detrás de don Paco e inmóvil observaba la escena. El hombre encorvado se fue hacia él y dijo:

—Mira, Bernardo, voy a presentarte a tu adversario de esta noche...

El empresario se apartó para que Barba quedase en primera línea ante Collado. Y el llamado Calder, asiendo del brazo a Barba, agregó:

—Éste es el señor Velázquez.

Velázquez estrechó la mano a Bernardo y dijo:

—Tendré mucho gusto en verle pelear.

Calder continuó:

—Y éste es Charly Collado, que hoy peleará contigo...

Barba tendió su mano a Collado, pero éste la rechazó de un manotazo y abrazó a Bernardo. Le abrazó con fuerza y palmoteándole la espalda. Deshizo el abrazo y dijo:

—Tenía muchas ganas de conocerte, palabra.

Y dio un par de cachetes amistosos a Bernardo, y un tercer cachete muy fuerte, que sonó como una bofetada. Bernardo se puso colorado, apretó las mandíbulas y cerró sus puños. Collado alzó las cejas como si estuviera sorprendido por la feroz expresión de Bernardo, le abrazó de nuevo, riendo, y al salir del abrazo le dio otro cachete recio y redobló sus carcajadas. Bernardo estaba perplejo, irritado, y sin saber qué hacer. Su expresión era tan cómica, que todos cuantos estábamos a su alrededor nos echamos a reír. Collado le dio una palmada en la espalda y dijo:

—No te amosques, hombre...

Collado fue presentado por el empresario a todos los hombres de rostro marcado, impassible, que estaban en el vestuario. Collado, sonriente, estrechaba la mano a cada uno de ellos, y ellos sonreían lenta, complacidamente. Bernardo y el hombre

encorvado estaban juntos, un poco apartados del grupo alrededor de Collado, y miraban gravemente la escena.

Con un gran grito, Collado saludó a uno de los hombres:

—¡Perán! ¿Qué haces tú acá, viejo?

Era un hombre casi calvo, de rostro congestivo, desfigurado por los golpes, sonrisa desdentada y cejas rubias que destacaban por claras sobre la piel de su rostro. El hombre sonreía y sacudía la cabeza, embargado por el placer de ver a su amigo Charly. Collado cogió con sus dos manos la cabeza del hombre, tal como algunos cogen a los niños, y dijo:

—¡Tú siempre tan majo!

Y miraba al desfigurado rostro con atención irónica, como si la observación de aquel rostro le produjese un placer contradictorio, reflexivo... E iba repitiendo: «¡Tú siempre tan majo!» El hombre reía complacido y en su rostro había la mueca de una suave sonrisa, pero su pecho y estómago se movían en convulsiones de carcajadas. Y Collado repitió lo que antes había hecho con Bernardo; al terminar uno de sus «tú siempre tan majo», dio un cachete al hombre y luego una bofetada. El hombre dejó de reír y lanzó un puñetazo al rostro de Collado. Éste, sonriente, lo esquivó con un leve movimiento de cintura, y dio tres bofetadas al hombre, quien se abalanzó sobre él con los puños cerrados. Collado colocó sus manos a la espalda, y con levísimos movimientos de cuerpo y piernas fue esquivando todos los golpes que el hombre le lanzaba. La escena parecía el baile de una extraña pareja. Uno de los bailarines atacaba a puñetazos al otro, que los esquivaba siguiendo el ritmo de una música que tan sólo él sabía. Todos reíamos. Cuando Collado se hartó del juego, fue calmando a su amigo con disculpas y palabras dulces, como si fuese un animal, hasta lograr que dejase de atacarle. Y al verle con el rostro sereno y los brazos caídos a los lados, le ofreció su mano. Velázquez se fue, sonriente, hacia Collado —su maravilla—, le cogió del brazo y se lo llevó a uno de los cuartos con puerta numerada. Barba y el hombre del rostro triste se dirigieron hacia la puerta número tres. Yo los seguí.

Era un cuarto pequeño. En medio había una mesa, larga y estrecha; en un rincón, un silloncito y, junto a la mesa, dos sillas viejas de madera y rafia. De una de las paredes colgaba un espejo grande.

Bernardo se desnudó, se puso un taparrabos negro y se tumbó panza arriba sobre la mesa. Calder se quitó la chaqueta y sobre la camisa se puso un jersey blanco de cuello alto. Anduvo hasta un botiquín clavado en la pared y sacó una botella grande que contenía un líquido espeso y amarillento. Con la botella en la mano, se dirigió hacia Bernardo. Sus gestos eran lentos y tristes. Y en su boca se dibujaba una sonrisa dolida. Daba la sensación de no sonreír, pero al hacer sus ojos una observación, al escuchar una palabra o un sonido, la boca, imperceptiblemente, marcaba la mueca de una sonrisa, y entonces uno se daba cuenta de que la sonrisa había estado siempre en

los labios y de que Calder, al recibir la impresión, lo único que había hecho era acentuarla. Dejó la botella sobre la mesa, junto a las piernas de Bernardo, y se acodó en la madera, de modo que su rostro quedó a dos dedos del de Barba. En voz baja, íntima, preguntó a Bernardo:

—¿Qué tal?

Bernardo suspiró:

—Bien.

El hombre susurró:

¿La nariz?

—Bien.

—A ver: respira.

Bernardo, con los ojos cerrados, respiró hondamente por la nariz, con la boca cerrada. Estuvo respirando pacífica, dulcemente, hasta que Calder le dijo:

—¿Qué?

—Ya te lo dije: bien.

Con gesto cansado, Calder cogió la botella, la destapó y escanció un poco de líquido en la palma de su mano derecha, vertió el líquido en el pecho de Barba y comenzó a friccionárselo en lentos movimientos. Los dos permanecieron en silencio durante largo rato, hasta que Barba musitó:

—¿Le has visto pelear?

Calder reveló su sonrisa de dolor de estómago.

—Solamente entrenarse. Ayer.

Hubo un silencio. Barba preguntó:

—¿Qué lío hay entre esos tres?

Calder, antes de contestar, concentró su atención en el movimiento de su mano sobre el pecho de Barba. Al fin dijo:

—No sé...

—Van juntos los tres, ¿verdad? Don Paco, Velázquez y Charly.

Calder suspiró:

—No sé...

—Yo creo que Velázquez le observaba solamente. Para ver si es bueno.

—Quizá.

—¿Te ha dicho algo don Paco?

—¿Algo de qué?

—Sobre el combate.

—No, nada. Tú sal a tumbarle, si puedes...

Los músculos del rostro de Barba se tensaron por unos instantes, y dijo:

—Bien.

Y siguieron tensos los músculos. Se distendieron en una sonrisa. Dijo:

—Es un poco chuleta el Charly, ¿verdad?

—Sí lo es.

Bernardo abrió los ojos, y con expresión de inocencia en ellos, para que Calder le creyese, y para ver si Calder le creía, aseguró:

—Yo no me he enfadado por lo del cachete...

Calder no sonrió y se mostró de acuerdo:

—No, no te has enfadado. Ya me he dado cuenta.

Barba cerró los ojos satisfecho, y, esbozando una sonrisa irónica, dijo:

—El pobre Perán sí que se ha enfadado...

—Ése está más «sonado» que una campana...

Barba soltó una carcajada. Y afirmó:

—¡Está «sonado»!

Y volvió a reír. Calder suspiró resignado. Barba preguntó:

—¿Qué historial tiene el Collado?

—Ha ganado todos sus combates y es aspirante oficial al título nacional.

En el rostro de Barba, cerrados sus ojos, se adivinaba el esfuerzo mental que estaba haciendo. Bernardo pensaba arduamente. Dijo:

—Si yo le ganase esta noche, ¿me nombrarían aspirante a mí en su lugar?

Calder musitó:

—Seguro.

Barba siguió pensando. Preguntó:

—¿Qué tal está ahora Villavicencio?

—Maduro para que cualquiera le quite su título nacional. Ya sabes que fue a Alemania, y allí le «cascaron» para siempre. Cualquiera puede quitarle el título.

—Así, si gano a Charly, ¿seré campeón nacional?

—Seguro.

El rostro de Bernardo tomó serenidad de piedra. Calder le echó una ojeada y esbozó su sonrisa amarga. Los círculos de la palma de su mano sobre el pecho de Bernardo borraron su sonrisa. Bernardo, inesperadamente, dijo:

—Collado es un don nadie. Collado todavía no se ha topado con un hombre de verdad.

Calder calló. Barba dijo:

—¿Hilario?

Calder dijo:

—¿Qué?

—¿A ti qué te parece?

Calder no contestó. Barba se incorporó, quedando sentado sobre la mesa. Calder se irguió y le miró a los ojos. Dijo:

—Anda, túmbate.

Y poniéndole la palma de la mano en la frente, le empujó hacia atrás. Bernardo volvió a quedar tumbado. Calder dijo:

—Puedes ganarle. Mira: ese muchacho es un «súper-clase», pega, esquiva, hace daño, encaja... Tiene buen estilo y no le importa fajarse. Pero tú puedes ganarle porque estás en un buen momento. No tiene ningún golpe especial del que tengas que prevenirte, porque los pega todos, desde cualquier ángulo, con las dos manos... Velázquez me ha pasado una película del combate que ese muchacho hizo en Orán. Si no tiene el campeonato nacional es porque no le han dado ocasión para disputarlo. Pero tú puedes ganarle.

Bernardo dijo:

—No me aguantará ni cinco asaltos.

Calder no sonrió. Meneó la cabeza en un gesto de impotencia ante la general estupidez del género humano. Dijo:

—No. No pasará del quinto asalto, pero aun cuando llegue el quinto asalto y Collado todavía esté en pie, tú tienes que seguir peleando... Pelea durante todo el combate, de punta a punta. No intentes romper tu estilo, porque entonces él te impondrá el suyo. Tú échate para delante y pega. No te andes con tácticas.

En el cuarto hubo silencio hasta que llamaron a la puerta. Yo abrí. Un hombre en camiseta asomó la cabeza y le gritó a Calder:

—Tenle preparado ya.

Barba se incorporó, se pasó la mano por la frente y bostezó. Sus ojos se fijaron en mí y pareció sorprenderse por mi presencia. Dijo:

—Vete a la sala ya, Luisito. Vamos a empezar.

Calder me dio una cartulina, diciéndome:

—Vete a las sillas de los federativos.

La sala estaba atestada y en penumbra. Sobre el ring caía la luz blanca de los focos que colgaban encima. Y el aire estaba denso de humo de tabaco. Un murmullo constante, sin alma, hecho de muchos sonidos sin sentido, llenaba el ámbito. Sobre el ring, un hombre de *smoking* hablaba por el micrófono. Su voz sonaba tan fuertemente, que resultaba imposible comprender sus palabras. Al terminar su corto parlamento, señaló con la diestra a un boxeador que estaba en una de las cuatro esquinas del cuadrilátero. El boxeador señalado echó a correr hacia la esquina opuesta y abrazó a otro boxeador que estaba allí. Y los dos fueron al centro del ring y saludaron al público, que aplaudía tibiamente. Uno de los púgiles se cubría la cabeza con una toalla ensangrentada, puesta a modo de toca. Y los dos tenían los rostros rojos e hinchados.

El ring quedó desierto.

Yo me senté en una de las sillas de primera fila, entre los hombres vestidos con

camisa y pantalón blancos, y entre aquellos de rostro machacado y mirada impasible, La gente, atrás, charlaba, leía el periódico y observaba a los demás.

A poco, un hombre vestido con mono azul subió al ring, y de sus cuerdas colgó dos pares de guantes de boxeo.

Pasó más tiempo sin que nada ocurriera. Comenzaron a sonar en las localidades altas voces de impaciencia y palmas de «otro toro». Algunos, en las localidades bajas, silbaron. Y entonces nació un murmullo. Yo miré a todos lados y no vi nada. Pero a los pocos segundos vi a Bernardo, que estaba entrando en el ring. Se coló dentro por entre las cuerdas segunda y tercera, y en dos saltos se fue al centro del cuadrilátero. Puso sus brazos en cruz, y, manteniéndolos así, dio cuatro o cinco vueltas sobre sí mismo, al tiempo que daba cabezadas. Iba vestido con una bata de seda roja en cuya espalda, escrito en letras verdes, se leía: Bernardo Barba. Y llevaba las manos liadas con vendas blancas. Los faldones de la bata de seda roja revoloteaban alrededor de las velludas piernas de Bernardo a cada vuelta que él daba. Cuando terminó de saludar de esta manera, se quedó firme en medio del ring y lanzó besos, con las dos manos, a derecha e izquierda. El público tableteó unos aplausos, y procedentes de arriba, se oyeron gritos: «¡Barba, peludo!» «¡Barba, que hoy te afeitan!» «¡Hala, Bernardo, macho!» Calder, al borde del ring, fuera del recinto marcado por las cuerdas, miraba impasible a Bernardo en tanto que sus manos se ocupaban, a ciegas, en deshacer los nudos de los cordones blancos del par de guantes de boxeo que hasta aquel instante habían estado solos, colgados de las cuerdas. Bernardo acudió junto a Calder, se quitó la bata roja y se la echó sobre los hombros, a guisa de capa. Calder procedió a calzarle los guantes.

Por el pasillo, a mi derecha, vi avanzar a Charly Collado. Corría a marcha atlética y sonreía. Le seguían tres hombres vestidos con pantalones y jerseys blancos, que también corrían. Collado entró en el ring mediante un salto con los pies juntos, sin que sus manos tocasen las cuerdas. Saludó un par de veces, secamente, a derecha e izquierda, y luego, dirigiéndose hacia Bernardo, le estrechó las dos manos. Tras esto se dirigió despaciosamente al rincón opuesto al de Bernardo, y allí se enfrascó en colocarse los guantes, auxiliado por los tres hombres. Collado vestía una bata de seda negra, con la marca «Collado III» a la espalda. Velázquez pasó frente a mí, y todos los que se sentaban en aquella fila, aquella gente vestida de blanco, y la otra, la del rostro marcado, al ver a Velázquez le saludaron con palabras, sonrisas y gestos. Y un hombre que no era boxeador, se alzó de su silla para ir a saludar a Velázquez, cruzó frente a mí y llegó hasta él, sentado dos sillas a mi derecha. Y le oí decir:

—Me han dicho que usted cuida a este chico.

Y señaló a Collado. Velázquez rió y dijo:

—Ya ve usted que no.

—Pero ha venido con él.

—Sí, sí... Le estoy observando. Es un boxeador muy interesante. ¿Qué tal es este muchacho? El que va a pegarse con Charly...

—Bueno. Ahora está en un buen momento. Es un pegador. Hace un par de semanas dejó fuera de combate a González en el segundo asalto...

Pero Velázquez no le escuchaba. Sonreía y agitaba la mano. Y Collado, arriba, agitó su mano, ya enguantada.

El árbitro saltó al ring, y desde su centro dio un par de palmadas. Collado dio media vuelta y se acercó al árbitro, y Bernardo también. El árbitro les examinó los guantes, pasó sus brazos sobre los hombros de los dos púgiles, y les habló paternalmente, sacudiendo la cabeza a cada frase. Collado miraba al suelo y chocaba sus guantes el uno contra el otro. Bernardo miraba severamente al árbitro y asentía a cabezazos. El árbitro terminó su discurso, dio una palmada a cada uno de los boxeadores y los mandó a sus rincones. Calder quitó la bata roja de sobre los hombros de Bernardo. Los dos preparadores de Collado le secaban la frente con una toalla. El árbitro hizo una señal con la mano, y abajo sonó la campana que daba inicio al combate. Calder puso en boca de Bernardo un pequeño objeto rojo, y los preparadores de Collado quitaron la bata a su pupilo. Mientras los dos púgiles se dirigían al centro del ring, sus cuidadores, fijos sus ojos en ellos, bajaron, de espaldas, los tres escalones de madera que conducían de la platea al ring.

Collado sonreía. Barba estaba ceñudo.

A modo de saludo chocaron sus guantes derechos, y Bernardo, a continuación de este gesto, lanzó un gañafón con la izquierda al rostro de Collado, quien sin perder su sonrisa, se echó hacia atrás esquivándolo; pero Bernardo avanzó muy rápidamente, sorprendentemente veloz, y alcanzó a Collado con un golpe de derecha que le dio en pleno rostro. Como si el golpe recibido hubiese liberado un resorte en su cuerpo, Charly Collado lanzó cinco puñetazos, de fuerza tremenda, al rostro de Bernardo. Los cinco puñetazos resonaron en la sala como cinco trallazos, levantando el clamor del público. Bernardo los recibió sin intentar siquiera esquivarlos, y su rostro quedó de color de rosa en su parte alta, y tinto en sangre en nariz y boca, y sin dejar de plantar cara a su adversario, contestó puñetazo por puñetazo. Los dos boxeadores, por una décima de segundo, quedaron inmóviles, y a la décima de segundo siguiente, clavados sus pies en la lona, se fajaron en un cambio de golpes interminable. El público se había puesto en pie. Ninguno de los dos púgiles intentaba esquivar, eludir los golpes, sino que cada uno de ellos ofrecía el rostro y pegaba tantos golpes como recibía.

La campana dando fin al asalto no fue oída por los boxeadores, y el árbitro tuvo que separarlos y mandarlos a sus rincones. El rojo rostro de Barba estaba hinchado como el de un recién nacido. La sangre le manchaba el pecho y parte de los pantalones amarillos con la raya verde al costado. Collado iba despeinado, su cabello,

largo, negro y ondulado, le caía sobre la frente y los ojos en greñas húmedas, sucias de sangre, sudor y brillantina; su ojo izquierdo estaba cerrado en un guiño inmóvil, y tenía el pómulo derecho abierto en una brecha sanguinolenta; el resto de su rostro estaba pálido, exangüe. Mientras caminaba hacia su rincón, sonreía con su sonrisa de triunfador.

El rugido del público, los interminables «¡Hala, hala, hala...!» con que habían acompañado el cambio de golpes, había cesado dando paso a un murmullo excitado producido por mil conversaciones rápidas y apasionadas.

Por el altavoz sonó la orden: «¡Segundos fuera!» Y los preparadores descendieron del ring, al tiempo que los dos púgiles avanzaban hacia el centro del cuadrilátero. Barba anduvo con la cabeza gacha y los ojos fijos en el rostro de Collado, quien iba erguido y sonriente. Al llegar a la distancia adecuada para el cambio de golpes, Bernardo tuvo un gesto de retroceso y espera, como si se dispusiera a boxear sabiamente. El público murmuró, creyendo que había llegado lo que ya esperaba. Collado siguió caminando hacia Barba, y al llegar a la distancia en que sus puños podían llegar al cuerpo de Bernardo, le lanzó dos puñetazos, como si diese un par de bofetadas a un insolente, que se estrellaron en los guantes de Barba, quien contestó con tres golpes directos al rostro de Collado, que los recibió impasible, al tiempo que replicaba con tres golpes a los costados de Bernardo, y un cuarto al mentón. Bernardo se irguió. Ya estaba la pelea entablada, otra vez, en los mismos términos que en el asalto anterior; se cambiaban los golpes a toma y daca, y otra vez el público en pie rugía su «¡Hala, hala, hala...!», y la masa de cabezas se balanceaba al compás del balanceo de las cabezas de los dos peleadores. Parecía imposible que aquel par de hombres pudiera seguir pegándose, sin un momento de descanso, segundo tras segundo. Al sonar la campana, cuando cada uno se dirigió a su rincón, una ovación sustituyó el clamor de «¡hala, hala...!», y la ovación se engrandeció, estremeciendo el aire, y se prolongó durante largo rato, dando la sensación de que nunca pudiera terminar. Los rostros de Collado y Bernardo eran dos masas sin forma, de carne roja, coronadas por cabelleras húmedas. Nadie, entre el público, se sentó durante el descanso. En este asalto, los boxeadores pelearon en forma distinta a como lo habían hecho durante el primero. Varias veces se abrazaron para sostenerse en pie; sus golpes fueron más lentos, como si los brazos les pesasen, y sus cuerpos permanecieron agachados, agazapados casi. Durante el descanso estuvieron en silencio, con la vista perdida en el aire, al frente, en tanto que sus cuidadores les limpiaban el rostro, les daban a beber agua, les humedecían el cogote, les aflojaban los cinturones de sus calzones para que pudieran respirar más libremente... El murmullo de los comentarios entre el público era, de vez en cuando, cortado por ovaciones cortas y recias que nacían sin motivo inmediato. Parecía que, en un momento dado, el público recordase un lance de la pelea y el recuerdo despertase la

ovación unánime.

En el tercer asalto, los dos hombres estaban ya agotados. Se agarraban con frecuencia, y sus golpes eran angustiosamente lentos. Peleaban encorvados, la cabeza caída —el mentón tocando el pecho—, los ojos velados y la boca abierta. Se tambaleaban como si estuvieran borrachos, y sus cabezas, a cada golpe que recibían, se bamboleaban inertes. Yo tenía la impresión de que cualquiera de los espectadores, el más débil de cuantos estábamos en la sala, hubiera sido capaz de derribar a Barba o a Collado de un solo puñetazo. Pero la excitación del público, en lugar de menguar, había crecido, porque era patente que de un instante a otro, cualquiera de los dos contendientes sería derribado. Cualquier golpe podía quebrar definitivamente la resistencia de Collado o de Barba.

Poco antes de terminar este asalto, fue cuando se produjo la caída. Vi a Bernardo derrumbarse sobre la lona, sonó un golpe sordo, y su cuerpo rodó por el piso del ring. Dejó de rodar y quedó boca arriba, las piernas abiertas, las puntas de los pies apuntando al techo, los brazos en cruz y la boca abierta. Los que estaban a mi lado se subieron a las sillas para ver mejor a Bernardo, y yo también lo hice. El árbitro alzaba y bajaba el brazo en una cuenta lenta y solemne, y gritaba cada número como si pronunciase una sentencia. Collado, junto a uno de los palos, tenía la boca abierta, y la vista fija en el suelo o en los pies. Bamboleaba la cabeza como si aún estuviera boxeando, y no parecía comprender lo que ocurría a su alrededor. Barba dio una vuelta sobre sí mismo y quedó boca abajo. El árbitro gritó el quinto segundo. Y en el momento en que gritaba el séptimo, Barba se puso en pie. Se tambaleaba, tenía sus manos extendidas hacia delante, como si temiera caer al suelo, y miraba desconcertado alrededor. Collado avanzó lentamente hacia él, dispuesto a rematar su trabajo, y le propinó un puñetazo al rostro, no como hacen los boxeadores, sino de la misma manera en que alguna gente pega puñetazos en mesas o puertas para desfogar sus nervios. Bernardo se tambaleó y, echándose hacia delante, se abrazó a Collado. El árbitro se interpuso y de un empujón los separó. Barba avanzó, esquivó el gañafón que le tirara Collado, y volvió a abrazarse a él. El árbitro los separó. Bernardo, los puños ante el rostro, el cuerpo inclinado hacia delante, esperó la llegada de Collado, y cuando recibió el primer golpe, en vez de intentar esquivarlo, puso rodilla en tierra, y en el momento en que el árbitro, tras alejar a Collado a un rincón neutral, comenzaba a contar, Bernardo se puso en pie. Collado avanzó, Bernardo le vio llegar y puso sus enguantadas manos sobre su cabeza de la manera que se cubre la cabeza el hombre apedreado; sus antebrazos le protegían el rostro y, teniendo el cuerpo encorvado, sus codos se clavaban en su estómago. En esta posición aguantó la lluvia de golpes que Collado desencadenó sobre él, hasta que volvió a poner la rodilla en tierra. Agarrándose a Collado, hincando la rodilla y aguantando los golpes en la postura de un animal apaleado, Bernardo aguardó el golpe de gong que dio fin al asalto.

Durante el intermedio, los comentarios fueron unánimes: Collado había quebrantado definitivamente a Barba, quien se sostenía en pie por milagro, pero durante el asalto siguiente sería puesto fuera de combate.

Al iniciarse el asalto, vimos que Barba se había recobrado un tanto, y durante los primeros segundos, Collado y Barba pelearon en igualdad de fuerzas. Luego Collado logró pegar dos buenos golpes a Bernardo y hacerle retroceder, pero Bernardo contestó golpe por golpe. A mitad del asalto se produjo el final del combate. Collado cayó. Yo no pude ver cómo recibía el golpe que le derribara, pero le vi doblar las rodillas, echar las manos para delante y quedar a gatas en el suelo. A gatas estuvo, meneando la cabeza, como si quisiera quitarse de ella un peso o una atadura. Cuando el árbitro llegó al noveno segundo de su cuenta Collado se levantó, y Barba, al verle en pie, recobró toda aquella agresividad que tuviera al principio de la pelea y, como empujado por un torrente de energía nueva, se abalanzó sobre Collado. Un raudal de puñetazos de derecha e izquierda cayó sobre el rostro de Collado. A puñetazos, Barba hacía retroceder a Collado, cuya cabeza era sacudida como una pelota de goma atada a un palo, sacudida hacia atrás para rebotar hacia delante, hacia la izquierda para rebotar hacia la derecha. Collado retrocedía, su cabeza se bamboleaba, y sus brazos, descoyuntados y sin vida, se movían en el aire en sacudidas sincrónicas con el bamboleo de su cabeza. El público, en un clamor ronco, coreaba una y otra vez su «¡Hala, hala, hala...!», pero en esta ocasión el grito no era de ánimo al que estaba venciendo, sino la expresión del ansia de ver a Collado rematado, del ansia de ver una labor terminada rotundamente, de ver a Collado exánime para siempre. En el momento en que Collado dio un cuarto de vuelta sobre sí mismo, todos nos dimos cuenta de que, pese a permanecer en pie, estaba sin sentido. El árbitro gritó: «¡Alto!» Y corrió hacia los contendientes para detener la pelea, pero antes de que llegase a ellos, Barba dio su último golpe. Fue un puñetazo preparado, lento, propinado a placer. Todo el peso del cuerpo de Bernardo acompañó a su puño en el trayecto hacia el rostro de Collado. El guante dio en plena barbilla de Collado, el cuello de éste se dobló hacia atrás, y su occipucio rozó su columna vertebral. Collado, semicerrados los ojos, quedó en pie e inmóvil, y tras tambalearse cayó de bruces.

Calder y los tres elegantes preparadores de Collado saltaron al ring al mismo tiempo, y corrieron hacia Collado, al que alzaron y llevaron en volandas a su rincón. Barba, alelado, los seguía a distancia, sin intentar ayudarlos. El público no aplaudía, sino que, fija su atención en Collado, comentaba excitado. El árbitro se dirigió hacia Bernardo, alzó su brazo en el aire, declarándole vencedor, y, con mucha prisa, bajó del ring. Calder se fue hacia Bernardo y, cogiéndole por la cintura, le acompañó, como un lazarillo a un ciego, al rincón. Ya en el rincón, Calder quitó los guantes a Barba, le limpió el rostro, le acarició las mejillas y le dio cariñosas palmaditas en el cogote. Barba parecía no darse cuenta de nada. Y Calder lanzaba ojeadas al rincón en

que estaba Collado. Collado seguía inconsciente. Uno de sus cuidadores descendió del ring y echó a correr camino de los vestuarios. Dos hombres con chaqueta y corbata —uno de ellos con sombrero— estaban junto a Collado, y el que no llevaba sombrero le tomaba el pulso. Varias voces pidieron una camilla para Collado. Pero todos vimos que movía la cabeza y murmuraba algo. Cuantos le rodeaban se acercaron más a él, y todos hicieron algo. Unos le daban masaje en las piernas, otro en el cogote, otros le ofrecían agua... El público soltó un largo grito de alivio, y, fascinado, siguió contemplando la recuperación de Collado. Cuando se puso en pie, estalló una larga ovación. Barba, con la bata puesta, sin guantes, y con la toalla sobre la cabeza ocultándole el rostro, se dirigió hacia Collado. Los dos hombres se abrazaron, y Barba besó a Collado, y los dos, enlazados por el medio abrazo de sus brazos sobre sus espaldas, avanzaron hacia el centro del ring para saludar al público.

Cuando los dos boxeadores salieron del cuadrilátero, los focos se apagaron. Un obrero con mono y boina subió al ring y, hábilmente, abatió los cuatro palos y desanudó las cuerdas. El público desfilaba lentamente hacia la salida, comentando y discutiendo.

Fui a los vestuarios y, tras colarme por entre la multitud, me encontré ante dos guardias que me prohibieron la entrada. Les mostré la cartulina que me diera Calder, y me dejaron pasar. En los vestuarios había muy poca gente, y los que allí estaban hablaban en voz baja. Ante las puertas siete y tres, había guardias. Los que estaban ante el cuarto de Bernardo no me dejaron pasar; yo les mostré mi cartulina, pero ellos, sin mirarla, dijeron que no. Les dije que avisasen a Calder, y uno de ellos lo hizo.

Calder asomó la cabeza, y al verme tuvo un gesto de contrariedad. Dijo:

—No puedes pasar, hijo. Mañana, mañana le verás. Y desapareció.

Salí a la calle. La noche era fresca y la calle estaba desierta. Solamente pequeños grupos de aficionados, parados ante las puertas de luces apagadas del local, comentaban aún los lances de la pelea. Los faroles alumbraban débilmente, las puertas de las casas estaban cerradas, y un viento demasiado frío corría a lo largo de la calle. Yo me sentía desconcertado y nervioso. Las imágenes de la pelea estaban en mi mente y me producían inquietud, sensación de tener que hacer algo, de tener que gastar energías de una manera u otra. Estuve paseando por las desiertas calles de la ciudad hasta que amaneció. Entonces fui a la estación y cogí el primer tren para la pequeña ciudad en que Barba y yo vivíamos.

Al día siguiente, al atardecer, me enteré de que Charly Collado había muerto. Lo leí en el periódico. Decían que, tras de recobrase del *knock-out*, se trasladó al hotel, y que allí sintió vahídos y sufrió un desvanecimiento del que no se repuso, muriendo a las cinco de la madrugada. También decían que la causa de su muerte había sido la fractura de una vértebra cervical. Los compañeros de la fábrica me dijeron que Barba

estaba muy mal. Fui a su casa, y allí las hermanas y la madre me dijeron que Bernardo dormía, que había recibido un castigo muy duro, pero que se encontraba bien.

A los tres días, ya estaba Bernardo de vuelta en la fábrica. Su rostro lucía las huellas del combate, pero él ya estaba pensando en sus próximas peleas, entre las que figuraba la que le daría el título nacional.

El mismo día en que Barba regresó a la fábrica, yo le esperé a la salida y anduve con el grupo de chavales que le rodeaban y le miraban como a un dios. En cuanto quedamos solos, le dije:

—Bernardo, quiero boxear.

Me miró, sonrió y repuso:

—Tú no sirves para eso.

Yo pregunté:

—¿Por qué no sirvo?

Barba sonrió otra vez. Dijo:

—Hay que tenerlos bien puestos.

Yo siempre he creído que, en este mundo, todos los tenemos bien puestos cuando nos interesa. Y repetí:

—¿Por qué no sirvo?

Él tardó en contestar. Y transigió:

—Como quieras, pequeño. Cuando te parezca, te llevaré al gimnasio.

Capítulo II

EL GIMNASIO estaba fuera de la ciudad, allí donde la calle era ya camino de tierra a cuyos lados se extendían los verdes campos, los huertos de coles, acelgas, escarolas, de plantas de patata y alegres plantas de tomate. En aquel paraje se alzaba alguna que otra edificación fabril, destartalada y grande, trazando el humo gris de las chimeneas largos garabatos en el cielo, azul y blanco. El barracón estaba a la derecha del camino.

Faltaba poco para la caída de la tarde. El aire era limpio y el sol aún iluminaba los campos verdes y la cadena de pequeñas montañas amoratadas, tan cercana. Había silencio en la tarde, y Bernardo y yo caminábamos sin hablarnos. Yo estaba inquieto ante mi próxima presentación —como aspirante a boxeador— a Hilario Calder. Pensaba que de aquello no le diría ni una palabra a mi mujer, y a los compañeros de la fábrica tampoco.

El barracón, a la derecha del camino, era una estación de gasolina. Adentro había penumbra, y un empleado vestido con mono blanco leía el periódico junto a la bomba, roja y azul. Alzó la vista y saludó a Bernardo: «Hele, campeón...» Al fondo estaba el taller mecánico. Su oscuridad era rota por las zonas redondas de luz blanca de las bombillas en el trípode de hierro negro. Olía a hierro, a hierro caliente, a sebo, a goma quemada y a polvo de carretera. El suelo estaba húmedo de agua, aceite y petróleo mezclados, y en el aire sonaban los martillazos sobre el hierro. Junto a los camiones, los automóviles y alrededor de piezas de motor y motores trabajaban los obreros. Por la puerta del fondo entramos en otra cuadra.

Era grande y estaba desierta. Por los ventanales en la pared del fondo y en las de la derecha e izquierda, entraba la luz del atardecer. En medio había un cuadrilátero alzado cosa de medio metro sobre el suelo, y al lado una tarima, también de cuatro lados. A lo largo de las paredes estaban las espalderas, las escaleras horizontales y las inclinadas, los sacos de arena colgando del techo, y los palos con tablero horizontal al suelo y la amelonada pelota del *punching* pendiente del tablero. En su soledad y silencio, la sala de gimnasia tenía cierta grandeza parecida a la de una iglesia vacía. La luz del atardecer era dorada y no llegaba al suelo, sino que, penetrando horizontalmente por los ventanales, los rayos del sol que se iba se cruzaban en el aire sobre los dos rings. Hasta allí llegaban, amortiguados, los golpes de martillo sobre hierro. Dije:

—¿Aquí te entrenas?

Bernardo me miró y preguntó:

—¿Qué?

Yo insistí:

—¿Te entrenas aquí?

Y él contestó:

—Sí.

Bernardo abrió la puerta del fondo.

Estábamos en un patio vallado. En medio se alzaba otro cuadrilátero, y a lo largo de una de las vallas había un par de espalderas. Al fondo se alzaba una caseta parecida a las que hay en los establecimientos de baños de mar, pero un poco más grande. Dentro del cuadrilátero, sentado en una silla, con un cigarrillo entre los dedos y la mirada perdida más allá del patio, en el aire, estaba Hilario Calder. Sin necesidad de mirarnos se dio cuenta de nuestra llegada, y en sus labios se dibujó la sonrisa de dolor de estómago. Miró y saludó:

—¡Hola, Bernardo!

Vestía jersey azul, de cuello alto, pantalones de pana de color tostado y calzaba alpargatas blancas.

Bernardo saltó dentro del ring y allí hizo un par de movimientos de pelea, se dejó caer de espaldas contra las cuerdas y dejó que éstas le lanzasen —por la fuerza de muelle que tienen las cuerdas atadas a palos— hacia delante, y entonces se dejó caer sobre las cuerdas del otro lado y saltó hacia delante con los puños en guardia listos para arremeter.

Calder le había contemplado sonriente. Preguntó:

—¿Cómo te encuentras hoy?

Barba dijo:

—Bien.

Dio un par de puñetazos al aire y añadió:

—Mira, te traigo a un amigo que quiere boxear.

Calder me miró. Yo estaba abajo. Saludé:

—Buenas tardes.

Calder le preguntó a Bernardo:

—Este es el que vio tu combate con Collado... ¿no?

Barba asintió de un cabezazo. Y repitió:

—Quiere boxear.

Yo asentí.

—Sí, señor.

Calder preguntó a Bernardo:

—¿Sientes mareo o sueño?

Bernardo, sin dejar de moverse en el ring, como si pelease, contestó:

—Un poco de sueño...

Calder dijo:

—Haz piernas y respiratoria. Y nada más.

Barba saltó fuera del ring y entró en la caseta, al fondo. Calder me preguntó:

—¿Cuánto pesas?

Yo no sabía eso.

—No sé.

Pero Hilario Calder no había prestado atención a mi respuesta. Su vista estaba fija en el aire. El sol, sobre la cadena de montañas, era redondo y flameante, de color de llama de leño. Yo me sentía incómodo. De buena gana me hubiera ido de allí para jugar la diaria partida de dominó con los compañeros. Me estuve inmóvil contemplando la puesta de sol. Me parecía triste. Los golpes de martillo sobre hierro se oían como un rumor lejano. Un vientecillo fresco llegaba de la parte opuesta a las montañas, seguramente del mar, y estremecía la delicada armazón de cañas y tallos de las tomateras plantadas fuera de la valla. En el aire libre, puro, se veían las volutas de humo azul del cigarrillo de Calder, destrenzándose y desapareciendo al empuje del vientecillo.

Bernardo salió de la caseta. Vestía un mono de deporte, azul desteñido, con las palabras «Bernardo Barba» escritas sobre el pecho, en letras rojas. Saltó la valla y echó a correr por el sendero que dividía los dos sembrados al frente, camino de la cadena montañosa. Corría despacio, rítmicamente, y al compás de sus zancadas alzaba sus brazos al cielo para luego bajarlos, en una sacudida enérgica, a lo largo del cuerpo.

Me aparté del ring para apoyarme en el vallado.

Al poco rato comenzaron a llegar grupos de muchachos. Todos ellos obreros. Gente tres o cuatro años más joven que yo, chavales en realidad. Entraban en la caseta, sin saludar a Calder, y salían de ella en calzones de gimnasia y camiseta. Pronto dejaron de llegar. Y era casi de noche. La caseta tenía el color gris ceniza, el aire no recibía la luz del sol, y las tomateras, más allá de la valla, eran amarrotadas, destacando en el aire gris, por oscuras, más grises aún. En la escasa luz, la figura de Calder, sentado dentro del ring, parecía jorobada.

Hilario Calder saltó fuera del ring y, al pasar junto a mí, puso la mano sobre mi hombro derecho y me guió hacia la cuadra.

Bajo la luz amarilla de un solo foco pendiente del techo, todos los que yo había visto entrar en la caseta estaban entrenándose. Sus figuras de niños con pantalones cortos pendían y avanzaban —pendiendo— a lo largo de las escaleras horizontales; y pendiendo, subían y bajaban las escaleras inclinadas; firmes ante las poleas movían los brazos en un ritmo monótono de uno-dos; encima del cuadrilátero, un par de muchachos, protegidas sus cabezas por cascos de cuero negro, boxeaban lenta, concienzudamente. Y en un extremo, un grupo ordenado en hileras hacía gimnasia.

La mano de Calder sobre mi hombro me condujo hacia el grupo de los que hacían gimnasia. Frente al grupo había un hombre en camiseta roja y pantalones blancos. Era delgado, sus piernas parecían cañas y su rostro, largo y pálido, estaba desfigurado por

los puñetazos, pero en contra de lo que yo había observado en todos los boxeadores, su nariz, aunque torcida hacia la mejilla izquierda, era aguileña. Su cabello era negro y lo llevaba largo, peinado hacia atrás y untado con brillantina. Sus cejas estaban rotas, y, en el rostro, estrecho, austero, destacaba contradictoriamente una boca de labios gruesos, hinchados. Sus ojos, negros, pequeños y juntos, separados solamente por el estrecho puente de la nariz, se movían inquietos. Hilario Calder le dijo:

—Mira, Lázaro, éste es un amigo de Barba y quiere boxear. Procura que haga gimnasia.

Todos los muchachitos que hacían gimnasia, me miraron. Sentí un puñetazo en la espalda y oí la voz de Bernardo:

—Oye, Lázaro, éste es amigo mío.

Lázaro se vino hacia mí y me dijo:

—Si quieres empezar, ponte en el grupo. Mañana tráete unos calzones cortos y alpargatas.

Me uní al grupo de muchachos que se ejercitaban a las órdenes de Lázaro.

Estuve largo tiempo, quizá dos meses, yendo cada día a la cuadra de Calder, sin que allí hiciera otra cosa que gimnasia. Llegaba y, sin cambiar palabra con los demás asiduos, me unía al grupo de muchachitos y con ellos hacía gimnasia. Durante los ejercicios, oía el martilleo constante en el garaje, y veía, sobre el cuadrilátero, las figuras de los boxeadores que, en movimientos lentos, fingían un combate bajo la dirección de Calder, que, al borde del ring, corregía sus movimientos, les chillaba censuras, los aprobaba con secos «¡bien!», los obligaba a repetir con un «¡otra vez!»...

Con los días fui conociendo a los que allí iban.

Lázaro era el hombre de confianza de Calder, pero entre ellos dos había hondas diferencias. Me parecía que el principal cuidado de Calder era evitar que Lázaro llegara a creerse tan importante y con tanto mando, dentro del gimnasio, como él. Lázaro, según me dijeron, había sido un boxeador de cartel, pero en aquellos tiempos estaba ya viejo, y solamente boxeaba para servir de «piedra de toque» a algún boxeador venido de fuera con ánimos de escalar cumbres. Lázaro, a lo largo de su carrera, había aprendido todos los trucos del boxeo: sabía pegar con los codos, dar cabezazos, agarrarse al contrario inmovilizándole, empujar con el cuerpo, fingir haber recibido golpes bajos... Todas las malas artes del boxeo le eran conocidas y sabía utilizarlas con tal gracia y disimulo, que resultaba difícil darse cuenta de que las practicaba. Sus adversarios, los «fenómenos» que se presentaban al público por vez primera, las pasaban moradas frente a Lázaro. Él estaba orgulloso de su sapiencia, pero reconocía que era solamente el resultado de muchos años en el ejercicio de su profesión. Lázaro no trabajaba. Su única ocupación era ayudar a Calder en el

gimnasio, y, de vez en cuando, pelear. Era hombre de gran amor propio y le gustaba que le respetasen como a un maestro. Antes de salir del gimnasio, se peinaba con gran cuidado. Solía vestir un traje negro con rayas verticales blancas, siempre llevaba corbata, y calzaba zapatos puntiagudos, negros y relucientes. El prestigio de Lázaro en el gimnasio era grande. Entre nosotros tenía fama de «casar» hombres; se decía que el boxeador que peleaba con Lázaro quedaba maltrecho para el resto de sus días, porque él, con sus cabezazos, codazos, disimulados golpes de rodilla en el vientre y puñetazos propinados allí donde más daño podían causar, lograba producir lesiones internas de las que su adversario se resentiría en los combates subsiguientes. Él sabía esto y estaba orgulloso de ello.

A los que hacíamos gimnasia, Calder nos llamaba «mis leones». Los «leones» eran muchachos de dieciséis a veinte años que aspiraban a todo cuando lleva consigo el boxeo, excepto pelear. Hubieran deseado tener el rostro martilleado, las cejas partidas, la nariz rota, las orejas abolladas y la mirada inexpresiva, de serenidad leonina, del boxeador veterano. Para lograr esto hubieran pagado dinero, quizás hubieran soportado una operación en la que un médico, con un bisturí, les hubiese dibujado en la carne las heridas, pero a lo que no estaban dispuestos era a enfrentarse con otro peleador, a soportar asalto tras asalto el castigo en el rostro, a aguantar minuto a minuto el esfuerzo de pelear con el rostro deshecho, recibiendo golpes sobre las heridas abiertas, y sin dejar de contestar puñetazo por puñetazo. Perdían horas en el gimnasio, deseaban ser boxeadores; pero casi todos, cuando se les ofrecía la posibilidad de pelear, la rechazaban. En compensación de estas horas perdidas, presumían de boxeadores en los talleres en que trabajaban, e imitaban los modales de Bernardo, Lázaro, José Comellas, García-Paredes, Hortensio Forns y todos los demás boxeadores que frecuentaban el gimnasio de Calder. Vestían jerseys de colores, y pantalones ceñidos y arrugados, calzaban zapatos de lona, y andaban por la calle con una pelotita de goma en la mano, presionándola con los dedos contra la palma para «hacer muñeca» y desarrollar los músculos del antebrazo, y en sus infantiles rostros intentaban lucir la expresión de piedra de Bernardo Barba... Calder los llamaba, con su cazurra ironía, con su sonrisa estomacal, «mis leones», y albergaba la esperanza de que entre ellos apareciesen, poco a poco, los hombres que debían sustituir, al paso del tiempo, a aquellos que formaban su cuadra de peleadores profesionales.

Después de Bernardo Barba, los boxeadores más destacados en el gimnasio eran José Comellas y Jim Echevarría. Cuando cualquiera de estos dos subía al cuadrilátero para «hacer guantes», Calder nos convocaba a nosotros, los «leones», alrededor del ring, para que presenciásemos el ejercicio y aprendiéramos. Comellas era un muchacho de facciones negroides y piel blanca, hijo de padres cubanos, que boxeaba con gestos desmadejados, suaves, perezosos, con una media sonrisa en sus gruesos labios y expresión de lánguido desafío en sus ojos. Calder le mimaba. Según decían,

Comellas, pese a pelear con muy buen estilo, perdía gran parte de sus combates debido a que carecía de coraje. Sus contrincantes ganaban puntos durante los primeros asaltos sin que José Comellas se inmutase, ya que solamente estaba atento a la belleza de su boxear. Cuando, ante los apremios de Calder, intentaba reaccionar, era demasiado tarde, se sentía cansado, y el margen favorable a su adversario difícilmente podía ser superado a lo largo de los asaltos restantes. Pese a ello, los últimos asaltos de sus combates enardecían a los espectadores porque les proporcionaban la emoción de la carrera, la emoción de ver si, con el poco tiempo que tenía a su disposición, Comellas podría remontar la diferencia favorable a su adversario. Entretanto, Calder seguía mimando a Comellas, esperando que algún día se despojase de su pereza antillana y luciese, durante todo un combate, cuanto de boxeo sabía. Otra cosa que obstaculizaba su carrera era su desmedida afición a las mujeres. Esto era algo incorregible en él, contra lo que Calder ni siquiera intentaba luchar.

Jim Echevarría era un muchacho muy joven, de la edad de los leones casi. Era bajito y delgado, tenía el cabello negro y rizado, como el de un moro, y facciones móviles, impropias de un púgil, de ojos pequeños y nerviosos. Jim boxeaba con gran rapidez de movimientos, un poco embarulladamente; pero, pese a la velocidad con que sus puños se movían, él siempre regía con la cabeza los puñetazos que propinaba, es decir, producía la sensación de pelear a tontas y a locas; pero no era así, ya que su cerebro, muy rápido, era siempre el que ordenaba los movimientos de sus manos. Con su velocidad desconcertaba al adversario. Se decía de él que sus golpes carecían de fuerza, que «no pegaba ni un sello». Era divertido ver los entrenamientos de Jim Echevarría contra Lázaro. Lázaro intentaba todos sus trucos, todas sus viejas marrullerías, y Jim siempre le daba en la cresta, veía llegar el truco de Lázaro, lo esperaba, y Lázaro bajaba del cuadrilátero malhumorado, humillado casi. Y Calder sonreía sarcásticamente.

La estrella, en el gimnasio, era Bernardo Barba. A éste ni siquiera se le veía entrenarse. Hacía gimnasia fuera del local, solo, y cuando regresaba a la cuadra se sentaba junto a Calder y charlaba con él mientras sus ojos seguían los entrenamientos de los demás. Luego, a la hora en que todos nos íbamos, Bernardo se quedaba, y Calder convocaba a alguno de los más destacados para que le sirviese de adversario. Siempre me sorprendió, no pude habituarme a ello, la diferencia existente entre el Bernardo Barba que yo trataba en la fábrica y aquel que se entrenaba en el gimnasio. En casa de Calder, Bernardo era un hombre grave, seguro de sí mismo, a quien todo el mundo respetaba, y cuando hablaba, con su entonación lenta, su razonamiento especial, se le escuchaba con atención. Y, contemplándole en el gimnasio, me parecía imposible que Bernardo, en la fábrica, pudiese caer en aquellos extremos de simpleza en que el más porro de nuestros compañeros de trabajo le hacía caer. Conocía a

Bernardo desde hacía tres años y recordaba bien sus primeros tiempos de boxeador, y las escenas que se producían todos los sábados por la mañana, cuando Bernardo acudía a trabajar con el rostro deformado y tumefacto por los golpes recibidos la noche anterior. Había un hombre que trabajaba en la misma cuadra que nosotros y que se llamaba Pedros: siempre era éste quien comenzaba la gresca saludando a Bernardo con grandes gritos: «¡Mira, aquí está Barba, el campeón!» Todos mirábamos a Bernardo y le veíamos con el rostro hecho cisco, vestido con sus ropas de trabajo, rotas y manchadas. Imaginábamos sus sueños de gloria, de los que su rostro era testigo, y no podíamos evitar la risa. Al oír las carcajadas, Bernardo componía en su maltrecho rostro una expresión de teatral dignidad, y nuestras risas arreciaban. Pedros insistía: «Ayer le afeitaron a puño a Bernardo. ¿Eh, Bernardo? Tú no gastas en barbero, ¿eh?» Otro, animado, seguía: «Ayer también ganó la pelea Bernardo. Se le nota en la cara...» Y otro: «Bernardo dejará pronto la fábrica por el boxeo. El boxeo le da más...» Y otro remataba: «Para el pelo le da más». Y otro añadía: «Sí, reíos, reíos de él. Cuando sea campeón del mundo, ya veréis...» Y Barba abandonaba su expresión de dignidad para contestar las frases: «¡Pues sí ganó!» «¡Quizá sí que deje la fábrica! ¡Con vosotros dentro!» Y daba largas explicaciones sobre el combate, contaba punto por punto cómo se había desarrollado la pelea, justificaba su derrota con un «golpe en frío», daba las culpas al árbitro y acompañaba sus explicaciones con largos argumentos técnicos que nadie comprendía. Y para hacerse comprender, se ponía en guardia en medio de la cuadra y, ceñudo, atento y grave, peleaba contra un inexistente adversario, daba golpes al aire, esquivaba acometidas inteligentemente, abría y cerraba la guardia... A su alrededor se formaba un corro que le jaleaba, reía y gritaba. Muchas veces le dije a Bernardo que no hiciera caso al Pedros ni a nadie, que se portase como si no oyera sus palabras, y Bernardo me dio siempre la razón y me prometió dejar de hacerles caso. Pero no podía cumplir su promesa. Cuando Pedros le saludaba con su «¡Mira el campeón!», yo veía que Bernardo se descomponía. Y a los pocos segundos ya estaba perdido en el laberinto de sus explicaciones y haciendo el mico en medio de la fábrica. Todos reían, y yo también, porque, realmente, Bernardo daba risa vestido con sus pantalones remendados, calzado con alpargatas viejas que se le salían de los pies, y en su rostro, hinchado y amoratado, con marcas de sangre en las heridas, la expresión feroz de combatiente contra el aire.

Un buen día, Bernardo, ante la sorpresa de todos, se calzó el campeonato regional para aficionados en pesos plumas. Al día siguiente se le recibió en silencio y yo vi que Bernardo andaba inquieto, nervioso, y echando de menos las pullas que le permitían explicarnos el combate. En los días siguientes, vencida la sorpresa, las bromas se reanudaron, tomando en esta ocasión el rumbo de exagerar la importancia del triunfo de Bernardo. Le preguntaron que cuándo se iba a comprar automóvil, le

presentaban papeles para que los firmase, se referían a sus éxitos con mujeres... Y Bernardo, al oír todo esto, sonreía y balanceaba la cabeza sin poder ocultar su satisfacción, como si todo ello fuese una ambición codiciada por él, y que al oírlo mencionar, aun en burlas, le conmoviera, porque la mención acercaba su sueño a la realidad. Comentaba Pedros: «No, no me extraña que las mujeres se te rifen... Con esto de ser campeón... Y, además, de perfil no eres feo... A ver, Bernardo, ponte de perfil». Y Bernardo se ponía de perfil, avergonzado y satisfecho, para que viésemos si era feo o no. «Y luego, cuando te compres el automóvil.» Y Bernardo se ruborizaba, reía, meneaba la cabeza y pateaba el suelo.

Al combate para el título nacional entre aficionados fueron muchos de mis compañeros. Yo no. Pero, según me contaron, Bernardo recibió una paliza terrible. Tuvo que guardar cama varios días y, cuando regresó al trabajo, estaba soñoliento, embrutecido aún. También le gastaron las bromas habituales; pero Bernardo, en su estado de embrutecimiento, no tuvo ánimo para contestarlas.

En aquellos tiempos, Barba me tomó por confidente. Y un día me comunicó que se pasaba al campo profesional. Dijo que como aficionado ya no podía llegar más alto de lo que había llegado. Y que como profesional iban a pagarle doscientas pesetas por combate. Comenzó a boxear en las peleas preliminares, en aquellas en que la sala está casi vacía y los espectadores van llegando, se sientan, abren los periódicos de la noche, y sus ojos alternan la lectura de las noticias con los lances en el cuadrilátero. El nombre de Bernardo constaba en los carteles, y bajo su nombre estaba su presentación: «Bernardo Barba, el combativo púgil local». En los periódicos, tras el comentario a los combates principales, aparecía un párrafo en el que casi siempre se leía lo mismo «X. X. venció por puntos a Bernardo Barba, quien hizo una magnífica exhibición de sus grandes dotes de encajador...» «En el preliminar, el impávido Bernardo Barba fue vencido por puntos...»

Este período, en la carrera de Bernardo, duró unos dos años aproximadamente. El verle hecho un eccehomo todos los sábados era cosa rutinaria. Las bromas eran también rutinarias, y las payasadas de Bernardo siempre las mismas. Sin embargo, el director de la fábrica dio a Bernardo el destino de ayudante del conductor de la camioneta, pese a que el conductor no necesitaba ayudante. Bernardo dejó de trabajar en la nave, para pasarse largas horas en el huerto haciendo gimnasia. Pero todos los sábados, como aquel que no quiere, se daba un garbeo por la cuadra para que viésemos su rostro, aquel testigo de sus hazañas.

Un día Bernardo me confió: «Ahora van a presentar a un fenómeno. Como piedra de toque me han puesto a mí. Le voy a dar para el pelo al fenómeno ese». Yo no hice caso. Y Bernardo ganó al fenómeno por fuera de combate. A partir de entonces entró en el camino que pisan los buenos boxeadores. Peleaba el último o penúltimo combate de la velada y vencía con frecuencia. Cobraba más dinero, y el patrón de la

fábrica le llamaba a su despacho para charlar con él, porque, al parecer, creía que tenía a una celebridad en su empresa. Fue relevado de su cargo de ayudante del conductor de la camioneta, y Bernardo vivía a su antojo, dormitando por los rincones, correteando alrededor del patio, haciendo gimnasia o tomando el sol en el jardincillo ante la entrada, de charla con el portero, el manco Mateo. Bernardo engordó, y pasó del peso pluma al ligero, y del ligero al *welter*. Parece ser que este cambio en su peso le fue ventajoso, ya que desde que comenzó a militar en el *welter* sus victorias se hicieron más frecuentes. Él decía: «Ahora estoy en mi peso natural». Y los periódicos se referían a su «formidable pegada», le nombraban como «el demoledor Bernardo Barba» y le llamaban «experto púgil».

Así llegó al combate con Charly Collado.

Desde que yo comencé a frecuentar el gimnasio de Calder y vi lo que Barba representaba allí, y cómo se portaba, las burlas de Pedros y los otros me parecían fruto de la ignorancia, como las risas que algunos ofrecen ante las vestiduras de un visitante árabe. Y comprendí que cada uno es, en gran parte, según se le trate. Lo que le ocurría a Bernardo, seguramente les ocurría también a los demás boxeadores que frecuentaban el gimnasio. Aquella gente que en el gimnasio era bien considerada, que tenía deberes y responsabilidades, cuya personalidad era conocida y estudiada, que, en fin, eran individuos claramente determinados en su manera de ser, y de cuyos actos se derivaban consecuencias importantes, eran, todos ellos, obreros como Bernardo y como yo, gente que lavaba madejas en las grandes bañeras, que cargaba paquetes en los camiones, que hacía trabajos que cualquier otro hubiera podido hacer. ¿Qué importaba, en la fábrica, que el hombre que cargaba los paquetes a sus espaldas se llamase José Comellas o Jim Echevarría? Cualquiera podía hacer aquello; pero era necesario que alguien —cualquiera— lo hiciese, y el que lo hacía no era José Comellas o Jim Echevarría, sino «el-que-carga-los-paquetes».

Antes de ir al gimnasio, mejor dicho, antes de comenzar a boxear, yo nunca fui Luis Canales. En la fábrica yo era «el-que-lava-las-madejas» —exactamente lo que yo hacía—. Y en mi casa, con mi mujer y mis hijos, tampoco lo fui. Yo creo que en mi casa, ante mi mujer y mis hijos, yo fui solamente yo, nunca Luis Canales. Es muy difícil de explicar.

Mi mujer y yo nos llevábamos bien. Apenas hablábamos, porque no teníamos nada que decirnos, y tampoco teníamos problemas porque nuestras dificultades de cada día eran cosa sabida y no las considerábamos como problemas; solamente de vez en cuando ansiábamos que desapareciesen de la misma manera que desaparecen las nubes del cielo. De vez en cuando, Luisa se ponía de mal humor, sin motivo determinado, y me chillaba y se quejaba, pero yo a esto jamás le di importancia. Me casé estando en el servicio militar. Recuerdo la tarde en que luego de la clase de moral militar, de labios del sargento Buñuel, cuando yo me disponía a echar una

siesta antes de que llegase el momento de la revista y luego la salida a paseo, entró en la compañía un gastador. Y al poco rato, el sargento Buñuel me llamaba a su cuarto. Con él estaba el gastador, y los dos sonreían complacidos. El sargento Buñuel me dijo: «Dentro de dos minutos te me presentas a punto de revista». Yo salí y me vestí. No sabía el porqué de aquel llamamiento, pero suponía que no podía ser para nada bueno. En el ejército estas cosas nunca ocurren para bien, y además las sonrisas de Buñuel y el gastador eran inquietantes. Me presenté a Buñuel: «A sus órdenes, mi sargento». Él se puso en pie y examinó mis ropas, mi rostro y mis manos, como un gitano puede examinar una caballería que desee comprar. Me dijo: «Das asco. Vas más guarro que nunca...» Pero en lugar de arrestarme «por cerdo», como solía decir, me dijo que me apartase de su vista. «¡Anda, desgraciado! ¡Vete de mi vista! ¡Vete antes de que me arrepienta!» Y en voz baja añadió: «El coronel quiere verte...» Y sonrió satisfecho. El gastador y yo salimos de la compañía, bajamos la escalera y cruzamos el patio de armas, silencioso y desierto, iluminado por el sol de la tarde de verano. Entramos en el pabellón de oficinas y, por la escalera de mármol, subimos al segundo piso. Aquello no parecía un cuartel. El suelo estaba cubierto por una alfombra verde, roja, amarilla, azul y blanca, y del techo pendían lámparas que semejabán de cristal. El gastador era un tipo al que yo conocía un poco porque antes de enchufarse estuvo en mi compañía. Por esto yo le pregunté qué quería el coronel, y él me dijo que la madre de Luisa había estado allí por la mañana. Yo pensé que lo iba a pasar muy mal. Pero me equivoqué. Entramos en el gran despacho y vi a Usía, sentado tras la mesa, leyendo unos papeles. Alzó la vista y yo dije: «A las órdenes de Usía, se presenta el soldado Luis Canales Santos, de la tercera compañía del segundo batallón». Y me dispuse a aguantar cuanto me fuese lanzado a la cabeza. Pero el coronel me trató muy bien. De entrada me llamó «hijo», y dijo que un coronel es como el padre de todo el regimiento, y que él solamente quería nuestro bien, y que aun cuando a veces se mostrase un poco severo, él nos quería, y su severidad se debía a que nos amaba a todos como a hijos. Parecía emocionado. Yo recordaba sus arrebatos, y pensaba que no estaba diciendo la verdad, pero yo decía de vez en cuando «sí, mi coronel», porque tenía miedo de que le diese el ataque aquel en que se le ponía el rostro rojo como un pimiento, tieso el cuerpo, y sus manos temblaban y comenzaba a cargarse a todo el mundo a su alrededor. Pero en aquella ocasión estaba lejos del ataque. En su rostro, grande y carnosos, había una sonrisa dulce, paternal. Me explicó lo que significaba ser padre y yo asentí con un «sí, mi coronel» y una sonrisa filial. Tras esto me dijo que él ya sabía lo que había ocurrido con Luisa, y me lo explicó. Por último me dijo que él nunca me obligaría a casarme con Luisa, no, eso nunca, pero que me aconsejaba que me casase. Me habló de lo honrada y buena mujer que Luisa era, el hijo «fruto de tus entrañas» —las mías—, y me señaló con el dedo; de la Patria, de la Bandera, del Uniforme, de Dios, el Cielo y el Infierno... Yo iba

diciendo «sí, mi coronel», y temblaba al pensar en el momento en que el coronel me conminase a contestar sí o no. Pero no lo hizo. Cuando yo menos lo esperaba, terminó su discurso, miró su reloj de pulsera, y me dijo: «Puede usted retirarse». Lo dijo en el mismo tono en que lo hubiera dicho si, en lugar de haberme hablado dulcemente, me hubiese echado una bronca. Salí del despacho.

Regresé a la compañía, me quité el correaje y las botas, y me tumbé en la cama. Me sentía cansado. Y estaba contento de que aquel problema hubiese estallado de una vez. La tormenta ya había pasado. Y yo no deseaba casarme con Luisa ni con nadie. Pero estuve tranquilo poco rato, porque vino el cura. Le vi entrar y dirigirse rectamente hacia mi camastro. Yo me puse en pie, pero él me invitó a tumbarme otra vez. Dijo: «¡No, hijo, no! Yo no vengo para molestar a nadie, sigue como estabas...» Yo me quedé en pie, pero el páter me empujó para que me tumbase en la cama, y vi que no me quedaba otro remedio que tumbarme para que el hombre estuviese contento, pero cuando estuve tumbado me pareció que aquello era excesivo, y pude ver que al cura también le parecía demasiado. Opté por el término medio y me senté en el camastro. El cura también me dijo que él era el padre de todo el regimiento, que Luisa era muy buena, que yo tampoco era malo, me habló del inocente fruto de las entrañas de Luisa. Me dijo que yo era libre de casarme o no casarme, pero que diese una alegría a aquel pobre viejo —él—, y dijese que sí. Daba lástima. Yo dije que sí; que si él quería, me casaría con Luisa. Y entonces el páter dijo que quería que yo me casase, pero no por la fuerza, sino libremente, «¡De corazón!», gritó, y se arreó un puñetazo en mitad del pecho. También se despidió sin pedirme una respuesta.

Aquella misma tarde vi a Luisa. Al coronel y al cura yo no pude decirles lo que pensaba, pero a Luisa sí que podía. Y se lo dije. Creo que me porté mal. Le eché las culpas de todo. Y Luisa no dijo palabra. Lo único que hizo fue llorar. Lloraba mansamente, y de vez en cuando me daba un beso en la mejilla y volvía a llorar. Por la noche no pude dormir. Y al mes siguiente Luisa y yo nos casábamos.

Luisa y yo vivimos en paz. Es decente y quiere mucho a los niños. Luisa tiene solamente una afición: el cine. Todos los domingos tiene que ir al cine, pase lo que pase. Aunque esté nevando, aunque tengamos que cruzar bajo la lluvia los campos embarrados que rodean el grupo de casas en que vivimos, tiene que ir al cine. En cierta ocasión tuvo un dolor de muelas que le impidió pegar un ojo en toda la noche del sábado, y el domingo se levantó con una mejilla como un globo. Pues fue al cine. Dijo que en el cine se le pasaría. A veces me he preguntado si Luisa es guapa o fea. No lo sé. Creo que Luisa es solamente mi mujer. Yo la llamo «mi mujer» y los otros la llaman «tu mujer». Si yo veo a una mujer guapa por la calle, enseguida pienso en lo que ya se pueden ustedes imaginar, pero lo que una mujer guapa despierta en mi imaginación Luisa no lo ha despertado nunca. Luisa no es «una mujer», sino «mi mujer». Es como si no existiese. Y si me preguntasen si la quiero, tendría que

contestar sinceramente que me es indiferente. Ahora bien, si Luisa muriera, yo me sentiría mutilado, como si me hubiesen cortado los brazos, y no creo que tuviera ánimos para buscar otra y acostumbrarme a ella.

Por todo esto es por lo que antes he dicho que en mi casa yo soy solamente yo y no Luis Canales. Los míos —mi mujer y mis hijos— son una parte de mí mismo, y yo frente a ellos nunca seré Luis Canales.

Al presenciar el combate de Bernardo contra Collado, me di cuenta de que en el boxeo uno podía llegar a ser lo que uno realmente valía. Que allí había una escala de valías, y que se podía fracasar o triunfar, dependiendo ello de la propia conducta. Y que en aquel camino yo podía llegar a ser Luis Canales.

Capítulo III

TODOS LOS «LEONES», vistiendo camiseta y calzones cortos, estábamos en pie alrededor del ring. Nos sentíamos nerviosos. García-Paredes, Jim Echevarría, Forns, Comellas y todos los demás, formando una comisión de jueces, estaban sentados junto al ring. Lázaro, abajo, con calzones y camiseta, se encasquetó una chichonera de cuero, se calzó los guantes y saltó al cuadrilátero. Calder, en pie, abajo, señaló a uno de los «leones», le puso la chichonera y los guantes, y le ordenó que subiera al ring. Era un muchacho de cuello muy grueso y rostro curtido por el sol, piernas cortas y fuertes y torso muy desarrollado. Se fue a uno de los rincones y allí intentó calmar sus nervios dándose puñetazos en la nariz. Calder, desde abajo, dio una palmada ordenando a Lázaro y al muchacho que comenzasen a pelear. El chico, al llegar frente a Lázaro, extendió sus puños al frente y le saludó como si se encontrase ante una sala atestada de público. Los «leones», abajo, reímos. Calder, García-Paredes, Echevarría y sus compañeros permanecieron graves, impasibles. Lázaro retrocedió un paso, afianzando bien sus piernas, inclinó su cuerpo hacia delante y puso sus manos ante su rostro. Sus ojos, por encima de la protección de sus guantes, miraban de hito en hito, expectantes, al muchacho. Calder gritó al chico: «¡Anda, éntrale ya!» El chico movió sus puños, alternativamente, arriba y abajo, pero no intentó llegar a Lázaro. Lázaro avanzó un paso, bajó sus puños a la altura de la cintura y puso su rostro al alcance de los puños del muchacho. Calder gritó: «¡Pégale ya!» El chico bufó ferozmente por boca y nariz, y, con toda su alma, lanzó un *swing* —el golpe en que el brazo traza un semicírculo en el aire, de atrás adelante, corriendo el puño paralelo al suelo, como el movimiento de la hoz del segador— al rostro de Lázaro, quien en un movimiento leve de su mano izquierda detuvo el golpe, y su puño derecho avanzó en línea recta, directa, hacia el rostro del muchacho, propinándole un puñetazo en plena nariz. Y, luego, lenta, suavemente, sin deseos de causar daño, Lázaro tocó al chico, en rostro y cuerpo, con varios puñetazos de ambas manos. El muchacho, sin saber de dónde y cómo le llegaban los golpes, retrocedió desconcertado, con sus dos manos, enguantadas, alzadas al cielo. Y Lázaro dejó de pegarle, y avanzó hacia él ofreciéndole el rostro como una invitación a que en él pegase. El chico, al dejar de sentirse atacado, herido en su amor propio por su ridícula huida, se abalanzó sobre Lázaro con los dos puños en alto, como si quisiera hundirle bajo tierra a puñetazos. Lázaro hizo un quiebro, y el muchacho fue a dar con su cuerpo en tierra. Cayó boca abajo. Los «leones» estallamos en carcajadas, pero los otros siguieron impasibles. El propio Lázaro, en el ring, permaneció grave, con las cejas alzadas en expectativa. Cuando el muchacho, ciego de coraje, se puso en pie y vimos que se disponía a repetir la suerte, Calder le gritó: «Quieto... Quieto... Para el carro...» El chico se detuvo y, jadeante, miró a Calder en espera de instrucciones. Calder, lentamente, con

voz cargada de paciencia, le dijo: «Mira, ahora tú vas a pegarle a éste —señaló a Lázaro— todo cuanto puedas, le vas a pegar con todas tus fuerzas, y él no te contestará, no te lanzará ni un golpe para que tú pegues a gusto. ¿Entendido?» El chico asintió de una cabezada. Y Calder le ordenó: «Ándale ya». El muchacho se fue para Lázaro. Éste inclinó el cuerpo hacia delante y se cubrió el rostro con los puños. El muchacho comenzó a lanzarle golpes, y Lázaro, en movimientos suaves, mínimos, desplazando el tronco a derecha e izquierda, adelante y atrás, fue esquivando todos los golpes. Parecía que hubiesen ensayado aquel juego; Lázaro alzaba o bajaba su puño décimas de segundo antes de que el muchacho lanzase su golpe, y el puño del chico iba a estrellarse contra el de Lázaro, como si éste fuese un imán que le llamase. Los puños de ambos contendientes se movían sincrónicamente regulados por un extraño mecanismo. El muchacho jadeaba, estaba sudado y congestionado, y Lázaro seguía impassible, moviendo sus brazos con precisión de muñeco electrónico. El chico pegaba con feo estilo, como si quisiera arañar, tal como los gatos dan zarpadas, no como los boxeadores puñetazos. Y tras cada golpe que propinaba, tenía una reacción instintiva de miedo, como si quisiera echarse hacia atrás por temor a la contestación. Calder interrumpió el juego con un «¡Basta!». El chico descendió del cuadrilátero, y entregó chichonera y guantes a otro «león» que Calder le indicó.

Unos cuatro o cinco aspirantes a boxeadores subieron al ring antes de que llegara mi turno, y todos hicieron, más o menos, lo mismo que el primero. Algunos demostraron más serenidad, y casi todos lanzaron los golpes con mejor estilo. Lázaro repitió su juego casi sin variación y siempre con éxito. No recibió ni un golpe.

La chichonera bailaba en mi cabeza, y los guantes estaban mojados de sudor. Salté dentro del ring y vi a Lázaro frente a mí. Oí la voz de Bernardo: «¡Anda, Luis, demuestra que sabes!» Los ojos de Lázaro estaban fijos en los míos. Yo solamente veía sus ojos, bajo el cuero de la chichonera y sobre el cuero de los guantes. Avancé hacia él; cuando estuve cerca, retrocedí un paso y avancé otro. Lo hice sin saber por qué, de la misma manera que algunas personas carraspean antes de hablar aun cuando no sientan el picor en la garganta. Calder me gritó: «¡Pega!» Me estaba portando igual que los que me habían precedido. Lancé un golpe a tontas y a locas, y Lázaro lo detuvo con el puño. El cuero de mi guante chasqueó secamente contra el cuero del guante de Lázaro. E instantáneamente, apenas había yo oído el chasquido del golpe, vi que había dado otro golpe, con mi izquierda, al costado de Lázaro. Mis puños se movieron más rápidamente que mi pensamiento. Mi pensamiento era tan sólo testigo de mis movimientos. Mis brazos sé movían buscando golpear el cuerpo y el rostro de Lázaro, y yo veía su rostro subiendo y bajando, moviéndose a derecha e izquierda, rítmicamente, con la misma rapidez con que se movían mis puños, y sus guantes se interponían siempre en el camino de los míos. Sentía calor, coraje y angustia. Las imágenes —la chichonera, los ojos, los guantes— ante mis ojos se hicieron

imprecisas, pero los movimientos de Lázaro tornaron sentido, advertí en ellos una repetición, un ritmo, y yo lanzaba mis puñetazos arriba —al rostro—, abajo —al pecho y estómago—, a los costados... Buscando que, en aquella repetición de movimientos de Lázaro mis puños encontrasen el camino hasta su rostro o su cuerpo. Lázaro se movía más y más rápidamente, porque yo pegaba con mayor rapidez, y advertí que en más de una ocasión dudó. Redoblé la velocidad de mis golpes. Y sentí que mi puño derecho chocaba, con fuerza, contra el cuerpo de Lázaro. Mi coraje subió de pronto, dejé de ver a Lázaro y me eché hacia delante. Pegué con todas mis fuerzas, y sentí que mi puño izquierdo se estrellaba contra el rostro de Lázaro, y luego, casi al mismo tiempo, mi puño derecho dio en su estómago. Lázaro se dobló hacia delante. En el momento en que se doblaba, mis ojos vieron su cogote. Lancé un grito y, allí en el cogote, pegué dos puñetazos que dieron con Lázaro en tierra. Cuando iba a lanzarme sobre él, me sentí cogido por la cintura, por detrás, y frente a mí vi a Bernardo y a Comellas, que saltaban al ring y se dirigían hacia Lázaro. Bernardo saltó por encima de Lázaro y me gritó: «¡Calma, Luisito! ¡Calma, calma!» Y alzó sus manazas en postura de imposición de paz. El que me tenía agarrado por la cintura me empujó hacia la derecha y me sentí lanzado contra las cuerdas. Y entonces vi a Calder, a Bernardo, a Comellas y a Lázaro —ya en pie— frente a mí. El mundo del gimnasio, los detalles de las cuerdas del ring, los rostros que desde abajo me contemplaban, el sonido del martillo contra el hierro en el taller contiguo, la luz amarilla de la bombilla pendiente del techo, todo cuanto me rodeaba y que yo había olvidado durante mi pelea con Lázaro, regresó a mi conciencia. Estaba jadeante, excitado y sudoroso. Las palabras de Calder, que gesticulaba y avanzaba hacia mí, llegaron a mis oídos: «... ¡Animal! ¿Es que te has vuelto loco?» Y Calder, agarrándome por el brazo, me empujó fuera del ring. Yo salté abajo, mientras Calder, desde arriba, seguía gritando: «... ¡No quiero matones! ¡Aquí se viene a boxear!» Lázaro se había quitado la chichonera y, lentamente, se daba masaje en la nuca. Calder bajó y, rodeado por los «leones», soltó un discurso dirigido a ellos. Dijo principalmente que el boxeo es un arte noble en el que se enfrentan, y pelean de frente, dos hombres —subrayó la palabra «hombres»—; que en el mismo instante en que un boxeador cae, su adversario debe dejar de pegarle, debe esperar a que el árbitro termine su cuenta, y entonces ayudar al vencido a ponerse en pie, conducirlo a su rincón... Dijo que propinar un puñetazo en la nuca es causa bastante para descalificar a un boxeador para el resto de sus días. Yo me sentía embargado por una sensación que me era familiar. Sensación de vergüenza, desaliento e impotencia. Varias veces me han ocurrido cosas de esta índole. Soy pacífico, soy bueno y de carácter tranquilo, pero con frecuencia me paso de la raya. En ocasiones me he hallado en una discusión de la que yo he sido meramente testigo; los que eran parte en la discusión hallábanse acalorados, verdaderamente ofendidos los unos con los

otros, e insultándose, y yo he intervenido para poner paz. Al intervenir yo, todos han callado, mis palabras han ofendido a las dos partes, y todos se han vuelto contra mí como si yo les hubiera dicho lo que no puede decirse. Con Luisa me ocurrió lo mismo; éramos varios los compañeros de cuartel que los domingos íbamos al baile con Luisa y sus amigas. Y cuando Luisa quedó embarazada, todos, las amigas de Luisa y mis amigos, se pusieron contra mí, como si yo les hubiera traicionado, como si yo no fuese como ellos, y ellos estuvieran avergonzados de ser mis amigos. A veces estoy con gente que se muestra alegre —en una reunión o en el café— y todos bromean; yo miro y callo y tengo miedo de entrar en la rueda de gente que bromea, hasta que llega el momento en que pienso que sí, que sería bueno que entrase en la alegría general, y, entonces, hablo y bromeo. Y todos se callan y me miran como si dijese inconveniencias. Y esto me hiere. Por ello suelo callar. Calder estuvo hablando largo rato, y aun cuando no dijera nada en contra mía, todo cuanto decía iba contra mí. Los «leones» me miraban boquiabiertos, y los otros, los buenos boxeadores, miraban a Calder y me lanzaban alguna que otra ojeada curiosa. Cuando Calder terminó y fijó sus ojos en mi rostro, yo bajé la vista, arranqué los guantes de mis puños y los arrojé al suelo, me quité la chichonera y también la tiré al suelo. Empecé el camino hacia la caseta, fuera del gimnasio, para vestirme y luego salir de allí y no volver jamás. No estar en mi lugar y que tengan que decírmelo, me humilla, me da coraje. Al dar media vuelta para encaminarme a la caseta, oí a Lázaro:

—El chico pega duro...

Y Calder le respondió:

—Ya lo sé. ¡Y en el cogote!

Me fui.

Cuando salí, ya vestido de calle, y, con la vista fija en el suelo, crucé la cuadra hacia la puerta que daba al garaje, los «leones» estaban haciendo gimnasia y, junto al ring, Calder y sus boxeadores discutían. Al pasar junto a ellos, Calder se vino hacia mí. Yo tenía la vista fija en el suelo, pero vi su sombra en el suelo y su bulto en el aire. Me cogió suavemente del brazo. Yo me detuve, sin alzar la vista. Y él me dijo:

—¿Estás enfadado conmigo, Luis?

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Yo no contesté. Y permanecí quieto. Calder dijo:

—Tú pegas duro, chico...

Los boxeadores me miraban. Estaba seguro de ello. Y en la cuadra había silencio. Seguí callado. Calder dijo:

—Bernardo me ha dicho que ésta es la primera vez que boxejas. ¿Es cierto eso?

Claro que era cierto. Y él lo sabía. ¿Por qué preguntaba? No contesté. Y bruscamente me desasí del brazo de Calder, pero no di ningún paso hacia la puerta, sino que me quedé parado allí donde estaba. Oí a Lázaro:

—El chico pega, Calder...

Y Bernardo también habló:

—Sí pega, sí...

Calder puso su brazo sobre mis hombros y dijo:

—Mira, hijo, mañana, si quieres, comenzaré a enseñarte en serio la cosa esa del boxeo...

Se detuvo. Yo no alcé la vista del suelo porque no me atrevía a hacerlo. Calder parecía haberse dado cuenta de mi estado de ánimo, y me habló en voz baja:

—Si aprendes aprisa, te presentaré al trofeo Tomás Navarro para aficionados... Tendrás que aplicarte y trabajar de firme, porque esta competición comienza dentro de dos meses... Pero acuérdate de que cuando un boxeador cae, ya no se le puede tocar... Y que los golpes hay que pegarlos de frente, cara a cara, no al cogote como si el otro fuese un conejo...

Lázaro dijo:

—Lo hizo sin querer.

Alcé la vista y vi el rostro de Lázaro, largo y estrecho, enteco, pálido y devastado a puñetazos, que me sonreía. A su lado vi el rostro de Bernardo, también sonriendo. Yo dije:

—Sí, señor. No volveré a hacerlo.

Y todos se echaron a reír como si yo hubiese dicho algo muy gracioso.

* * *

Durante los dos meses anteriores a mi combate en el trofeo Tomás Navarro, aprendí los rudimentos del boxeo. Mi posición en el gimnasio había variado. Lázaro hurtaba tiempo a los «leones» para dedicármelo, Calder me observaba constantemente, y Echevarría, Comellas, García-Paredes y todos los demás me trataban como a un camarada y me aconsejaban. Me enseñaron a propinar los golpes que ellos llamaban «clásicos», es decir, el *uppercut*, el *jab*, los ganchos, el *crochet*, el *swing*, el directo, el cruzado; a combatir cuerpo a cuerpo, a media distancia, jugando las cuerdas, a la contra, a entrar en *clinch* y a salir del *clinch*... Todo era difícil y complicado, y debía hacerse con rapidez y precisión. Los compañeros del gimnasio estaban de acuerdo en que yo aprendía rápidamente y mostraba buena disposición para el boxeo, aun cuando quedaba por saber si mi rostro resultaría «duro» a los golpes. Bernardo estaba orgulloso de mí. A las tres semanas de haber iniciado esta preparación, Calder me pesó y dictaminó que yo era un peso gallo natural.

La estrella, en el gimnasio, seguía siéndolo Bernardo Barba. Durante aquellos dos meses yo presencié tres combates de Bernardo. Se le recibió con una ovación cerrada, y Bernardo puso sus brazos en cruz —sus grandes manos vendadas— y dio vueltas sobre sí mismo al tiempo que saludaba a cabezazos, y los faldones de su bata de seda

roja revoloteaban alrededor de sus piernas. Y a saltitos, mientras lanzaba besos a derecha e izquierda, se iba a su rincón, donde Calder le esperaba con su sabia sonrisa de dolor de estómago. Los adversarios de Barba, en los dos combates, se mostraron atemorizados por la leyenda que la muerte de Charly Collado había creado. Al sonar la campana salieron de sus rincones, totalmente cubiertos —puños y antebrazos protegiéndoles rostro y cuerpo— e inclinados a rehuir la pelea. Parecía que el solo hecho de encerrarse en un cuadrilátero con Bernardo Barba fuese ya una hombrada. Tan pronto como vieron el puño de Bernardo avanzar hacia su rostro o cuerpo, se encogieron, se agacharon, pusieron su rostro junto a las rodillas y los guantes ante la cabeza, y, hechos una pelota, esperaron el golpazo de Bernardo. Su actitud resultaba ridícula. Cierto es que Bernardo pegaba muy fuerte, pero no más que otros boxeadores. El miedo que sus adversarios sintieron aumentó el natural efecto de los golpes de Bernardo, y ellos, en cuanto se notaron tocados, echaron rodilla en tierra y, pálidos y temblorosos, dejaron que el árbitro contase los diez segundos. El público estuvo de parte de Bernardo, y cada vez que le vieron dirigirse hacia su adversario, todos lanzaron un grito profundo, un «Huuuuu...» como el que, según se dice a los niños, lanzan los fantasmas. Este grito, lanzado por dos mil gargantas, era estremecedor, era como un viento nocturno, venido de lejos, como un viento denso pasando entre troncos, ramas y follaje de un bosque; parecía que, con aquel grito, el público se cerniese sobre el cuadrilátero. Y en el instante en que Barba lanzó su golpazo, y se oyó el impacto del cuero contra la carne y los huesos de su adversario, y éste, demudado, desatado el miedo que hasta entonces había a duras penas contenido, se dejaba caer sobre la lona en un súbito relajamiento nervioso, el público tuvo una reacción magníficamente unánime, todos a una se alzaron de sus asientos al tiempo que un gran grito, un «¡Ah!» como una explosión, un «¡Ya está aquí la tragedia!», un «¡Ahora se lo ha cargado!», estremecía el aire de la sala. Y el adversario de Bernardo quedaba en el suelo, paralizado por el miedo y la magia del momento más que por el golpe recibido.

En el gimnasio de Calder jamás se mencionó a Charly Collado, pero su recuerdo estaba vivo en la mente de todos. Bernardo tampoco mencionaba a Collado, pero se le veía convencido de que era un hombre que mataba con sus puños, y creía firmemente que sus golpes habían puesto fuera de combate a aquel par de farsantes que pelearon con él.

En el tercer combate de Bernardo Barba —el último antes de su viaje a Alemania—, que yo presencié, su antagonista estuvo acobardado, inhibido por el miedo durante los cuatro primeros asaltos, en los que no hizo otra cosa que poner la rodilla en tierra cada vez que recibía un puñetazo. Pero en el quinto asalto Bernardo le propinó cinco golpes seguidos, rápidos y potentes, al rostro, y yo pensé que con ello se terminaría el combate. Pero el muchacho, tras los golpes quedó con el rostro

colorado como un tomate y de sus ojos desapareció la mirada de inteligente miedo para trocarse en otra de animalidad y obstinación. Animalizado y furioso se lanzó hacia delante y logró propinar dos buenos puñetazos al rostro de Bernardo, quien, sorprendentemente, cayó al suelo. Se levantó enseguida, pero todos vimos que estaba inconsciente. El público lanzó un grito de sorpresa. Y Bernardo, en el centro del ring, de pie e inconsciente, movió los brazos y piernas en movimientos automáticos, de muñeco mecánico. Pero tuvo la suerte de que su adversario hubiera recobrado la serenidad, y con ella el miedo, y no aprovechara la ocasión que se le ofrecía. En los asaltos siguientes, el antagonista de Barba, sin duda aconsejado por su preparador, se lanzó al ataque, y Bernardo, desconcertado, no supo reaccionar. Pese a que Barba se llevó una soberana paliza, los jueces le consideraron ganador por puntos.

Fue a Alemania contratado para realizar tres combates. En el primero fue derrotado por fuera de combate en el primer asalto. Rescindió el contrato y regresó a casa. En esta ocasión, igual que en la del combate que ganó por escaso margen de puntos, Bernardo dijo que había recibido un «golpe en frío». Y todos los del gimnasio le dieron la razón.

Durante este período yo tan sólo dedicaba dos horas y media o tres al boxeo, en tanto que mi trabajo en la fábrica me ocupaba ocho horas. Sin embargo, para mí lo principal era el boxeo, y lo accesorio la fábrica. Consideraba mi trabajo como una tarea pasajera, una espera para las horas fecundas de entrenamiento entre mis amigos Calder, Bernardo, Echevarría, Lázaro... El trabajo era una realidad transitoria que alguna vez abandonaría. Y la idea de que no tardaría en subir a un ring para enfrentarme con otro hombre, y que quien venciese seguiría adelante, y tendría ocasión de abrirse un camino hacia aquel mundo mágico en que viven los grandes campeones, no se apartaba de mi mente ni un segundo. Y con ella dentro, trabajaba en la fábrica, y en silencio —con ella dentro— estaba en casa con mi mujer y mis hijos. Yo veía en la imaginación mis combates victoriosos. No podía apreciar detalladamente su desarrollo, y los veía como si yo fuese un espectador —mi propia imagen muy borrosa—. Mientras pensaba en ello, vivía en lo futuro y muy lejos de cuanto me rodeaba.

A Bernardo le había prohibido mencionar que yo iba al gimnasio de Calder. Y como los entrenamientos no consistían en pegarse, yo no llevaba marcas en el rostro, y mi mujer creía que, al salir de la fábrica, yo iba al café a jugar la partida de dominó, como antes solía hacer.

* * *

Un miércoles, a las siete y cuarto de la tarde, Calder, Bernardo, Jim Echevarría, Comellas, Lázaro y yo tomamos el tren para la ciudad. Yo me sentía tranquilo y dueño de mí mismo, pese a que a Bernardo le dio por gastarme bromas sobre el

nerviosismo que acomete a los que comienzan.

Los seis nos metimos en el mismo compartimiento, y hasta la segunda estación estuvimos solos. Allí subieron dos hombres. Tenían la misma edad, llevaban trajes parecidos y cubrían sus cabezas con sombreros grises. Los dos llevaban cartera. No eran hermanos. Cuando ellos entraron, me di cuenta de que nosotros formábamos una extraña partida. Comellas, Jim y Bernardo iban con sus jerseys de cuello alto, a franjas de colores, sus pantalones arrugados, y calzaban borceguíes de gimnasia. Lázaro vestía su acostumbrado traje negro con rayas blancas, y llevaba su camisa negra y corbata blanca. Los rostros machacados a puñetazos me resultaban sorprendentes en comparación con los rostros intactos, cuidadosamente conservados, de los dos recién llegados. El rostro de Lázaro, largo y delgado, de boca hinchada y cejas rotas, pálido y de expresión ávida —a causa de los ojos hundidos e inquietos—, y coronado por el cabello reluciente de brillantina y repeinado, hubiera destacado entre cien mil hombres. Yo pensaba en mi combate y tenía miedo de caer en un estado de nerviosismo. Por esto reprimía mis movimientos, procuraba retardar mi pensamiento, y permanecer frío, tan impasible como los rostros de Barba y Comellas. Ni por un instante sentí los nervios alterados, pero en compensación me hundí en un estado de ánimo extraño, como si me hubiera quedado sin sangre, sin venas y sin nervios. Casi como si no existiera. Mis compañeros iban silenciosos, y solamente de vez en cuando cambiaban algún comentario sobre una mujer que pasara por el pasillo, un apagón de luces, una bocanada de humo que se colara por la ventana mal cerrada. Comentarios cortos y chuscos que no alumbraban una conversación. Los dos señores nos miraban y eran los únicos que sonreían ante nuestros comentarios. Parecía que tuvieran deseos de trabar conversación con nosotros, y sus miradas nos observaban con sonriente curiosidad.

Entramos juntos. Los acomodadores, sentados en las sillas junto a las puertas, leían los periódicos de la noche y charlaban. En el centro de la sala se alzaba el ring, grisáceo, con el armatoste de los focos arriba, apagado y frío. Junto al ring había un grupo de hombres en pie. Al acercarme, vi que muchos de ellos eran muchachos muy jóvenes vestidos al estilo de Bernardo y Comellas, con sacos de lona azul, roja, verde, amarilla, en las manos. Estaban silenciosos. Y los otros que iban con ellos eran de más edad; muchos llevaban corbata de lazo y pantalón blanco, y hablaban y gesticulaban. Cuando nosotros llegamos, los que hablaban interrumpieron su charla para saludar con gritos y gestos, con calor, a Calder, a Barba y a Comellas y a Jim y a Lázaro. Y los muchachos los miraron reverentemente. Un hombre alto y de rostro blanco gritó alegremente a Barba:

—¿Qué? ¿A quién matarás la próxima vez?

Bernardo se dispuso a contestarle, pero Calder lo hizo antes que él:

—A nadie. Ahora le tengo descansando.

El alto dijo:

—¿Ya se te cansó?

Y sin dar tiempo a responder, se echó a reír con una carcajada de satisfacción por su dicharacho, que arrastró las carcajadas de los que iban con él.

Otro, también con pantalón blanco y corbatín, preguntó a Calder:

—Me han dicho que presentas un gallo al Navarro.

Calder afirmó de una cabezada. El otro le preguntó:

—¿Cómo se llama?

Calder me agarró por el cogote y me puso frente al que había hablado y dijo:

—Es éste. Luisito Canales.

El hombre sonrió alegremente, me dio un cachete a modo de saludo y dijo:

—Mira, te voy a decir con quién vas a pegarte esta noche...

Y sacó un papel del bolsillo de su pantalón. Pero el hombre alto que se había metido con Barba dijo:

—Canales es el que peleará con el mío. Con Esteban Caño.

Y un muchacho más alto que yo, delgado y moreno, de facciones agitanadas, se adelantó del grupo de muchachos con bolsas en las manos y se puso al lado del que había hablado, quien me dijo, al tiempo que señalaba al muchacho:

—Es éste.

Esteban Caño me tendió la mano, y yo le dije:

—Mucho gusto.

El que había querido informarme de quién era mi adversario dijo:

—Tu combate es el tercero...

Y Calder preguntó que a qué hora comenzaría la velada. Yo observaba a Esteban Caño. Y él también intentaba observarme, pero cuando nuestras miradas se cruzaban, él apartaba la vista y movía los pies inquieto. Tenía la nariz aplastada por los golpes y una ceja rota. Oí a Calder:

—Creo que Caño ya tomó parte en el Navarro del año pasado...

El alto dijo:

—Llegó a la semifinal, pero nos robaron el combate.

Esteban Caño asintió tristemente, mediante una cabezada; me dirigió una ojeada, bajó la vista, miró al suelo y otra vez movió sus pies. Calder dijo:

—Anda, vamos, Luisito; quiero presentarte a un amigo mío.

Mientras andábamos hacia la salida, Calder me dijo, refiriéndose a la gente junto al cuadrilátero:

—De todos éstos, el más bueno merece garrote.

Afuera, en la calle, había bastante gente a la espera de que abriesen las puertas. Sobre la entrada, en luces de neón blancas, formando grandes letras, se leía: «GRAN

TROFEO TOMÁS NAVARRO — HOY». Soplaban viento frío y comenzaba a lloviznar. Yo tenía la sensación de que me sería imposible vencer a Esteban Caño, y me repetía, una y otra vez, que tenía que ganarle, fuera como fuese.

Cruzamos la calle, y nos metimos en un bar. Estaba atestado. En el aire, denso de humo de tabaco, iluminado por la luz azulada de cuatro globos, vibraba el murmullo producido por las conversaciones mezcladas de cuantos allí estaban. A la derecha había un mostrador con un cristal detrás; en medio, sillas y mesas, y junto a la pared opuesta al mostrador se alineaban varias mesas de juegos eléctricos —esos en que hay un botón que al ser oprimido mueve una pelota o unas figuras, y así, apretando el botón, se juega—. Nos acodamos en el mostrador. Pegadas al espejo había fotografías en las que se veía —en todas ellas— al mismo hombre, un boxeador de pecho abombado, piernas zambas y cabeza grande, vestido con unos calzones que le llegaban hasta la rodilla, y anchos como faldas de lagarterana. Se le veía en trance de lucha con otros boxeadores, en pie junto a otros púgiles tumbados en el suelo en tanto que el árbitro contaba, y en un par de fotos aparecía a hombros de una multitud compuesta de tipos con grandes bigotes, sombreros hongos, y cuellos almidonados, altísimos, que les atenazaban el cuello hasta la mandíbula. En una gran foto, tomada en un estudio, el boxeador estaba en actitud de pelea, como si pretendiese dar un puñetazo a la cámara, y parecía que llevase los labios pintados; una faja de seda con largos colgajos ceñía su cintura.

Calder pidió dos coñacs y preguntó por Baltasar. Al poco llegó, tras el mostrador, un hombre vestido con traje azul marino, corbata amarilla, y con la cabeza cubierta con una gorra de seda negra. Fumaba un puro. Avanzó hasta quedar frente a nosotros, se acodó en el mostrador y miró fijamente a Calder, sonriéndole en silencio. Calder le dio un puñetazo en el hombro derecho, y él se limitó a mirar, a lo lejos, por encima del hombro de Calder, a sonreír, a volver a mirar a Calder, y a acentuar su sonrisa para mirar a lo lejos. Tenía el rostro morado, la nariz sin hueso —absolutamente plana—, y ojillos negros, muy vivos.

Dijo en un susurro:

—¿Qué hay, granuja?...

Entonces llegó el camarero y sirvió los dos coñacs, y el hombre dijo:

—Trae otro para la casa.

Y rió su gracia. El hombre de la gorra negra era el mismo que aparecía en las fotografías. Calder preguntó:

—¿Qué novedades hay?

El otro respondió encogiendo sus hombros en un ademán de asco. Y preguntó:

—¿Qué tal Barba?

Calder extendió las manos palma arriba. El otro dijo:

—A éste ya te lo han cascado para siempre. No volverá a coger la forma en su

vida. El pobre Charly Collado se lo cargó para siempre.

Calder tomó un sorbo de coñac. Y el de la gorra comentó para sí:

—Collado era de lo mejorcito que he visto últimamente... Lástima de muchacho.

Calder me propinó una palmada en la espalda y, dirigiéndose al de la gorra, dijo:

—Mira, Baltasar: éste es el fenómeno que presento esta noche.

El hombre me miró con gran ironía en sus ojillos, perdidos entre los párpados, de color morado. Sus ojos chispeaban y daban la impresión de que quisieran explicarme todas las cosas graciosas en que estaba pensando el hombre. Dejó de mirarme, y, sin abandonar la sonrisa, le preguntó a Calder:

—¿Mosca?

Calder dijo:

—No, gallo.

—No lo parece.

—Pues pega como un *welter*.

El llamado Baltasar me miró escépticamente y musitó:

—Ya veremos..., ya veremos...

Suspiró y paseó su mirada por el bar. Parecía que estuviera deseando que nos fuésemos. Calder dijo:

—A ver cuándo vienes al gimnasio... Verás a mis «leones»; y Barba y los otros estarán muy contentos de que tú los veas entrenarse...

Baltasar, en un rasgo grandioso, tendió su mano a Calder al tiempo que le decía:

—¡Adiós, chico! A más ver...

Y se echó para atrás, mirándonos como si temiese que no hubiéramos comprendido que nos había despedido. Calder sacó su portamonedas, y Baltasar dijo:

—¡Deja, loco! La casa invita. Guarda tu dinero para cuando te haga falta...

Nos fuimos.

En la calle, Calder me explicó que el hombre de la gorra negra era Baltasar Cuenca, que había sido campeón de Europa y que fue a América, en donde le descalabraron para el resto de sus días. Dijo que era una auténtica gloria nacional. Calder añadió:

—Pero éste ha sabido guardar su dinero, y en su vida ha probado el alcohol. Es todo un tipo. ¿Te has fijado que no ha tomado ni un sorbo del coñac que ha pedido?

Y se quedó sumido en reflexiones. Yo me acordé de Esteban Caño y, quizá porque la imagen me pilló desprevenido, tuve un estremecimiento nervioso.

El público estaba entrando ya. Las luces habían sido encendidas, y muchas sillas estaban ocupadas. Los acomodadores se movían aprisa entre las filas de butacas, seguidos más lentamente por los parroquianos. El grupo junto al ring había desaparecido.

Entramos en los vestuarios. Había gran confusión y griterío. Todos los

boxeadores que iban a actuar aquella noche —se celebrarían diez combates— y sus cuidadores y acompañantes estaban allí. A la derecha había una hilera de duchas, y a la izquierda varias puertas numeradas, que aquella noche permanecieron cerradas. Algunos de los participantes en el Tomás Navarro iban ya con el atuendo de boxear, algunos se estaban desnudando, y otros vestían el mono de gimnasia o bata. Alrededor de cada uno de ellos estaban sus amigos, y todos gritaban y bromeaban. Algunos hacían movimientos de gimnasia, y dos muchachos se entretenían en dar vueltas, corriendo, alrededor de la sala. Constantemente entraba y salía gente. Calder me dijo que me desnudase, y se marchó. Yo me desnudé y colgué mis ropas en una percha clavada en la pared. Con calzones de boxeo, y con la toalla alrededor del cuello, esperé, sentado en el banco y observando a aquella gente. Pronto me entró frío y comencé a temblar como un perro. Vi a Calder en el otro extremo, charlando con un hombre bajísimo que gesticulaba mucho. Los dos parecían estar muy interesados en la conversación que sostenían, y sus figuras, vistas desde donde yo estaba, me parecían absurdas, sin sentido. Temblaba y no sentía deseos de pelear. Una oleada de tristeza y cansancio me invadió. De buena gana hubiera regresado a casa. No sentía miedo, pero el calor que solía acompañar mis sueños de llegar a ser boxeador había desaparecido, y mis proyectos se me parecían ridículos. Era como si hubiera descubierto que había estado fingiendo, representando una comedia, y me hubiera dado cuenta en mitad de un gesto de comedia. Miraba a aquella gente y la veía perteneciente a un mundo que no era el mío. La fábrica, mi casa, mi mujer y mis hijos sí eran mi mundo. Vi a Esteban Caño. Estaba cosa de unos veinte pasos a mi izquierda, y, vestido con un mono azul cielo, se entretenía en saltar a la comba. Saltaba muy rápidamente, y efectuaba raros movimientos de muñeca que imprimían a la cuerda un movimiento que causaba la sensación de que la mitad de la cuerda girara en un sentido y la otra mitad en otro. Decidí que, en cuanto recibiera el primer golpe, me tumbaría y dejaría que el árbitro me contase los diez segundos. Y al día siguiente acudiría a la fábrica, donde trabajaría sin pensar en el gimnasio —más tranquilamente, más normalmente—, luego iría a jugar al dominó, y luego a casa.

Un altavoz tronó roncamente en la sala: «Primer combate. Pesos moscas. José González. Gon-zá-lez. Y Cayetano Almendros. Al-men-dros». Se levantó un murmullo, y algunos salieron de la sala. Vi a un muchacho, vestido con bata negra, y con las manos vendadas, que se dirigía hacia la salida; caminaba muy decidido. Le seguía el hombre bajísimo con quien Calder había estado hablando.

Calder estaba frente a mí y me decía:

—¿Tienes frío, Luis?

Esto cualquiera lo hubiera adivinado. Estaba temblando. Dijo:

—Muévete un poco. Haz sombra.

Me puse en pie y comencé a fingir fintas y a amagar golpes a un inexistente

adversario. Fijos mis ojos en mi sombra, procuraba cazarla a puñetazos. Pronto sentí romper el sudor en mi frente y axilas. Dejé de hacer sombra.

Calder me llamó. Y los dos nos sentamos en una banqueta, el uno al lado del otro, como una pareja de novios. Calder dijo:

—¿Qué?

Yo contesté:

—Bien.

Él:

—¿Aún tienes frío?

Yo:

—Ya no.

Calder siguió:

—Mira: este Esteban Caño es bueno. Lleva tres años peleando y tiene experiencia, ¿sabes?

Se detuvo. Me dio una palmada en el dorso de la mano, y siguió:

—Pelea tal como yo te he enseñado. No intentes hacer nada nuevo, ocurra lo que ocurra... ¿comprendes?

—Sí.

—Quizás en los primeros asaltos recibas leña. No te importe.

—No, señor.

—Aguanta.

—Sí, señor.

—Si te hace daño, si notas que te ha «tocado», echa rodilla en tierra y espera hasta que te encuentres bien... Pero siempre cuando oigas el siete del árbitro, tienes que ponerte en pie... Cuando el árbitro llegue a siete, tú levántate, ¿eh?

—Sí.

—Si al ponerte en pie aún te sientes mal, busca el cuerpo a cuerpo, abrázate a Caño y trábale los brazos... ¿Te acuerdas de cómo Lázaro lo hace?

—Sí.

—Pues de esta manera. Y busca siempre pegar al hígado de Caño con tu izquierda. Si no aciertas a la primera, tú no te preocupes, sigue pegando... Tú pega siempre... Tu mejor arma es el golpe de izquierda. Ya te he dicho que Caño sabe más que tú, pero tú eres más boxeador, porque pegas más... Él te aventaja en experiencia, pero tú tienes algo que él nunca tendrá: dinamita en los puños. ¿Comprendes, hijo?

—Sí.

Hasta el vestuario llegó el fragor de una ovación en la sala. Sonaba lejana y terminó pronto. Fue muy corta. Al cabo de cuatro o cinco segundos, se oyó otra ovación, que fue más larga y más fuerte, dando la sensación de que la sala en que estaba el público se hubiera acercado a los vestuarios. Calder metió la mano en el

saco de lona y extrajo las vendas. Comenzó a liarme las manos, lenta, cuidadosamente, y yo me sentía revestido de fuerza, como si las vendas me la dieran. Se abrieron las puertas del vestuario, y el rumor de las conversaciones y gritos del público invadió el cuarto. Entró el muchacho que yo había visto salir, vestido con la bata negra; saltaba de gozo, y abrazaba a cuantos se le ponían al paso. Las greñas le caían sobre el ensangrentado rostro, pero reía, daba cabezadas, corría y saltaba loco de alegría. Tres o cuatro muchachos fueron hacia él y le abrazaron largamente. Tras él había entrado su contrincante. Sonreía serenamente. Otros muchachos se acercaron a él y le hablaron, y él se encogió de hombros con resignación, y se metió en las duchas.

La voz volvió a sonar por el amplificador: «Segundo combate. Pesos moscas. Bobby Ruescas. Ru-es-cas. Y Felipe García Alonso. A-lon-so».

Entró Barba. Muchos de los que estaban en el vestuario anduvieron hacia él para golpearle la espalda y saludarle con «¡Hola, Bernardo!», «¡Hele, Barba!». Vino a sentarse a mi lado. Y dijo:

—¿Qué hay, Luisito?

—Nada.

—¿Nerviosillo?

—No, ni pizca.

Barba se rió como si no me creyese. Señaló al que había entrado saltando y abrazando a todo el mundo, y dijo:

—Éste ha tumbado al otro tipo. Ha sido un golpe de suerte. Un golpe en la barbilla. El otro iba ganando el combate...

Y añadió, dirigiéndose a Calder:

—Me he jugado una merienda a que Luisito gana por fuera de combate.

Me sentí nervioso y fijé mi vista en mis manos, vendadas. Barba insistió:

—No le durará ni medio asalto.

Tuve deseos de orinar. Fui a las duchas. En una de ellas, bajo el chorro de agua fría, estaba el muchacho que había perdido la pelea, y ante él un corro de amigos discutían. Oriné en la ducha de al lado y luego me miré en el espejo. Me pareció que el hombre que el espejo reflejaba era distinto a mí. Estuve contemplándome largo rato. No estaba nervioso, y, sin embargo, sentí deseos de orinar de nuevo. Lo intenté y no pude. Pensé que quizá fuera mejor que regresara al vestuario. Y cuando me disponía a hacerlo, sentí pereza y decidí quedarme en las duchas. El vencido ya se había marchado acompañado de su coro, y yo estaba solo y a gusto. Así estuve hasta que se abrió la puerta, y Calder asomó la cabeza. Al verme, sonrió y dijo:

—Anda, vamos.

En el vestuario había más gente que cuando yo lo dejé para ir a las duchas. Un grupo se concentraba alrededor de uno de los púgiles que había terminado la pelea

hacía unos segundos. Por el altavoz sonó el aviso: «Tercer combate. Pesos gallos. Luis Canales. Ca-na-les. Esteban Caño. Ca-ño».

Salimos al pasillo que conducía a la sala. Calder iba delante; llevaba en sus manos mis guantes de pelea, un par de toallas y el saco de lona con la esponja, el protector dental, la botella de agua y el desinfectante. Barba caminaba a mi lado. A medida que avanzábamos por el largo y estrecho pasillo iluminado por las tristes bombillas amarillas que, desnudas, colgaban del techo, el rumor del público se hacía más claro y fuerte. Calder abrió la puerta al final del pasillo y la mantuvo abierta para mí. Estábamos ya en la sala. Avancé por entre las butacas, camino del ring, que, iluminado, se alzaba frente a mí. Algunos rostros se volvieron hacia mí. Bajé la cabeza y aceleré el paso. Subí los tres escalones y, por entre las cuerdas, me colé dentro del cuadrilátero. Calder se quedó fuera del recinto, de pie en el borde del ring.

Fui al centro y di un par de cabezadas a derecha e izquierda. Sonó un débil tableteo de palmas. Regresé al rincón en donde Bernardo y Calder me esperaban. La sala estaba medio vacía y la gente charlaba, discutía, leía el periódico. Nadie parecía estar interesado en el cuadrilátero. Calder me calzó los guantes y Bernardo me dio agua. Sonaron aplausos fuertes y me di cuenta de que iban dirigidos a Bernardo. Calder, distraídamente, le ordenó:

—Bájate, Bernardo.

Y Barba, de mala gana, fue a sentarse en la primera fila de butacas.

Esteban Caño saltó al ring, anduvo hasta mí y me saludó con un apretón de manos. Luego saludó a Calder.

El árbitro nos llamó. Era un hombre viejo que usaba gafas ahumadas. Nos dijo que no nos agarrásemos, que no nos diésemos cabezazos, que no pegásemos con los codos, que nos separásemos tan pronto como él lo ordenara, y que en todo momento obedeciésemos sus órdenes. Luego nos exhortó a que nos pegásemos noblemente. Y nos mandó a nuestros rincones.

Las luces en la sala se apagaron, y los focos sobre el ring me parecieron más luminosos. Calder me quitó la toalla que yo aún llevaba alrededor del cuello, me pasó la mano por la cara, como si yo fuese un niño... Y sonó el gong. Calder me metió el protector dental dentro de la boca, y me empujó hacia el centro del ring.

Esteban Caño, sus ojos fijos en los míos, avanzaba hacia mí.

Cuando Caño llegó al alcance de mis puños, me sentí con todos mis músculos trabados, como si se me hubiesen agarrotado. Caño, sus ojos graves fijos en los míos, avanzó un paso, retrocedió dos, balanceó el cuerpo, se agachó y se irguió. Simuló que se disponía a darme un golpe y luego sopló por las narices, como un toro abanto, fingiendo asustarse ante un golpe que yo tuviera la intención de largarle, retrocedió rápidamente. Yo me mantuve firme, a la espera. Caño, a pasos de costado, simulando siempre que se disponía a propinar golpes, se desplazó hacia mi izquierda, y luego

hacia mi derecha, y estuvo bailoteando a mi alrededor, sus puños moviéndose arriba y abajo, su cuerpo agachándose e irguiéndose, sus ojos fijos en los míos. Yo veía a Caño tal como se ve la imagen en la pantalla del cine, estando uno de la oscuridad. Oí un par de veces la voz de Calder: «Échate para delante, Luis». «¡Pega ya!» Y la voz me pareció extraña, desconocida casi. Yo daba lentamente vueltas sobre mí mismo, para estar siempre frente a Caño. A consecuencia de una de aquellas repetidas maniobras de Caño, recibí el primer puñetazo. Fingió un retroceso y, en lugar de retroceder, avanzó medio paso y me propinó un puñetazo en el rostro. Al sentir el golpe, como si éste hubiese sido la presión que liberase un resorte, me eché hacia delante y pegué un golpe de derecha, uno de izquierda, y tres más de derecha. Muy rápidamente. Todos mis golpes se perdieron en el aire. Caño, sus ojos fijos en los míos, estaba más allá del alcance de mis brazos. Y en el instante en que me daba cuenta de ello, y desistía de seguir pegando, recibí tres golpes, secos y fuertes, en los ojos. Sentí dolor, y luego una oleada cálida me invadió la cabeza; mi vista se nubló, y por un instante no supe dónde me hallaba. Pero permanecí erguido. Y se me apareció el rostro de gitano de Caño, junto al mío. Le lancé mi izquierda, de abajo arriba, a la barbilla, y en el momento en que mi puño debía llegar al rostro de Caño, sentí un golpe, fuerte como la coza de una caballería y frío como si me lo hubiesen pegado con un martillo, en mi ojo, ceja y pómulo izquierdos.

Cuando, para levantarme, puse rodilla en tierra, me di cuenta de que mi ojo sangraba. Todo lo veía cubierto de un velo de color de rosa. Pero yo me sentía bien. Me alcé y fui en busca de Caño.

A partir de aquel instante no hice otra cosa que andar a la busca de Esteban Caño, sin preocuparme de los golpes que pudiera darme. Y cuantos más golpes recibía, más fuerte era mi decisión de descalabrar a Caño. La sensación de sorpresa ante el primer golpe, dio paso a otra de encarnizada tozudez. Cuantos más golpes recibía, más me encorajinaba, más golpes lanzaba yo, y menos trataba de protegerme. Mi rostro ardía, insensible a los puñetazos que llovían sobre él. Cada vez que caía al suelo —no sé cuántas fui derribado—, me alzaba inmediatamente, sin esperar a que la conciencia volviese a mí. Mis puñetazos, lanzados con todas mis fuerzas, se perdían en un incomprensible vacío. Y cada uno de mis puñetazos se convirtió en el anuncio del golpe que yo iba a recibir en el rostro. Al terminar el asalto, no oí la campana, y el árbitro tuvo que empujarme hacia el rincón en que Calder me esperaba.

Vi su sonrisa triste, y tan pronto como hube escupido el protector dental, le pregunté:

—¿Qué tal?

Y él me dijo:

—Anda, siéntate.

Me senté en el taburete. Sentí la toalla húmeda en mi rostro. Calder, en

movimientos lentos, suaves, me limpió la cara. Le oí:

—Cierra los ojos.

Y sentí la quemazón del antiséptico. Al abrir los ojos vi la toalla colgando de la cuerda superior del ring, a mi derecha. Estaba roja de sangre. El rostro de Calder se me apareció encima del mío. Sus ojos examinaban mi cara. Yo dije:

—¿Quién está ganando?

Calder, sin mirarme a los ojos, dijo:

—Él.

Parecía decepcionado. Me dio agua. Y luego me puso su mano sobre el pecho. Dijo:

—Si quieres, en el próximo asalto lanzaré la toalla. Cuando vuelva a tumbarte, yo lanzo la toalla y nos vamos a casa...

Le miré. Estaba grave y ceñudo; por un instante me miró a los ojos, y luego su vista recorrió mi cara deteniéndose en las cejas y pómulos. En su rostro apareció una súbita expresión de contrariedad. Dijo:

—Vuelve a cerrar los ojos.

Y su mano alcanzó el frasco de cicatrizante. Me limpió los párpados, y sentí el pincel sobre las cejas. Me limpió las mejillas, y sentí el pincel en los pómulos. Cuando hubo terminado, miré hacia abajo. Allí, en primera fila, estaban Jim, Comellas, Lázaro y Bernardo. En el rincón de enfrente, Caño y su cuidador conversaban confidencialmente. Caño asentía a cabezadas, y su cuidador acompañaba sus palabras confidenciales con ademanes, y de vez en cuando miraba hacia mí. Calder, silencioso, me daba masaje en el estómago.

El segundo asalto se desarrolló igual que el primero, con la salvedad de que Caño puso especial empeño en que sus golpes fuesen a dar exactamente en las heridas que me había abierto anteriormente. Mis cejas y pómulo volvieron a sangrar, y yo me sumergí de nuevo en el mundo rosáceo, con la sombra de Caño frente a mí, y la otra sombra, la del árbitro, moviéndose al margen. Caño me derribó dos veces, y yo en las dos ocasiones me puse en pie inmediatamente, sin dar tiempo a que el árbitro iniciara su cuenta. A partir de la segunda caída, me acometió una sensación parecida al mareo. Me parecía que el ring se balancease, se viniese hacia mí, por delante, y se moviese de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Pese a ello, mis puñetazos dieron, alguna que otra vez, en los guantes y antebrazos de Caño. Al igual que me ocurrió cuando por primera vez cambié golpes con Lázaro, yo había captado el sentido de las repetidas evoluciones de Caño e, instintivamente, sabía a qué distancia y en qué postura se hallaba respecto a mí. Cuando sonó la campana anunciando el final del segundo asalto, el público rompió en una ovación dirigida a Caño. Calder y yo, durante el descanso, no pronunciamos palabra.

Le tumbé al principio del tercer asalto. Caño me saludó con un directo en la frente

y un *swing* al costado izquierdo. Yo pegué con la derecha. Oí el restallar del cuero de mi guante contra el guante de Caño. Pegué con la izquierda y mi puño se hundió en el estómago de Caño. Su rostro se crispó, cerró y abrió los ojos repetidas veces, tal como hacen los pollos moribundos, y abrió la boca en busca de aire, al tiempo que doblé el cuerpo hacia delante. Yo volví a pegar con la izquierda, pero esta vez a plena conciencia, sabiendo dónde iba a pegar, y dotando el golpe con todo el peso de mi cuerpo. Le vi doblarse más aún, como si quisiera morderse las rodillas, y luego cayó hacia delante tocando el suelo, primero, con las rodillas, y luego, en seguimiento de su movimiento de caída, con el rostro. Lentamente rodó a la derecha y quedó tumbado de costado sobre la lona, las piernas encogidas y los antebrazos sobre el estómago. El árbitro me empujó hacia un rincón y comenzó su cuenta. Algunos de entre el público estaban en pie, con la vista fija en Caño. Cuando el árbitro llegó a diez, se vino hacia mí y alzó mi brazo derecho en el aire. El público emitía un murmullo de decepción, y unos cuantos, muy pocos, palmoteaban. Entre el árbitro, Calder y yo llevamos a Caño a su rincón y le sentamos en su taburete. Meneaba la cabeza lentamente, al compás de los espasmos dolorosos en el hígado, y respiraba trabajosamente, muy seguido, inhalando el aire por la boca y echándolo inmediatamente por boca y nariz. Con los ojos aún cerrados, musitó:

—Quítame los guantes...

Y su preparador procedió a desnudarle las cintas blancas. En el flanco derecho de Caño se extendía una mancha rosada. Oí a Calder:

—Anda, dale la mano.

Caño ya tenía los ojos abiertos. Yo estreché sus manos, y él, dirigiéndose a su preparador, dijo:

—Fue un golpe en frío...

Su preparador no le contestó. Me dio su mano y me dijo:

—Enhorabuena, Canales. Ha sido un bonito golpe.

Caño se puso en pie, me abrazó, y me empujó hacia el centro del ring, donde recibimos una ovacioncilla entreverada de silbidos.

Cuando, entre las filas de butacas, me encaminaba hacia los vestuarios, me crucé con los dos púgiles que iban a celebrar el combate siguiente. Los dos me miraron al rostro, y uno de ellos sonrió irónicamente y soltó un silbido de asombro.

Barba, en el vestuario, se me echó encima, me abrazó y me gritó mil felicitaciones. Él mismo me quitó las vendas de las manos. Yo busqué a Calder con la mirada, pero no estaba allí. Le pregunté a Barba:

—¿Dónde está Calder?

Y Barba, en un movimiento de hombros, que expresaba desdén, dijo:

—Déjale.

Yo dije:

—¿Qué le pasa? Parece que esté molesto conmigo...

Barba repitió:

—Déjale. Es un tipo raro.

Al entrar en las duchas, vi mi rostro. La carne hinchada de mis mejillas y la sangre sobre la piel habían convertido mi rostro en un globo rojo. La ceja izquierda estaba rota en un corte vertical, corto y hondo, que aún sangraba; el párpado superior del ojo izquierdo estaba rajado, bajo la línea de la ceja, y los bordes de la herida eran de color rosa pálido, en tanto que su interior era rojo oscuro. El ojo izquierdo aparecía achicado en un guiño inmóvil y picaresco; toda la carne a su alrededor estaba hinchada y amoratada. Mi labio superior se remangaba hacia arriba, como si quisiera alcanzar la punta de la nariz. Aquel rostro no era el mío. Me llevé las manos a la cara y la toqué. Las yemas de mis dedos sintieron el ardor de la piel, pero en mi rostro no sentí el contacto de mis manos. Me propiné un par de cachetes y sentí dolor, pero no en la piel, sino dentro de la cara, en los huesos del rostro; un dolor sordo cuya intensidad crecía en latidos.

Bernardo, a mi lado, rió y dijo:

—En cuanto te limpies la cara quedarás como nuevo, y mañana ya ni te acordarás...

Al vestirme me sentí mejor. Mis ropas, viejas y sucias, olían a mí mismo, llevando a mi memoria mi casa y mi trabajo. Sentí la tristeza de cada día y le di la bienvenida. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, estaría de nuevo en la fábrica, con Pedros, Alcaraz, Juanín, Manzanas y todos. Estando ya vestido, volví a las duchas para contemplar mi rostro. Estaba más hinchado aún. La piel, tirante, relucía como si le hubiesen dado barniz, y las manchas moradas y amarillentas estaban debajo de la piel y transparentaban por ella.

No esperamos a que terminase la velada, porque el último tren para la población en que vivíamos salía a las doce de la noche. Barba y yo, al salir a la calle, nos encontramos con un grupo formado por Calder, su amigo de la gorra negra, Lázaro, Comellas y Jim Echevarría, que hablaban bajo un farol. La calle estaba desierta, y las voces de Calder y Baltasar Cuenca seguramente se oían desde dentro de las casas, en los dormitorios. Lázaro dijo que aquella noche la pasaría en la ciudad, y todos reímos. El viejo boxeador nos acompañó a la estación en su automóvil, un trasto viejo y muy grande del que estaba orgulloso. Por el camino, y luego en la estación, mientras aguardábamos el tren, Calder y su amigo estuvieron hablando de sus buenos tiempos, contándose historias en las que aparecían los nombres de los grandes hombres del mundo del boxeo. En la soledad subterránea de la estación, bajo las luces intensas y falsas de los neones los rostros y las voces de los que estaban conmigo me parecían extrañas, como si perteneciesen a un sueño incongruente. La sonrisa lenta del viejo Cuenca, sus palabras sentenciosas y su excéntrica gorra negra me causaban cansancio

y tristeza. Echevarría, Comellas y Bernardo eran figuras de barro, gruesas, toscas, inmóviles, y con grandes cabezas. Los oídos me zumbaban y me sentía infinitamente cansado, y, al mismo tiempo, presa de gran excitación nerviosa. Mis ojos veían los más leves movimientos de las manos, los dedos, los labios de mis amigos, pero mi cabeza andaba demasiado deprisa en captarlos y por eso aquellos movimientos me parecían lentísimos. Calder y Cuenca daban la impresión de que, al conversar, se glorificasen el uno al otro. Jim, Bernardo y Comellas tenían sus miradas perdidas en las paredes de la estación, en los anuncios de bebidas refrescantes y pastas para los dientes, y yo estaba seguro de que en sus oídos había silencio y en sus mentes paz. Sentadas en un banco, un par de gitanas, con tres grandes cestos cargados de piezas de tela de colores, charlaban incansablemente; llevaban vestidos blancos y brillantes, el pelo negro, liso y reluciente, e iban maquilladas con coloretes vivos sobre su piel aceitunada; eran obesas como focas. Un muchacho delgado, alto y pálido, vestido con una gabardina que colgaba de sus hombros como una bandera cuelga del asta en un día sin viento, paseaba nerviosamente, y miraba a las gitanas y nos miraba a nosotros; su gabardina se balanceaba al compás de sus pasos. En otro banco había tres obreros y un niño: uno de los obreros daba cabezadas en lucha rutinaria contra el sueño; los otros dos fumaban lentamente, intentando hacer de la espera un placer. Los rostros de los obreros me resultaban entrañables, porque eran los rostros de mi gente, el rostro que yo tendría cuando llegase a la edad que ellos tenían. No había nadie más en el andén, y las palabras de Calder y su amigo sonaban, entremezcladas con las de las gitanas, en el ámbito tubular.

Pensé en mi mujer. Ella no sabía aún que yo boxeaba. ¿Por qué no se lo dije? ¿Y por qué lo oculté con tanto cuidado a mis compañeros de trabajo? No lo sabía, pero en aquellos instantes me pesaba haberlo hecho. El regreso a casa, tras la ausencia injustificada de aquella noche, me parecía penoso. Mi mujer era muy rara. Siempre estaba callada, miraba, pensaba para sí y no decía palabra. Así organizaba sus reacciones, sus dramas, sus esperanzas... Y llegaba un momento en que todo lo que había estado pensando, a su manera, durante sus silencios, se le atropellaba en la cabeza, y le faltaban palabras para decirlo. Y entonces hablaba rápidamente, moviendo mucho los brazos y las manos, echándose encima y poniendo gran pasión en sus palabras. Era inútil intentar contradecirla porque ella creía que llevaba razón, y si se la contradecía se excitaba más y más, y chillaba... Y no quedaba otro remedio que atizarle un par de bofetadas. Yo pensaba en la escena de mi llegada, con aquel rostro... Estaría en el papel de un embustero puesto al descubierto... Comprendí entonces las escenas de Bernardo Barba en la fábrica, cuando con el rostro hecho cisco declaraba, orgulloso, ante las carcajadas de todos: «¡Pues gané por K.O.!»

Cuando el tren llegó, el viejo campeón estrechó la mano a todo el mundo, y a mí

me dijo: «Adiós, gallito. Iré a verte en tu próximo combate, y ya veremos qué es eso de tu izquierda... Ya veremos...» Y en sus palabras había amenaza y esperanza mezcladas.

Viajábamos en silencio. Bernardo dormía, su cabeza se apoyaba en el cristal, sucio y grueso, de la ventanilla, y se bamboleaba al compás del traqueteo del tren. Tenía la boca abierta. Comellas y Jim Echevarría, con sus grandes y duras manos inocentemente cruzadas sobre las piernas, miraban al frente, a la nada, al aire en el vagón. Y Calder mantenía la cabeza baja, y miraba de soslayo hacia fuera, hacia la oscuridad del túnel; en su rostro había la sonrisa de dolor de estómago; parecía sumido en reflexiones satisfactoriamente amargas; quizás estuviera recordando los buenos tiempos idos de su amigo el campeón de la gorra negra. Todos estaban, a su manera, en paz. La cara me dolía. Me llevé la mano al rostro, y la piel, con sólo el roce de las yemas de mis dedos, se encendió de dolor como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Y el dolor de la piel pasó a la carne, debajo, y temblando llegó hasta los huesos, y desde allí regresó el dolor a la piel, y una y otra vez fue latiendo el dolor —de dentro afuera y de fuera adentro— hasta que murió.

Se burlarían de mí de la misma forma que se habían burlado de Bernardo. Ellos sabían lo que nosotros deseábamos. Parecía que ellos también lo hubiesen deseado y soñado, pero ellos nunca intentaron lograrlo. Y se reían porque nosotros lo intentábamos, y lo único que lográbamos era que nos rompieran la cara, y regresar al trabajo con el rostro hinchado, y las cejas y pómulos y párpados rotos. Y se reían del rostro herido, de la lucha en el ring, de las horas en el gimnasio, de lo que a solas uno ha pensado y deseado...

Habíamos salido del túnel. A través de la ventanilla veía la noche con estrellas sembradas, arriba, y el campo negro, con alguna luz eléctrica, abajo. Cerca del tren, los postes de electricidad y las rayas de sus hilos pasaban rápidamente. Comellas y Jim Echevarría también dormían. Las gitanas se habían tumbado a lo largo de sus asientos y dormían. Formaban dos bultos grandes, como delfines pescados y puestos sobre la playa. Calder seguía inmóvil, con su sonrisa, fija la mirada ensoñada en la oscuridad tras el cristal.

En la estación no había un alma. No nos dijimos palabra. Calder, Jim y Comellas marcharon hacia la Plaza Mayor, en tanto que Bernardo y yo tomábamos la calle que nos conducía a la carretera. Nuestro barrio, formado por unas quince casas, está separado de la población, y para llegar a él hay que andar a lo largo de un camino entre campos de cultivo. Íbamos aún por la calle asfaltada, dentro de la población; casi todos los faroles estaban apagados, los portales de las casas estaban cerrados, y dentro de ellas no había luces. Nuestros pasos resonaban en el asfalto, endurecido por el frío. Bernardo andaba deprisa, encorvado, y con las manos en los bolsillos del pantalón. Parecía medio dormido. La piel de mi rostro se estremecía de dolor al ser

tocada por el aire helado, las heridas se contraían con el frío, y yo sabía que mi rostro hinchado había adquirido dureza de piedra.

Al entrar en el camino, vi los campos llanos y oscuros, y encima, sobre todo, el cielo libre y profundo, con sus estrellas. El aire olía a tierra. Al frente veía las luces de los tres o cuatro faroles que alumbraban nuestro barrio. Oí a Bernardo:

—Tengo un sueño que no veo...

Y bostezó. Dijo después:

—Te han cascado duro hoy... —Y, como si meditase en voz alta, añadió—: El boxeo es así. Y si no fuese así, no valdría la pena ser boxeador. Te pegó más que a una estera, pero tú le cruzaste al hígado y le mandaste al cuerno... Cada cual tiene su oportunidad. Fue un bonito golpe.

Yo le pregunté:

—¿Qué te pareció el combate?

Pero Bernardo contestó sin pensar; seguramente seguía meditando en lo que antes había dicho. Dijo:

—Bien.

Yo insistí:

—¿Peleé bien?

No me contestó. Caminaba cabizbajo y tiritando de frío. Dijo:

—Calder está loco.

—¿Por qué? ¿Ha dicho algo?

—Nada. Pero está loco.

Yo pensaba que, pese a haberlo ganado, había hecho un mal combate. Me hubiera gustado que el próximo comenzara en aquel mismo instante. Sentí coraje.

Estábamos ya cerca de casa. Yo vivía en una de las primeras casitas, y Bernardo al fondo del grupo. Sin decir palabra, Bernardo se echó a correr camino de su casa.

Abrí la puerta de mi casa. La luz estaba encendida y vi a mi mujer sentada a la mesa del comedor. Estaba dormida, sus brazos y su cabeza sobre el tablero. Cerré la puerta cuidando de no hacer ruido. Pero ella alzó la cabeza y me miró. Yo pensé en el aspecto que mi rostro ofrecía. Mi mujer no estaba sorprendida. Me miraba fijamente, como si quisiera comprender todo lo ocurrido, aquilatar, quizá, lo que significaba un combate de boxeo. Comprendí que sabía tan bien como yo mismo mis andanzas de aspirante a boxeador. Dije:

—Buenas noches.

Luisa no me contestó. Lanzó un suspiro y se puso en pie. Mi mujer era pequeña, delgada, escurrida de caderas, y tenía el rostro alargado y huesudo. Cuando la conocí tenía los negros ojos brillantes y muy vivos. Nunca fue guapa, y en aquellos tiempos el brillo nervioso y vivo de sus ojos se había apagado; solamente al salir del cine lo recobraba unos minutos. Me estuvo mirando y, por un instante, dudó, como si no

supiera exactamente qué hacer. Yo permanecí quieto y callado. Luisa dio media vuelta y, arrastrando los pies, anduvo hacia el dormitorio —la otra habitación de mi casa—. Al llegar a la puerta, apoyó la mano derecha en el quicio, se volvió hacia mí y, en voz baja, para no despertar a los críos, dijo:

—¿Ganaste?

Hay cosas que son difíciles de explicar. Yo sentí vergüenza. Y luego tuve deseos de abofetear a Luisa. Yo estaba dentro de un mundo, el del boxeo, y sabía exactamente lo que «ganar» significaba. ¿Qué se creía ella que significaba «ganar»? Yo sabía cómo era y cómo pensaba Luisa, y sabía que «ganar» era —para ella— algo tan ridículo, tan triste y absurdo como «perder», porque todo hacía referencia a algo incomprensible para ella, que se llamaba «boxear». Y lo que para ella significaba «ganar», «perder» y «boxear», me daba vergüenza. Contesté:

—Sí.

Y pensé en mi rostro.

Lanzó otro suspiro y entró en nuestro dormitorio. Sí yo hubiese dicho que no, ella hubiera hecho lo mismo.

Entré en el dormitorio. La oscuridad del cuarto era dulce, el aire estaba tibio por el calor de los cuerpos dormidos de mis hijos, y se sentía el olor de sus cuerpos. Oía la respiración jadeante de la niña —menor que Luisín—, que es un poco asmática. Luisa, sentada en el otro borde de la cama, se estaba desnudando. A poco oí el murmullo confuso de las palabras incoherentes de Luisín. Luisín —el mayor— tiene tres años y siempre padece pesadillas. Es un chico raro que gusta de estar solo y jugar solo. Muchas veces, al regresar de la fábrica, me lo encuentro sentado en el suelo, de cara a la pared, hablando él solito. Todas las noches sueña en voz alta, a veces grita y termina despertándose, y entonces llora. Luisa se había acostado ya. Sus pies estaban cerca de donde yo estaba sentado. Tiré los zapatos y me desnudé. Me tumbé en la cama sobre mi costado derecho. Al sentir la almohada en el rostro, pensé que me lo quemaban con brasas, solté un bufido y, sin querer, me incorporé. Era como si tuviera la cara en carne viva. Cuidadosamente me volví a tumbar, cuidando de quedar boca arriba. Luisa también estaba así: ella siempre ha dormido boca arriba. Y yo sabía que Luisa estaba despierta y pensando. Y aunque era mi mujer, yo no podía adivinar en qué pensaba; la cabeza de una mujer es una cosa complicada. Seguramente pensaba en una estupidez, pero yo no podía saber qué clase de estupidez ocupaba su mente. Mi cansancio era infinito, pero mi imaginación estaba excitada, y yo no tenía nada en que pensar. Comprendí que no dormiría en toda la noche. Pensé en Luisa. La oí suspirar. Seguramente quería decirme algo. Pero permaneció callada. Yo escuchaba las palabras confusas de Luisín. Oí a Luisa:

—¿Te han hecho mucho daño?

—¡Cállate y duerme!

La oí lanzar un suspiro de resignación.

Luisa estaba, de seguro, con los ojos abiertos, orientados al techo, y pensaba lentamente. ¿Pensaba en si me habían hecho mucho daño? No, estaba seguro de que no era eso. Seguramente pensaba en dinero, meditaba si el boxeo me daría dinero; si la casa, los hijos, todos andaríamos mejor. La oí:

—Luis...

Luisa me tenía miedo. Sabía muy bien que cuando yo me enfadaba no admitía tonterías. Pero había algo en ella que podía más que el miedo. Era su idea metida dentro de la cabeza, su curiosidad, su deseo de decir aquello que le rondaba la mente. Seguía teniendo miedo, estaba temblando de miedo, pero esta fuerza oculta, este querer hablar, querer preguntar, era superior a todo. Insistió:

—Luis...

Yo seguí callado. Pero ella sabía que mis oídos estaban atentos a sus palabras. Tenía miedo, pero tenía que echar su idea fuera, aun jugándose la bofetada. Habló en un susurro tembloroso:

—Luis..., ¿te han dado dinero?

—¡Si no te callas, te soplo dos tortas!

Y juro que estaba dispuesto a dárselas. No hubiera sido la primera vez.

Para Luisa, «ellos» eran los que me daban bofetadas en el rostro, y «ellos» eran los que me daban dinero. Y yo recibía bofetadas o dinero, según cayera. La oí suspirar resignada. Cerré los ojos para dormir, y descubrí que estaba mareado. La espalda me dolía.

Me puse los pantalones y el jersey, y salí afuera.

En la noche fría y estrellada, vi, frente a mí, el campo llano y negro, la tierra sembrada que por la noche parece más fecunda a causa de la extraña luz de la luna y la humedad a ras del suelo. Y las semillas y las raíces tiernas, dentro de la tierra, reciben más vida. La tierra, por la noche, es una madre viva, ancha y silenciosa. Pero mientras miraba los campos, en mi cabeza vivían unas imágenes hirientes de las que no podía desprenderme: las cuerdas del cuadrilátero, envueltas en terciopelo rojo, las luces de los focos cayendo verticalmente sobre la lona grisácea, la sombra del árbitro pasando y volviendo a pasar a mi alrededor, nadando como un ángel rosáceo en el aire sanguinolento, y siempre el rostro agitanado de Caño frente a mí. Y el martilleo de sus puños sobre mi rostro. Mis ojos veían las sombras duras de unas fábricas — tres o cuatro— no muy lejanas, recortándose contra la oscuridad del cielo. A mi espalda estaba mi casa, con los chavales dormidos, las palabras perdidas de Luisín, y Luisa tendida boca arriba, con sus ojos abiertos, pensando si «ellos» me habían hecho mucho daño, si «ellos» me habían dado dinero... Una y otra vez pasaban por mi imaginación las imágenes del combate. Dejé que pasaran cuantas veces quisieran. Y así estuve hasta que me entró frío.

Al regresar al dormitorio, el calor, la oscuridad, la conciencia de la presencia cercana de Luisa y los chicos, me dio paz y, luego, sueño.

Capítulo IV

EL SOL ENTRABA por la puerta abierta e iluminaba el comedor, del que yo, desde la cama, solamente podía ver la parte que la abertura de la puerta mostraba.

En aquella estación del año, yo solía despertarme poco antes de que el sol asomara por el horizonte. Me vestía a oscuras, procurando no despertar a los niños y, siendo aún de noche, salía a la carretera y andaba hacia la fábrica. Iba por el camino con las manos en los bolsillos y el cuello encogido para conservar en mi cuerpo el calor de la cama. Caminaba medio dormido, y veía la línea gris, a lo largo del horizonte, ensancharse poco a poco hasta ocupar medio cielo; y el aire gris mataba las estrellas nocturnas. Con el cielo mitad gris y sin estrellas y la otra mitad negra y con alguna estrella agonizante, el aire frío y pegándome en el rostro, y la tierra dura, helada, bajo mis pies, andaba hacia el trabajo. Al llegar, cuando veía la fábrica alta y delineada rotundamente contra el cielo, el horizonte era de color de rosa y el aire iba tomando una vida fuerte, luminosa y bella. A los pocos instantes sería ya día. Con el sol sobre la tierra y luz clara en el aire. En mi tierra, antes de que yo viniera a trabajar en esta región, veía la salida del sol sobre el mar, y sabía que el día entero sería mío. Para mí, lo más triste era decir adiós al día naciente, a la vida libre, para entrar en la fábrica y encerrarme en la nave con las madejas, y el Pedros y Alcaraz y todos. Sabía que no saldría de allí hasta el anochecer, a tiempo para hallar el cielo claro aún, pero sin sol en él. Y ver a poniente el aire enrojecido, con las manchas flotantes azules, moradas y casi negras de alguna nube.

Pero aquel día, al despertar, vi la luz de la mañana dentro de mi casa, y oí los gritos de los chiquillos afuera. Por un instante, sentí la paz de los domingos, pero al segundo siguiente me acordé del combate.

Cuando salí al huerto, vi a lo lejos a mi mujer lavando en la pileta junto a otras mujeres. Podía hablarle, pero era necesario gritar para que me oyese. Mi mujer me vio. Su rostro, alineado junto a otros, tenía los ojos fijos en mí. Me estuvo mirando como si quisiera adivinar por mis movimientos qué era lo que yo proyectaba hacer aquella mañana.

Mi niña se me había agarrado a la pierna y me empujaba para que yo la balancease —ella sentada en mi pie—. Y Luisín estaba serio, frente a mí, mirándome. Volví a mirar a mi mujer, y ella bajó la vista y siguió lavando. Le dije a Luisín:

—¡Eh, Luisín! ¡Estás muy serio tú hoy!

Y él alzó un hombro como queriendo decir: «Pues sí, estoy serio. Qué le vas a hacer...» Y siguió mirándome. Luego me preguntó:

—¿Iremos a pescar hoy?

Yo le dije:

—No. Hoy no es domingo, tengo que ir a la fábrica.

Y Luisín no comprendió, pero hizo el mismo gesto de antes, alzó un hombro y compuso expresión de comprensión. Miré hacia mi mujer, y, pese a que mis palabras no podían haber llegado hasta sus oídos, me di cuenta de que había comprendido lo que yo dijera a Luisín, porque alzó su rostro, me miró e inmediatamente volvió a bajarlo. Quizá durante la noche estuvo pensando si «ellos» me tomarían consigo, y yo comenzaría una vida extraña.

Anduve hacia el camino.

Era hermoso andar a lo largo del camino y ver los campos lisos iluminados por el tierno sol de invierno. Y escuchar el silencio de la tierra en pleno día. Y mirar hacia atrás para ver el grupo de casas pequeñas entre las que estaba la mía, sabiendo que entre ellas andan las mujeres y los chiquillos. El rostro ya no me dolía, pero si me tocaba las cejas o los pómulos, sentía una punzada larga y honda.

Y del camino pasé a la carretera, desierta de automóviles a aquella hora, y silenciosa, con árboles de troncos pintados de blanco, y sin hojas en sus copas, bordeándola.

La fábrica estaba a la izquierda, entre los campos verde claro. Era roja y tenía dos chimeneas desproporcionadamente altas. Desde lejos parecía lo que verdaderamente era: una fábrica. Pero al llegar frente a ella y penetrar en el ancho camino que terminaba en la puerta, se tenía la impresión de que no era una fábrica, sino una casa de campo. Su fachada era ancha y con ventanas, como si viviera gente dentro, y tenía un portalón de madera vieja, adornado con un viejo cerrojo. Ante la entrada se extendía un triste jardincillo que cuidaba Mateo. Este Mateo era un hombre joven, y extraordinariamente vago, que se pasaba las horas sentado en una silla de rafia, junto a la puerta, tomando el sol y enseñando palabras a sus pájaros. Se había quedado manco en un accidente de trabajo —en la fábrica— y por eso le dieron el puesto de guardián. Tomaba el sol en un estado de permanente adormilamiento, sonriendo a la gente que entraba, gastando bromas a los trabajadores y silbando a sus periquitos, encerrados en jaulas de alambre, junto a la puerta. El jardincillo, el portalón, los periquitos y Mateo era lo que se veía desde fuera, pero al pasar la puerta se penetraba en la cuadra, iluminada a todas horas por la luz de los arcos voltaicos. Sus paredes eran oscuras —porque la luz solamente iluminaba los espacios en que se trabajaba— y arriba los claros rectángulos de las ventanas, demasiado pequeñas para dejar entrar la luz del día con fuerza bastante para iluminarla. La cuadra olía a ácido, estaba siempre fría, y los sonidos de las máquinas hacían vibrar el aire broncamente.

Vi a Mateo. Y a Bernardo sentado junto a él. Mateo me vio y me estuvo mirando desde que entré en el camino que conducía a la fábrica. Cuando estuve a pocos pasos de él, dijo, dirigiéndose a Barba:

—Mira, el otro artista.

Yo no le hice caso, pero Mateo insistió:

—A ti también te gusta trabajar, ¿eh?

Y se rió con su risa de vago. Le gusta fastidiar al prójimo, sabe que nadie le va a zurrar, debido a que es manco, y abusa de ello. Barba se rió de la gracia de Mateo y dijo:

—Oye, el «branda» quiere verte. Me ha dicho que fuésemos a verle tan pronto como llegases.

Yo sabía que el «branda» había llegado porque su automóvil estaba bajo el emparrado. Él siempre entraba media hora más tarde que nosotros, pero cuando nosotros nos marchábamos, él se quedaba. Era un muchacho de mi edad, alto y delgado, de rostro alargado, cabello castaño y ojos azules de mirada triste; caminaba encorvado y a pasos largos y nerviosos. Siempre que se cruzaba con alguno de nosotros nos saludaba a gritos, como si estuviera muy contento de vernos, pero la mirada triste estaba en sus ojos. Parecía que nos saludara para hacerse simpático, y hacernos creer que era uno más entre nosotros. Pero su mirada y el automóvil bajo el emparrado, le traicionaban. Y siempre nos gastaba la misma broma, que yo no alcancé a comprender jamás. Nos gritaba: «¿Qué? ¿Ah? ¿Qué tal? ¿Todo bien?» Nosotros le decíamos que sí, que todo bien. Y, a grandes gritos, exclamaba: «¡Bien! ¡Bien! ¡Todos criando pelo! ¿Eh? ¡Mientras criemos pelo, todo marcha bien!» Y se pasaba la palma de la mano por las mejillas indicando que a él también le crecía pelo en el rostro. Y luego lanzaba una gran carcajada, como si aquello le diese mucha risa. Al terminar su broma, parecía fatigado, y sus ojos quedaban tristes, hundidos en miseria. Mientras bromeaba ponía expresión de loco para dar más risa. Entre nosotros, al muchacho le llamábamos el «branda», que es como aquí se llama el patrón, pero cuando hablábamos con él le llamábamos «Señor Juanito». Era hijo del dueño de la fábrica —y de muchas otras empresas— y nieto del fundador de todo. Nosotros estábamos contentos de trabajar allí porque el empleo era seguro, y, en caso de accidente o de enfermedad, la casa suplementaba lo que el seguro pudiera darnos, y el «branda» se preocupaba de nosotros. Y si alguno quedaba inútil, le trataban como a Mateo. A los que llevaban años trabajando en la fábrica les daban «acciones», que no podían vender, pero que cada año les producían algún dinero. Los había que llevaban veinte y treinta años trabajando en la fábrica, y al «branda» le llamaban «Juanito», a secas, en sus propias narices. Eran tipos que habían conocido al abuelo del «branda», que era un hombre al que decían iban a hacer santo porque se preocupó mucho de sus trabajadores, y en ocasión de un accidente en el que resultaron heridos varios obreros, él dio sangre, y obligó a sus hijos a que la diesen, para los heridos. Parece ser que todos los heridos se murieron poco tiempo después de la transfusión.

Miré el auto bajo el emparrado. Era largo, reluciente y hermoso como una yegua. Parecía dormido bajo el sol de invierno, y su color, negro, era rico, vivo y hondo. Le dije a Bernardo:

—¿Qué quiere?

Y Mateo dijo:

—Darte un poco de sangre. También quiere que le hagan santo. Dile que sí, que después de la paliza que llevaste ayer, falta te hace...

Y se desternilló de risa. Barba también rió. Y Mateo dijo:

—¡Vaya paliza, gachó!

Y me miraba el rostro, con placer en sus ojos y sonrisa lenta en sus labios. Bernardo dijo:

—El «branda» fue al boxeo ayer, y quiere hablarte.

Se puso en pie y dijo:

—Anda, vamos.

El «branda» tenía su oficina en una casita separada de la fábrica por un huerto en el que Mateo había plantado patatas y geranios. En la planta baja de la casita estaba el garaje, en el que se encerraban las dos camionetas. Por una escalera de madera, pintada de rojo, se subía a la primera planta. Allí había una habitación grande, en la que trabajaban la secretaria del patrón y dos escribientes. Al fondo se alzaba un armatoste de madera, con ventanas de cristales opacos y una puerta, y, tras esto, estaba el despacho del patrón. En esta oficina, siempre hacía demasiado calor porque en invierno tenían tres estufas de carbón encendidas, y en verano el sol pegaba de plano en ella. La secretaria era robusta, llevaba el cabello teñido de color rubio, y tenía aspecto de ser sucia. Barba dijo a uno de los escribientes:

—¿Está el «branda»?

El escribiente le miró con asco y, sin decir palabra, se alzó de su asiento y anduvo hasta el despacho del patrón. La secretaria alzó su rostro de la máquina de escribir y nos echó una ojeada, parpadeó y devolvió su vista al teclado; llevaba los párpados pintados de azul Prusia, y los movía rápida y espasmódicamente, como una muñeca mecánica de esas que, si se les oprime la barriga, gimen. Llevaba un jersey blanco, muy ceñido. El escribiente, desde la puerta del despacho del «branda», dijo:

—Podéis pasar.

Barba se quitó la boina y anduvo hacia allá. Yo le seguí.

El patrón estaba detrás de una mesa de metal gris. Sobre la mesa había una hilera de libros viejos sostenidos en pie por dos elefantes de piedra blanca; una gaveta llena de papeles; un teléfono; un tintero de bronce con un león y un caballo y un jinete encima del caballo —todo de metal dorado—; y un frasco de líquido desodorante colocado bajo las narices del «branda». También había una fotografía en la que se veía a una señora joven, de nariz muy larga, que sonreía triunfalmente; en el escote llevaba un brillante, en las orejas y en las muñecas también llevaba brillantes; y con el brazo derecho sostenía junto a sí a una niña delgadita y muy linda, que se parecía al «branda». Barba dijo:

—Buenos días.

Y yo dije:

—Buenos días.

El «branda» alzó sus brazos al techo y, poniendo su cara de loco, gritó:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Bien! ¡Bien! ¿Cómo va eso, chicos? ¿Eh? ¿Cómo va? ¿Criando pelo?

Y se echó a reír a carcajadas. Barba hizo como que reía, pero yo no pude hacerlo. El «branda» cesó de reír, puso expresión de pillastre y, suavemente, se pasó la palma de la mano por el mentón, las mejillas, el cuello, el mentón otra vez... Y susurró:

—Criando pelo... criando pelo...

Y súbitamente repitió sus tremendas carcajadas. Cuando dejó de reír, se quedó triste, desmadejado, con sus aguados ojos azules fijos en la mesa. Alzó la vista, me miró, y, a gritos, al tiempo que me señalaba con el dedo, dijo:

—¡Éste! ¡Éste es el fenómeno que vi ayer en el boxeo!

Se puso en pie, avanzó hacia mí y me tendió su mano. Estreché su mano, y él me golpeó la espalda varias veces. Y regresó a su sillón tras la mesa. Barba sonreía y movía los pies obsequiosamente, con cortesía y respeto. Yo me sentía envarado y sin saber qué hacer con mis brazos. El señor Juanito habló:

—Hiciste un gran combate. Eres una gran promesa. Además, tienes un estilo raro, dramático, como no suele verse hoy en día, es un estilo de hombre de pelo en pecho... Es el regreso a los principios básicos del noble arte del boxeo... Nada de marrullerías y tácticas y líos... No, señor: ¡a dar la cara y a pegarse! ¡Torta va, torta viene! Así es como se debe boxear. En el boxeo es camelo todo lo que no sean tortas. Tú tienes un fabuloso porvenir al frente, y yo estoy orgulloso de ello. Porque en esta casa, desde su fundación por mi abuelo, hemos sido siempre deportivos, amamos el deporte y lo fomentamos...

El «branda» se calló. Barba me sonrió, diciéndome con su sonrisa: «Está más loco que una cabra». El «branda» fijó su vista en el retrato de su mujer, la traspasó al frasco desodorante y luego a uno de los elefantes que sostenían los libros. Se le veía caído en un vacío de ideas, buscando frenéticamente palabras que decir. Me miró con expresión desesperada. Alzó la mano derecha, abrió la boca y no dijo palabra. Cerró la boca. Y habló:

—Estoy orgulloso de ti. Y de Barba también. Porque los dos lucháis noblemente, con iniciativa, para escalar las cumbres de la gloria deportiva. Y yo, la sociedad, no podemos ser ajenos a vuestra lucha, porque yo, y mi padre, claro, todos, formamos una comunidad con vosotros. Nosotros, y nuestros quebrantos, nuestras dificultades, nuestros triunfos, son también dificultades y triunfos de la comunidad que todos formamos. Quiero que nuestra fábrica sea un modelo de hermandad, de sentido social y humano... Si alguno de entre nosotros destaca en cualquier actividad, quiero que

ello sea para orgullo de esta familia que trabaja y vive conjuntamente.

Se calló. Me miró. Nuestros ojos se encontraron, y él apartó los suyos, refugiando su mirada en el tablero de la mesa, como si tuviera miedo de que al mirarnos nos igualásemos, o de que yo le comprendiera, o de que él me comprendiera. No sé. Dudó e intentó proseguir su discurso, pero se armó un lío y terminó repitiendo lo del sentido de la hermandad, y no lo dijo tan bien dicho como lo había dicho antes. Finalizó con un «¡Bien! Con esto basta». Barba dijo:

—Sí, señor.

Y yo asentí con la cabeza. El «branda» pulsó un timbre y quedó silencioso y grave. Se abrió la puerta y la secretaria entró. Anduvo rectamente hacia el patrón, caminando lentamente, y ocupada en tirar del jersey hacia abajo. Al llegar junto a la mesa, hinchó el pecho, lanzó un suspiro y susurró:

—Sí...

El patrón la miró, la mujer parpadeó y el patrón, aterrorizado, bajó la vista al tablero de la mesa, y teniéndola clavada allí, dijo:

—Señorita, Luis Canales quedará, a partir de hoy, en la misma situación que Bernardo Barba. Haga una nota para el jefe de personal y el capataz, diciendo que queda al servicio exclusivo de la gerencia. La categoría profesional y el salario seguirán siendo los mismos.

El patrón se calló y quedó con la mirada aprisionada en la gaveta de los papeles. La secretaria le miraba y, de vez en cuando, alzaba y bajaba sus párpados de hojalata pavonada. Ella dijo:

—¿Algo más?

Y el «branda», sin alzar la vista, dijo:

—Nada más.

Ella permaneció un par de segundos, su busto erguido, clavando al hombre en su silla, en su postura; y él, consciente de la mirada, estuvo inmóvil. Ella lanzó un suspiro que nos estremeció a todos, me miró de pies a cabeza, dio media vuelta y, despacio, majestuosamente, marchó hacia la puerta. Cuando el patrón oyó el golpe de la puerta al cerrarse, alzó la vista, nos miró y fingió aquella alegría que le daba aspecto de loco. Rugió:

—¡Bien! ¡Hala, hala, a ganar combates! ¡Combates y pesetas! ¡Combates y pesetas!

Verdaderamente parecía no estar en sus cabales, y daba lástima.

Bernardo y yo nos largamos. Mientras bajábamos la escalera, Bernardo me dijo:

—¿Qué te parece?

—Bien. Creo que quiere ayudarme, ¿verdad?

—Sí. ¿Eh que parece estar loco?

—No, es que es así.

Barba meditó unos instantes y decidió:

—Será mejor que esta mañana no nos entrenemos. Nos sentamos a la puerta, con Mateo, y descansamos un poco, ¿eh?

Me pareció muy buena idea.

* * *

Calder estaba a mi lado, desganado, como si con su presencia me hiciese un honor inmerecido, y lentamente me ponía los guantes. En la semana que medió entre mi primera pelea y aquella que me disponía a disputar, Calder se había portado como si hubiese perdido todas las esperanzas que un día pusiera en mí.

En el patio de butacas apenas había cincuenta personas. Afuera, la noche estaba fría y lluviosa. Vi a mi patrón y a su secretaria sentados en segunda fila; él, hundido en su butaca, nervioso y avergonzado; ella, arrogante, vestida de rojo, el cuerpo erguido, y parpadeando a derecha e izquierda, al frente y atrás.

Mi adversario subió al ring y saludó como si fuese un gran campeón. Era un chico de piernas y brazos largos, y muy cargado de espaldas, jorobado casi.

Ya al primer cambio de golpes me di cuenta de que mi adversario pegaba muy fuerte.

A mitad del primer asalto recibí un tortazo en la mejilla derecha, que me hizo saltar de la boca la goma protectora de los dientes. Y a los pocos segundos, mi adversario me partía los dientes.

A lo largo del combate me abrió las dos cejas, me rajó un pómulos, me cerró el ojo izquierdo, y me rompió la ternilla de la nariz. Me pegó cuanto quiso, sumiéndome en un estado de media inconsciencia y cansancio infinito, en el que solamente veía su sombra móvil bajo el resplandor hiriente de los focos; y más allá de la cortina de luz que me envolvía, presentía en la oscuridad la presencia del público observante.

Al término de cada asalto, Calder me recibía en silencio. Y durante los segundos de descanso no me dirigió ni una palabra. Solamente las dos veces que yo le pedí su opinión sobre la marcha del combate, dijo con sorna: «Magnífico».

En aquel combate sentí por primera vez el deseo de dejarme caer en la lona y allí esperar a que alguien me agarrase y me llevara a mi rincón. Y oí el murmullo excitado del público cuando, al terminar los asaltos, podían ver detalladamente mi rostro. Y aprendí todas las actitudes mentales que luego me serían familiares: la paciencia ante los golpes recibidos, el estar sereno en aquel mundo rosáceo y viscoso producido por la sangre sobre mis ojos, la sensación de soledad y aislamiento —si yo le decía a Calder «estoy cansado», él nunca podría saber cómo y cuán cansado estaba—, la constante vigilancia al hígado de mi adversario... Y finalmente supe, al ganar el combate, que mi paciencia tenía su recompensa. Lancé mi izquierda, como tantas otras veces, y mi puño se hundió en el flanco del muchacho, oí el sordo golpazo de su

cuerpo al desmoronarse sobre la lona, y luego, al mismo tiempo, el grito corto y recio del público, seguido de una ovación súbita y fuerte. El árbitro contaba y yo me sentía mareado, con el estómago lleno de aire tragado durante la lucha, impidiéndome respirar casi, y en el rostro la ardiente insensibilidad que, a la media hora, sería dolor.

Calder, al término del combate, siguió en silencio. Y su actitud me pareció injusta.

* * *

Cuando, después de siete días, salí a pelear mi último combate en el Trofeo Navarro, mi rostro aún estaba magullado y las heridas mal cerradas. El día anterior Calder y Bernardo habían salido para la capital, en donde Bernardo tenía que disputar un combate. En mi rincón, aquella noche, estaba Lázaro.

Apenas iniciado el combate, tuve la sensación de que aquella pelea era la continuación de la librada la semana anterior. Apenas podía tenerme en pie.

Lázaro, durante los descansos, se mostró nervioso, impaciente, y me apremiaba: «Cruza la izquierda al hígado... ¡No esperes más! Juégate el tipo, da la cara y cruza la izquierda...» Pero yo apenas veía, estaba atontado y fatigado, mis golpes eran débiles, y se perdían en el aire o iban a dar en el puño y antebrazo de mi contendiente.

Cuando sonó la campana dando fin al combate y yo llegué a mi rincón, Lázaro me arrojó la toalla al rostro y me gritó: «¡Tápate la cara!» Y a tirones me quitó los guantes, que arrojó al suelo en un ademán irritado. Yo le dije: «Hice lo que pude». Y Lázaro no me contestó. Subió al ring el hombre vestido de *smoking*, con el micro en la mano izquierda, y clamó: «Vencedor del combate, y del trofeo Tomás Navarro, en su categoría de pesos gallos..., ¡Gómez!» Y con la derecha señaló a mi adversario, como si fuese un gran culpable. Gómez avanzó a saltitos atléticos hasta el centro del ring y allí saludó un par de veces en un raro paso de baile, luego corrió hacia mí, me abrazó y me arrastró al centro para que juntos agradeciésemos los aplausos. Estaba yo saludando, de la mano de Gómez, cuando Lázaro me chilló: «¡Luis, ven acá!» Y cuando llegué junto a él, me dijo: «¡Basta de hacer el mico!» Me puso la toalla sobre la cabeza y me condujo a los vestuarios.

Me curó rápidamente las heridas, se quitó su jersey blanco para ponerse su chaqueta cruzada negra y blanca, y, tras peinarse, se largó. Fui a la estación solo.

Durante el viaje estuve pensando en aquellos tres combates. Había ganado los dos primeros, pero ello no me había sido de ningún provecho. Me parecía injusto. Era como si mis victorias careciesen de valor. ¿Por qué Calder y Lázaro me trataban de aquella manera? Si ganaba un combate no me hacían caso, y si lo perdía —Lázaro, al menos— parecían ofendidos conmigo. Pero yo estaba demasiado cansado para indignarme. Me daba todo igual.

En casa, mi mujer me esperaba. Me miró y preguntó con la mirada. Yo me fui al dormitorio sin decir palabra. Ella me siguió y preguntó:

—¿Ganaste?

Me metí en cama. No me sentía excitado, y a los pocos segundos comenzaba a dormir. Deseaba olvidar todo aquello.

* * *

Estuve tres días sin acudir al gimnasio, decidido a abandonar el boxeo. Pero, al cuarto día, mis pasos se encaminaron por sí solos hacia la cuadra de Calder.

Barba había regresado ya de la capital. Presentaba el rostro hinchado, aunque sin heridas, y a juzgar por las reseñas en los periódicos, había recibido una gran paliza. Cuando yo llegué, Calder y Lázaro no estaban. Bernardo se vino hacia mí y me explicó su combate, diciéndome que él no era de esa clase de boxeadores que sólo pelean en combates amañados; éstos «son los únicos que no pierden combates...». Los boxeadores como él de vez en cuando son derrotados, y ello solamente significa que pelean sin trampa. Tras su explicación, Bernardo quedó satisfecho y casi orgulloso de su derrota.

Calder y Lázaro llegaron juntos. Calder, al verme, hizo un gesto de disgusto y, sin saludarme, se fue hacia el grupo que formaban Jim, Comellas y los demás. Lázaro se vino hacia mí y, dando a entender que estaba contento por mi regreso al gimnasio, me dijo que no debía preocuparme por mi derrota y me aconsejó que siguiera entrenándome. Aquel día Lázaro se dedicó a entrenarme a mí solo, olvidando la gimnasia de los demás «leones».

Bernardo, durante aquel día y los siguientes, no hizo ejercicio alguno. Se acercaba allí donde yo me ejercitaba, se sentaba en el suelo y, con mirada ensoñada, contemplaba mi entrenamiento. Por las mañanas llegaba soñoliento a la fábrica, cambiaba algunas palabras con Mateo y decía: «Voy a descansar un poco...» Y se iba a la caseta donde guardábamos las camionetas, para pasarse la mañana entera durmiendo. Se despertaba para comer y luego seguía durmiendo. En alguna ocasión se adormiló estando en pie. Se apoyaba en la pared, en un árbol, en cualquier sitio, reclinaba la cabeza y caía en un estado anormal, de semiinconsciencia, con los ojos entreabiertos y la mandíbula inferior caída, dejando separados los labios, por entre los que se veían las dos hileras de dientes y la punta de la lengua.

Los días transcurrieron monótonamente. Yo me entrenaba bajo la dirección de Lázaro y ante la indiferencia de Calder. Cada vez que Bernardo peleaba, iba a ver el combate. Lázaro, con quien yo sostenía largas conversaciones a la salida del gimnasio, me dijo que Bernardo era hombre acabado, ya que Charly Collado le había dejado «torta» para el resto de sus días. Me explicó que los golpes en el rostro producen sacudidas de los sesos, que se golpean contra las paredes del cráneo,

causando llagas y hemorragias. Esto es lo que conduce al estado de «torta». Estar «torta», dijo, significa hablar lentamente, sin formar bien las palabras, tal como lo hacen algunos borrachos, perder la memoria y no acordarse, a veces, ni siquiera de la calle en que uno vive, tener sueño a todas horas y reaccionar de manera anormal ante los golpes. Un boxeador «torta» es capaz de aguantar el más duro castigo sin pestañear, pero, a veces, un golpe debilísimo basta para tumbarle más de la cuenta. Y cualquier golpe puede llevarle a la idiotez e incluso a la muerte. Los «tortas» boxean automáticamente, como máquinas, repitiendo lo que aprendieran anteriormente, y, por lo general, engordan sin que exista ninguna razón que justifique el aumento de peso.

Lázaro, al terminar su información, me dijo:

—Y tú también acabarás «torta» si sigues boxeando tal como ahora lo haces. Por eso Calder no quiere verte ni en pintura. Tú eres un tipo con un porvenir al frente. Puedes ganar a muchos que presumen de campeones, pero a Calder no le gusta cargar con responsabilidades, es un tipo raro. La muerte de Collado le impresionó mucho, y ahora lo de Bernardo le ha dado la puntilla. Tú sabes que Calder confiaba en hacer de Bernardo un gran campeón, y así podía haber sido. Pero se lo dejaron «torta».

Yo dije:

—¿Por qué no le retira? Si está «torta», que deje de boxear.

Lázaro se echó a reír.

—No. Ahora no. Sería inhumano retirarle. El chico ha estado años enteros aprendiendo a boxear, pegándose con todos los muertos de hambre que pretendían destacar, recibiendo palizas tremendas sin cobrar ni una peseta... Y de pronto, cuando nadie lo esperaba, ganó un combate, y le dieron otro combate con un boxeador decente, Pardo, y ganó otra vez, y así fue para arriba hasta hacer aquel combatazo con Collado. En el mismo combate en que se le abrieron buenas posibilidades, este con Collado, le dejaron «torta». Ahora puede cobrar buen dinero por sus peleas. ¿Y quieres que se retire? ¿Qué vas a hacer con él? ¿Devolverle a la fábrica, sin una peseta en el bolsillo? En la fábrica da lo mismo estar «torta» que no estarlo, allí todos os portáis como si fueseis «tortas»... Ya tendrá ocasión de volver a la fábrica.

Los combates de Bernardo eran penosos. Recuerdo un par de ellos. Uno fue contra un italiano, campeón de su país. Bernardo, desde el principio del combate, boxeó lentamente, como si le pesasen los brazos y las piernas, y en el primer asalto encajó un par de puñetazos que restallaron en toda la sala, sin inmutarse. En los asaltos siguientes, la pelea estuvo nivelada porque el italiano tenía miedo de lanzarse a un ataque abierto, ya que Bernardo no había aún perdido su fama de hombre que mataba con sus puños. En el cuarto asalto, el italiano lanzó un golpe muy flojo que Barba casi esquivó, pero el guante le rozó la mejilla derecha. Yo vi que Barba resbalaba y

caía de bruces. Todos esperábamos que se levantara inmediatamente, e incluso el árbitro permaneció alejado sin iniciar su cuenta. Pero Bernardo, en lugar de alzarse, se puso a gatas trabajosamente, inclinó su cabeza hacia el suelo, como si su cuello no pudiera sostenerla, y dio un par de cabezadas laterales, cual un buey. El árbitro corrió hacia él e inició la cuenta. El público, sorprendido, se puso en pie, y Bernardo se estiró en la lona, donde quedó inerte y moviendo la cabeza igual que si le doliese. Al terminar la cuenta de los diez segundos, entre Calder y el árbitro le llevaron a su rincón. Le acompañaron, más que le llevaron, porque Barba, tan pronto como estuvo en pie, se sostuvo bien, y anduvo a pasos lentos, de sonámbulo.

El otro combate fue contra un francés, al que anunciaron como «el extraordinario primera serie galo». Cuando vimos aparecer al francés sobre el ring nos faltó poco para echarnos a reír. Era un hombre viejo, calvo como una bola de billar, y con una espantosa barrigaza que temblequeaba cual membrillo. Bernardo le pegó cuanto quiso, pero el hombre era valiente como él solo y daba la cara que era un primor. El buen señor no dobló la rodilla ni una sola vez. Aguantaba los golpes de Bernardo con dignidad de padre de familia y dignidad de ciudadano que ve sus derechos cívicos atropellados. Sin embargo, si los golpes de Bernardo hubiesen tenido mediana potencia, hubieran tumbado al calvo a las primeras de cambio.

Lo más curioso era que Bernardo tenía el convencimiento de que todos sus combates eran ejemplares, de maestro. Y alardeaba de ello. Nosotros callábamos y Calder sonreía con su sonrisa de dolor de estómago, que Barba interpretaba como aprobación, y nosotros como lo que en realidad significaba.

Mi vivir no fue satisfactorio durante aquel período. Mis entrenamientos carecían de sentido, ya que era seguro que Calder no me proporcionaría ningún combate. Pero yo había tomado el hábito de ir al gimnasio, y la amistad con Lázaro me atraía. Irrazonablemente yo me portaba como si algún día próximo tuviera que disputar un combate importante. En casa, mi mujer, silenciosa, estaba pendiente de cuanto yo hacía, y parecía preocupada por un posible cambio en mi manera de ser. Recuerdo que, en aquellos días, vi, con mi mujer, una película que trataba de boxeo. La recuerdo muy bien. Explicaba la historia de un boxeador que tenía un hermano cojo y una novia. El boxeador triunfaba, se envanecía, dejaba la novia y se liaba con una mujer más guapa, pero bastante zorra; entonces el hermano cojo se casaba con la novia de su hermano, pero éste, que era un tipo muy vanidoso, iba en busca de su antigua novia y se la quitaba a su hermano. Estando así las cosas, el boxeador peleaba para el campeonato del mundo; el combate le iba muy mal, ya que no hacía otra cosa que recibir golpes tremendos, pero hacia el final, cuando estaba ya casi inconsciente y con el combate perdido, tenía un ataque de coraje y tumbaba a su contrario. Pero era tanta la leña recibida, que en el vestuario se volvía loco y moría acto seguido. En el

momento en que le enterraban, el hermano cojo, entristecido, decía que el boxeador había sido un hombre de gran temple, aunque un poco pendejo. Al salir del cine, mi mujer me miró muy fijamente, y yo noté que le bailaba alguna idea dentro de la cabeza. Hice como si no me diese cuenta. Cuando estábamos cerca de casa, ella me preguntó: «¿Te ha gustado la película?» Me lo preguntó para ver qué era lo que yo pensaba. No le contesté. Sin embargo, me pareció que ella respetaba la idea de que yo fuese boxeador.

El mundo del boxeo se había metido dentro de mi cabeza. Y yo no estaba aún dentro de él. Por eso me parecía un recinto cerrado, mágico, en el que yo soñaba estar durante mis momentos de meditación y ensueño, sentado a la puerta de la fábrica con Mateo y Bernardo. Había momentos en que yo me percataba de que si las cosas seguían en el mismo estado, llegaría el día en que tendría que ir a la oficina del patrón para pedirle que volviese a destinarme a la nave. Uno no puede ser boxeador sin boxear. Darme cuenta de esto me sumía en un estado de vergüenza, durante el que percibía, con vista fría, mis actividades de aprendiz de boxeador. Y me sentía ridículo. Estos momentos se alternaban con otros de euforia y ensoñación, durante los que me veía a mí mismo triunfando en los rings y cruzando mi izquierda.

Poco antes de que terminara la temporada de boxeo, estando el verano en puertas, Bernardo puso en juego el título de campeón nacional que ganara en un combate muy fácil poco después de su victoria frente a Collado. Al principio, Calder se opuso a ello, pero luego accedió, debido principalmente a que Lázaro le hizo notar que si esperaba a que la Federación obligase a Bernardo a jugarse el título, el combate no sería tan bien pagado como en aquella ocasión. Bernardo, por su parte, declaró que él ganaría por fuera de combate.

Fuimos a la ciudad en el automóvil del «branda», quien se prestó a conducirlo. Calder estaba de un humor de perros, y en un par de ocasiones se metió con el señor Juanito, tratándole como si fuese un crío. Una fue porque el «branda» se arriesgó demasiado al tomar una curva y el automóvil pasó rozando a otro que venía hacia nosotros. Y otra porque un poco de ceniza del cigarrillo del señor Juanito fue a parar a su rostro. En ambas ocasiones le dijo algo referente a portarse como es debido y a prestar atención. El «branda» no le contestó ni se excusó.

Todos sabíamos que íbamos a presenciar la derrota de Bernardo; y temíamos no ya la derrota, sino el durísimo castigo que seguramente recibiría. Bernardo se había convertido en un insensato, y seguramente se dejaría pegar hasta quedar convertido en un guiñapo. Por otra parte se encontraba en un estado peligroso, y la paliza podía tener consecuencias irreparables. Todos estábamos nerviosos. Todos menos él, quien durante el trayecto a la ciudad durmió dulcemente, apoyando su cabeza en mi hombro.

Barba, ágil y sonriente, saltó al ring. Iba repeinado, su rostro brillaba de masaje hemostático, y vestía su bata de seda roja. Dio vueltas sobre sí mismo con los brazos en cruz, las vendadas palmas de las manos orientadas hacia el público y saludando a bruscas cabezadas.

Subió su adversario. Era un muchacho muy delgado y cosa de un palmo más alto que Bernardo. Saludó al público y luego se dirigió hacia Bernardo, a quien estrechó la mano, en tanto que Bernardo, con la izquierda, le daba benévolo, paternales cachetes. En el rincón del aspirante al título vi a Velázquez. Era la segunda vez en mi vida que le veía. Su roja cara, su blanco cabello y su recortado bigotillo teñido de negro formaban la imagen más notable de cuantas estaban alrededor del ring. Trajeron la caja de madera, sellada, con los guantes de campeonato dentro. El árbitro sorteó los guantes y Barba resultó favorecido. Bernardo sonrió con afable superioridad. Calder y Velázquez tomaron los guantes y anduvieron con sus pupilos a sus respectivos rincones.

Fue un combate corto. Barba, grave, ceñudo, avanzó hacia el centro. Y el otro también. Llegaron a la «media distancia», Bernardo soltó un bufido feroz, lanzó dos zarpazos al aire, balanceó el cuerpo, se arreó un puñetazo en su propia nariz y volvió a bufar. El aspirante retrocedió dos pasos, sin dejar de mirar a Barba a los ojos, su mirada tranquila, las pupilas frías y las cejas alzadas como en asombro. Barba se abalanzó sobre el aspirante lanzándole una serie de golpes con las dos manos. El aspirante retrocedió como si tuviera miedo y sin hacer amagos de contratacar. Entre el público nació un murmullo de sorpresa. No era el combate que ellos esperaban ver. Y yo me sentí nervioso porque comprendí que Bernardo podía muy bien ganar aquel combate, y que todos los vaticinios anteriores habían sido prematuros. Bernardo era todavía un buen boxeador. Otra vez estaban los dos contendientes en el centro del ring. Bernardo dispuesto a atacar de nuevo, y su contrario con las piernas en posición para retroceder, sus puños caídos como si no tuviera intención de contestar los ataques y solamente pensara en huir. Bernardo se lanzó para delante, soltando un bufido corajudo. Vi sus puños, en movimiento alternativo, dirigirse al rostro del aspirante, quien, en lugar de retroceder, balanceó el cuerpo y esquivó los cuatro puñetazos que Barba le lanzara. Comprendí que el quinto y sexto puñetazos tenían que dar, forzosamente, en el rostro del aspirante, pero el puño derecho de éste avanzó al frente, suave, seguro y lento, y se estrelló en el rostro de Bernardo, con un chasquido que resonó en toda la sala. Oí un largo grito multitudinario de asombro, y vi el rostro de Bernardo —nariz y boca— cubierto de sangre. Bernardo resopló e intentó continuar su serie de puñetazos en busca del momento en que su contendiente ya no pudiera esquivarlos, pero otra vez los puños del muchacho, con la expresión de sereno asombro, llegaron a Barba propinándole seis golpes —tres en cada sien— que

hicieron bambolear su cabeza como si su cuello fuese el muelle flexible de un muñeco de pim-pam-pum. El público se había puesto en pie, y en la sala sonaba el murmullo excitado con que se recibe la noticia increíble. Barba, confuso, severamente castigado, con la sangre manándole de la nariz y los labios rotos, y su cabello, reluciente de brillantina, caído en greñas sobre los ojos, permanecía encorvado, con la guardia cerrada —los puños ante el rostro—, agazapado a la espera de que pasase el mal momento para poder volver al ataque. El aspirante, sus puños a la altura de la cintura, balanceaba lentamente su cuerpo y miraba a Bernardo a los ojos con expresión de científica, fría observación. Fue anormal que Bernardo se lanzara nuevamente al ataque no estando aún repuesto de los golpes recibidos. El aspirante no huyó ni movió el cuerpo para esquivar los golpes, sino que esperó a Barba. Detuvo el primer golpe que Bernardo le lanzara, mediante un movimiento de su puño izquierdo, en tanto que su puño derecho viajó de abajo arriba para ir a pegar contra la punta del mentón de Bernardo. El cuerpo de Barba, encorvado en el instante anterior al golpe, se estiró hacia arriba al tiempo que sus rodillas se doblaban. Cayó de rodillas, y así quedó, de rodillas, el cuerpo erguido, los puños calzados con los grandes guantes negros entre los muslos, y la mirada, vacía de conciencia, perdida más allá de la cortina de luz que envolvía el cuadrilátero. El árbitro contó. Al cuarto segundo, Bernardo, sin variar la expresión de su rostro, en movimientos lentos e imprecisos, se puso en pie. El árbitro se apartó y el aspirante se dirigió hacia Bernardo. Bernardo alzó sus puños al rostro en un movimiento cansado. Y súbitamente movió los puños, el derecho hacia arriba, el izquierdo hacia abajo, el derecho hacia abajo, el izquierdo hacia arriba, y dio medio paso para delante y medio para atrás, todo ello en movimientos de autómatas. El golpe le proyectó contra las cuerdas, en las que quedó apoyado, los brazos caídos a lo largo del cuerpo; su mirada, en un guiño extraño, perdida en la nada, y su rostro como un mapa en rojo, rosa y amarillo, coronado por las greñas negras y relucientes. El aspirante se fue para él y le propinó un directo en la mandíbula, apartándose al instante para que Barba no le cayese encima. Pero Barba, rígido e inconsciente, apoyado en las cuerdas, permaneció en pie sin hacer ni un gesto. En la sala hervía un griterío contradictorio; unos protestaban, en tanto que otros aplaudían frenéticos de entusiasmo. El aspirante, desconcertado, miró al público y luego al árbitro. El árbitro le indicó que debía continuar el combate, y el público, al ver el gesto del árbitro, arreció en sus aplausos y protestas. El aspirante miró a Bernardo: estaba sin conocimiento, pero en pie. En su desconcierto, nervioso y asustado, en la misma disposición de ánimo del hombre que quiere matar a su perro enfermo y yerra el primer golpe, y, perdido el dominio de sí mismo, hace una carnicería en el animal, se lanzó sobre Bernardo, y una y otra vez le golpeó el rostro con directos de los dos puños. Bernardo, apoyada su espalda en las cuerdas, que actuaban como resortes, iba y venía hacia delante y atrás, como un

cuerpo muerto, al impulso de los puñetazos en su rostro, y la reacción de las cuerdas en su espalda. La sala estaba en pie, y mil gritos estremecían al aire empujando el ámbito. El rostro del aspirante estaba crispado. El griterío en la penumbra de la sala me parecía formar un mundo oscuro y redondo y denso, cuyo núcleo era el ring iluminado por la luz deslumbrante de los focos. Vi el pájaro blanco volar bajo la luz de los reflectores y caer muerto sobre la lona. Y tras la toalla que lanzara en señal de abandono, Calder saltó al ring y detuvo el combate. Cargó con Bernardo y se lo llevó al rincón, en tanto que el árbitro, rápidamente, alzaba en el aire el puño derecho del aspirante.

El aspirante estaba en el rincón de Bernardo y ayudaba a Calder a descalzarle los guantes. Barba, sentado en el taburete, permaneció inmóvil. Jim, Lázaro, Comellas y yo corrimos hacia el rincón de Bernardo, y Calder, al vernos, nos dijo: «Quietos..., quietos...» La vista de Bernardo estaba fija en el aire, al frente; movía la cabeza y murmuraba palabras; su cuerpo, sudado, olía a embrocación, y sus labios, rotos e hinchados, temblaban como si tuviera frío. Bernardo miró a Calder. Su rostro, visto de frente, apenas parecía humano. Intentó decir algo a Calder, pero éste le aconsejó: «Calma, Bernardo... Calma...» El hombre vestido de *smoking*, micrófono en mano, voceaba: «¡Por abandono en el primer asalto...! ¡Del campeón nacional Bernardo Barba...! ¡Vencedor del combate y campeón nacional del peso medio...! ¡Calvo!» El nuevo campeón acudió al rincón en que estaba Bernardo, le besó las mejillas y luego tiró de él para ponerle en pie y llevarle al centro del ring y allí saludar, pero Bernardo no pudo alzarse. Calder abrazó al nuevo campeón, y éste regresó al centro del ring, desde donde, con la mano, señalaba amablemente a Bernardo para hacerle partícipe de los aplausos. Bernardo, sentado, alzó la mano en el aire un par de veces para corresponderle.

* * *

Durante el verano vi descender el prestigio de Bernardo Barba hasta llegar allí donde estaba en los tiempos en que comenzara a boxear. Bernardo, tras su derrota, empeoró mucho en su estado mental, y engordó hasta alcanzar la categoría de peso pesado; la grasa cubría su rostro y se amontonaba alrededor de sus cicatrices. Durante el verano peleó en varios combates en fiestas pueblerinas, contra boxeadores de peso inferior al suyo. Le contrataban por su título de ex campeón nacional, lo que siempre atraía al público, daba realce a la victoria de su adversario, y a él le proporcionaba algún dinero. Bernardo se había convertido en un hombre adormilado que solamente hablaba para alardear, en infantil fanfarronería, de su ciento y pico de combates librados, de su perdido título nacional, de su machacado rostro, y de la muerte de Charly Collado.

Calder rehuía a Barba, y un par de veces vi a Bernardo ir a sentarse junto a

Calder, pero éste, tras sonreírle y decirle una frase amable, se largó lejos de Bernardo. En los combates por los pueblos, era Lázaro quien cuidaba de Barba. En el gimnasio, la nueva estrella era Jim Echevarría. Se le consideraba el futuro campeón nacional de los pesos gallos —mi peso—, y él daba base a esta suposición ganando todos sus combates en forma brillante. Era un hombre muy joven, listo, de reacciones muy rápidas y pegada débil. Bernardo, sin embargo, seguía portándose como si él fuese el centro del gimnasio.

A finales de verano se produjo un incidente que yo creo influyó en lo que posteriormente tenía que ocurrir. Lázaro tenía por costumbre acudir al borde del ring, dejando de vigilar la gimnasia de sus «leones», cuando Jim Echevarría subía al ring para «hacer guantes» con algún otro. El interés de Lázaro por Jim molestaba a Calder, quien le dirigía miradas duras y le preguntaba si la sesión de gimnasia de los «leones» había ya terminado o si no tenía nada más que hacer. Lázaro no le contestaba y seguía impávido contemplando las evoluciones de Echevarría. En una de estas ocasiones, el oponente de Jim Echevarría se lastimó una mano, y como fuere que Comellas debía combatir aquella misma noche, así como García-Paredes, y yo podía sustituirle, Calder lanzó una maldición y suspendió el entrenamiento. Entonces Lázaro le gritó:

—Oye: ¿por qué no dejas que suba Luisito? También es gallo...

Calder frunció las cejas irritado, y se dispuso a hablar, pero antes de hacerlo pensó un poco y, sin duda, varió lo que iba a decir. Preguntó:

—¿Para qué?

Lázaro sonrió con sorna y contestó:

—Para entrenar a Jim.

Calder dijo lo que seguramente había pensado antes:

—Lázaro, no creas que tú hagas ninguna falta aquí. Si quieres largarte, puedes hacerlo cuando quieras.

Lázaro insistió:

—¿Y qué tiene que ver eso? ¿Qué pasa con Luisito?

Calder dijo:

—O te callas, o te echo. A ti y al Luisito.

Y dirigiéndose a Jim, le ordenó:

—Anda, bájate. Mañana continuaremos.

Jim Echevarría era en aquel entonces una meta inalcanzable para mí. Jamás hubiera soñado en ponerme frente a él. Sin embargo, Lázaro era un gran entendido en boxeo, y si él había propuesto que yo «hiciera guantes» con Jim, era porque yo estaba realmente capacitado para ello. A partir del incidente, Lázaro me dedicó especiales cuidados, como si con ello quisiera oponerse a la voluntad de Calder. Tras los minutos de gimnasia, pasábamos largo rato cambiando golpes, ensayando posiciones y guardias, corrigiendo la ejecución de mi cruzado de izquierda, aprendiendo nuevos

golpes con la derecha...

Capítulo V

A PRINCIPIOS DE SETIEMBRE, Calder dio la sorpresa.

Nos reunió a todos alrededor del ring, y subido a él, nos habló. Dijo que había firmado un contrato, por toda la temporada, con el empresario de la sala de boxeo, desplazando así al gran Velázquez. Iban a celebrarse varias veladas organizadas sobre la base de los boxeadores de Hilario Calder. La primera de ellas se celebraría a finales de mes y en ella tomarían parte García-Paredes, Comellas, Bernardo Barba y Jim Echevarría. Éste, en el combate de fondo, pelearía con el campeón nacional sin estar el título en juego. Calder prometió a Bernardo que le pondría en camino para recuperar su título, y a Jim le aseguró que al término de la temporada sería campeón. Luego se dirigió a los «leones» y les advirtió que aquella sería una excelente oportunidad para lanzarse al boxeo seriamente, ya que pensaba organizar varios combates entre aficionados. Aconsejó a Lázaro que intensificara el entrenamiento de los «leones».

Salí del gimnasio antes de terminar la jornada de entrenamiento. Tras el parlamento de Calder, Lázaro se dedicó a entrenar a los «leones», y yo me quedé solo en el rincón en que colgaba un saco de arena; le lancé dos puñetazos con toda mi alma, le escupí y fui a vestirme a la caseta. Al pasar por el patio, vi a Bernardo sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos. Me miró de una manera rara, como si no me viese, y se puso en pie y se fue hacia dentro, para que yo no le hablase. Realmente, Calder le había hecho una jugada. Quizás entre la espesa bruma del cerebro de Bernardo se hubiera abierto paso la idea de que él estaba ya acabado. Calder, tras decirle que iba a ponerle en camino de recuperar su título, le anunció el nombre de su contrincante en la próxima velada. Era un recién llegado a las filas profesionales, el hombre que desea y necesita vencer a boxeadores con nombre. Bernardo saldría a facilitar prestigio a un desconocido. Me alegré de que al fin se diera cuenta.

Marché solo hacia mi casa.

Al día siguiente, mientras me dirigía a la fábrica, decidí ir a ver al patrón y pedirle que volviese a destinarme a mi puesto en la nave. Pero cuando llegué, vi la puerta que daba paso a la nave, imaginé lo que tantas veces había visto y vi a Mateo sentado al sol de la hermosa mañana de otoño, charlando con Bernardo Barba, y pensé que sería mejor hablar con el patrón en cualquier otro momento. Aquel día quería pasarlo sentado al sol, llorando tiernamente mis difuntas ilusiones de campeón. Fue un día amargo, pese a mis propósitos, en el que vi progresar el sol en su camino hacia el occidente, y variar la luz del día, y las sombras, al compás de las horas, mientras pensaba en lo iluso que había sido y seguía siendo. Y daba, en mi mente, la razón a los compañeros de la nave. Ellos estaban en lo cierto. Intentar ser gente, ser Luis

Canales a través del boxeo, era un sueño inconfesable. La única realidad aceptable era trabajar en la fábrica. Lo otro era como representar una comedia.

Bernardo y Mateo se pasaron el día charlando. Yo estaba inmerso en mis pensamientos y sus palabras sonaban en mis oídos, pero yo no las comprendía.

Por la noche no fui al gimnasio, sino que anduve paseando por la ciudad, y cuando la hube recorrido entera, enfilé la carretera, en dirección opuesta a mi casa, y seguí por ella hasta que me sentí cansado. Entonces fui a casa. Llegué muy tarde. Mi mujer me esperaba. Me dijo:

—Ha venido a verte un amigo.

—¿Quién?

—Un boxeador.

—¿Cómo se llama?

—No sé. No era Bernardo.

El corazón me dio un salto. Todas las esperanzas que yo enterrara durante el día, y que lloré en mi caminar furioso por la carretera, resucitaron rebosantes de vida. Era el ring, con sus focos sobre mi cabeza, la sombra blanca del árbitro yendo y viniendo inquieto, como las hienas en las jaulas del zoológico; eran los murmullos, las voces, los gritos, los silbidos y aplausos de aquel gran animal palpitante en la penumbra, el público. Y ser Luis Canales para pelear combates y ganarlos o perderlos, para caer en aquel mundo rosáceo, sonámbulo y angustiante, y cazar la sombra frente a mí, para quedar «torta» para siempre, si preciso fuere... Ser Luis Canales dentro del círculo mágico.

—¿Qué dijo?

Mi mujer tardó en contestar porque había adivinado exactamente mis pensamientos. Dijo:

—Nada.

Y se quedó pensativa.

Salí fuera de casa. Deseaba estar solo.

Respiré hondamente el aire frío de la noche. Me gustaba la oscuridad del cielo nocturno. Es extraña, y uno sabe, al mirarla, que aquella oscuridad es más grande que el mundo entero e infinitamente honda. Y libre. Hay mundos y soles en ella, pero es tan grande que los mundos y los soles son solamente puntitos de luz mortecina. Y abajo estaba la tierra llana, negra y dura, extendiéndose frente a mí. Comenzaba allí mismo, bajo mis pies, llegaba hasta las siluetas de las dos fábricas lejanas, y seguía extendiéndose, bajo la negrura palpitante del cielo, hasta donde se encontraba la ciudad con sus luces y su murmullo sempiterno. En algún lugar, frente a mí, en la ciudad, estaba la sala de boxeo con sus gritos, la luz de los focos cayendo sobre el cuadrilátero blanco, y en él un par de hombres que eran el centro del griterío y hacían estallar las ovaciones. Respiré el aire frío y miré al cielo oscuro buscando su medida,

su forma. No pensaba en Lázaro ni en ganar combates. Había renacido la esperanza de mí mismo, y era bastante. No pensaba en nada. Solamente veía el cielo escasamente estrellado, y me sentía feliz. Sentí a mi mujer a mi lado. Anduve unos pasos al frente para apartarme. Y a los pocos segundos oí el golpe de la puerta de la casa al cerrarse tras ella.

Al día siguiente, cuando me disponía a ir al gimnasio, Lázaro llegó. Iba muy elegante —completo— con su traje negro con rayas blancas, su camisa negra, de seda, y su corbata blanca. Me dijo que quería hablar conmigo a solas.

Por la carretera hablamos.

—¿Qué te pareció lo de ayer?

Yo dije:

—Muy bien.

Lázaro rió. Siguió:

—¿Bien?

—Sí. Muy bien. Los chicos tendrán ocasión de pelear.

—Pero para ti no es tan bueno.

—Para los demás lo es.

—¿Y te parece bien?

—Sí. Voy a dejar el boxeo. Estoy harto.

Lázaro no contestó. Se quedó silencioso. Y así anduvimos varios minutos. Dijo:

—Mira, Luisito, yo sé de boxeo más que Calder, don Paco y todos los del gimnasio juntos. Don Paco me ha hablado de ti varias veces. Te conoce, ¿sabes? ¿Tú quieres seguir peleando, sí o no?

—Sí quiero.

—Pues, si sigues con Calder, en tu vida boxearás. Conmigo, sí. Si te parece bien, el sábado iremos a ver a don Paco.

Seguimos caminando en silencio. Lázaro dijo:

—¿Sabes que en más de la mitad de los combates esos que ha organizado Calder va a haber «tongo»? En el gimnasio no lo sabe nadie. Me lo ha dicho el empresario. A Jim van a llevarle al campeonato nacional a través de una serie de «tongos». Y Bernardo va a ser quien pague las consecuencias. Primero, a Barba le darán unos cuantos combates en los que su contrario se tumbará él solito y se dejará contar los diez segundos; entonces comenzarán a decir que Bernardo se ha recuperado, y le prepararán una pelea, para que recobre su título, pero antes de esta pelea, cuando sea aspirante ya casi oficialmente, le harán luchar con Enciso, y en esa ocasión no habrá «tongo». Y Enciso, luego de cargarse a Bernardo —que se lo cargará como dos y dos son cuatro—, le sustituirá en la pelea para el título. Enciso es un buen boxeador, pero hay que cuidarle mucho, ¿sabes? A cambio de esto, Romo, el preparador de Enciso, dejará que Jim se cargue a unos cuantos de sus pupilos. Es un intercambio de

servicios entre Romo y Calder, en beneficio de Enciso y Jim, y en perjuicio del pobre Bernardo.

Atardecía. Al norte se alzaban unas montañas grisáceas, pequeñas y muy próximas. El aire se enfriaba rápidamente y se hacía más puro, como ocurre en los atardeceres de otoño.

Lázaro agregó:

—Nadie sabe nada de eso. Calder los trata como a críos. Se lo dirá solamente si es necesario, y a última hora, cuando les esté poniendo los guantes en el ring, cuando ya no les quede otro remedio que aceptar. Bernardo no se enterará. Creerá que de veras ha tumbado a su contrario, y andará fanfarroneando por ahí, y cuando Enciso le dé para el pelo, dirá que fue un golpe en frío y que es una injusticia que no le dejen pelear para el título nacional...

Se echó a reír. Tenía toda la razón, pero me fastidiaba que la tuviera. En voz baja, hablando con acentos de deseo, dijo:

—Me gustaría verte pelear con Jim Echevarría. Si lograra que peleases con él, ya estarías colocado. Jim es mejor que tú, pero tú siempre que pelees con él le ganarás... ¿No lo sabías? Tal como él boxea, no puede cubrirse el hígado en todo instante. Tiene que descubrirlo o renunciar a pegar... Además, tú tienes un rostro que aguanta todo lo que le caiga, y Jim apenas pega, es flojo... En cambio, Jim puede ganar fácilmente a boxeadores que a ti te harían sudar tinta... ¿Comprendes la situación?

—A medias. Pero a Jim le gano. A Jim me lo cargo. Palabra.

Me lanzó una mala mirada, como si yo hubiese dicho una tontería. Y dijo:

—Te vamos a bregar un poco. Te enseñaré a cubrirte la cara... Tú pelearás con frecuencia e irás ganándote tu cartelito, y cuando llegue el momento, Paco o yo vamos a logarte un combate con Jim. Nos conviene que Jim se encumbre. Cuando le ganes, te colarás de rondón en el grupo de los privilegiados. Tú déjalo todo de mi cuenta, y ayúdame con tu izquierdazo.

Las esperanzas de Lázaro contrastaban con el momento. El cielo estaba gris sucio, la noche aún no había limpiado las últimas sombras lívidas, los restos de luz solar —sin vida— en el aire. Todo era triste, y hacía frío. A mi derecha se alzaban las barracas destartadas hechas de sacos y latas y maderas de cajas de embalaje, en las que vivían los emigrantes venidos de mi patria chica. Lázaro hablaba satisfecho:

—Yo me he retirado ya. No volveré a pelear, pese a que aún podría hacerlo durante tres o cuatro años. Estoy fuerte y sabe más el diablo por viejo que por diablo... Pero no. No, chico, no. A partir de ahora, yo soy tu entrenador. ¿De acuerdo?

Creo que antes ya he dicho que en este mundo todos somos soñadores. Y allí estaba Lázaro dándome la razón. Lázaro era la última persona de quien hubiera sospechado la existencia de sueños en su mente. Le dije:

—Sí.

—Mañana ve al gimnasio y no digas palabra de eso. Mientras podamos utilizar el gimnasio nos entrenaremos allí. Luego ya veremos. Lo mejor sería que pudiésemos ir a vivir a la ciudad...

Lázaro era, todo él, sueños.

A las cinco y media del sábado de la semana siguiente, Lázaro y yo fuimos a la ciudad.

En taxi nos dirigimos a la sala de boxeo, en donde don Paco tenía su despacho.

Subimos por una escalera estrecha y oscura que olía a coles hervidas y a café tostado. Penetramos en un pasillo con ventanas a los dos lados. Por las ventanas de la izquierda se veía un patio de vecindad gris, sucio y cruzado de tuberías de cemento y hierro, y con ropa tendida. Por las de la derecha se veía la sala de boxeo, con sus butacas vacías en la platea, y, en medio, el ring con los palos abatidos. Al término del pasillo se abría otra puerta. Entramos. Era una habitación pintada de verde, con una mesilla en medio, un diván arrimado a la pared de la derecha y tres sillones frente al diván. Olía a moho, como si llevase años sin que hombres hubiesen respirado en ella. La atravesamos y entramos en otra habitación. Tras la mesa estaba don Paco. Alzó la vista, y con un gran grito saludó a Lázaro:

—¡Hola, viejo!

Lázaro me agarró del brazo y me puso frente a don Paco. Dijo:

—Mira, éste es el fenómeno de quien te hablé...

Don Paco me sonrió como si yo fuese un amigo de toda la vida, y su vista me recorrió de cabeza a pies. Sonriente, dijo:

—¿Qué tal? Lázaro me ha dicho que tienes una izquierda como un martillo de herrero...

Yo sonreí y dije:

—Sí, señor.

Don Paco preguntó a Lázaro:

—¿Le dijiste las condiciones?

Yo tercié:

—No, señor.

Don Paco dijo:

—Mira, esto funciona así: tu apoderado será Lázaro, tú combatirás solamente en mi local y si boxeas fuera de él yo tendré derecho a un tanto por ciento de tus ganancias y, desde luego, solamente podrás hacerlo con mi autorización. Yo pagaré tus combates en esta sala, daré dinero a Lázaro, quien descontará los gastos que haya tenido y su comisión, y te dará el resto... Si tienes dudas sobre las liquidaciones, ven a verme, pero no creo que el caso llegue... ¿Verdad, Lázaro?

—No, no...

Don Paco me preguntó:

—¿Te parece bien?

Yo me acordé del contrato de Calder. Dije:

—Y respecto a «tongos», ¿qué?

Don Paco se echó a reír, y riendo miró a Lázaro. Cesó de reír y me miró, pero en sus ojos aún había sonrisa. Dijo:

—El «tongo» es una palabra prohibida. Es algo que existe, siempre ha existido, pero que jamás se menciona. Conozco a un boxeador, un gitano francés, que estuvo boxeando con «tongo» durante tres años seguidos y, que yo sepa, ni él ni su preparador pronunciaron jamás la palabra. Se hace, pero no se dice. Ni siquiera cuando se prepara. ¿Verdad, Lázaro?

Lázaro estaba ruborizado. Afirmó de una cabezada. Él, el veterano, había cometido una novatada. Don Paco prosiguió:

—Por el momento, tú boxearás lo mejor que puedas, sin ceñirte a ninguna instrucción previa al combate. Procurarás ganar todos tus combates, como un buen chico, y nada más. Luego ya veremos. Pero, si el caso llega, nadie te forzará a tumbarte. Sencillamente te diremos: «Tenemos este plan». Y tú decidirás. Eso que tú llamas «tongo» no es tan sucio e injusto como imaginas. Con frecuencia, mediante esta mentira llamada «tongo», la cosa esa de dejar que te venzan o ver cómo tu contrario se finge vencido, se consigue un resultado que es todo lo contrario a la mentira; es decir, se consigue la verdad... ¿Comprendes?

—No, señor.

—Mira: suponte que Jim Echevarría comienza a ganar combates y más combates, y llega a ser campeón nacional; Jim es mejor que tú, Jim es un técnico excepcional; pero suponte que, en tanto Jim es campeón nacional, a ti te nombran aspirante al título, y entonces Jim, que sabe que, pese a ser mejor que tú, le puedes ganar debido a tu dichoso cruzado de izquierda, te ofrece todo el dinero que hasta entonces haya ganado para que tú le dejes ganar. Sabes que puedes calzarte el campeonato tumbando a Jim, pero que, al cabo de un mes, cualquier quídam te lo quitará, y por eso aceptas la oferta de Jim. Llega el día del combate. Expectación: la sala llena, de banderas, fotógrafos... Jim te arrea un par de cachetes y tú te tumbas tranquilamente, y dejas que el árbitro trabaje durante diez segundos, luego pasas por caja a cobrar. Resultado: Jim sigue siendo campeón —y se lo merece—, y tú, que le has hecho un favor, cobras lo que los dos habéis creído justo. ¿Ves la cosa?

Sí la vi. En cierto aspecto era muy clara. Pero, según lo que Lázaro me dijera, aquél no era nuestro plan. Dije a don Paco:

—Sí, está claro. Pero creo que nosotros no vamos a hacer eso, ¿verdad? Lázaro me dijo que haríamos todo lo contrario...

Don Paco rió otra vez. Parecía que mis palabras solamente servían para hacerle reír. Dijo:

—Yo no tengo ningún plan. Eso lo dejo para Lázaro. Tú, Luisito, no pienses tanto; deja que Lázaro piense por ti. Tú pelea lo mejor que puedas, y nada más.

No me gustó la respuesta de don Paco. Me acordé de que estaba asociado con Calder. Dije:

—Bueno, pero yo creo que si Jim es campeón y yo soy capaz de ganarle, lo justo sería que el campeón fuese yo... Me parece, vamos...

Don Paco estaba irritado conmigo. Me contestó impaciente:

—Jim no es campeón ni es nada, y quizá nunca llegue a serlo, y quizá tú no seas capaz de ganarle, ni a Jim ni a nadie. Por el momento nada existe. Solamente un buen contrato que yo te ofrezco, basado en la confianza que tengo en Lázaro... ¿Lo aceptas?

Lázaro contestó por mí:

—Sí.

Y don Paco me tendió unos papeles y dijo:

—Firma aquí.

Firmé. Don Paco dijo:

—Y aquí.

Y firmé otro papel. Y luego otro, y otro. Cuatro en total.

Cuatro o cinco días más tarde, cuando estaba saltando a la comba en el gimnasio de Calder, Lázaro se me acercó y, con acento de conspirador, me dijo:

—A la salida te veré. El sábado peleas.

Seguí saltando a la comba.

Lázaro me llevó a un bar en el que yo nunca había entrado. Era uno de esos bares nuevos, todo él cristales de colores y taburetes tapizados en telas de colores distintos. El fonógrafo siempre estaba sonando, susurrante, llenando el aire de vibraciones que eran música, en tono muy bajo. Yo había pasado varias veces por delante de aquel bar, pero nunca había entrado porque pensaba que allí por un vaso de leche me cobrarían el salario de un par de meses. El camarero, un chaval muy peripuesto, de cabello ondulado y bigotillo con brillantina, vestido de chaqueta blanca y corbata negra, con su pluma estilográfica sacando la cabeza por encima del bolsillo de la chaqueta, saludó a Lázaro:

—¡Hola, campeón!...

En el bar no había un alma. Por el gramófono sonaba una voz que cantaba en idioma francés y estremecía el aire de la sala desierta, en tanto que los colorines verde claro, rosa ilusión, azul de cielo, calabaza, verde manzana, etc., destacaban sin la competencia de los colores reales de los rostros y las manos de las gentes, de sus

trajes y zapatos... Lázaro me dijo:

—¿Qué vas a tomar?

Y yo dije:

—Un vaso de vino.

Lázaro dijo al camarero:

—Un «finis» para Luisito, y limonada para mí.

Luego se calló y esperó a que me sirviesen el vino. Me bebí la mitad de un trago. Era un vinillo del país, claro, sin alcohol casi, y un poquito agrio. Estaba bueno. Me bebí el resto. Lázaro miró el vaso vacío y se rió.

Dijo:

—El sábado peleas.

Tragó limonada y continuó:

—Un preliminar mixto, es decir, con un profesional que se llama Cadierno. No sé qué tal es. El combate será a tres asaltos solamente y tú, oficialmente, no vas a cobrar ni un céntimo porque aún vestirás la camiseta de aficionado.

—Bien.

—Desde mañana vas a dejar de ir al gimnasio porque Calder esta noche, seguramente, se enterará de toda la cosa. Te entrenarás en la fábrica, ya le hablaré yo a tu patrón, y seguramente me dejará estar allí contigo. Pienso pedirle a Bernardo que se entrene con nosotros...

Sí, el «branda» estaría encantado de que Lázaro fuese por allá. Y quizá nos llevaría a la ciudad con su automóvil. Lázaro hablaba:

—Tomaré algún otro boxeador... Ya les tengo el ojo echado a tres chavales, que prometen... Pero, por el momento, tú eres mi pieza reina. Me interesa que vayas para arriba, ¿sabes? Y cuando llegues arriba, montaré un gimnasio en la ciudad. Poca gente, pero buena. No quiero nada al estilo de lo que tiene Calder. No. Pocos y buenos. Ya le he hablado a Paco, y en principio está de acuerdo...

Le brillaban los ojos. Yo me pregunté con qué soñaba mi patrón. Porque éste seguro que también sueña. Tiene aspecto de ello. ¿Con tener todas las fábricas del país? ¿Con que le hagan santo? Seguro que no pensaba en su secretaria. Y tampoco en la joven señora de la nariz larga.

Dije:

—Otro vasito, por favor.

Lázaro ordenó:

—Otro «finis» para Luis.

Y el camarero agarró la botella grande, sin etiqueta, llenó un vaso, y dejó vaso y botella frente a mí. Me tragué mi vino. Lázaro callaba, y su mirada estaba velada por las imágenes deslumbrantes dentro de su cabeza. La música, que llenaba quedamente todo el aire del bar, me parecía muy bella. Yo no comprendía lo que decía la mujer

que cantaba, pero me parecía que, en un susurro muy dulce, me lo dijese a mí tan sólo. Pregunté:

—¿El sábado boxea alguien del gimnasio de Calder?

Lázaro rió y dijo:

—¡Todos! Es la célebre velada en la que todos van a pelear...

El camarero, desde lejos, de espaldas a nosotros, manejaba la cafetera. Dijo:

—¿Este chico es tu campeón? ¿El del izquierdazo?

Lázaro contestó:

—Sí. Luisito Canales. Ven a verle el sábado.

Y dirigiéndose a mí, anunció:

—Mañana iré a ver a tu patrón.

El «branda» le dijo que sí.

Al salir de la oficina del patrón nos encontramos a Bernardo charlando con Mateo. Bernardo preguntó irónico a Lázaro:

—¿Qué? ¿Cómo te va, «entrenador»?

Lázaro, amoscado, dijo:

—Mejor que a muchos.

Barba rió, y, en el colmo de las ironías, dijo:

—Sí, el mejor del mundo.

Y rió su propia gracia. Lázaro le dijo:

—Parece que Calder te llevó muy lejos a ti, ¿eh?

Y Barba, con su sonrisa de fanfarrón, repuso:

—Quizá más lejos de lo que tú piensas...

Lázaro asintió:

—Seguro.

Y nos fuimos al garaje a entrenarnos.

Mi primera pelea bajo la tutela de Lázaro fue triste. Lázaro y yo fuimos en tren a la ciudad, en tanto que Calder se las arreglaba para ir en el automóvil del patrón.

En el vestuario no me fue asignado cuarto alguno y tuve que desnudarme en la sala común, entre los visitantes, porque todos los demás púgiles tuvieron su cuarto. La única persona, además de Lázaro y yo, que estaba permanentemente en la gran sala era un hombre viejo que, sentado al lado de la puerta de entrada, leía despaciosamente un semanario de niños; cada vez que alguien entraba alzaba la cabeza para ver quién era.

Poco antes de la hora de salir al ring, entró don Paco. Iba muy elegante, con un traje marrón y corbata de lazo. El portero le miró, don Paco saludó, pero el portero no

contestó el saludo. Don Paco se vino hacia nosotros y, poniendo su mano sobre mi hombro, le preguntó a Lázaro, refiriéndose a mí:

—¿Qué tal? ¿Cómo van esos ánimos?

Lázaro dijo:

—Bien, bien, bien...

Don Paco dijo:

—¡Bien! Esto es bueno. En vosotros confío.

Tras estas palabras entró en el cuarto de Jim Echevarría. Había varios cuartos vacíos, pero don Paco no nos ofreció ninguno. Yo se lo dije a Lázaro, pero Lázaro dijo que la cosa no tenía importancia y no valía la pena hacernos mal ver por don Paco por una estupidez como aquélla.

No tardaron en avisarnos.

La sala estaba casi vacía. Y el ring a oscuras. Lázaro y yo cruzamos la sala sin que nadie nos hiciera caso. Estuvimos en el ring, esperando, durante largo rato. Al fin Cadierno subió al cuadrilátero y no se molestó en saludar al público ni a mí. Era un hombre viejo, bajo, de piernas cortas y rostro machacado por mil combates en todas las ciudades y pueblos del país.

Las luces sobre el ring se encendieron cuando subió el hombre vestido de *smoking*. En la izquierda llevaba el micro y en la derecha un papelito. A grandes voces leyó: «Señoras, señores, respetable público: va a dar comienzo la gran velada pugilística en la cual la nueva empresa de este local presentará a los más destacados...» Y anunció todos los combates menos el mío. Al terminar, cuando yo creía que ya había terminado, dijo: «En combate preliminar se enfrentarán, a mi derecha, con cincuenta y tres quilos doscientos gramos..., ¡Cadierno! Contra, a mi izquierda, con cincuenta y un quilos cuatrocientos gramos..., ¡Canales!»

El árbitro saltó al cuadrilátero y las luces se hicieron más intensas.

En este combate comprendí, sorprendido, que las largas, monótonas horas de entrenamiento, bajo la dirección de Lázaro, habían dado su fruto. Ya desde el principio pegué fácilmente con las dos manos y esquivé bastantes de los golpes que el pobre Cadierno me lanzara. A partir del segundo asalto busqué propinar mi golpe de izquierda, pero Cadierno, cada vez que lo presentía, se encogía, se hacía un ovillo y esperaba el golpe, que se estrellaba contra sus brazos, cruzados sobre su estómago. En el tercer asalto pude atizar mi izquierdazo, y Cadierno se derrumbó por más de la cuenta.

* * *

Durante los meses de octubre y noviembre actué regularmente en los combates preliminares. Peleaba con gente en pleno declive, boxeadores totalmente «cascados», o bien con muchachos que aún estaban muy verdes. Casi todas las peleas las gané por

fuera de combate. Pero en mi rostro fueron acumulándose las huellas del boxeo. La razón estribaba en que yo siempre daba la cara, tenía orgullo en ello y me parecía que, haciéndolo, yo era más auténtico, más Luisito Canales. Noté que el público me conocía y me quería. Los cuatro gatos que gustaban de ver los combates preliminares, esa gente para quien ir al boxeo es una gran fiesta, me recibían con una salva de aplausos y luego me animaban con sus gritos: «¡Hala, Luisito! ¡Al hígado, Luis!» Y cuando yo cruzaba mi izquierda y mi adversario caía fulminado, mis amigos rompían en una ovación fuerte.

Mis antiguos compañeros de gimnasio progresaban tal como Lázaro había vaticinado. Bernardo ganaba combates en los que su contrincante se dejaba pegar moderadamente y terminaba tumbándose en la lona para que el árbitro le contase los diez segundos. El público se dividía, y mientras unos enfurecidos gritaban «¡Tongo! ¡Tongo! ¡Tongo!», otros aplaudían rabiosamente. Bernardo estaba convencido de que ganaba sus peleas honradamente y de que sus puños seguían siendo mortíferos. Decía que a él se le exigía mucho porque era una gran figura, y que en nuestro país no había boxeadores de talla bastante para enfrentarse con él.

Yo tomé la costumbre de quedarme en la sala, después de mi combate, para presenciar las peleas siguientes. Las veladas solían terminar pasadas las doce de la noche, y a esa hora ya no salían trenes para la ciudad donde yo vivía. Por eso iba, en autobús o en metro, hasta el extremo de la ciudad, tomaba la carretera y caminaba hasta la garita de los consumidores, y allí esperaba el paso de algún camión cuyo conductor quisiera llevarme. Casi todos lo hacían, y jamás me cobraron ni un céntimo. En los camiones pasé momentos muy gratos. Los conductores, al ver mi rostro, me tomaban simpatía y me trataban bien. Y yo, cansado por el combate, con la imaginación poblada por las imágenes hirientes del ring, tras el frío de la espera en la carretera, me sentía bien dentro de la cabina. El calor del motor, su ronquido inalterable, firme, y la visión de los dos haces de luz blanca abriéndose paso en la oscuridad de la carretera al frente, eran confortantes. A veces iba detrás, con la carga, tumbado sobre algún saco, a solas, escuchando el sonido del rodar de los cauchos sobre el asfalto.

A últimos de noviembre pasé a ser profesional. Y en diciembre el boxeo se tornó duro para mí. Lázaro y don Paco decidieron que ya había llegado la hora de que yo combatiera en los combates de semifondo, es decir, los que precedían al último combate de la velada, y con ello comencé a cobrar por mis actuaciones. Mis contrincantes eran boxeadores expertos, duros, y con todos los vicios del boxeador de oficio hondamente enraizados en sus cabezotas.

Durante este período fui severamente castigado en el rostro, pese a lo cual seguí ganando mis combates gracias a mi cruzado de izquierda y a cierta habilidad que

adquirí en colocar el directo de derecha. Ante este tipo de boxeadores, muy hábiles en estar siempre totalmente cubiertos, de modo que parece imposible poder llegar con el puño a su rostro o cuerpo, tuve necesidad —no ya lujo o capricho— de dejarme pegar, de aguantar castigo en el rostro, porque mientras un hombre pega, no puede cubrirse, abriéndose así la posibilidad de atizar mi izquierdazo. Ese tipo de boxeadores saltaban al cuadrilátero no para ganar combates, sino para causar el mayor daño posible a sus contrincantes, encaminarlos hacia la inutilidad para seguir boxeando. Sus reacciones eran siempre las mismas: si me partían un pómulo, buscaban, una y otra vez, desgarrar la herida fregándola con la red, dura y cortante, que formaban los cordones cruzados que ataban el guante a la muñeca; aprovechaban el agarrón o el boxear cuerpo a cuerpo, para golpear con el codo y así abrir herida, desgarrar la piel; propinaban cabezazos para partir los labios y hacer saltar dientes; cuando tenían el combate ganado y en cualquier instante podían derribar al enemigo, se entretenían en golpear levemente las heridas abiertas para castigar hasta la exasperación a un hombre que apenas se tenía en pie. La mayoría de estos púgiles habían ascendido camino de ser estrellas y vieron su camino cerrado por la barrera de los mediocres, de los púgiles que eran aquello en que ellos se habían convertido. Algunos habían llegado a la cumbre para luego ser rechazados abajo. Todos ellos me recordaban un poco a mis compañeros de fábrica. Eran gente que tuvo esperanzas que casi se convirtieron en realidad, pero en un momento dado sus esperanzas se deshicieron entre sus manos, y entonces tomaron como verdad, su verdad, como única verdad en el boxeo, su parte más triste, más dura, más sórdida. Todo cuanto no fuese crueldad, era superfluo. En cierto modo, su reacción, al obrar así, era parecida a la mía al tener el puntillo de dar la cara. Al principio me dijeron que yo era un tipo al que iban a pegar mucho en el rostro, y yo, orgulloso de ser yo, para ser más yo, dejé de protegerme la cara. A ellos les tocó vivir la parte dura y cruel del boxeo, fueron obligados a ello y lo tomaron como su verdad. Su identidad, la fidelidad a sí mismos, consistía en hacer daño. Lo otro, el llegar a ser grandes campeones, luchadores nobles, era el sueño de un adolescente. Sabían que los de arriba, las estrellas, no obraban así, pero ¿qué sabían las estrellas de la verdadera vida del boxeador? Mimados por una suerte irrazonable, vivían en el limbo. Los mediocres decían, y lo creían, de cualquiera de los grandes: «Que me suelten a mí al nene ese y verá lo que es bueno... Pero nunca se encerrará conmigo, no le interesa...» En alguna ocasión uno de los mediocres peleaba con el privilegiado. Y allí se veía la parte de razón que cada cual llevaba. El mediocre, a codazos y cabezazos, abría los pómulos, las cejas y los labios del campeón, le rompía los dientes y le rajaba las orejas; le propinaba rodillazos en el vientre, machacaba las heridas abiertas y se pegaba a él como una garrapata, impidiéndole boxear. Pero el campeón, con el rostro devastado, los nervios deshechos, humillado y furioso, se lanzaba para delante y ganaba la pelea. El

mediocre, acostumbrado a perder combates, alardeaba: «Le dejé con una cara como un mapa», «se ha pasado un mes en cama», «ya anda por la calle cazando moscas». Éstos fueron mis adversarios durante los meses de diciembre y enero.

Luego del combate, los aplausos del público se extinguían. En la ducha, el agua refrescaba la piel, herida e inflamada. Lázaro me daba masaje en las piernas, endurecidas por el agua fría de la ducha, y me cerraba las heridas con el desinfectante y la pastilla. La respiración se me acompasaba... Y entonces aparecía el mareo. Un mareo hondo, como una agonía. Yo no quería ver rostros ni escenas, sino que prefería tener la vista fija en una superficie lisa y de un solo color —el techo o una pared—. El mareo se hacía tan intenso, que dominaba mi atención hasta el punto de que no era capaz de fijarme en otra cosa que no fuese el mareo, y quedaba fascinado por la sensación de palpitación dolorosa de las heridas, cabeza hinchada, y la sensación de estar muriendo. La excitación física de la lucha desaparecía, y, para unirse al mareo, llegaba la fatiga, el deseo de dejarme caer al suelo y quedarme inmóvil para siempre, el no poder mover los brazos y las piernas a causa del peso enorme que cada miembro adquiría. Deseaba dormir, pero no podía. Mi imaginación estaba marcada a fuego por el combate, y en ella vivía un mundo de imágenes cortadas a retazos: el rostro del adversario; sus ojos, siempre fijos en los míos; su movimiento de balanceo, de aproximación y alejamiento; la sombra del árbitro, los destellos de los focos, las palabras del entrenador, la mujer del vestido prieto sentada en primera fila... Las náuseas, el mareo y el cansancio dominaban el cuerpo, pero la imaginación seguía febrilmente activa, poblada de imágenes no deseadas.

Cuando, ya en casa, comenzaba a dormir, las imágenes no desaparecían, sino que se convertían en pesadilla. Al despertar al día siguiente, me sorprendía de no estar en el ring. Las náuseas volvían, y las heridas estaban hinchadas, duras y extremadamente sensibles. Al poco rato de este despertar, volvía a dormir, y en el segundo sueño reposaba.

Capítulo VI

EL CIELO, NEGRO, se tornó gris en oriente, y la pálida claridad se extendió sobre el cielo dejándolo todo él gris y sin matices.

Mientras caminaba por la carretera hacia la fábrica, comenzó la nevada. No hacía frío, y yo gozaba viendo la mansa rapidez de los copos precipitándose sobre la tierra, viendo el aire poblado de las plumas blancas que incesantemente se renovaban en su caída.

Por la noche debía combatir en una pelea de *revancha*. Mi adversario era un muchacho al que yo había ganado, por puntos, un par de semanas antes. Encajaba mis golpes sonriente, y parecía decirme con su sonrisa: «¡Anda, pega! A mí me gusta el juego ese, tú pega lo que quieras y donde quieras, y verás que la cosa no me afecta excesivamente...» Y en cuanto yo me descuidaba un poco, me soltaba una racha de bofetadas que me dejaba en Babia.

Al llegar a la fábrica vi su techumbre cubierta de nieve. En el jardín, sobre la hierba, había una espesa capa blanca, mientras que el suelo de cemento, ante la puerta, estaba solamente mojado y producía más sensación de frío que la nieve sobre el tejado y el jardín. Mateo y Barba no estaban. Los periquitos eran dos bolas de pluma verde. Me acerqué a ellos, y los dos me miraron alzando un poco su párpado de piel blanca y rugosa. Sus ojos tenían expresión de moribundo. Les dije: «Periquito, periquito, periquito». Y los dos escondieron sus cabezas bajo el ala. El rumor de máquinas en funcionamiento atravesaba la vieja puerta y sonaba extrañamente en la escena del paisaje nevado. Adentro, la nieve no era excepción.

Me pasé el día dentro del garaje, tumbado en un asiento de camioneta desmontado, dormitando. Pensaba en la paliza que recibiría por la noche. ¿Hasta cuándo iba a durar aquello? Luego estaría una semana con el rostro hinchado. Jim Echevarría combatiría en la pelea de fondo contra un negro que se titulaba «campeón de la Martinica». Lázaro me había dicho que ser «campeón de la Martinica» era absolutamente nada, porque allí no hay boxeadores —hace demasiado calor—, y al primer loco que se le ocurre decir que es boxeador le nombran campeón. Pero en la ciudad nadie sabía eso, y todo el mundo daría gran importancia al triunfo de Jim, quien seguramente cobraría buen dinero por aquella mojiganga.

Llegué tarde a la sala, cuando la velada había ya comenzado. En los vestuarios había jaleo. Una multitud se arremolinaba alrededor de don Paco, Calder y Jim. Don Paco estaba excitado, tenía la frente sudorosa y una mancha roja en cada mejilla; gesticulaba y hablaba a gritos muy rápidamente. Parecía que tuviese razón en lo que decía. A su lado, Calder permanecía grave, sin tan siquiera la sonrisa de dolor de

estómago. Y Jim estaba al borde de un ataque de nervios, se mordía incesantemente la palma de la mano, y sus ojos bizcaban como si los moviese una corriente eléctrica mal gobernada. Al fondo de los vestuarios, otra multitud se agrupaba alrededor de un negrito menudo, de rostro atónito, que estaba al lado del gran Velázquez. Éste sonreía triunfante, su rostro de púrpura revestido de poder y dignidad. No hablaba, pero de vez en cuando sacudía la cabeza negativamente y tronaba: «¡No!» Se veía que gozaba. Lázaro vino a mi encuentro. Dijo:

—El negro dice que no quiere pegarse. Bueno, él no dice nada, es el chorizo ese, el Velázquez, quien no quiere que el chaval boxee. Paco ha telefoneado a la policía y al gobernador porque dice que esto es cosa de orden público, pero Velázquez se ha quedado tan fresco, ha dicho que el negro es súbdito francés y que tengan cuidado con lo que hacen... Yo le he dicho a Calder que tú estabas dispuesto a pegarte con Jim en sustitución del negro, pero me han mandado al cuerno...

—¿Por qué no quiere pelear el negro?

—Velázquez dice que ha recibido un radiograma comunicándole que el chico ha sido nombrado aspirante a no sé qué título y que no está dispuesto a poner en peligro las *chances* de su pupilo... Pero todo es cuento; él solamente quiere más dinero...

Velázquez sonreía y meneaba la cabeza y decía que no una y otra vez. Daba gusto verle en medio de aquel fregado, tranquilo, fresco y sonriente, provocando las iras de todo el mundo con sus complacidas negativas. Parecía orgulloso de la gitanada que estaba llevando a cabo.

Lázaro me dijo:

—Anda, vamos a vestirnos. Esto no nos interesa.

Mi combate discurrió tal como yo había previsto. Los asaltos se sucedieron, uno tras otros, en un constante cambio de golpes. Había momentos, larguísima me parecían, en que mi adversario y yo nos fajábamos a puñetazo limpio, peleando a toma y daca, para ver cuál de los dos era el primero en caer. Y ninguno de los dos caía porque estábamos calientes y los golpes no nos hacían mella. Yo sabía que mis fuerzas estaban agotadas, y que llevaba el rostro hecho una carnicería, y por esto no cejaba en mi constante ataque, porque tenía la idea de que en el momento en que dejase de atacar, en el momento en que interrumpiese el fluir de mi energía nerviosa caería al suelo. Varias veces vi a mi adversario retroceder, al impulso de mis puñetazos, con los ojos sin vida, y aquella rigidez que preludia la relajación de todos los músculos y la caída; pero este estado le duraba un instante tan sólo, ya que el muchacho reaccionaba y volvía al ataque con fuerzas renovadas. A finales del quinto asalto le crucé la izquierda al hígado, y, mientras se doblaba hacia delante, le pegué un gancho de derecha al mentón, que le enderezó, mandándole de espaldas a la lona. Tuve la impresión de que el muchacho volara. Pasados los diez segundos le llevamos, inconsciente, a su rincón. El hombre del *smoking* podría señalarme con su dedo

acusador y clamar: «Vencedor, por fuera de combate de Antonio Cobo, a los dos minutos treinta y seis segundos del quinto asalto... ¡Canales!»

Cuando, ya vestido, regresé a la sala, Jim Echevarría y el negrito bailoteaban en medio del cuadrilátero. Al parecer, el problema se había solucionado. Los dos movían mucho las piernas y los brazos, pero no se pegaban ni un golpe. El público batía palmas de «otro toro, otro toro». Algunos voceaban: «Tongo, tongo, tongo...» Pero lo decían tan aburridos, que la palabra no encendía la indignación popular. Otros, desde arriba, gritaban la chanza habitual en aquella sala: «Queremos sangre, queremos sangre...» Los dos púgiles, ajenos a todo, proseguían tenazmente su comedia. Uno, desde arriba, gritó: «¡Jim, que viene Canales!» Y sonaron aplausos. Otros comenzaron a gritar: «Ca-na-les, Ca-na-les...» Yo me sentí tan turbado, que tuve miedo de perder el dominio de mí mismo y cometer alguna estupidez. Salí de la sala.

En la calle me sentí solo. Había dejado de caer la lluvia que a última hora de la tarde sustituyera a la nieve. El suelo asfaltado estaba mojado y brillante, reflejando las luces de las farolas azuladas, y el frío había barrido los transeúntes que a aquella hora solían verse por la ciudad. Las cristaleras de los bares estaban cubiertas —por dentro— de un vaho espeso que convertía las escenas interiores en difusas nebulosas lívidas, con sombras móviles. Me metí las manos en los bolsillos y eché a andar camino de la estación del metro. El aire helado me causaba un dolor vivo, lacerante, en las heridas recientes. Pensé con temor en los minutos, quizás una hora, de espera con los consumidores. El calor de la estación subterránea me echó a sudar, y el rostro me palpitaba dolorosamente, como si todo él fuese una llaga. Cuando llegué al final del trayecto, la película de cicatrizante que cubría la brecha en mi pómulo derecho, se había despegado, y la herida sangraba suave, tibiamente. Anduve por las callejas del arrabal, formadas por casas bajas de puertas estrechas. No había faroles allí, y yo metía los pies hasta los tobillos en los charcos de agua helada. Me entraron escalofríos, y el dolor en el rostro volvió a ser lacerante y distinto en cada herida. Al llegar a la carretera, vi el campo abierto. La nieve que cubría la tierra destacaba en la oscuridad de la noche como si fuese luz.

La garita de madera de los consumidores, al margen de la carretera, estaba iluminada por la luz roja de una hoguera, y alrededor de la hoguera estaban las cuatro sombras, rojas y negras, de los dos consumidores y los dos guardias civiles. Cuando yo llegué junto a ellos, todos sonrieron, y uno me dijo:

—Mira, el campeón ya está aquí. Terminaste pronto tu trabajo hoy.

Uno de los civiles me era desconocido. Un consumidor dijo, refiriéndose a mí:

—Éste pronto se va a comprar un automóvil como el del Regalado...

Y todos rieron mucho.

Regalado era un antiguo conductor de camiones que en aquel entonces era propietario de una gran empresa con muchos camiones que llevaban pintado en las

puertas, con letras rojas, «Transportes Regalado». Pero al Regalado le conocía el consumero de los tiempos en que el hombre andaba al volante de los camiones de otros empresarios. Y el consumero se reía de él, especialmente a causa de su gran automóvil. Al consumero le parecía que el Regalado hacía comedia, pretendía ser lo que no era, al usar un coche tan elegante y grandioso. Yo dije:

—Sí, seguro. Mañana me lo compro.

El guardia civil al que yo no conocía, me miraba y sonreía tímidamente. Parecía que le diese vergüenza no conocerme, como si ello fuese otro indicio de que él era novato en el destino. Y el guardia civil al que yo conocía, para demostrar que era muy amigo mío y, en consecuencia, mucho más veterano que el otro, dijo:

—¿Cómo hay que hacer para que le dejen a uno la cara así?

Se refería a mis heridas. Yo dije:

—Boxee usted.

Y él opuso:

—No, aunque boxeara no me pondrían así... Mira, si a mí me pegasen una sola puñada como cualquiera de las que te han dado a ti, echaba a correr y no paraba hasta mi pueblo.

Y todos rieron. Yo también, porque lo dijo de una manera muy graciosa. Un consumero insinuó:

—Y a lo mejor ha ganado...

Yo dije:

—Sí, señor, por *K.O.*

Y el guardia civil al que yo no conocía, quiso entrar en la conversación y dar risa también. Dijo:

—Quizá mejor que hubiera ganado por cualquier otra cosa...

Pero los otros no se rieron. Y el que había hablado, soltó una risita para salvar la vergüenza y se calló.

Yo notaba que los cuatro hombres se portaban de una manera rara aquella noche. Parecían estar excitados por la nevada, contentos de sí mismos, y con ganas de hablar y de reírse. Me acerqué al fuego y tuve que retirarme porque sentí quemazón en la piel del rostro. Oí una carcajada, y un consumero dijo:

—¿Qué, Luisito? ¿Un poco de medicina?

Y me ofrecía una botella de vino. La cogí y me senté junto al fuego. Cerca de la hoguera, en el suelo, había un cesto de mimbre, pintado de verde, con dos pollos vivos dentro. Las aves permanecían inmóviles, y con sus ojos, redondos, duros y rojos, abiertos. Bebí varios tragos. Era un vino denso, muy áspero, y cálido, que me pareció bueno. Después de beber, no solté la botella. Las llamas se movían hacia arriba, sin crecer. Siempre tenían la misma altura, y siempre estaban moviéndose hacia arriba. A mi derecha se alzaba la sombra de la caseta. Detrás de las llamas

estaba el campo raso y blanco de nieve. Encima, la honda oscuridad del cielo. Por la carretera, a mi izquierda, pasaban los camiones camino de la ciudad; al acercarse al puesto de consumos, aminoraban su velocidad, y la sombra negra del civil, contrastando con el blanco de los campos, el pararrayos de su fusil sobresaliendo del hombro derecho, les hacía un gesto indicándoles que siguieran hacia delante. Mi rostro, pecho y piernas estaban calientes, pero por la nuca y espalda me corrían escalofríos. Alcé la botella y bebí larga, seguidamente. Al bajarla sentí dulce calor en mi cabeza. Embuché otro trago y lo escupí sobre los pollos. Los animales soltaron un torrente de gritos, se menearon, y súbitamente volvieron a quedarse inmóviles, como piedras pintadas, mojadas de vino tinto sus sedosas plumas. Estaban atontados. Yo sentí sueño. Las llamas atraían mi vista, su substancia, la rara substancia del fuego — a veces parece líquida, y otras un viento raro—, atraía mi atención más aún que su color y su movimiento incomprensible. Sentí sueño, y la excitación del boxeo, dentro de mi imaginación, se hizo angustiosa. Alcé la botella y bebí de nuevo. Le dijo al consumero:

—Es bueno el vino ese. ¿De dónde lo sacaste?

El guardia civil al que yo no conocía, miró la botella, casi vacía en mi mano, y dijo, para dar risa:

—Tiene buen saque el boxeador, ¿eh? Tiene buen saque...

Nadie rió. El guardia civil, esperanzado aún, repitió:

—Tiene buen saque...

Y como que los otros no rieron, él rió.

El consumero contestó a mi pregunta:

—Es de mi tierra. Me lo mandó mi hermana. Allí sí que hay buen vino. No estas porquerías artificiales que tenéis acá. Allí tenemos un vino, no este que habéis bebido, otro, que con una botella puedes emborrachar a un regimiento. ¡Todos patas arriba! Yo tuve un amigo que se bebió una botella por una apuesta, y tuvieron que llevarle al hospital.

El guardia civil al que yo conocía, dijo:

—¡Anda, calla ya!

Estaba molesto, como si le hubiesen insultado. Dijo:

—El día que tú quieras, nos vamos a tu pueblo, y me bebo, yo solo, dos botellas del vino ese de que hablas...

El consumero se indignó:

—¿Tú? ¡Tú! ¡Tú no te bebes una botella del vino ese! ¿Y sabes por qué? Pues porque allí, las viñas...

Yo bebí largamente, mi vista fija en las llamas, y cuando dejé la botella —vacía ya— me sentí adormecido. Oía las voces del consumero y el guardia civil, pero eran solamente sonidos lejanos, cadencias, acentos de discusión, y yo no comprendía su

significado. Veía las llamas, y sabía que todo un mundo de campos nevados y cielo oscuro envolvía la hoguera, y yo me sentía aislado de aquel mundo por una cáscara de cristal que me protegía de su frío, su aire, su substancia y su alma. Sin dejar de estar sentado sobre los sacos de serrín, me di un golpe en la cabeza contra el árbol a mi espalda. Pensé que me estaba durmiendo. Enderecé el cuerpo y fijé mi vista en las llamas.

Sentí la palmada en la espalda. Vi otra vez las llamas. Y oí otra vez: «¡Eh! ¡Luisito! ¡Despierta!» Y comprendí que era la tercera o cuarta vez que me decían que despertara. Junto a mi rostro estaba el rostro del guardia civil; sus músculos se movían y me estaba hablando. Siguiendo la indicación de su mano, miré a la carretera: los dos consumidores y el otro guardia civil estaban junto a un automóvil blanco, grande. Me puse en pie, me tambaleé un poco, y me pareció irrazonable que me tambalease, porque pensaba que yo no estaba borracho. Asomado a la ventanilla del automóvil, vi el rostro de Velázquez. Éste agitó la mano, y en el aire extraño de la noche sonó su grito cascado:

—¡Canales, ven acá!

Haciendo esos anduve hasta el auto. Los que estaban junto a él se apartaron, la portezuela se abrió, y Velázquez me invitó a entrar. Entré y me senté junto a Velázquez. Y el Velázquez gritó algo, como si diese las gracias, pero sin darlas, a los que estaban en la carretera. El automóvil se puso en marcha, y yo saqué la cabeza por la ventanilla y dije adiós a mis amigos.

El automóvil avanzaba, y a mí me parecía que el aire que hendía estuviera teñido de blanco por las luces de sus faros, y la carretera sobre la que rodaba, pintada de blanco por las mismas luces. Me sentía muy mal: cansado, mareado y con sueño, pero el rostro no me dolía. Parecía que lo tuviese muerto. Pensé que Velázquez había sido muy inoportuno, porque yo, junto a la hoguera, dormía bien. Velázquez dijo:

—He visto tu combate y no me ha parecido del todo mal... No, señor. Tienes una buena coz de izquierda... Muy buena coz...

Eso lo sabía todo el mundo. No era necesario ser un Velázquez para darse cuenta de ello. Le dije:

—Sí.

Y me di cuenta de que en mi mano derecha llevaba una botella de vino. Bebí. Y me puse a dormir. En el automóvil también se dormía bien.

Supe que estaba anocheciendo porque la luz que entraba por la ventana de mi derecha, en mi dormitorio, era más clara que la luz que entraba por la ventana a mi izquierda. El sol, no tenía necesidad de saltar de la cama para saberlo, ya no pegaba en el grupo de casitas. Fuera oí las voces de los niños, y pude distinguir entre ellas la de Luisito. Recorrí con la vista mi dormitorio. Me sentía infinitamente cansado, y las

imágenes de mis muebles —la silla mallorquina, el baúl, el espejo cuadrado ante el que mi mujer se peinaba para ir al cine...— me causaron mayor cansancio. Cerré los ojos. Llamé a Luisín, y al instante entraron Luisín y Rocío, la pequeña. Le pregunté a Luisito:

—¿Dónde está mamá?

Y él tardó en contestar. Dijo:

—Lava.

Y Rocío, en su hablar cortado, acompañando sus medias palabras con muchos gestos y visajes, me explicó que su mamá lavaba. Rocío era muy juiciosa.

Los dos se quedaron callados, mirándome. Yo les dije:

—Anda. Andad a jugar fuera.

Y, en silencio, se marcharon a pasitos decididos y cortos. A los pocos segundos se reanudó, fuera, la algarabía de los juegos de los niños.

Intenté recordar la noche anterior, pero mi memoria no podía precisar los acontecimientos. Tenía un recuerdo confuso de las llamas, el vino, y las voces de mis amigos los consumidores y los civiles. Luego entré en el automóvil de Velázquez y él me dijo que yo tenía «una buena cox de izquierda», y siguió hablando, pero yo quería dormir, y tuvimos una discusión. Tenía la idea de que Velázquez y yo nos habíamos peleado agriamente.

Por la ventana de mi izquierda veía el cielo negro, y por la de mi derecha, gris oscuro.

Oí la voz de mi mujer, que hablaba con otras junto a la casa. Pensé en Velázquez: el hombre seguramente había ido a buscarme para proponerme ser mi preparador. Era la gran oportunidad, era entrar en el círculo mágico y quedarme en él para siempre. Velázquez era el hombre que apoderaba a los boxeadores que tenían la marca de vencedores en su rostro, en su aire, en sus ojos. Me sentí inquieto. Yo no era de ese tipo. La voz de mi mujer sonaba junto a la puerta. La voz de mi mujer cesó. Y a los dos segundos vi su pequeña silueta ante la puerta del dormitorio —el marco de la puerta abierta—. Ella se había dado cuenta de que yo estaba despierto, porque dejó en el suelo el cesto de la ropa recién lavada. Y avanzó hacia la cama. Me preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Ayer te trajo un señor en un automóvil. Estabas borracho.

—No, no lo estaba. Hice una pelea muy dura y tenía sueño.

Se calló. Y durante el silencio permaneció inmóvil, como si esperase que yo hablara de nuevo y dijera estupideces otra vez. Yo callé. Ella dijo:

—Ese señor ha vuelto esta mañana. Dijo que no quería despertarte y que mañana, sin falta, vayas a verle a su hotel. Ha dejado un papel.

Si Velázquez estaba equivocado, tanto peor para él. Yo no pensaba desaprovechar

la oportunidad. Oí a mi mujer.

—Ayer apestabas a vino y no te tenías en pie.

—Sí, me emborraché. Y luego me fui con una mujer.

Mi mujer salió.

La noticia me había desvelado. Estaba nervioso y tenía miedo de todo cuanto Velázquez pudiera darme. Oí a Rocío, la pequeña, echarse a llorar a gritos, y luego el ruido de un cachete. Oí a mi mujer gritando a la pequeña que dejase de llorar. Y la niña lloró más fuertemente. Oí el sonido de dos cachetes. La niña comenzó a lanzar chillidos, y mi mujer también. Mi mujer decía que iba a darle una paliza que la dejaría tonta. Y la niña lloró y berreó desesperadamente. Oí cuatro o cinco cachetes. Y mi mujer entró en el dormitorio, andando muy deprisa, se tumbó en la cama, a mi lado, y se echó a llorar. La niña berreaba fuera. Yo me puse sobre el lado derecho, dando la espalda a mi mujer, y pensé en Velázquez. Quizá no le defraudara.

Para no ver a Lázaro, antes de mi entrevista con Velázquez, cogí el tren de las siete y media de la mañana.

Cuando pregunté por Velázquez, me dijeron que no conocían a aquel señor. Yo dije que tenían que conocerle, porque se alojaba en aquel hotel, y el camarero me contestó que aquello no era un hotel, sino un bar, y que el hotel estaba al lado.

En la gran habitación había silencio. El suelo estaba cubierto por una alfombra azul de cielo, con grandes hojas blanquecinas entrelazadas. A la izquierda se alzaba un larguísimo mostrador de madera oscura, barnizada, y tras el mostrador, dos hombres con chaqueta negra y chaleco blanco manejaban papeles con ademanes precisos y elegantes. Se pasaban los papeles el uno al otro. Varios hombres y algunos niños, vestidos con chaqueta cruzada azul marino, con botones de plata, y pantalones también de color azul marino y con una costura de seda azul de cielo a lo largo, estaban sentados en un banco. Dos de los chavales jugaban a empujarse. Fui al mostrador y pregunté por Velázquez. El hombre dejó sus papeles y me preguntó:

—¿Su nombre, por favor?

—Luis Canales.

Agarró el teléfono y marcó un número. Estuvo largo rato con el teléfono pegado al oído, sin decir palabra. Al fin habló, muy despacio y en voz baja:

—Señor Velázquez... Señor Velázquez... Ha llegado el señor Canales... Canales. Bien, señor.

Y colgó. Me dijo que subiera a la habitación de Velázquez. Y se me quedó mirando sonriente. Yo seguí al niño uniformado que me guiaba hacia el ascensor, y tenía la sensación de que la mirada del hombre del mostrador estaba fija en mi espalda. Al entrar en el ascensor, le vi riendo y hablando con su compañero. Mientras el ascensor subía, el chico que me acompañaba me echó un par de ojeadas al rostro, y

al ver que yo le estaba mirando, bajó la vista y la fijó en mis zapatos.

La habitación de Velázquez estaba en uno de los pisos altos del hotel.

Por el amplio ventanal entraba la luz clara de la mañana de invierno (la luz en la calle no era clara, porque estaba nublado, pero allí arriba sí lo era, porque era la luz de todo el cielo la que la habitación recibía), sin que ningún edificio ensombreciera la visión del cielo, alto y gris.

Velázquez estaba en cama. Su blanco cabello le caía sobre la frente, y, en la parte de atrás de la cabeza, formaba un remolino que se alzaba en el aire como un plumero; sus ojos estaban achicados por la hinchazón de sus párpados, y el pelo blanco de sus mejillas formaba una capa de sal sobre la piel roja, en tanto que su bigote parecía una mancha de tinta.

Al verme, se rascó la cabeza y me guiñó un ojo.

Dijo:

—¡Hola, campeón!

Se dirigió al botones y le dijo que le subiera el desayuno y una botella de jerez. Me miró y dijo:

—Bueno... ¿Quieres boxear bajo mi dirección?

Yo estuve callado unos instantes. Él insistió:

—¿Sí o no?

Yo dije:

—Sí, señor.

—Bien. Pues quizá puedas...

Yo pensé en Lázaro, y dije:

—Tengo contrato firmado con don Paco y con Lázaro.

—No te preocupes. Si se ponen pesados, también los contrataré a ellos. A Lázaro, a don Paco, al sursuncorda...

Saltó de la cama y, en pie, comenzó a rascarse. Parecía que se rascara no porque algo le picase, sino para despertar su piel, sentirse vivo y estar consciente de sí mismo. Cuando le pareció que ya se había rascado lo suficiente, lanzó un suspiro y anduvo hacia el espejo, en el que se miró detenidamente el rostro, pasándose varias veces la palma de la mano por las mejillas, y comprobando satisfecho que tenía pelo lujurante en ellas. Sacó la lengua y la examinó con gran atención.

Por la puerta de la izquierda pasó al baño. A los pocos segundos oí el ruido del agua de la ducha, y bocanadas de vapor, denso como humo de un incendio, comenzaron a entrar en el dormitorio. Era imposible que Velázquez pudiera ponerse bajo aquella ducha. A gritos me preguntó si le habían traído el desayuno. Yo le contesté que no. Y él soltó un rosario de blasfemias, en jovial muestra de contrariedad.

El vapor había empañado el cristal de la ventana. Sobre la mesilla de noche vi tres

o cuatro libros, y en el suelo, junto a la cama, otro libro que estaba abierto, y en él se veían dibujos de colores.

Cuando trajeron el desayuno se lo dije a Velázquez, y él me dijo que descorchase la botella de jerez.

Regresó al dormitorio en pelota. Su piel estaba húmeda a causa del vapor. Era grueso, de panza abultada y blanda, con dobleces de grasa, y pecho ancho, muy desarrollado. Sus piernas eran flacas como patas de canario. Todo él estaba cubierto de pelo largo y blanco, salvo en la parte de las piernas que queda cubierta por los calcetines, que era pelada y brillante. Llenó el vaso y bebió la mitad del jerez. De la mesilla de noche sacó un cigarro, lo encendió y echó un par de satisfechas bocanadas de humo. Bebió más jerez, y echó una asqueada mirada al desayuno.

Con el cigarro en la boca y el vaso —que había llenado— en la mano, regresó al baño.

El agua de la ducha dejó de sonar, y el vapor dejó de entrar en el dormitorio. Velázquez silbaba un tango. El agua volvió a sonar, Velázquez cesó de silbar y comenzó a maldecir en voz baja, intensa, al tiempo que el sonido del agua se hacía irregular. El sonido del agua cesó, y hasta el dormitorio solamente llegaban los resoplidos de Velázquez, unos resoplidos parecidos a los que hace un hombre al intentar alzar un peso superior a sus fuerzas. Luego se hizo un silencio tenso, indicativo de que Velázquez estaba haciendo algo que requería su mayor atención. Luego el sonido de la maquinilla de afeitar eléctrica, retazos de canciones, melodías silbadas, el ruido del cepillo de los dientes contra los dientes, actuando la boca como caja de resonancia. Y otra vez un silencio largo. El vaho que antes cubriera el cristal de la ventana, se había convertido en agua, y formaba pequeñas gotitas y pequeños ríos que resbalaban cristal abajo.

Me alcé del silloncito y, por la ventana, miré a la calle. Tenía un paseo central bordeado por dos hileras de árboles. Entre los árboles se alzaban quioscos de armazón verdinegra, moteada a los lados por los colorines contrastados y chillones de las portadas de libros y revistas. Siguiendo con la vista el paseo hacia abajo, los quioscos eran sustituidos por puestos de flores de colores claros, suaves, y en ocasiones blancos casi. Los árboles, desnudos de hojas, dejaban ver bajo sus ramas la multitud que discurría lentamente por el paseo central, formando una riada de puntos oscuros. Tranvías grandes, rojos y ruidosos circulaban lentamente por los arroyos laterales, ocupándolos casi del todo. La calle seguía hacia abajo, hacia el mar, no en línea recta, sino formando una leve sinuosidad que parecía haber sido trazada por el discurrir del agua de una torrentera más que por el pensamiento y la mano del hombre. Daba la sensación —la calle— de ser una vía natural que el hombre aprovechó. Y bajo la luz gris clara del cielo de invierno, el color de los troncos y las ramas de los árboles, de los tranvías rojos y los taxis amarillos, de las flores rosadas y

blancas, de los quioscos verdinegros, de los semanarios amontonados en ellos, de los escaparates de cristales destellantes de luz reflejada, todo aquello formaba un conjunto risueño como un juguete pintado por una sabia mano ingenua, y rico como la obra hecha durante largos años, día a día, mediante actos amorosos de cada uno de los individuos de una comunidad.

Miré hacia dentro. Velázquez, desnudo, se peinaba con gran cuidado. Se volvió y llenó otra vez su vaso de jerez, dejándolo sobre la mesilla de noche, al alcance de su mano. Se había afeitado salvajemente, hasta el límite con el desuello, y su piel relucía como cuero curtido y pintado. Su bigotillo, recién teñido, brillaba como un zapato de charol. Dejó el peine y contempló su rostro en el espejo. Se miraba severamente como si quisiera infundirse miedo, cejijunto y feroz. Luego, en expresión de renuncia, se apartó del espejo. Velázquez me daba la sensación de que estuviera cumpliendo un rito que cada día repetía, una especie de entrenamiento necesario para enfrentarse con el mundo y comenzar su brega diaria.

Se vistió con increíble rapidez, sin volver a mirarse al espejo ni siquiera para anudarse la corbata.

Se vino hacia mí, me cogió el rostro entre sus manos, y dijo:

—¿Quién te ha curado?

—Lázaro.

—¡Dios mío! ¡Te ha hecho más daño que tu contrincante! Yo no sé cómo permiten estas cosas... Os destrozan. No me sorprende que haya quien diga que el boxeo es una salvajada. ¿Te encuentras bien?

—Sí, señor, muy bien.

—¿No te tira un poco la piel de la cara?

—Un poco.

—¿No estás un poquito sordo?

Yo no me había dado cuenta, pero sí lo estaba. Sorprendido, dije:

—Sí, bastante...

—¿Y ves las cosas claras? ¿Ves bien aquellos libros?

Los veía borrosos.

—Después de una pelea siempre veo las cosas borrosas, pero esto le ocurre a todo tipo al que le hinchen los ojos...

—¿Un poco mareado, como si tuvieses la cabeza llena de aire?

—Sí, claro, pero no gran cosa...

—¿Cuántas horas dormiste, después de la pelea?

—No sé; desde que usted me llevó a casa hasta las seis de la tarde del día siguiente, y desde las siete hasta las seis de la mañana de hoy.

Pero Velázquez no escuchó mi contestación porque estaba ocupado en llenar un vaso, y en beberse el jerez luego. Al terminar, dijo:

—Anda, vamos.

En la calle hacía mucho frío. Fuimos a buscar el automóvil blanco, y en él subimos hasta la parte media de la ciudad, tomamos una calle muy ancha, hacia poniente, que nos llevó fuera, a la carretera.

Con su vista, perdida al frente, y su cabeza, inclinada hacia mí, para indicar que era a mí a quien hablaba, Velázquez refirió sus proyectos:

—Mira: yo voy a encargarme de todo. De todo, menos de pelear. Tú no tendrás que preocuparte de tu contrato con Lázaro y Paco, del sitio ese en que trabajas, de tu familia... De nada en absoluto. Y yo voy a darte lo mejor, lo mejor de todo cuanto necesites. Ahora bien, quiero que ganes todos tus combates. En las peleas tendrás que dar cuanto lleves dentro.

—Sí, señor.

—No basta con decir sí, señor. Hay que hacerlo.

—Sí, señor.

—¡Ni sí, señor, ni nada! ¡Hacerlo!

Estaba ofendido por mis asentimientos. Repitió:

—¡Hacerlo!

Yo no contesté y mi silencio le apaciguó. Avanzábamos hacia poniente por una carretera ancha, de piso suave. Campos verdes se extendían a los dos lados. Velázquez, cuidadosamente, aumentó la velocidad de su automóvil. Y dijo:

—Estarás cosa de un mes sin pelear. Los primeros días vas a dedicarlos a olvidar todo lo que te han enseñado. Y luego comenzarás como si en tu vida hubieses tomado parte en un combate. Por el momento yo correré con todos los gastos; luego ya me resarciré. Esto significa un riesgo muy grave para mí, ¿sabes? ¿Te das cuenta de lo que significa?

—Sí, señor.

Velázquez meditó. Y dijo:

—Charly Collado me costó mucho dinero. Le recogí en la miseria. Gasté mucho y luego, ¡zas!, a paseo en el momento en que podía comenzar a recuperar dinero...

El recuerdo del «¡zas!» de Collado le puso de mal humor. Estaba maldiciendo a alguien por aquel «¡zas!», y cuando habló supe que era al propio Collado a quien estaba maldiciendo:

—Un gran chico el Collado... Un santo... Sí, sí, un santo...

Pero se le veía irritado. La carretera cruzaba una pineda. De trecho en trecho, bajo el cielo encapotado y gris, y contra el verde oscuro de las copas de los pinos mojadas por la lluvia reciente, aparecían los grandes cartelones blancos con figuras y letras de colores, anunciando establecimientos de baños, playas, hoteles y campings. Se veían figuras de muchachas y hombres con traje de baño, con el mar al fondo y un sol amarillo arriba. Cielos con nubecillas blancas y mar con balandros. Los cartelones

estaban chorreantes de agua, y sus colores, corridos, formaban un sucio arco iris vertical.

Velázquez preguntó:

—¿Tienes algún amigo?

—No.

Pero lo pensé mejor, y rectificué:

—Sí, Bernardo Barba.

Velázquez soltó un bufido. Seguramente se acordó de Collado.

Yo añadí:

—Y Lázaro.

Lázaro no era verdaderamente amigo mío, pero en aquellos instantes pensé que ante Velázquez, Lázaro bien podía ser considerado mi amigo. Velázquez preguntó:

—¿Ése es el que ha estado entrenándote últimamente?

—Si no hubiese sido por él, yo no hubiera vuelto a pelear después del Trofeo Navarro.

—Ya. ¿Y qué te decía el Lázaro ese?

—Lo que todo el mundo: que pegase el cruzado de izquierda. Directo de derecha y cruzado de izquierda...

Velázquez bufó despectivamente y comentó para sí:

—Así anda el boxeo hoy en día...

Yo dije:

—Lázaro quería que yo peleara con Jim Echevarría. Decía que yo podía tumbar a Jim cuando quisiera. Él tenía el plan de esperar a que Jim llegase arriba y, entonces, enfrentarme con él...

Velázquez objetó:

—¡Bah, bah, bah...! ¡Tonterías! Tendrás que olvidarte de todas esas memeces... —Y meneó la cabeza como si no alcanzase a comprender tanta ineptia—. Ahora iremos a la casa de campo de un amigo mío. Y yo no quiero que estés solo, ¿comprendes? Lázaro me parece un buen tipo para que te acompañe y hagas guantes con él. Barba, no. ¿Sois muy amigos tú y Barba?

—Es mi mejor amigo.

—Bien, pues Barba también estará con nosotros.

La carretera se había hecho muy estrecha. Y el automóvil seguía despaciosa, rítmicamente, las infinitas curvas que subían por la montaña. Abajo, a mi izquierda, y extendiéndose hasta el horizonte, estaba la masa gris, revuelta y fría del mar. Era un mar desierto salpicado de espumas, sobre el que de nuevo comenzaba a caer la lluvia. Una y otra vez viraba el automóvil a derecha e izquierda, compensando el desnivel, y las manos de Velázquez manejaban incesantemente el volante en uno y otro sentido. Lo que Velázquez me dijera, había despertado en mí una sensación de orden. Todo

estaba claro. Ya no tenía la sensación de que yo pudiera decepcionar a Velázquez.

Descendimos y entramos en un tramo de carretera recta. A los pocos kilómetros viramos a la derecha, penetrando en un camino sin asfaltar que nos condujo hasta una casa parda, grande, y del estilo de todas las casas de campo que yo he visto en esta región. Velázquez detuvo el automóvil ante la puerta.

Un hombre avanzó hacia nosotros. Me echó una larga ojeada y dijo a Velázquez:

—Le he estado esperando desde el sábado. Podía usted haberme dicho algo, me parece...

Velázquez se revistió de dignidad:

—Lo siento. Lo siento yo más que usted, pero no he tenido ni un solo minuto libre... Me ha sido absolutamente imposible comunicar con usted.

El hombre hizo un gesto de fastidio y comentó para sí:

—Más vale dejarlo... —Me miró y me sonrió—: ¿Éste es su descubrimiento?

Velázquez me echó el brazo sobre los hombros, y pregonó:

—¡Sí, señor! ¡El futuro campeón continental! ¡Y la mejor izquierda que he visto en mi vida...!

El hombre me miraba. Era muy alto, de cabeza grande. Su cabello, negro, un poco canoso, avanzaba frente abajo, reduciéndola a una estrecha franja de piel gruesa y arrugada en pliegues horizontales. Su nariz era ancha, carnosa y ganchuda, y la boca muy grande y de labios gruesos. Los párpados inferiores estaban cubiertos de vello negro y fino, y sus ojos eran pequeños, hundidos y negros. Su mirada estaba cargada de ilusión casi infantil. Me sonrió y murmuró:

—Bien..., bien...

Parecía que quisiera decirme algo y no se atreviese. Que quisiera ser amable conmigo, pero que una barrera de timidez se lo impidiera. Me habló en voz baja, con humildad:

—Aquí está usted en su casa... No se preocupe por nada... Ahora lo más importante es que se entrene para ganar todos sus combates... Olvídese de todo... Y si necesita el automóvil dígamelo, porque yo apenas lo utilizo, tengo otro más pequeño que apenas gasta gasolina... Ya ve que Velázquez lo ha utilizado durante una semana casi, así es que no tenga reparo en decírmelo...

Velázquez le interrumpió, y la mirada del hombre, que al hablarme había sido amable, se puso en guardia. Pero escuchó a Velázquez.

—Tengo pensado traer acá a unos amigos de Luisito, por razones psicológicas, para que no se sienta solo. Se trata de dos boxeadores, que también cuidarán de entrenarle...

El hombre le interrumpió secamente:

—Sí, de acuerdo. Que vengan.

Velázquez se irguió, alzó al cielo su rostro, y explicó:

—Tengo para Luisito un plan de entrenamiento totalmente distinto al que hasta ahora ha seguido. Desde que comenzó a boxear, le fue inculcada la falsa idea...

El hombre le interrumpió de nuevo. Antes de hablar meneó la cabeza impacientemente, como si no pudiera soportar ni una sola palabra de Velázquez. Dijo:

—Sí, sí, sí, seguro que sí. Hace usted muy bien. Usted sabe más que nadie de estas cosas.

Me miró, me sonrió, como si yo perteneciese a una especie distinta a la de todos los Velázquez que por el mundo circulaban y, como si se excusara conmigo, dijo:

—Debo marcharme...

En un arranque de atrevimiento me dio una palmada en el brazo y, bajando la cabeza, su vista fija en el suelo, emprendió el camino hacia el automóvil, lanzando a Velázquez un gruñido de despedida.

Velázquez me miró sonriente y me guiñó un ojo, refiriéndose al hombre que acababa de dejarnos.

Capítulo VII

EL MISMO DÍA en que llegamos a la casa, tras una larga siesta y poco antes de anochecer fui al gimnasio, que estaba instalado en una larga galería con cristaleras al mediodía. Velázquez se había largado a la ciudad, después de la comida, dejándome encomendado que mi único cuidado debía ser no dar ni golpe. Podía hacer lo que quisiera, salvo entrenarme.

En el gimnasio, sólo para distraerme, le di un par de tortas al saco de arena. Paseé por la galería, y, al pasar junto al *punching* le pegué cuatro sopapos. Vi mi sombra en el suelo, y la esquivé con un salto hacia atrás, contraataqué inmediatamente con golpes rápidos de derecha e izquierda, y me sentí feliz. Me quité la camisa y me lié a pegarle al *punching* y luego al saco. Cuando me sentí cansado, corrí a marcha atlética a lo largo de la galería, cuidando de respirar honda, acompasadamente. Luego salté dentro del ring y «jugué las cuerdas» yo solo, dejándome caer de espaldas contra ellas, para sentirme lanzado por la presión de muelle hacia delante y, entonces, quebrar mi camino a un lado o a otro, a fin de esquivar la acometida del imaginario rival que me había proyectado contra las cuerdas, y atizarle el directo de derecha y el cruzado de izquierda.

En esto estaba cuando vi una sombra junto a la puerta. Miré y vi a la muchachita que nos había servido la comida de mediodía. Era baja, delgada y de cabeza grande, con rostro largo, de nariz larga y delgada, que parecía tener tendencia a unirse con la barbilla. La muchacha tendría unos catorce años, pero su cara era la de una anciana. Al mirarla yo, ella se escondió. Yo proseguí mi «juego de cuerdas», y a poco, miré hacia la muchacha. Vi su asombrado rostro junto al quicio de la puerta. Ante mi mirada, el rostro se escondió con el movimiento del caracol al esconder sus cuernos al contacto con el soplo del viento raso o con una hoja. Seguí mi entrenamiento. La tercera vez que la miré, le sonreí, y ella no se escondió, pero no contestó a mi sonrisa. Le dije: «¡Hola!» Y entonces se escondió, y al instante oí sus ágiles zancadas corriendo hacia la escalera, y luego escalera abajo, saltando escalones de tres en tres.

Velázquez regresó al día siguiente. Llegó acompañado de Lázaro, que cargaba las tres maletas de Velázquez, y del padre de la muchacha, cargado con tres cajas de jerez. Velázquez fumaba un cigarro. Me saludó alegremente:

—¿Qué? ¿Cómo va el descanso?

Lázaro me sonrió tristemente, llevando su sonrisa toda la amargura de su reciente degradación de «entrenador» a maletero. Me saludó:

—¡Hola, Luis!

Y arrojó al suelo las tres maletas, con la intención de que eventualmente alguna

reventara. Se le veía rabioso. Velázquez dijo:

—Ya puedes estar contento, Luis: aquí tienes a tu amigo Lázaro. Por el momento, él será quien te entrene. Mañana o pasado llegará desde Madrid Ramón Kutz. Hoy le he enviado un telegrama, y entonces Kutz será tu *sparring*. Ramón es un auténtico «primera serie» y gran amigo mío... Por el momento, Lázaro te servirá.

Luego echó un discurso asegurando que haría de mí otro hombre, y que para ello contaba con Kutz. Lázaro le escuchó resignado y escéptico.

Al anoecer del día siguiente llegó el gran Kutz. Era un muchacho algo más joven que yo, alto, delgado, rubio y con ojos azules que parecían dos florecillas silvestres en su rostro de hombre guapo. Iba vestido con un traje azul de cielo, y llevaba corbata blanca y amarilla, y calcetines amarillos y zapatos de color azul marino. Velázquez y Kutz se abrazaron, se dieron palmadas en la espalda y rieron de placer por el solo hecho de verse. Kutz llevaba el rostro marcado por el boxeo, pero las cicatrices y la nariz aplastada le sentaban bien, le hacían parecer más guapo.

* * *

Velázquez, Kutz, la muchachita con cara de vieja, Lázaro y yo formábamos el grupo viviente dentro de la casa. Los padres de la muchacha, su hermano y el dueño de la casa —el hombre de rostro de animal y ademanes tímidos— eran las sombras. A los parientes de la muchacha, aunque vivían en la misma casa, no se les veía, y al propietario, que vivía en la ciudad, se le tenía presente como un hecho, algo de lo que se depende, ya que suya era la casa y el automóvil que utilizábamos.

Velázquez raramente estaba con nosotros, y tan sólo nos acompañaba en los primeros minutos de los entrenamientos y a la hora de comer. Su presencia se notaba principalmente por el constante trajín de botellas de jerez. Calculé que se bebía tres botellas diarias.

Ramón Kutz resultó ser un muchacho simpático, que apenas hablaba, pero que sonreía y soltaba carcajadas ante cualquier cosa. Era un hombre naturalmente feliz. Si yo le decía «buenos días», él contestaba «buenos días» y se echaba a reír satisfecho, como si decir buenos días fuese una cosa muy graciosa. Tenía una extensísima colección de pantalones y jerseys, todos de colores muy claros y vivos, y prestaba gran cuidado a su peinado. Llevaba un peine en el bolsillo y, durante los entrenamientos, a la hora de comer, en el bar del pueblo al que íbamos a jugar al dominó todas las noches, en cualquier instante, se sacaba el peine y lo pasaba amorosamente por su dorado cabello. Miraba a todas las mujeres, fuesen guapas o feas, jóvenes o viejas, y a todas les guiñaba el ojo y les decía algo, generalmente «guapa» u «¡hola!», y fuere cual fuere su reacción, ya simulasen desprecio o le sonrieran, Ramón Kutz soltaba su carcajada feliz. Era de Tenerife y hablaba con acento dulce, lentamente. Boxeaba muy bien, pero se preocupaba más de la elegancia

de sus movimientos que de pegar tortas o esquivarlas.

Todo cuanto Velázquez dijera de mí respecto a «crear otro hombre», «olvidar todo lo anterior y comenzar de nuevo», resultó falso. Los entrenamientos se desarrollaban bajo la dirección de Lázaro, sin que Velázquez les prestase atención alguna. La técnica de directo de derecha —como arma complementaria— y cruzado de izquierda —arma principal— era la que yo seguía depurando.

Lo más notable de este período fue que yo era el centro de cuanto ocurrió en la casa. El dueño de la casa, Velázquez, Kutz y Lázaro, todos, formaban un círculo cuyo centro era yo. Recuerdo que durante una sesión de guantes con Kutz, le aticé un izquierdazo al hígado que le tumbó. Lázaro me chilló: «¡Luisito, cuidado con lo que haces!» Y Velázquez, que estaba allí, le gritó a Lázaro: «¡Cállate!», y saltando al ring, ayudó a Kutz a ponerse en pie. Kutz sonrió y dijo: «Pega duro...» Y Velázquez me dijo que no me preocupara por haber tumbado a Kutz, y que siguiera pegando fuerte durante los entrenamientos. A partir de aquel día, Kutz, para hacer guantes conmigo, se ceñía el estómago con dos cámaras de rueda de automóvil, colocando entre ellas una pieza de amianto. Y yo pegaba cuanto quería al hígado de Ramón Kutz. Si yo deseaba descansar, todos descansaban, y cuando quería ir al café para jugar al dominó, todos iban, y si quería entrenarme, todos se entrenaban.

Por la noche, cuando me quedaba solo, leía alguno de los libros de Velázquez. Los tenía de dos clases. Unos eran novelas, y otros eran libros con muy poca letra y muchas láminas en colores que reproducían cuadros de pintores famosos, paisajes, hombres a caballo, hombres a pie, mujeres vestidas, mujeres desnudas, calles y plazas de ciudades, campos, mar, montes, rostros de gente...

Unos quince días después de mi llegada vino un fotógrafo y nos retrató a todos en actitudes de boxear, y del brazo de Velázquez.

* * *

Estábamos en el comedor, cenando, cuando Velázquez entró como una tromba. Regresaba de la ciudad. Bajo el brazo derecho llevaba un gran paquete cuadrado, y bajo el izquierdo otro largo y cilíndrico, y en su rostro lucía una sonrisa malévola, como si llevase algo oculto dentro de la cabeza y el hecho de que nosotros no lo supiésemos le hiciera sonreír. Por el color de su rostro se notaba que iba muy cargado de jerez. Anduvo decidido hasta la mesa y gritó:

—¡Fuera! ¡Fuera platos! Ya tendréis tiempo de cenar cualquier otro día.

Y abalanzándose sobre la mesa quitó platos y manteles, dejándolo todo en el suelo. Puso su paquete sobre el tablero, y antes de abrirlo soltó la noticia:

—El sábado boxeáis. Todos. Tú, Lázaro; tú, Ramón, y tú, Luisito.

Soltó una carcajada, y abrió el paquete cuadrado. Extrajo unos calzones de seda verde y se los dio a Lázaro.

—Para ti.

Metió mano en el paquete y sacó una corbata azul de cielo, con grandes flores rosadas y blanquecinas, y se la dio a Kutz.

—¿Qué te parece, Ramón?

Kutz rió satisfecho.

Y luego, solemnemente, Velázquez me entregó el resto del paquete. Contenía una bata de seda azul marino, con mi nombre escrito en letras blancas a la espalda, y el escudo del club de fútbol de la ciudad bordado en el bolsillo del pecho, unos calzones azul marino, también con el escudo del club de fútbol, a un costado, unos borceguíes y dos pares de calcetines, uno de ellos con los colores de la bandera nacional en su parte superior. También había una especie de faja de seda con los colores nacionales. Velázquez, señalando los calcetines y la faja, dijo:

—Esto no te lo podrás poner hasta que hayas tumbado a Jim Echevarría y seas campeón nacional, pero ya lo he comprado...

Y rompió a reír. Cuando cesó, me entregó un recorte de periódico, y, mirándome picaresco, dijo:

—Anda, lee...

Leí. Decía que en la Federación de Boxeo había «marea» debido a que algunos no me tomaban en cuenta como aspirante al título nacional; que Jim Echevarría, el campeón nacional de los gallos, había sido derrotado por fuera de combate en el cuarto asalto por un tal Mobarki, y que Velázquez tenía la intención de hacerme pelear con Mobarki a fin de demostrar que yo era superior a Mobarki, y, por tanto, superior a Jim. Decían también que era una vergüenza que Calder, preparador de Jim, se negase a firmar un combate valedero para el título, entre Jim y yo, pero que si yo ganaba a Mobarki —como así ocurriría probablemente—, Calder no podría seguir negándose. Luego comentaba que yo era uno de los poquísimos boxeadores que jamás habían sido derrotados en su carrera profesional, y que había ganado por fuera de combate un ochenta y tres coma cinco por ciento de mis peleas, y que estando en manos del prestigioso Áureo Velázquez no sería de extrañar que en un futuro próximo me calzase el título continental, lo cual no dejaría de ser una vergüenza para el boxeo patrio, ya que volvería a darse el caso de un boxeador nacional con el título del continente y sin el título de su país, debido ello a los «háviles» manejos de tipos al estilo de Calder. Y así era como el noble arte del boxeo se iba a paseo en nuestro país.

Alcé la vista y miré a Velázquez. Soltó la carcajada y dijo:

—¿Qué te parece? Esto se publicó hace diez días. Lo escribí yo. Y ahora... ¡Mira!

Abrió el paquete cilíndrico, y extendió en el suelo un gran cartel largo y cuadrangular. Era rojo y verde: a lo largo de su parte derecha estaba mi fotografía de cuerpo entero. Yo iba con la chichonera, vestido de boxeo y con los guantes puestos; tenía la cabeza agachada y miraba torvamente al frente, en tanto que mis puños

estaban amenazadoramente avanzados. Arriba, en letras grandes, se leía mi nombre: LUISITO CANALES. Y abajo, en letras grandes también, aunque no tanto, se leían dos nombres: Canales, Mobarki. Todos rodeábamos el cartel en el suelo. Yo lo leí entero: «Presentación por la empresa de Áureo Velázquez del extraordinario púgil LUISITO CANALES, imbatido en su carrera profesional, quien se enfrentará, a la distancia de ocho asaltos y en el límite de los pesos gallos, al primera serie de la Federación Francesa, vencedor por fuera de combate del campeón nacional Jim Echevarría, ALÍ BEN MOBARKI». Tras este párrafo venía el anuncio de los otros combates: un preliminar, «el discutido púgil» Lázaro se pegaría con un destacado púgil galo, el «científico» Ramón Kutz pelearía con Louis Garrat, ex campeón de Francia... Y luego, en letras grandes: Luis Canales, imbatido en su carrera profesional, contra Alí Ben Mobarki, vencedor por K.O. de Jim Echevarría.

Era un bonito cartel. Mi vista lo recorrió varias veces y siempre terminó cayendo sobre mi retrato, quedando allí posada como si a través de mi foto quisiera adivinar quién era yo, cómo era yo ante todos los que en el mundo pudieran verme. Una carcajada de Velázquez me sacó del trance. Me miraba con expresión de picardía en sus ojos, turbios por el alcohol, como si comprendiera que yo era un presumido, y estuviera satisfecho de haberme dado aquella ocasión de satisfacer mi vanidad. Sonreí y miré alrededor. Lázaro contemplaba tristemente el cartel, alzadas sus cejas y la mirada melancólica. Velázquez miró al fondo de la habitación, a mis espaldas. Seguí su mirada y vi allí, contemplando desde lejos el cartel, a la muchachita aquella que se quedaba en los quicios de las puertas. Velázquez le gritó:

—Anda, ven... Ven, hija, ven...

Y con la mano, la invitó dulcemente a que entrara. Ella avanzó despacio hacia el cartel. Todos callábamos, y Kutz miraba a la muchacha como si fuese una bella mujer. Ella se detuvo muy cerca del cartel, y yo vi que su mirada estaba fija en mi fotografía. Velázquez le preguntó:

—¿Sabes quién es éste?

Ella soltó un gruñido sarcástico y me señaló con el dedo. Luego sacudió sus hombros en gesto de desprecio e indiferencia, en un «¡Bah!» que despertó una tempestad de carcajadas. Andando deprisa, como si escapase, se encaminó hacia la puerta y, antes de cruzarla, se volvió hacia nosotros y nos miró. Estaba colorada de vergüenza. Las carcajadas volvieron a estallar. Velázquez la llamó, pero ella no hizo caso. Y fue Lázaro quien tuvo que ir a buscar las botellas de jerez.

Estando sentados alrededor del cartel, Velázquez nos contó todos sus trabajos para organizar aquel combate. Y fue pasándonos recortes de periódico. En ellos se hablaba de «Canales, el primer peso gallo de nuestro país...», se decía que el combate con Mobarki podía ser la definitiva consagración del extraordinario Luisito Canales..., se anunciaba: «la demoledora izquierda de Canales quedará enfrentada a

la técnica de un extraordinario púgil internacional...» Casi todos los recortes estaban encabezados con mi fotografía. En una entrevista conmigo —que nunca se había celebrado— me preguntaban si pensaba ganar, y yo contestaba que tras haberme entrenado con Velázquez tenía absoluta seguridad en mi triunfo; me preguntaban si pensaba ganar por fuera de combate, y contestaba: «¡Desde luego!» La entrevista terminaba con un párrafo en el que se decía que yo tenía «una extraordinaria personalidad humana».

Velázquez me entregaba más recortes, pero yo no los tomé. Las palabras y las figuras a mi alrededor no penetraban en mi cerebro, tenía una vaga conciencia del cartel con mi fotografía en el suelo y de que yo estaba bajo la campana de luz que la lámpara de pie vertía sobre nosotros; el resto de la habitación estaba en la penumbra, y, frente a mí, la gran cristalera ocultaba, con sus reflejos, la noche afuera.

Pensaba en Luis Canales. Calder le había rechazado, y en aquellos días, posiblemente, temía que tumbara a su Jim Echevarría por más de la cuenta. ¿Qué pensaría Bernardo en sus horas sentado al sol a la entrada de la fábrica, con Mateo al lado? Y ante todos, Luis Canales era un boxeador imbatido, el aspirante al título nacional, hombre dotado de un golpe potentísimo con el puño izquierdo que le hacía temible, y un hombre bravo que no temía a su adversario. Y me resultaba hermoso saber que Luis Canales era yo.

* * *

El día de mi combate con Mobarki, a primera hora de la tarde llegó el dueño de la casa. Yo estaba en el gimnasio, tumbado en una mecedora, dejando que transcurriera el tiempo. De un cabezazo saludó a Lázaro, que andaba por allí ocupado en sus movimientos gimnásticos. Me puso la mano en el hombro y yo intenté ponerme en pie, pero su mano me lo impidió. En su rostro, cuadrado, de ojos hundidos bajo la sombra de sus cejas, de pelo duro, apenas se insinuaba una sonrisa tímida, embarazada. Era chocante ver en aquel panorama de bestialidad su sonrisa, humilde y tierna. Su voz aguda, sin inflexiones, sonó solamente para mí:

—¡Hola, Canales! Esta noche iré a verte pelear... Y ahora he venido para desearte mucha suerte...

—Gracias.

—¿Te encuentras bien? ¿En forma?

—Sí, muy bien. Pienso ganar.

Sonrió dulcemente.

—¿Sí? ¿Piensas ganar?

En su afán de dulzura, me trataba como si yo fuese un niño.

—Sí, sí. Además, tengo que ganar. No me queda otra alternativa.

—No te queda otra alternativa, ¿verdad? ¿Tienes que ganar?

—Claro. ¿No le parece?

—Sí, estoy seguro de que ganarás. Seguro, seguro... Con el golpe ese que te ha enseñado a pegar el señor Velázquez...

Se calló, quedando meditativo. Añadió:

—Pero si no ganas, tú no debes preocuparte... La vida es muy larga, y tú eres joven aún...

—No tan joven.

—¿No tan joven? ¿No? ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro años.

Se echó a reír. Dijo:

—Me gustaría poder charlar contigo...

—Cuando usted quiera.

—No, ahora no. Ahora estás preocupado por el combate... ¿Verdad?

—No. Si quiere, podemos hablar ahora.

—De ninguna manera. Otro día será.

Y su mano sobre mi hombro, que había estado descansando plana, me aprisionó el hombro con fuerza increíble, y mantuvo su tenaza, en tanto que sus pequeños ojos de animal me sonreían silenciosa, humildemente. Sin decir palabra, soltó su presa y se fue.

Lázaro se me acercó.

—¿Qué quería éste?

—Nada. Desearme suerte. Me ha dicho que si no gano el combate no me preocupe, porque la vida es larga y yo soy muy joven.

—¡Chalao! Si vas para arriba conocerás a muchos tipos como éste. Están todos locos.

—Sí, parece un poco loco.

Lázaro bufó y a marcha atlética se fue al otro extremo de la galería. A los pocos minutos estaba yo con él, «haciendo guantes».

Velázquez llegó, con muchas prisas, a las ocho de la tarde. Venía de la ciudad y estaba excitado. Iba con un vestido azul de cielo, con las solapas de la chaqueta cortadas como las de un *smoking*, corbatín verde claro, y, en la mano, un gran sombrero de artista. Su blanco cabello resplandecía de brillantina, y el bigotillo negro, sobre la piel púrpura, hería la vista. Sus ojos brillaban, y su aliento embriagaba de aroma de jerez.

Me vestí rápidamente bajo la mirada impaciente de Velázquez, y los dos bajamos a la primera planta. Allí estaba el dueño de la casa, cabizbajo y extraño. Lázaro y Kutz también esperaban. Lázaro, con su traje negro a rayas y sus agudos zapatos de charol, y Kutz, con camisa de color de rosa y pantalones negros, tranquilo y

sonriente. Cuando yo llegué, sin decir palabra emprendieron el camino hacia el automóvil.

Durante el viaje hubo un silencio importante, que me hizo centrarme con Luis Canales, esperado en la sala de boxeo.

En la sala municipal de deportes dejamos a Kutz y a Lázaro. El dueño de la casa, Velázquez y yo fuimos a casa del primero.

En el piso había muchas luces, y al entrar se tenía la sensación de que no hubiera orden, de que todo estuviera revuelto, pero al poco rato uno se daba cuenta de que no era así. Estaba alfombrado en gris y encima de la alfombra gris había otras de colores muy vivos —verdemar, azul cielo, rosa pálido...—. Hacía un calor tremendo. El hombre nos llevó a un gabinete en el que las paredes estaban cubiertas de libros. Había varias mesitas y silloncitos, cuatro o cinco lámparas de pie, y un par de divanes anchos y hondos. El hombre preguntó a Velázquez:

—¿Puede perjudicarle al campeón una copita de coñac?

Velázquez sonrió complaciente.

—No, un boxeador puede beber moderadamente... En el boxeo hay mucho cuento; dicen que ni beber ni mujeres ni excesos... Son tonterías. Pero mejor que coñac sería vino dulce o seco, vino quiero decir...

El hombre me sonrió y dijo:

—¿Qué prefiere, seco o dulce?

Me daba igual. Dije:

—Seco.

Y Velázquez corroboró mi afirmación con una sabia cabezada.

Los tres quedamos en silencio hasta la llegada de la camarera empujando un carrito. El hombre sirvió las copas. Velázquez se echó la suya al coleteo, apenas la tuvo entre los dedos. Entonces, el hombre alzó su copa y brindó por mi triunfo, y Velázquez, rápidamente, volvió a llenar su vaso, y aún llegó a tiempo para unirse al brindis. El hombre me sonrió y dijo:

—Bien...

Y Velázquez se dispuso a decir algo, pero en aquel instante entró una mujer, y al vernos dijo:

—Perdón...

Pero el hombre dijo:

—Pasa... Mira, quiero presentarte a unos amigos...

Ella sonrió y avanzó. Tendría la misma edad que Velázquez, pero aún era muy guapa. Velázquez se había puesto en pie y sonreía con sonrisa fascinadora, con todos sus dientes al aire, y los ojos casi cerrados por los músculos del rostro realzados por la mueca de la sonrisa. El hombre dijo:

—Éste es el señor Velázquez...

Velázquez se puso tieso como una vara. La mujer le tendió la mano. Velázquez se la besó y, al enderezar el cuerpo, aulló:

—¡A sus pies, señora!

Y como si se hubiese vuelto loco de placer, meneó la cabeza y el cuerpo. Y luego miró alrededor para ver el efecto que había causado o quizá si nos reíamos de él.

El hombre estaba diciendo:

—Y éste es Luisito Canales, un boxeador muy bueno, que dentro de unos minutos combatirá con un campeón francés... Es una pelea muy comprometida...

La mujer me miró a los ojos. La piel de su rostro estaba arrugada, tenía la nariz grande y ojos grises, brillantes y expresivos. Pese a las arrugas y a la nariz, era muy guapa. Preguntó:

—¿Usted es boxeador? ¿De veras?

—Sí, señora.

Velázquez dijo:

—De lo mejorcito que hay hoy en día...

Pero la mujer no le hizo caso.

—Yo pensaba que los boxeadores eran gente muy alta y fuerte. Quiero decir, como gigantes...

Yo intervine:

—Es que yo soy gallo.

Y la mujer se echó a reír. Y luego todos reímos porque ella se reía. Con la sonrisa aún en los labios, dijo, dirigiéndose a su marido y a mí:

—Pero tiene que ser una profesión terrible..., ¿no?

Velázquez dijo:

—Efectivamente, señora, es una profesión para hombres...

La mujer dejó de reír y anunció a su marido:

—Ha telefonado José. Quería hablarte...

—Bueno. Si vuelve a llamar, dile que mañana le llamaré.

La mujer me sonrió y dijo:

—Que tenga mucha suerte en el combate este... Buenas noches.

Yo respondí:

—Gracias, buenas noches.

Velázquez habló una vez más:

—A sus pies, señora... A sus pies...

Pero ella no le miró ni le contestó. Mientras caminaba hacia la puerta, vi que tenía piernas largas, bonitas, como las de una muchacha joven.

Velázquez llenaba su vaso. Cuando hubo bebido el primer sorbito, miró a su alrededor, a las paredes cubiertas de libros, y rompió el silencio que nos había acogotado desde el instante en que la señora saliera.

—Veo que tiene usted una magnífica biblioteca...

—Sí, es muy completa.

Velázquez sorbió jerez y, con indulgencia hacia sí mismo, tratándose tiernamente, dijo:

—Yo soy un gran lector... Es el único vicio que tengo: ¡leer!

El hombre dijo:

—Sí.

Velázquez, embargado por un interés avasallador, prosiguió:

—¿Tiene usted libros franceses? Yo leo mucho en francés...

El hombre respondió secamente:

—Lo tengo todo. Esta biblioteca está valorada en setecientas mil pesetas, y aquí está todo...

—Sinceramente: le envidio.

—Yo no tengo tiempo para leer. Los negocios me traen demasiados quebraderos de cabeza...

—Sí, los negocios... Los negocios...

Y Velázquez hizo un gesto de hombre agobiado por los negocios. Vi que el otro se impacientaba, como si Velázquez hubiese dicho una ofensiva inconveniencia. Advirtió:

—Creo que ya es hora de que vayamos a la sala de boxeo.

Velázquez se sorprendió.

—¿Ya? ¡Es pronto aún!

Pero el otro estaba en pie y avanzaba hacia la puerta. Dijo:

—Los acompañaré hasta allí en el automóvil. Yo tengo algunas cosillas que hacer aún.

Al llegar al estadio municipal, Velázquez y yo nos apeamos. El hombre asomó la cabeza por la ventanilla y dijo:

—Luisito...

Yo fui hasta él. Me cogió la mano, y, en un susurro, la mirada embarazada por la amabilidad que quería tener conmigo, y que no se atrevía a mostrar lisa y llanamente, dijo:

—Suerte, mucha suerte... ¡Y duro al hígado, Luis!

Y estrechó, demasiado fuertemente, mi mano entre las suyas.

Velázquez estaba entre la gente que rodeaba al palacio de los deportes; se había calado su sombrero de artista hasta las cejas, y miraba alrededor como un delincuente que temiera ser descubierto. Había una multitud. Los automóviles se detenían, la gente bajaba de ellos y los guardias ordenaban al conductor que se alejase, para dar entrada a otro automóvil. Había colas cortas y densas ante las ventanillas en que se vendían las entradas. Los guardias de tráfico, los policías uniformados, a pie, y una

pareja de policías a caballo, trataban de imponer orden. Y las luces de los reflectores que coronaban el edificio de cristal y cemento, caían desde arriba, en largo y estrecho cono, sobre la multitud desordenada, inquieta y murmurante. Velázquez me agarró el brazo y susurró:

—Vámonos de aquí...

Fuimos a una calle lateral, oscura y silenciosa, en la que los automóviles dormidos formaban dos largas hileras. Entramos en el bar de la esquina. Era uno de esos bares que solamente se encuentran en las vecindades extremas de las ciudades, en que el vino se vende a granel y se hacen bocadillos con dos grandes rebanadas de pan y sardinas fritas o anchoas, preparadas por el propio dueño del bar y guardadas en una vieja lata de almejas. El mostrador era de mármol, y estaba descantillado, quebrado y sucio. Junto a la cafetera había dos calendarios: en uno se veía a una manola tocando la guitarra y sonriendo al público, y en el otro a una muchacha sentada sobre una motocicleta, enseñando las piernas y sonriendo al público también. Sentados a una mesa había tres obreros soñolientos, vestidos con las ropas de trabajo.

Velázquez se tomó un par de copas y me aconsejó que no bebiese. Estuvimos allí seis o siete minutos. Velázquez miró el reloj y dijo:

—Vamos.

Cruzamos rápidamente por entre la multitud y entramos en el palacio de los deportes.

El camino hacia los vestuarios fue un camino triunfal. Velázquez me tenía cogido del brazo, y llevaba su sombrero en la mano izquierda. Sonreía a todos lados, saludaba a todo el mundo y los gritos de: «¡Hola, Velázquez!», «¡Hele, campeón!», «¡El más grande!», nos acompañaban. Aquél era el gran momento de Velázquez; allí se sentía más Velázquez que nunca, allí él era él.

Antes de empujar la puerta del vestuario, pasó su brazo sobre mis hombros e hinchó el pecho.

La luz era muy fuerte, el aire estaba denso de humo de tabaco y vibrante de mil palabras. Era una sala circular pintada de color crema y con una hilera de puertas pequeñas, iguales y pintadas de blanco. La aparición de Velázquez hizo crecer la intensidad del murmullo, y muchos avanzaron hacia él. Pronto estuvimos rodeados de gente. Mil preguntas, mil saludos eran dirigidos a Velázquez, quien, seguro y sonriente, contestaba cuanto podía. «¿Éste es su campeón?» —«¡Todavía no es campeón!»— «¿En qué asalto se producirá el fuera de combate?» —«¡En el primero!»— «¿Cuándo se celebrará el combate con Jim?» —«¡Cuando Jim se atreva!» Yo, en imágenes vagas diluidas por el tiempo, tenía conciencia de la llegada de Velázquez al viejo salón de boxeo, acompañando a Charly Collado. Y me sentía lleno de premoniciones extrañas, como avisos de muerte. La imagen de Bernardo, embrutecido, sentado a la puerta de la fábrica, junto a Mateo, y esperando ser

campeón otra vez, estaba también presente.

Poco antes de entrar en el cuarto, vi a Calder junto a su amigo, el hombre de la gorra de seda negra. Calder estaba encorvado, con las manos en los bolsillos del pantalón y la espalda apoyada en la pared. Me miró, sin saludarme, sonrió a su manera. Me pareció un ave de mal agüero, como un zamuro sobrevolando un paraje siniestro. El hombre de la gorra me miraba con sus ojos encandilados, y manteniendo la boca firmemente cerrada. Creo que mi aparición le recordó sus mejores tiempos.

Entramos, y Velázquez cerró la puerta en las narices de nuestros seguidores. El cuarto era grande. En él había la mesa de masaje, tres silloncitos y un par de banquetas. Un hombre joven, calvo, de rostro almohadillado de grasa y sin pelo en las mejillas, nos estaba esperando. Hablando con voz asustada, y muy rápidamente, saludó a Velázquez:

—Buenas noches, señor Velázquez.

Velázquez, campechano, le dio un cachete en la calva y correspondió:

—¿Qué tal, hijo? Este es Luisito Canales.

El hombre me dijo:

—Mucho gusto.

Y cuando yo le miré, se sonrojó y bajó la vista. Velázquez sonrió divertido, me miró y, guiñándome el ojo, dijo:

—Este es Dalmiro, el masajista.

Dalmiro murmuró:

—Servidor...

Y me sonrió entre sonrojos. Yo pregunté:

—¿Dónde está Lázaro?

Velázquez dijo a Dalmiro:

—Vete a buscar a Lázaro. Dile que Luis quiere verle.

Dalmiro salió. Yo me desnudé y me tumbé en la mesa. Velázquez se quitó sus ropas y se puso un jersey blanco, de cuello alto, y pantalones blancos, de hilo. Estaba impresionante.

Entró Lázaro, seguido de Dalmiro. Iba con su viejo albornoz amarillo, muy peinado, con el rostro brillante de masaje, y las manos vendadas ya. Me soltó un «¡Hola, Luisito!».

Era bueno ver a Lázaro. Le sonreí y le dije:

—¿Cuándo empieza tu combate?

Hizo una mueca de tristeza. Respondió:

—Tan pronto termine el preliminar entre aficionados.

—Que haya suerte.

—Gracias, pero igual da.

Y me atizó un cachete. Velázquez, que había observado la escena en silencio,

dijo:

—Lázaro, tan pronto como termines tu pelea, ven acá.

Lázaro asintió de un cabezazo y se largó.

Dalmiro comenzó a darme masaje. Sus dedos tenían fuerza sorprendente. El movimiento de sus manos y la presión graduada de sus dedos infundían vida nueva a cada uno de mis músculos. Dalmiro hacía su trabajo con expresión de atención concentrada, la punta de su lengua saliendo entre sus labios como la de un colegial aprendiendo a dibujar letras. Le dije:

—Lo hace usted muy bien, Dalmiro...

Parpadeó y se sonrojó complacido, como si un calor tierno le llegase del alma a la piel del rostro. Y susurró:

—Gracias...

Se dio cuenta de que yo le miraba sonriente y se turbó más. Sus manos, por un instante, actuaron con fuerza violenta. Dijo:

—¡Cómo gritan!

Hasta el cuarto llegaban gritos de una discusión en el vestuario.

Cerré los ojos.

El clamor de las voces, súbitamente, invadió el cuarto; entró en él. Y luego se alejó y quedó fuera. Oí la voz de Lázaro:

—Voy para allá, tan pronto como termine estaré con vosotros.

Vi su rostro, alargado y duro, sus pequeños ojillos y su pelo, planchado, pegado al cráneo. Le dije:

—Suerte.

Otra vez entraron los gritos en el cuarto y otra vez se alejaron tras el portazo.

Velázquez ordenó:

—Basta por el momento, Dalmiro.

Y mis músculos quedaron sin la compañía de las manos de Dalmiro. Sentí que Velázquez me ponía la mascarilla para respirar oxígeno. Le oí:

—Ten los ojos cerrados.

Y luego:

—Respira... Uno... Dos...

Y otra vez:

—Aspira: uno... Espira: dos...

En mis pulmones entraba un aire liviano y fresco. Y comencé a sentir un mareo alegre, saltarín y vital...

—Uno... Dos...

La mano de Velázquez, sobre mi pecho, me ayudaba a regular el ritmo de mi respiración.

Cuando mi compás respiratorio artificial se hizo automático, Velázquez apartó su

mano. Y en voz baja, hablando lentamente, dijo:

—Luis... Son ocho asaltos: no intentes forzar el combate en los primeros. Tendrás tiempo sobrado para cruzar tu izquierda... Y no te calientes. Frío, frío, siempre frío... Un boxeador que se calienta la cabeza termina peleando como una mujer... No hagas cosas nuevas; pelea como siempre lo has hecho, a tu manera, tranquilo... Y si te pega duro, no quieras hacer el macho: pon rodilla en tierra y espera hasta que te hayas recuperado. Siempre, cuando oigas el siete, ¡arriba! Nunca esperes a que el árbitro llegue a contar ocho...

Era lo mismo que me dijera Calder. Lo mismo que me dijera Lázaro. Siempre lo mismo. Y, en definitiva, lo importante también era lo mismo: mi golpe de izquierda. Pero el cuarto amplio en que me hallaba, el prestigio de Velázquez cobijándome, la presencia de Dalmiro, la mascarilla de oxígeno, la compañía de Lázaro... Todo daba un valor excepcional a los consejos de Velázquez. Me acordé de Charly Collado. Seguramente había recibido los mismos consejos y respirado el oxígeno y gozado del vivificante masaje del Dalmiro. Pero Bernardo le partió la nuca. Dije:

—Bien.

Velázquez me quitó la mascarilla, y otra vez las manos de Dalmiro trabajaron mis músculos.

Velázquez habló:

—Con Mobarki no debes tener manías; lo único que importa es ganarle. No intentes hacer un buen combate; busca ganarle solamente. Ya sabes: si pasas un momento apurado, abrázate a él, trábale los brazos, y si mientras le tienes cogido puedes atizarle un cabezazo, se lo atizas.

El tiempo, para mí, se hizo eterno. Y una y otra vez repitió Velázquez sus instrucciones en voz susurrante, monótona, amorosa, como las de aquellos novios de los bancos públicos que, día tras día, hora tras hora, repiten una y otra vez que sí, que se aman... Y Velázquez repetía: «Crúzale al hígado; mantente frío; pégame cabezazo al rostro, si puedes...»

Entró Lázaro. Iba vestido con su traje a rayas. Su rostro estaba pálido, y la mitad izquierda de sus labios aparecía hinchada, formando un montoncillo de carne húmeda y tumefacta. En sus cejas y pómulos se veían las manchas brillantes del cicatrizante. Habló con el sonido silbante que acompaña las palabras de los desdentados:

—¿Qué? ¿Cómo va eso?

Yo dije:

—Eso digo: ¿qué?

—Bien. Le rompí la ternilla de la nariz en el tercer asalto, y tuvo que abandonar. El chico estaba ganando el combate, pelea bien. Pero yo le pegué con mala uva, de abajo arriba, para remangarle la nariz, y le rompí la ternilla, poniéndosela casi de través dentro de la nariz. El tipo escupió el protector y alzó la mano...

Velázquez soltó una carcajada. Yo dije:

—Lázaro, viejo zorro... No me pegaría contigo por nada del mundo...

Lázaro encogió sus hombros y dijo a Velázquez:

—Ahora está comenzando la pelea de Kutz.

Yo pensé que Velázquez quizá fuera a la sala para ver el combate de su amigo. Pero no lo hizo.

Lázaro dijo:

—He visto a Calder, a Bernardo y a Jim... Y a tu patrón también. Están todos en primera fila.

Se me ocurrió que en algún cuarto cercano estaría Alí Ben Mobarki, haciendo lo mismo que yo: esperando el momento de subir al ring para dejarme fuera de combate. Sentí una punzada de inquietud.

Velázquez dijo:

—¿Quieres que Lázaro esté en el rincón con nosotros?

Yo dije:

—Como él quiera. No creo que sea necesario. ¿Eh, tú?

Lázaro dijo:

—Como tú quieras.

Yo respondí:

—Mejor que no. Quédate en primera fila, y luego me dirás qué tal te ha parecido la pelea.

Fuera, en el vestíbulo, había un silencio anormal.

Velázquez dijo:

—Anda, vístete.

Salté de la mesa y me puse la coquilla, luego los calzones azules con el escudo del club de fútbol al costado. Velázquez me vendó las manos, luego preparó los guantes y puso la bata azul sobre uno de los silloncitos. Fue metiendo cosas —el protector de los dientes, el antiséptico, unas tijeras, toallas...— dentro de la bolsa de lona.

En el vestuario se oyeron voces, gritos y aplausos. Velázquez hizo un guiño compasivo, equivalente a un «¡pobre Kutz!». Lázaro salió, y durante los instantes en que la puerta estuvo abierta, vi una multitud arremolinándose alrededor de alguien.

Lázaro regresó. Dijo:

—A Kutz le han tumbado en el cuarto asalto.

Velázquez dictaminó:

—Demasiadas mujeres.

Luego preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

Lázaro dijo:

—Bien.

Velázquez me ordenó:

—Anda, Luisito, ponte la bata.

Al abrir Velázquez la puerta, todos los que estaban en el vestíbulo se arremolinaron ante ella, avanzando hacia mí. Velázquez abrió paso. Lázaro y Dalmiro caminaban a mi lado. Sonó un tableteo de aplausos, y oí voces: «¡Luisito, a ver si le tumbas!» «¡Hala, campeón!» «¡Luis, al hígado!» Anduvimos rápidamente a través de la gente. Avanzamos a lo largo del pasillo mal alumbrado. Velázquez abrió la puerta a su término y la mantuvo abierta para mí. Crucé la puerta. Al fin de la escalerilla de cinco peldaños, que comenzaba en la puerta, se extendía la sala iluminada. Al pie de la escalera esperaban los dos guardias. El público estaba en pie y miraba hacia la escalera. Velázquez bajó los cinco peldaños, y yo le seguí. Los dos guardias nos abrieron paso, apartando a la gente, con sus manos enguantadas en color castaño. El público en las gradas altas aplaudía, y los que estaban cerca hablaban, formando sus voces un murmullo excitante. Al frente, bajo la luz de los focos, se alzaba el ring blanco, con palos verdes en las esquinas y cuerdas forradas de terciopelo morado.

Subí al ring y saludé a mi manera, dando un par de secas reverencias a derecha e izquierda. Y sonó una salva de aplausos. Fui al rincón en que me esperaba Velázquez. La lona del piso del ring era nueva y muy blanca; en su centro había manchas grises de múltiples pisadas, y cerca de uno de los rincones una constelación de gotas de sangre. Pensé que probablemente provenían de Kutz o de las narices del contrincante de Lázaro.

Mobarki saltó al cuadrilátero, y saludó lanzando besos con ambas manos, alternativamente, a derecha e izquierda, y dando vueltas sobre sí mismo, con rapidez de mico. Era un morito blanco, de cabello corto y rizado, y rostro alargado que terminaba con una barbilla puntiaguda. Vino hacia mí, me estrechó las manos y me dijo en francés algo, que yo no comprendí. Luego saludó a Velázquez:

—*Haló, mesié Veslasqués!*

Y Velázquez, paternal, dijo:

—*Haló, Alí.*

Mobarki, a paso atlético, regresó a su rincón. Le pregunté a Velázquez:

—¿Le conoce?

Velázquez dijo:

—Yo conozco a todo el mundo.

El combate con Mobarki me demostró que nada había cambiado en mí. Todo el tinglado organizado por Velázquez no había podido variar mi manera de ser y de pelear. Mobarki, desde el principio, se mostró un boxeador cobardón, retador, peligroso, y dotado de un estilo excéntrico. Boxeaba a distancia, su cuerpo erguido, el

rostro al descubierto, y su barbilla adelantada. Mantenía los párpados caídos, casi cerrados, y me miraba como una princesa pueda mirar a un escarabajo, mientras balanceaba lentamente el cuerpo. Esta composición de expresión, postura y movimiento llevaba un mensaje de reto, un «anda, pega si te atreves; pega y verás lo que es bueno...» Cuando yo atacaba, el morito huía descaradamente, pero medía su retroceso de tal manera que, en un momento dado, yo quedaba al alcance de su derecha, y entonces soltaba una andanada rapidísima de golpes secos, duros y precisos, que me hacía retroceder con mi guardia descompuesta. A lo largo de los cinco asaltos que duró la pelea, Mobarki me sumió en aquel mundo sanguinolento, rosáceo y viscoso, con las dos sombras —la del árbitro y la de Mobarki— nadando en el aire a mi alrededor, y la sensación de frustración a causa de mis golpes perdidos en el aire, y la idea fija martillándome el cerebro: «Cuanto más te pegue, más tienes que pegar tú». Yo atacaba, él huía, mis golpes se perdían en el vacío, veía a Mobarki peligrosamente cerca y, en el mismo instante, el cuero de sus guantes, duro como el hierro frío, se estrellaba contra mi rostro, contra mis pómulos, mis cejas, sobre las heridas ya abiertas... Y oía el murmullo de desencanto del público, que nacía, crecía, invadía rápidamente todo el ámbito, y terminaba en una ovación cerrada y corta en reconocimiento de la superioridad de Mobarki sobre mí.

Mi golpe de izquierda llegó en el quinto asalto. Y vi a Mobarki caer fulminado, doblado por su mitad, con la mueca de dolor paralizante en el rostro. Como una explosión sonó el ¡ah! del público, y aquel campo sembrado de cabezas —en la penumbra alrededor del ring, más allá de las cuerdas cubiertas de terciopelo morado— creció un metro. Y la gran ovación empequeñecía el ámbito de la sala, y sonaban los gritos: «¡Ca-na-les! ¡Ca-na-les! ¡Ca-na-les!» Y Mobarki en el suelo, en medio del cuadrilátero, la boca contra la lona, las manos al hígado, las piernas juntas y dobladas, intentaba ponerse en pie y no podía y, al no poder, rodaba por el suelo una vez y otra... Y la sombra blanca del árbitro le seguía, en tanto que el brazo blanco se balanceaba dramáticamente sobre el cuerpo de Mobarki, al compás de la cuenta firme e irremisible: «cuatro..., cinco..., seis..., siete...» Y finalmente los dos brazos del árbitro alzados en el aire, y su grito superando las voces y los aplausos, el «¡Fuera!» ritual. Y la ovación del público parecía que quisiera hacerse infinita, para siempre.

Cuando el árbitro gritó su «fuera», Velázquez, Lázaro y Barba saltaron al ring para abrazarme. Yo quería ayudar a Mobarki a ponerse en pie y llevarle a su rincón. El árbitro quería expulsar del ring a Lázaro y a Barba, que vestían ropas de calle. El público había vencido a los guardias y estaba allí, al borde del ring, asiendo las fantasiosas cuerdas de terciopelo morado y metiendo las cabezas por entre ellas. Los guardias subieron al cuadrilátero. Y en aquellos momentos de confusión, yo sabía claramente que me había convertido en Luisito Canales.

Capítulo VIII

TRAS MI COMBATE con Mobarki, Bernardo se unió al grupo de los que vivíamos alrededor de Velázquez.

En el automóvil, durante el viaje de regreso, me acometió la invencible lasitud. Mi movimiento respiratorio era pobre y lento, llevando poco aire a mis pulmones, de manera que, de vez en cuando, me veía obligado a suspirar largamente. Y mi corazón no había aún acompasado sus latidos. Mi vista no podía permanecer quieta, y los ojos, acostumbrados aún a estar alerta para seguir los movimientos de Mobarki, descubrir su más leve signo de ataque, miraban todas las cosas, iban de un lado para otro, y todo lo veían con gran detalle. Las oscilaciones de la aguja de velocidad verde, entre las rayas y los números pintados en blanco sobre el cristal iluminado, la goma del limpiaparabrisas un poco salida fuera de su carril... Todos mis músculos estaban quietos, adormilados por la fatiga, pero aquellos objetos en que mi vista se fijaba, tenían una vida fascinante, y no podía dejar de mirarlos, y mis ojos saltaban de uno a otro, y lo observaban todo, porque yo sentía en la cabeza una fuerza que me obligaba a hacerlo.

Al acostarme sentí mareo. Estuve paseando lentamente por mi dormitorio hasta que, sintiéndome incapaz de moverme más, me arriesgué a regresar a la cama. Y tras de aguantar de nuevo las tarascadas del mareo, me dormí.

Estuve durmiendo durante tres días, en los que solamente me levanté cosa de tres cuartos de hora cada uno, para comer e ir al retrete. En el cuarto día hubiera continuado durmiendo, a no ser por Velázquez, que me obligó a tomar dos tazas de té y a hacer un poco de gimnasia. Por la tarde vino un médico. Era un tipo bajo y regordete, de rostro sin pelo, cabeza calva, y ojos gris claro tras gafas de cristales limpísimos, brillantes. A cada instante soltaba grandes gritos exclamando: «¡Espléndido!», «¡Magnífico!», «¡Formidable!», sin motivo alguno. Cuando Velázquez dijo: «este es mi pupilo Luis Canales», el hombre chilló: «¡Formidable!» Y acto seguido señaló a Bernardo, que estaba allí, tumbado en una mecedora, y gritó: «¡Éste también es boxeador!» Y parecía que hubiera hecho un gran descubrimiento. Velázquez le dijo que sí, y el hombre soltó una larga carcajada y repitió sus «espléndido», «magnífico», «formidable»... Me miró y, sonriendo complacido, dijo con aire de pícaro:

—A ver, a ver... Veamos qué tiene el campeón...

Velázquez dijo:

—No tiene nada. Solamente lo normal después de un combate duro, pero quiero que usted le examine para mayor seguridad.

El médico dijo:

—Claro, claro... ¡Formidable, formidable...!

Y, despaciosamente, sin pretender dar vida o entusiasmo a sus palabras, sólo por vicio, como si hablase consigo mismo, susurró:

—Espléndido, espléndido, espléndido...

Y me reconoció comentando cada examen con sus exclamaciones. Tras auscultarme, tomarme el pulso, examinar con lamparillas mis ojos y nariz, el médico me presionó la parte baja del occipucio, allí donde comienza el cogote, y me preguntó:

—¿Duele?

—No, señor.

Apretó más fuertemente.

—¿Duele?

—No, señor.

—¡Formidable!

Con las yemas de los dedos me presionó las heridas, aún hinchadas, en cejas y pómulos.

—¿Duele?

—Sí, señor.

Presionó más fuerte.

—¿Mucho?

—Sí, bastante.

Presionó más fuertemente aún. Yo solté un bufido. Y él exclamó:

—¡Magnífico!

Dictaminó:

—Se trata de una paliza formidable, magnífica... Y nada más. Como usted ha dicho muy bien, señor Velázquez, es lo normal tras un combate encarnizado... Pero creo que sería mejor hacer un examen a fondo, así estaríamos absolutamente ciertos de que no existen lesiones internas.

Al día siguiente fuimos a la ciudad, y allí el médico que me había visto y otro volvieron a examinarme, y me hicieron un electroencefalograma. Dijeron que yo estaba bien.

* * *

En los meses que siguieron, mis entrenamientos no fueron tan intensos. Velázquez decía que el mayor peligro que me acechaba era caer en «sobreentrenamiento», y que lo que yo debía hacer era «conservar la forma» tan sólo. Me entrenaba tres días a la semana.

Durante aquella época, alguno de mis combates «tuvo tongo», es decir, fue

convenido de antemano en su desarrollo y resultado. Velázquez, en estos casos, me decía: «Déjate pegar un poco en los dos primeros asaltos, y luego, en el tercero o cuarto, el muchacho ese se tumbará por más de la cuenta... No le pegues fuerte con la izquierda. Apunta el golpe solamente...» En alguna ocasión, Velázquez, con una hojita de afeitar, me hizo un par de cortes en las cejas, los hizo sangrar presionándolos con los dedos y luego limpió las heridas y les puso una leve película de cicatrizante. Eran dos heriditas de nada, pero el primer puñetazo que recibía en ellas —puñetazo débil— abría las heridas, haciéndolas sangrar y dejándome el rostro rojo de sangre. El público creía que yo había recibido dos tremendos puñetazos, en tanto que yo apenas lo notaba, por cuanto no me afectaban a la cabeza por dentro. Tras estos golpes, mi adversario no tenía necesidad de golpearme más, el público estaba convencido de que el combate era encarnizado y nosotros —los dos sobre el cuadrilátero— solamente esperábamos el momento de representar la comedia de mi golpe cruzado al hígado. En algún momento subsiguiente, mi adversario se ponía a tiro, yo cruzaba mi izquierda, señalando el golpe tan sólo, y mi contrario caía al suelo fulminado, retorciéndose como una sabandija herida. La gente se ponía en pie, su clamor conmovía el aire, el árbitro contaba dramáticamente... No era injusto. Hasta cierto punto era necesario. Me hacía falta ganar dinero, y para ello tenía que boxear casi cada semana. Si todos mis combates hubiesen sido sinceros, sin trampa, tan sólo hubiera podido combatir una vez cada quince días, a lo sumo. Velázquez había gastado mucho dinero en mi preparación y propaganda... Y yo no tenía ni un real. Era necesario pelear. Y los boxeadores que se tumbaban eran gente que de seguro hubiera yo puesto fuera de combate en una pelea honesta. Lo único que hacíamos era simular lo que, sin ayuda de la ficción, hubiese sido realidad. Sin embargo, el entusiasmo del público cuando se producía uno de estos ficticios «fuera de combate» me humillaba. Ver aquella masa ponerse en pie y prorrumpir en la ovación emocionada, larga y entrañable hacia Luisito Canales, verlos a todos creer a pies juntillas la comedia representada entre las cuerdas, me entristecía, me hacía sentirme envilecido. A veces mi sensación de vergüenza se transformaba irrazonablemente en otra de desprecio hacia aquellos que me aclamaban, y pensaba que de buena gana me hubiera cargado a puñetazos a aquella multitud de imbéciles.

Durante aquel período, Lázaro, debido a la presencia de Bernardo, dejó de pelear, siendo éste quien actuaba en las veladas en que yo combatía. Bernardo tomaba el sol, no se entrenaba, fanfarroneaba y perdía, una tras otra, invariablemente, todas sus peleas. Con frecuencia hablaba de su próximo combate para la reconquista del título nacional, y al mismo tiempo se excusaba de sus derrotas diciendo: «Me dejo ganar. No puedo pelear con interés contra estos principiantes. Me dejo ganar. No sé qué diablos me ocurre, pero en estas peleas no logro calentarme... Tengo ganas de que me suelten de una vez al chaval ese que tiene ahora el título...» Terminaba lanzando

un suspiro y diciendo: «En fin..., a entrenarnos otra vez...» Y proseguía su entrenamiento, dormitando al sol y tomándole el pelo a Kutz. Bernardo, desde el primer día que vivió entre nosotros, la tomó con el pobre Kutz. Era éste hombre que gozaba haciendo los ejercicios de entrenamiento; con frecuencia se ejercitaba durante cuatro o cinco horas seguidas. De vez en cuando, cada media hora o tres cuartos de hora, Kutz interrumpía sus ejercicios y, para descansar, paseaba lentamente por la habitación, se detenía, sacaba del bolsillo de sus calzones el peine y lenta, amorosamente, peinaba su cabello, largo y rubio. Paseaba otra vez, y de nuevo a peinarse, y así estaba durante unos cinco o siete minutos. Esta actitud era la que provocaba infaliblemente los sarcasmos de Barba. Eran unas pullas tontas que daban la medida del estado de estupidez en que había caído Bernardo. Decía: «Kutz, tú sí que vives en el mundo..., ¿eh? Éste sí que vive en el mundo, ¿verdad, Lázaro?» Y sentado al sol y el sol dando en su deformado rostro, que lucía una embrutecida sonrisa irónica, Bernardo miraba implacablemente a Kutz peinándose, y en silencio se reía de él. En ocasiones le criticaba el peinado. Le decía: «No, Ramón, no, el pelito un poco más hacia atrás... Así... A ver si le sacas otra onda...» Y, vencido por su propia gracia, Bernardo estallaba en complacidas carcajadas. Ramón Kutz enrojecía ante la burla, apretando sus mandíbulas, y seguía peinándose lenta, deliberadamente, para indicar que la burla no le afectaba, pero todos advertíamos que el sencillo placer que derivaba del hecho de peinarse había sido asesinado por Bernardo. Creo que todos, Lázaro, Velázquez, Kutz y yo, sentíamos lo mismo ante las memeces de Bernardo. No era su burla lo que nos hacía sentirnos avergonzados, sino la estupidez con que hacía la burla, aquella muestra de su estado. Y él, con frecuencia, tras sus ironías, se dormía plenteramente, con una sonrisa de beatitud suavemente dibujada en sus rotos labios. La amistad entre Bernardo y yo seguía inalterable. Bernardo me trataba como si él me protegiese, como si yo fuese un obediente hijo suyo con un porvenir al frente tan brillante como el suyo propio. Bernardo observaba atentamente mis entrenamientos y me daba ánimos con sus «bien, bien, Luisito, bien..., sigue así... Eso es: directo de derecha..., ¡cruza la izquierda!».

A partir del mes de marzo, los días fueron hermosos, con sol y mucha luz en el cielo, sobre el mar algo alejado, y en los campos frente a la casa. El avance del tiempo cálido fue a la par con mis avances en el boxeo. Casi todos mis combates fueron importantes. Y tras cada uno de ellos, más seguro de mí mismo me sentía, y más de acuerdo con cuanto de mí decían los periódicos y mis compañeros. Cada día me acercaba más y más a Luis Canales.

Durante aquella primavera estuve levantándome, cada día, a la salida del sol, cuando

a mi cuarto, grande y de techo alto, cruzado por vigas de madera, apenas llegaba la luz del nuevo día. Pisar el suelo de ladrillos rojos, ásperos y frescos, daba a mis pies desnudos la primera sensación de realidad. Desde la ventana, veía la luz gris del sol, no nacido aún, ir resbalando cielo arriba. La luz gris, dentro del cuarto, iluminaba la pared del fondo con su estampa grande y coloreada del Sagrado Corazón, y la cama vasta y alta, dejando en la penumbra, nocturna aún, las paredes laterales y el techo. Por la ventana, mediante los cambios de luz en el cielo adivinaba los progresos del sol aún oculto. El mar, más allá de los campos inmediatos, era una sombra azulada, muy oscura, que me parecía la espalda de un gran animal. Antes de que el sol hubiera salido, pero cuando su luz, sin rayos, estaba ya en el cielo, el mar era una planicie inmóvil, gris y bella como los fondos de los cuadros de un pintor que pinta sin manchas, con bellos colores grisáceos que forman superficies perfectamente lisas. Luego comenzaba a asomar el sol, convirtiendo en dorada la luz del cielo, y haciendo roja la luz a lo lejos, en el límite entre el mar y el cielo. Y entonces ocurría algo que a mí me parecía raro: el mar no era azul aún, pero se notaba que dentro, bajo las aguas, llevaba todo su azul, y este azul transparentaba un poco en su superficie, pero sin salir a ella. Y en aquel instante todo se ponía en marcha, y parecía que la música de una gran orquesta compuesta por miles de instrumentos estuviera a punto de comenzar a sonar; una música del mar, del sol, del aire tembloroso, del mundo entero. Era una armonía retenida, frenada, pero que estallaría en el momento en que el sol estuviera arriba. El sol ascendía y llegaba al cielo, y entonces, por un instante, justamente en el momento en que el mar se ponía azul brillante, hondo y puro, parecía que la música debiera oírse, pero no se oía nada. Y todo seguía acallado, y se acallaba definitivamente, porque el sol ya estaba en su sitio, y el mar tenía su color, y era la hora en que los hombres comenzaban a moverse en sus lechos, saltaban de la cama, orinaban, se vestían e iban al trabajo. Me gustaba contemplar la salida del sol desde mi cuarto. Sabía que Bernardo, Kutz y Lázaro dormían en las habitaciones contiguas a la mía, y que yo no era como ellos. Era la hora en que yo caía en ensoñación. No pensaba, en mis ensueños, ser un gran campeón ni en ganar combates ni en públicos enfervorizados... No, todo esto estaba fuera de mi cabeza. Mi ensueño consistía solamente en una fuerte sensación de que yo era exactamente yo mismo, mejor dicho, que yo tenía ocasión de ser todo lo que podía llegar a ser, de que yo podía llegar a ser, de verdad, Luis Canales. Es muy difícil de explicar. A uno no le dejan ser casi nunca lo que uno es verdaderamente, y yo, en mi ensueño, superaba este impedimento, y era yo.

Estaba en la ventana hasta el momento de comenzar el entrenamiento.

Al anoecer íbamos los cuatro —Lázaro, Bernardo, Kutz y yo— al café del pueblo para jugar una partida de dominó. Era un café grande y oscuro, con mesas de mármol blanco y patas de hierro pintadas de azul. Los que iban allá eran pescadores y

obreros de una cercana fábrica de cemento, que pasaban las horas charlando y jugando a las cartas. El dueño del café y sus hijos recorrían la sala e intervenían en las conversaciones de sus parroquianos, a los que trataban con paternal autoridad. Se advertía que ellos eran gente más importante que sus parroquianos. El dueño nos trataba con mucho miramiento, pero se advertía que nosotros no éramos de su agrado. Pese a ello, en sus palabras había siempre un tonillo de paternal autoridad. Nos decía: «¿Qué tal, señores? ¿Qué tal...? ¿Qué vamos a tomar hoy? Lo de siempre, ¿eh? Lo de siempre...» Soltaba una carcajadita amable y un poco fastidiosa, y como un gran padre, cansado y benevolente, se iba camino del mostrador, murmurando: «Bien..., bien..., bien...» Al principio de ir allí, todo el mundo nos miró con curiosidad y, a los pocos días, algunos de los asiduos se colocaron, como quien no quiere, a nuestras espaldas, para observarnos y, a poco, comenzaron a comentar las incidencias del juego. Comentaban entre sí, pero para que nosotros les oyésemos y trabásemos conversación con ellos. No tardamos en conocer a todos los concurrentes al café. Eran gente como nosotros, pero ellos no lo sabían. Se advertía que no comprendían nuestra manera de vivir, creyéndola mucho más complicada de lo que en realidad era. Algunas veces se refirieron, en tono de mundana comprensión, a nosotros: «Ustedes siempre arriba y abajo...» «Con la gente que ustedes conocen...» y «Con los líos que ustedes tienen cuando están de vacaciones...»

Al salir, siendo ya noche cerrada, andábamos a lo largo de la playa, derivábamos a la izquierda y subíamos despacio el camino que nos llevaba a la carretera, la cruzábamos y seguíamos otro camino que nos llevaba a la casa. A la vuelta, Bernardo y yo solíamos ir juntos; Kutz y Lázaro nos adelantaban. Barba solía reflexionar y de vez en cuando hablaba. Recuerdo que un día, mientras íbamos por la playa, Bernardo dijo:

—Es un zorro ese Velázquez...

Y se quedó pensando. Añadió:

—¿Tú ves? A ti te puso en camino. Nadie lo hubiera hecho, ni siquiera Calder. El boxeo es duro, leñe... ¡Tanto sufrir!

Y se calló. Pero su pensamiento siguió la senda marcada por sus palabras, avanzó por ella, y en un momento dado, volvió a expresar lo que pensaba, tras el avance escondido.

—Ya verás, pequeño... Si tienes suerte, puedes llegar arriba, pero es difícil... A mí me costó mucho... Y ya ves el pobre Collado... —Se echó a reír—. ¡Se fue al cuerno para siempre!

Rió otra vez. Luego suspiró, resignado. Y añadió:

—A ver cuándo me dejarán pelear por el título...

De buena gana le hubiera dicho: «nunca». Nunca volverás a pelear con un boxeador de mediana valía. Porque tú, ahora, eres, como dicen los periódicos, y los

carteles, «el berroqueño Bernardo Barba». El hombre de piedra, el saco de arena para que en él peguen y se luzcan los chavales que empiezan a pelear. Y quien de entre ellos te cause más daño, no quien te gane, porque todos te ganan, será el más brillante. Y si no fuera por Velázquez, que quiere que tú estés a mi lado, ni siquiera tendrías ocasión de subir a un ring. Pero no dije nada. Bernardo puso su brazo sobre mis hombros.

—Tú tienes madera... Puedes llegar arriba, pero ya verás lo duro que es. Me gustaría que los dos fuésemos campeones nacionales al mismo tiempo. Yo fui quien te descubrió, ¿verdad?

—Seguro. Tú me llevaste al gimnasio de Calder.

—Sí. Primero te llevé a ver un combate. Fue la pelea en que me cargué a Charly Collado, ¿eh, tú?

—Sí.

—Fue un buen combate.

—Sí, fue bueno.

—Y si no hubiese sido por mí, Calder te hubiera echado de su gimnasio después de tu primera pelea. ¿Sabes qué dijo?

—No.

Barba se echó a reír. El sonido de su risa en la oscuridad de la noche tenía un dramatismo sobrecogedor. Comenzamos a subir el camino por el talud que abocaba a la carretera. Bernardo jadeaba como un viejo, y su brazo, protectoramente echado sobre mis hombros, se apoyaba en ellos.

—Calder dijo: «Este chaval es carne de ring. En tres combates me lo van a dejar “sonado” para toda la vida. No le quiero. No quiero ni verle. Dile que no venga más al gimnasio».

Se calló para respirar honda, precipitadamente. Jadeante añadió:

—Porque al Calder le impresionó mucho lo de Collado. —Y como pensando comentó—: ¡Qué combate!

Yo dije:

—¿Así Calder creía que me pasaría lo que a Collado? ¿O que me sonarían?

Barba rió con una risita infantil, y dijo:

—Sí, sí, sí, sí, sí...

—¿Por qué?

—Quizá porque siempre andas poniendo la cara por delante...

—Si pongo la cara, es porque así puedo pegar el cruzado al hígado, no porque me guste. Además, hasta ahora nunca me han tumbado por más de la cuenta... Lo he encajado todo...

—Sí, tú encajas. Yo también encajo mucho. Encajar es la base principal del boxeo...

La noche en que Bernardo me habló así, tardé en conciliar el sueño. Me sentía inquieto y humillado. No era el que Barba me comparase con él lo que me humillaba, sino el pensar que Bernardo, en cierto aspecto, tenía razón. Sí, yo era de esos boxeadores que suben al ring con la certidumbre de que van a recibir leña. Y eso no armonizaba con Luisito Canales. A la luz de mi conversación con Bernardo, mis ensoñaciones a la salida del sol se me aparecían grotescas, de iluso, y eso me producía una amargura honda, esencial. Pese a todo, al amanecer del día siguiente yo caí en mi ensoñación.

A mediados de abril se concertó mi combate con Jim Echevarría. Aquello puso de un humor de perros a Lázaro, quien creía tener derechos de propiedad sobre aquel combate y consideraba a Velázquez como usurpador de sus derechos. Cuando Velázquez con toda su pompa anunció el combate, Lázaro se levantó de su silla y, sin decir palabra, se largó. Luego, él mismo me dijo que había salido fuera para «comerme los puños sin que nadie me viera».

Unos días antes de mi combate con Jim, Velázquez me llevó, juntamente con Bernardo, a casa, para que viese a los míos. Dijo que era «psicológicamente conveniente» para mí.

Velázquez nos dejó en la carretera, cerca del barrio en que Bernardo y yo vivíamos. Anduvimos en silencio hacia las casas. Y al verlas, pequeñas y agrupadas en el paraje familiar, me di cuenta de que algo, en la situación de aquel instante, desentonaba. No sabía si era mi alegría por volver a casa, o la tristeza que emanaba de aquel barrio. Una de las dos realidades era inadecuada a mí mismo, tal como yo era en aquel entonces. A medida que me acercaba a las casas, me sentía más y más inquieto.

Barba se metió por la calleja que conducía a su casa. Eran las seis de la tarde de un día hermoso, con sol claro y aire tibio. A lo lejos, las cuatro o cinco chimeneas de las fábricas se dibujaban claramente contra el cielo azul. Las mujeres lavaban la ropa. Vi mi casa. La puerta estaba abierta. Tuve deseos de irme en aquel mismo instante. Imaginé a mi mujer, con sus ojos muy abiertos, intentando adivinar, supliendo cuanto no podía comprender, con imágenes extrañas, con fantasías que acudían a ella para rellenar los vacíos de la falta de comprensión.

Entré en la casa. En el primer cuarto, el que hacíamos servir de comedor, no había nadie. Todo estaba en orden, con las sillas puestas junto a la mesa, de modo que el respaldo tocaba el borde y el asiento quedaba debajo del tablero. El armario en que mi mujer guardaba sus cosas estaba cerrado, y la llave no estaba en la cerradura. Entré en el dormitorio. Estaba a oscuras, pero yo sabía que allí había el mismo orden que en el comedor. Se me ocurrió que si me marchara en aquel mismo instante, y previniera a Barba, nadie sabría que yo había estado allí. Y pensando en esto me

tumbé en la cama. Y seguí meditando lo fácil que sería marcharme sin que nadie se enterase de mi visita. Y así estuve hasta que se encendió la luz del comedor —durante mi espera había anochecido—, y oí las voces de Luisito y la niña, que hablaban a su madre, y ella les contestaba. Me sentí atrapado y pensé que había hecho mal en no marcharme cuando hubiera podido hacerlo. Hubiera querido que toda mi historia hubiese ya terminado, que yo hubiese ganado todos los campeonatos y combates, y fuese definitivamente Luis Canales para todo el mundo. Entonces podría ver a mi mujer y a mis hijos, tranquilamente, porque yo sería, sin duda, y para siempre, Luis Canales. En aquellos momentos todo estaba en transición, transformándose, y la presencia de otros, sus pensamientos —en la mirada—, sus palabras, me eran perjudiciales. Parecía que pudieran cortar mi proceso de transformación, o que, cuando menos, me obligaran a luchar contra ellos para defender la parte de mí mismo ya conquistada, y poder seguir, camino adelante, hasta el final. Mi mujer, que aún no se había dado cuenta de que yo estaba en casa, dejaba que los chicos le hablasen y de vez en cuando les contestaba seriamente, como si fuesen personas mayores. Vi su sombra cruzar sobre el encuadre de luz que la puerta dejaba entrar en el dormitorio. Las voces de los niños, poco a poco, cesaron. La sombra de mi mujer siguió pasando sobre la luz del suelo. Yo sentía tristeza. Para ellos nada había variado y nada podría jamás variar. Un hombre hace lo suyo —yo boxeaba— y la vida cambia para él, y hay lances victoriosos, y lances duros, y lances de derrota, y el hombre los afronta solo, y va variando al transcurso de aquellos conocimientos que vive. Quien no los vive, no varía. Mi mujer no podría comprender jamás lo que significaba para mí tumbar sobre la lona a mi contrario, la ovación de la gente, el saber que yo iba siendo Luisito Canales de día en día, y que por las mañanas soñaba en mí mismo. Oí el asustado grito de mi mujer y su sombra, que había estado allí en el suelo, se retiró de la luz. Luego oí su voz, alta y temerosa: «Luis...» Ella sabía que alguien estaba en el dormitorio, y tenía miedo de que fuera un extraño.

Yo dije:

—¿Qué?

Entró y encendió la luz. Los chicos entraron tras ella. La niña se agarraba a sus faldas. Y en el quicio de la puerta, con una mano sobre el interruptor de la luz y la otra sobre su boca, se quedó mirándome. Yo dije:

—¿Qué tal? He venido a pasar el sábado aquí... Para descansar, ¿sabes?

Parecía asustada. Yo sonreí y dije:

—¡Eh, Luisito! ¿Qué haces tú, malo?

Y el chico se escondió detrás de su madre, y luego asomó la cabeza, y me sonrió con expresión de pícaro. Estaba contento de verme. Miró a su madre y, para llamar su atención, tiró de su vestido. Ella dijo: «Estáte quieto...» Y Luisito tiró de la falda otra vez, y la llamó: «Mamá...» Mi mujer le miró. Luisito sonreía y, como si diese una

noticia, dijo a su madre: «Es papá...» Se echó a reír, me miró, escondió la cabeza detrás de su madre, la asomó y me sacó la lengua. La pequeña estaba con la boca abierta y los ojos desorbitados mirándome. Y de pronto se puso tiesa, tendió su brazo hacia mí, y gritó a su madre: «¡Papá, papá, papá, papá...!» Su voz sonaba excitada, en la cantilena chillona de un alcaraván, como si hubiese hecho un sensacional descubrimiento.

Mi mujer se sentó en una silla, junto a la cama, con las manos cruzadas sobre los muslos, y se quedó mirándome. Yo, en silencio, sonreía y miraba a los chicos y a ella. Se alzó bruscamente, se llevó la mano derecha a la cabeza e intentó arreglarse el pelo, dio un suspiro y se dirigió al espejo. Mientras se peinaba, volvía de vez en cuando la cabeza y me lanzaba una ojeada. Yo estaba sentado en la cama, haciendo rabiar a los chicos. Para los niños el tiempo es más importante que para los mayores. En los dos o tres meses que yo había estado ausente, casi me habían olvidado, debido, yo creo, que a ellos les parecieron cuatro o cinco años. Pero solamente en el transcurso de aquellos minutos ya se habían acostumbrado a mi presencia, tendiendo un puente definitivo sobre el tiempo de ausencia. Y yo me divertía haciéndoles perrerías. Al chico le agarraba por la cintura y le colocaba cabeza abajo, lo que le ponía frenético, y cuando yo le enderezaba, sus ojos bailaban en sus órbitas como los de un loco, y sacudía la cabeza, los hombros y las manos como si estuviera cargado de electricidad, y parecía que él no supiera dónde estaba. Ver las cosas estando cabeza abajo le ponía loco. Y a la niña le hacía aquel juego consistente en decirle: «Mira... ¿Qué tienes aquí? ¿Una pupa?» Y yo miraba atento y preocupado la mejilla de la niña, y ella se preocupaba por la pupa, y decía un poco desorientada: «¿Una pupa? ¿Dónde? ¿Aquí una pupa?» Y con el dedo se señalaba la mejilla a la que yo miraba. Y ponía una cara de boba que daba risa. Y entonces yo decía: «¡No es nada grave!» Y como si estuviera muy contento de que no fuera nada grave, y para celebrarlo, le atizaba dos cachetes fuertes. Dos cachetes en broma, pero que causaban daño. Y la niña no sabía si reír o llorar, y al fin reía, pero protegiéndose las mejillas con las dos manos, no fuera que yo le atizase otra vez.

Estaba yo así cuando mi mujer me echó del cuarto. Me dijo:

—Anda, vete fuera un momento. Y yo pregunté:

—¿Para qué? Y ella insistió:

—¡Vete! Vete te digo...

Y lo decía sonriente. Yo me negué:

—No me da la gana.

Y mi mujer, por un instante, me miró con duda y temor, porque no sabía si yo bromeaba o no. Pero se dio cuenta de que yo estaba tranquilo, se vino para mí, me agarró por el cabello, y tirando de él, me arrastró fuera de la habitación. Y dijo:

—Vuelve dentro de un rato.

Yo pensé en ir a ver a Barba. Dije:

—Voy a casa de Bernardo. Y ella:

—Pues iré a buscarte allá.

Me encontré a Bernardo sentado a la mesa y comiendo. Estaba rodeado de sus hermanas y su madre, que le miraban en tanto él comía silenciosamente. Tenía frente a sí cuatro o cinco platos con comida. Alzó la cabeza, me miró, tardó unos segundos en reconocermé, y al fin, sin dejar de masticar, me sonrió con su sonrisa de sonado, su lenta sonrisa idiotizada.

La madre de Bernardo era vieja y seca, con cara de bruja, y sucia. Sus hermanas eran jóvenes, bajas y gordetas; tenían ojos negros, muy lindos, cara de línea redonda, y mejillas algo velludas, con sombras de bigote y patillas, pero eran guapas. Las chicas me recibieron con gran contento, me trajeron una silla y me felicitaron por mis éxitos. Me dijeron que habían leído en los periódicos las crónicas de todos mis combates, y que yo era un gran boxeador.

Bernardo, siempre masticando, las miraba con sorna, como si ellas estuvieran diciendo estupideces. Y dijo:

—Anda, dadle de comer a éste...

Pero yo no tenía apetito y dije que no. Y con ello provoqué un conflicto, porque parecía que si yo no comía, aquella gente iba a ofenderse, y pensarían que mis éxitos me habían envanecido. Bernardo insistió: «No seas animal, hombre. ¡Come!» Pero yo, por puntillo, dije que no. Y no comí.

Las hermanas hablaron del boxeo, utilizando los términos técnicos que tan bien conocían. Peroraron vehementemente y se mostraron seguras de que su hermano sería campeón nacional otra vez, en fecha próxima. Y una de ellas parecía estar resentida con Velázquez, a quien culpaba de obligar a combatir a Bernardo en peleas de poco lucimiento, en las que él nada podía ganar. Pero las otras hermanas la hicieron callar porque, sin duda, recordaron que Bernardo pertenecía al equipo de Velázquez gracias a mí. La mujer vieja asistía al parloteo de sus hijas y daba la impresión de que no se enteraba de nada, pero que prefería que sus hijas tuvieran esta afición a que tuvieran otras, que ella ya se sabía y que llevaban a malos pasos. Las chicas dijeron que me habían visto en varios de mis combates y que, a su juicio, yo tenía una «pegada» superior a mi peso, que yo era un «gallo» con pegada de *welter*. «Esto —dijo una de ellas— es un don de Dios, es algo que no se aprende. Se tiene o no se tiene.» En sus palabras se adivinaba que tener este «don de Dios» era una injusticia para Bernardo. Es decir, que a ella le dolía que hubiera tipos como yo, en tanto que otros, como su hermano, tenían que confiar solamente en su buen arte de peleadores.

Así estuvimos hasta que llegó mi mujer. Bernardo había terminado su cena y estaba sumido en un estado de embrutecimiento más hondo que el normal en él. Tenía los ojos sanguinolentos, el rostro congestionado y sus labios eran dos pedazos de

carne grisácea, muerta.

Y entró mi mujer. Llevaba un vestido nuevo, de color azul claro, con grandes flores de color de rosa y amarillo claro, estampadas por todos lados. Desde que nos casamos, solamente había tenido un vestido bueno, para los domingos, que le era tan propio como su nariz. Iba con el rostro pintado —era la primera vez que yo la veía así—, con un par de manchones rosados en las mejillas, y los labios de color sangre de toro. Parecía estar un poco avergonzada, pero gozosa, por su disfraz. Tuve la impresión de que mi mujer había estado pensando en él durante largo tiempo, como si también hubiera soñado en llegar a ser ella misma, en descubrir cualidades encerradas dentro, y nunca hasta entonces mostradas. Parecía que también quisiera huir de la frustración de no llegar a ser nunca lo que ella era en verdad. Y que ser ella misma consistía en ponerse aquel vestido y pintarse el rostro. Bernardo la miraba lentamente, apreciando cualidades; no había duda de que la nueva apariencia de mi mujer le gustaba más que la antigua. Las hermanas sonreían nerviosamente, y la madre tenía en su rostro expresión de comprensión de lo que son las cosas de la vida en general.

Yo dije:

—Vete a casa y cámbiate.

Le hubiera dado de bofetadas. Mi mujer se quedó inmóvil, la mirada dubitativa, esforzándose en adivinar, en mis ojos, mis pensamientos. Pero no estaba sorprendida. Parecía que ella hubiese previsto ya mi reacción, aunque en un momento de optimismo, empujada por su deseo, hubiese creído que yo no llegaría a enfadarme. Pero en aquellos instantes se daba cuenta de que su previsión primera era la cierta. Y en su expresión de atontamiento, el coloreado vestido y las pinturas en la cara eran un contrapunto grotesco. Gritando, le dije que se quitase aquel vestido y se lavase la cara.

Las hermanas de Bernardo reían a chillidos como relincho de caballo, como si intentasen tomar la cosa a broma y la risa les brotase falsamente porque la situación era demasiado embarazosa. Mi mujer dio media vuelta y salió. Bernardo estalló en largas carcajadas, reía a grandes gritos roncós, que mezclaba con palabras, con exclamaciones como «¡Ay, ay, Dios mío!» «¡Ay, ay, ay!...», como si la risa le produjese dolor. Y de vez en cuando descargaba tremendos puñetazos sobre la mesa.

Yo me fui.

La noche era fresca, y el viento que suele soplar en esta estación del año había dejado el cielo nocturno limpio y estrellado.

Mi mujer estaba en casa. Se había lavado la cara y ya no llevaba el lindo vestido. Los niños no estaban. Le pregunté por ellos, y me dijo que los había dejado en casa de una vecina. Le pregunté por qué. Y ella, en lugar de contestarme, se echó a llorar. Lo sentí y le dije que no llorase. Y ella siguió llorando. Me senté en la cama, junto a

ella, y le dije que yo no había tenido intención de apenarla al decirle que se quitara el vestido. Y ella lloró más fuerte y seguidamente. Puse la palma de mi mano sobre su cabeza. Me agarró el brazo, y apartó mi mano bruscamente. Yo le dije que se pusiera el vestido aquel y que se pintase todo lo que quisiera. Pero tampoco cesó en su llanto. Entonces le dije que se fuera al cuerno, y me levanté para irme. Cuando ya estaba a la puerta, me llamó, y yo me detuve bajo el dintel y dije: «¿Qué?» Y ella tardó en contestarme, pero al fin preguntó: «¿Adónde vas?» Regresé al dormitorio.

Por la mañana del domingo fui en busca de Bernardo, y pasamos unas horas haciendo gimnasia y cambiando golpes.

La llegada de Velázquez, Kutz y Lázaro, a las seis de la tarde, me pareció una liberación, porque mi mujer, los niños y yo no sabíamos qué hacer todos juntos. Los recién llegados parecían estar un poco bebidos. No sabía de dónde venían. Velázquez saludó a mi mujer como si fuese una gran señora, y dio cariñosas palmadas en las mejillas de los niños. Preguntó a Luisa:

—¿Recibe las transferencias con regularidad, señora?

Mi mujer no comprendió. Yo le aclaré:

—Que si recibes el dinero cada semana.

Y ella dijo:

—Sí, señor; sí, señor... Todos los sábados...

Velázquez sonrió satisfecho, y su sonrisa derramó en el aire de mi casa el aroma de cien botellas de jerez. Dijo:

—Confío en que sean suficientes...

Mi mujer dijo:

—Sí, señor; sí, señor...

Velázquez, envalentonado, insistió:

—Yo quiero que Luis esté tranquilo, sin preocupaciones... Así es que si necesita más dinero, dígamelo, por favor...

Mi mujer se dio prisa en contestar:

—¡No, no, señor!

Parecía que Velázquez le mandase millones.

—¿Son suficientes?

—Sí, sí, señor...

Creo que mi mujer temía que si ella contradecía a aquel gran señor, o se atrevía a pedirle algo más, una terrible desgracia podría sucedernos a ella y a mí.

Al salir de la casa, Velázquez suspiró aliviado.

Dentro del automóvil estábamos los cinco: Velázquez, Bernardo, Lázaro, Kutz y yo. Y nos sentíamos a gusto. Velázquez puso el automóvil en marcha y dijo:

—Hoy he visitado a tu amigo Calder.

Yo repuse:

—No es amigo mío.

Velázquez rió complacido. Dijo:

—No sé cómo ese hombre se atreve a preparar boxeadores en aquella pocilga. Es poco saludable aquello... No hay aire puro. La Federación debiera prohibir la existencia de cuadras como aquélla.

Lázaro preguntó:

—¿Habló con Jim?

—¡Oh..., sí! Con Jim, con Calder, con todos... Fui a ver qué tal estaba el ambiente antes del combate con Luisito...

Velázquez dejó que nuestro silencio se prolongara largo rato. Gozaba con la expectación. Al fin, Lázaro preguntó lo que todos habíamos estado pensando:

—¿Calder propuso llegar a algún acuerdo sobre el combate?

Velázquez dijo:

—No. Dice que no quiere «tongo». Que él nunca ha intervenido en marranadas así.

Lázaro soltó un resoplido sarcástico. Dijo:

—Es un cerdo...

Velázquez rió. Dijo:

—La situación está magnífica para ti, Luisito. Magnífica. Calder asegura que Jim va a ganar el combate de punta a punta. Yo le dije que quizá sí. Y me quedé allí un ratito. Vi a Jim entrenarse. Sigue igual, como siempre. Es un magnífico boxeador. Sí, Luisito, un gran boxeador...

Mientras hablaba mantenía la cabeza alta, y los ojos entornados, fijos en la carretera. Lázaro y Kutz sonreían cazarraamente ante las palabras de Velázquez, que continuó:

—Un gran campeón que, en cuanto le suelten a un muchacho que pegue un poquito, un poquito solamente...

Se interrumpió para tomar artísticamente una curva. Y terminó, al enfilear la recta siguiente:

—Se irá a paseo para el resto de sus días.

Todos sonreíamos. Y pensábamos en el «muchacho que pegue un poquito». Apartó su mano del volante y me propinó una palmada en la espalda. Dijo:

—¡Boxeo de salón! Como si hubiese aprendido en un libro y se entrenase rodeado de espejos, para verse... Mueve muy bien las piernas, pega a gran velocidad... Sus golpes no tienen potencia...

Lázaro apostilló:

—No pega ni un sello.

Bernardo se mostró de acuerdo:

—No.

Velázquez preguntó:

—Tampoco encaja, ¿verdad?

Lázaro dijo:

—En la cara, bastante; pero la «cocina» y el hígado los tiene de papel.

Velázquez, acompañando sus palabras con ademanes como si hablase en público, dijo:

—Pero hay algo peor. Echevarría no tiene moral. No es ni una décima parte lo hombre que es Luisito. Es nerviosillo, impresionable... Parece un artista. Es de esos tipos a los que en los periódicos llaman «un artista del ring». Lilas, los llamaría yo. Lilas son.

No pude evitar sonreír. Me sentía feliz.

Llegamos a casa a las nueve de la noche. La muchacha acababa de regresar del cine y estaba preparando la mesa para la cena. El tiempo se había puesto frío, y encendimos el hogar. Velázquez se quedó con nosotros. Después de cenar, hizo traer unas botellas de jerez, y hasta muy avanzada la noche nos estuvo explicando cosas del boxeo, que él había vivido. Era feliz el Velázquez, con su botella de jerez al alcance de la mano, su rojo rostro caldeado desde dentro por el jerez, e iluminado, desde fuera, por las llamas del hogar, y nosotros, sus chicos, los peleadores por él escogidos, sentados a su alrededor escuchándole. La muchacha, sin que nosotros nos diésemos cuenta, se colocó a nuestras espaldas. Velázquez la invitó a que se sentara con nosotros. La chica lo hizo y, tan embobada como cualquiera de nosotros, escuchó en las palabras mágicas de Velázquez el relato de los combates de los más grandes púgiles del mundo. Y Velázquez, con unción, fue pronunciando los nombres prodigiosos: el negro Johnson, Carpentier, Dempsey y Jack Tunney, Max Schmeling, Max y Buddy Baer, Joe Louis, Uzcudun, Ara, Sangchilli, Rayo y Gironés, Marcel Cerdan y Robinson...

Velázquez mantenía los ojos entornados, ora fijos en las llamas, ora en la oscuridad más allá de nuestro círculo, o mirándome a los ojos y hablando solamente para mí... Parecía que tuviera dentro de su cabeza todo un mundo colorido, vivo y cálido, que al influjo de las llamas del hogar, y del jerez, expresaba con palabras justas. Y no era de boxeo tan sólo de lo que Velázquez hablaba, sino que también se refería al vivir de aquellos grandes hombres, fuera del ring, a sus extravagancias y genialidades, a sus grandes tonterías. Parecían hombres exuberantes de sí mismos. Como monarcas medievales. En su relato, Velázquez pronunciaba palabras en francés, alemán, inglés e italiano, y en todo instante se vislumbraba un mundo brillante en el que la voluntad de aquellos hombres se imponía.

Cuando Velázquez calló, el tinte de su bigote estaba marchito, la rojez de su

rostro quebrada en manchas púrpuras unas y amarillentas las otras, el cabello blanco sin brillo y caído en las sienas, y sus ojos, fijos en las llamas, estaban tristes y resignados. Parecía viejo.

La muchachita rompió el silencio:

—Señor Velázquez...

Velázquez puso, sentimentalmente, su mano sobre la cabeza de la niña y dijo:

—¿Qué, hija?

La muchacha me señaló con el dedo y preguntó:

—¿Éste es tan bueno como Carpentier?

Creo que todo hubiéramos querido reír, pero nadie se atrevió. Por un instante hubo un silencio embarazoso.

Velázquez dijo:

—Todavía no. Pero puede ser que lo sea. Y quizá mejor.

La chica dedujo:

—Así éste está aprendiendo ahora, ¿verdad?

Y había una sonrisa de picardía en su flaco rostro.

Lázaro dijo:

—¡Anda, guapa, vete a dormir! No incordies más.

La chica rió, burlándose de mí, y se fue corriendo.

El día siguiente amaneció gris, y a poco comenzó a caer lluvia densa. Los días que antecedieron al de mi combate con Jim, fueron fríos y lluviosos. Los entrenamientos discurrieron tranquila, rutinariamente.

El miércoles no vi a Bernardo en todo el día. Le pregunté a Lázaro por él, y Lázaro me dijo que Bernardo estaba «torta» perdido, pretendiendo dar con ello por contestada mi pregunta. Yo insistí, y Lázaro, brevemente, me dijo que Bernardo, durante la noche anterior, había intentado abusar de la muchacha y que Velázquez le había abofeteado, encerrándole luego en su habitación. Por su cuenta, Lázaro añadió que era el único medio de meter en cintura a un hombre en el estado de Bernardo. Dijo: «Son como bestias». Fui al cuarto de Bernardo. Cuando me vio, hundió el rostro en la almohada y se echó a llorar. Luego me habló apasionadamente, poniendo en sus palabras cuanto de sentimiento e inteligencia le quedaba, y yo comprendí lo que significaba «estar sonado». Comenzó diciendo que Velázquez le había llamado «sonado» y «torta», que le había dado de bofetadas y le había amenazado con romperle las costillas a palos y llamar a la policía. Dijo que a eso no había derecho, porque él nunca había intentado hacer nada malo con la niña, ya que sólo quería «un poco de broma». Luego dijo que él estaba «sonado» y que nunca podría recuperar el campeonato nacional. Y se echó a llorar de nuevo. Volvió a hablar para decir que todo cuanto podía esperar del boxeo era seguir peleando con principiantes y recibiendo

palizas. Dijo que yo era su amigo y que tenía que ayudarlo a recuperar el campeonato, porque él era un gran boxeador, tal como había demostrado en su combate con Charly Collado. Estuvo mezclando lloros, gimoteos, jactancias y esperanzas hasta que logré calmarle, y entonces, dulcemente, se durmió.

El viernes por la mañana hice mis últimos ejercicios antes de mi pelea con Jim.

A primera hora de la tarde del mismo día, Velázquez regresó de la ciudad, acompañado de tres hombres muy elegantes, que dijo eran periodistas y querían hacerme unas preguntas. Eran gente simpática, que me preguntaron infinidad de cosas.

—¿Piensa ganar a Jim Echevarría por fuera de combate?

Velázquez dijo:

—¡Desde luego!

Y yo:

—Sí.

El que había preguntado dijo sonriente a Velázquez:

—Deje que el chico conteste las preguntas...

Velázquez rió benévolo y comentó:

—Ya que hemos contestado lo mismo...

Y los visitantes se liaron a hacer preguntas sobre mi combate con Jim. Cuando el tema estuvo agotado, uno de ellos preguntó:

—¿Ha visto algún caso de boxeador inutilizado para la profesión? ¿De boxeador «torta»?

Se hizo un silencio. Dije:

—Sí, señor. Un amigo mío.

—¿Quién?

—No quiero decirlo porque es amigo mío.

—¿Cree usted que eso le puede ocurrir a cualquiera, o que si le ocurrió a su amigo fue porque no estaba suficientemente preparado, o tenía algún defecto físico, cabeza floja o algo así...?

—No lo sé. Hay boxeadores que quedan «tortas» y otros que no.

—¿Usted puede quedar «sonado»?

—No. Yo nunca quedaré «torta».

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Su amigo también creía que nunca quedaría «torta»?

—No lo sé. No creo que él pensase en que iba a quedarse así, porque si lo hubiese creído, no habría empezado a boxear.

—Si a usted le dijeren que iba a quedar «sonado», ¿seguiría boxeando?

Aquella pregunta me dejó embarazado y con dudas.

Velázquez terció:

—No, éste nunca quedará «torta», porque yo empleo con él los mayores cuidados. Después de cada combate es examinado por un especialista, y yo procuro entrenarle de manera que para él no sea el boxeo una salvajada, sino el ejercicio de un arte... Del noble arte del box, como dicen los ingleses, porque el boxeador que...

El periodista dejó de atenderle, y mirándome repitió:

—Si a usted le dijeren, ahora, que iba a quedar «torta», ¿seguiría peleando?

Yo lo pensé bien. Contesté:

—Sí, señor.

—¿Por qué? ¿Por el dinero? ¿Por vocación? ¿Por los aplausos?

—Por el dinero.

—¿Usted boxea por dinero solamente?

—No, señor; también por afición.

—Si no le pagasen ni cinco céntimos, ¿seguiría boxeando?

—Sí. Antes no cobraba. Peleaba por la noche, y luego iba a la salida de la ciudad a esperar a que el conductor de algún camión me admitiese en la cabina y me llevase a casa... Y a las ocho de la mañana, ya estaba trabajando en la fábrica.

Se hizo un silencio respetuoso. Otro lo rompió preguntándome:

—¿Qué proyectos tiene para el futuro?

Y yo advertí que, a partir de mi última respuesta, aquella gente me trataba con respeto.

—Tumbar a Jim Echevarría.

—¿Y luego?

—El señor Velázquez decidirá.

—¿Usted, sin Velázquez, sería quien es hoy en día?

—Yo siempre soy el mismo.

El hombre preguntó a Velázquez:

—¿Está de acuerdo?

Velázquez sonrió tristemente y dijo:

—Con frecuencia, los campeones se endiosan un poquito, pero yo creo que Luis tiene razón.

El periodista dijo:

—¿Así usted sería el mismo sin Velázquez que con Velázquez?

—Sí.

—¿Usted sabe que Velázquez se lleva el cincuenta por ciento de sus ganancias netas, es decir, más del doble de lo que se llevaría cualquier otro preparador?

—No. Yo no sé nada de dinero. Ni quiero saber. Sé que Velázquez me dirige bien, y creo que es justo que tenga su recompensa.

—¿Así usted no sabía lo del cincuenta por ciento?

—No, pero ya he dicho que me parece bien.

—¿Cuáles son, a su juicio, los mejores boxeadores actuales?

—Bernardo Barba, Lázaro Fuentes, Ramón Kutz, Jim Echevarría, Mobarki...

—¿En resumen: todos?

—Sí, señor.

—¿Cuál es el boxeador a quien más teme?

—Yo no temo a nadie.

—¿Se considera invencible?

—Yo no he dicho eso, pero por el momento aún no me he topado con el boxeador que pueda tumbarme.

—¿Cómo ve el final de su carrera?

—El que Velázquez diga.

El que había preguntado, miró a Velázquez interrogativamente. Velázquez dijo:

—No sé cuál será el fin, porque estamos empezando tan sólo. Pero los pasos inmediatos serán, primero, quitarle el título a Jim, y luego, posiblemente, en la próxima temporada, una gira por el continente y la pelea por el título continental.

—¿Está seguro de que Canales es boxeador de talla internacional?

—Absolutamente.

El que había estado preguntando sobre quedar sonado, volvió a la carga:

—¿Cree usted que un deporte que consiste esencialmente en causar daño, a sabiendas, a un semejante, es educativo, cumple con los fines del deporte, tal como en buena ley debe concebirse?

—Sí, señor. Si se hace de acuerdo con los reglamentos, sin marranadas, sí, señor. Yo en la calle jamás me he peleado.

Velázquez comentó:

—Prefiere llamar a un guardia.

Todos reímos mucho.

El que había preguntado, prosiguió:

—Usted ha dicho que está convencido de que no le van a dejar «sonado»; sin embargo, es posible que usted, con sus golpes, deje «torta» a algún otro boxeador. ¿Cierto?

—Claro.

—¿Usted cree que es aceptable andar metido en un juego que puede conducir a que usted deje, con sus golpes, inútil para la sociedad a un hombre?

Yo repuse:

—Eso no es cuenta mía, sino del otro. Que aprendan a boxear, que dejen de boxear, que hagan lo que les dé la gana; pero si pelean, si se encierran conmigo en un ring con la intención de cascarme...

Velázquez interrumpió mis palabras, sonriente:

—No, no, no... Luisito no puede dejar «torta» a nadie porque él pega al hígado, y nadie puede quedar «sonado» del hígado.

Reímos.

Después de beber unas copas de jerez, los tres hombres regresaron a la ciudad acompañados de Velázquez. Al día siguiente leí las entrevistas. Me trataban muy bien. Decían que yo tenía gran confianza en mí mismo, que era un gran boxeador y que, además, era un muchacho de buenos modales e inteligente. Todo lo referente a quedar «sonado» y al cincuenta por ciento de Velázquez, no aparecía en ninguna entrevista.

A las siete y media de la tarde, bajo la lluvia, dejamos la casa, y en el automóvil color de crema, nos dirigimos a la ciudad. La carretera estaba desierta y fría. Durante el camino estuvimos viendo el mar, grisáceo, a nuestra izquierda, alzado en temporal fuerte. La lluvia sobre el mar, sobre las rocas pardas —relucientes— y sobre los campos de cultivo, a nuestra derecha, me producía tristeza. Anocheció rápidamente porque sólo pudimos apreciar la última parte del crepúsculo —aquella en que el cielo pasa de color gris oscuro al negro—, ya que durante toda la tarde, el cielo y el aire tuvieron el tono gris del anochecer. En la oscuridad de la noche, yo solamente veía la lluvia cayendo uniformemente sobre el cristal parabrisas, causando un susurro monótono, y las oscilaciones del limpiaparabrisas, acompañadas del sonido seco, espaciado, del golpe con su tope. Al frente, la carretera brillaba como hule negro.

Cuando entramos en la ciudad, había dejado de llover. Las calzadas estaban aún mojadas, y la gente iba con impermeables y gabardinas.

Ante el palacio de los deportes se agrupaba la multitud, densa y móvil. Los reflectores iluminaban la graciosa estructura de colmena del edificio. Dejamos a Lázaro, Bernardo y Kutz, en tanto que Velázquez y yo íbamos a cualquier parte para dejar pasar el tiempo y poder hacer luego nuestra entrada triunfal.

En el ángulo opuesto del ring estaba Jim Echevarría, Calder y García-Paredes. Jim llevaba una bata de seda color de rosa, y tenía los guantes de pelea ya puestos. Calder y García-Paredes, inclinados sobre él, le hablaban confidencialmente y le secaban el rostro con suaves golpecitos de toalla. A Jim se le advertía distraído, sentadito en su banqueta como un colegial obediente, la vista perdida en el aire, y las manos enguantadas, entre los muslos. En el instante en que yo salté dentro del cuadrilátero, se puso en pie de un salto, con una sacudida de hombros se quitó la bata, e hizo ademán de dirigirse hacia mí, pero Calder le agarró del brazo y le obligó a sentarse otra vez. Se sentó con el aire del que obedece, sin saber por qué, y se quedó

boquiabierto y mirándome. Yo me fui para él, le di una palmada en el hombro y le saludé:

—¡Hola, Jim!

Jim se puso en pie y me dijo:

—¡Hola!...

Y sonrió una sonrisa nerviosa que le dio expresión de loco. Calder me sonrió a su manera y me dijo:

—¿Qué tal, Luisito?

Yo respondí:

—Buenas noches, señor Calder.

Y regresé a mi rincón.

Velázquez me dijo:

—¿Te has fijado en la bata que Calder le ha puesto al Jim?

—Sí.

—Se la habrá prestado una bailarina.

Cuando el árbitro nos llamó al centro del cuadrilátero, Jim acudió corriendo. Al llegar junto al árbitro, chocó varias veces los guantes, como si tuviera prisa en comenzar a pegar, al tiempo que pateaba al suelo. Estaba muy nervioso y su mirada no parecía ver las cosas y la gente. Al terminar la conferencia con el árbitro, Jim me atizó un cachete que me hizo daño, e inmediatamente se excusó con un «¡Oh! ¡Perdona, chico! Perdona...». Los espectadores de primera fila rieron.

Velázquez me dio a morder el protector dental, me quitó la bata de encima de los hombros y me secó el rostro por primera vez.

Me volví. Había oído el gong. Jim, desde su rincón, avanzaba hacia mí.

Se abalanzó sobre mí, como si quisiera asesinarme, prietas las mandíbulas, brillante la mirada, el rostro crispado. Recibí un chaparrón de golpes, que fueron a dar todos en mi rostro, y, sin saber cómo, me encontré sentado en la lona, pese a que ninguno de los golpes recibidos me había causado daño. Desde el suelo, le vi excitado, en el rincón neutral, saltando y chocando sus guantes entre sí a velocidad endiablada, y en su crispado rostro bailaba una trágica sonrisa de triunfo. No dejé que el árbitro contase ni un segundo. Me puse en pie de un salto. Jim volvió al ataque, yo afiancé mis pies en el suelo, y dejé que me pegase cuanto quisiera, hasta que creí que el juego ya había durado bastante y hube comprobado que sus golpes eran increíblemente débiles; entonces le tiré un gañafón con la izquierda, que Jim esquivó quebrando la cintura, pero el peso de mi guante rozando casi su mejilla le descompuso, y todo su empuje anterior se convirtió en espanto. Se cubrió la cabeza con los dos brazos, dobló el cuerpo hacia delante y pegó un salto hacia atrás. Oí el rumor de las risas del público ante la «espanta» de Jim. No le perseguí, para que se diera cuenta de que yo solamente había pretendido asustarle. Avanzó de nuevo hacia

mí, y sin llegar a la distancia adecuada para el cambio de golpes, hizo una serie de movimientos de fantasía con brazos y piernas. Yo me sentía tan tranquilo y seguro de mí mismo, que dejé que Jim hiciera el payaso. Y, luego, que me pegase un poco. Al terminar el asalto, mi ceja derecha sangraba, pero yo me sentía fresco, bien. Desde mi rincón vi a Calder, que me miraba y sonreía tristemente. Velázquez me dijo:

—Mira a Calder...

Yo contesté:

—Ya le he visto. ¿Por qué se ríe?

Velázquez, con sarcasmo teatral, dijo:

—Para no llorar. —Y añadió—: No dejes que vuelva a atizarte...

Yo respondí:

—No hace daño.

—Da igual. Aprovecha una de estas series de *swings* que te lanza, y atízale al hígado.

En el segundo asalto, el placer de darme cuenta de que sus golpes no me hacían mella, y de que me hallaba ante él tan seguro como ante el saco de arena, fue superior a mis deseos de terminar el combate. Gozaba recibiendo sus golpes de anémico, viéndole con el rostro crispado, poniendo toda su alma en cada golpe, y yo recibéndolos impasible. Cuanto más me pegaba, más débiles eran sus golpes, y yo tenía la sensación de que mi rostro era un muro en el que Jim se extenuaba golpeándolo una y otra vez.

Al terminar el tercer asalto, Velázquez me avisó que Jim me estaba ganando una gran ventaja de puntos, y que yo debía tumbarle en el asalto siguiente, sin más contemplaciones.

Salí dispuesto a tumbarle, pero mi decisión no se tradujo en actos. Me sentía preso en el ritmo, en la repetición de movimientos que yo había seguido desde el principio del combate, y no podía salirme de él. Parecía que fuese esclavo de mis propios movimientos. Jim creía que mi pasividad era impotencia, y su falsa idea me desesperaba, porque yo veía que iba camino de convertirse en realidad. Llevábamos cuatro asaltos combatiendo cada uno de nosotros en distintos papeles, él en el de vencedor, y yo en el de vencido, y yo tenía la sensación de que no podía variar la situación. Sabía que era ficticia, pero no podía evitarla. La postura de iluso de Jim me crispaba los nervios, y eso empeoraba mi situación.

Al regresar al rincón, tras el sexto asalto, sonaron palmas de tango. Velázquez me puso cara seria, pero no me dirigió ningún reproche. Su amabilidad, sus frases habituales —«ten siempre un ojo puesto en su hígado...», «el combate aún no ha terminado...», «la ocasión de cruzar al hígado siempre se presenta...»— sonaban falsamente en mis oídos; yo me sentía invadido de soledad.

Al terminar el noveno asalto, los golpes recibidos habían sido tantos, aun cuando

débiles, que todas mis antiguas heridas estaban abiertas. Sentía un dolor de cabeza hondo, que, partiendo de los ojos, me cruzaba la cabeza para llegar a la base del cráneo. Estaba mareado. Jim había agotado sus energías y pegaba sin fuerza, como si el levantar el puño tan sólo le resultase difícil. Todo se había apelmazado. Al término de este asalto, sonó una pita formidable.

Cuando faltaban tres asaltos para que el combate terminase, el estilo de la pelea varió. Jim, obedeciendo órdenes de Calder, dejó de atacar y, en lugar de pelear, se abrazaba a mí, trabándome los brazos y empujándome hacia las cuerdas. El árbitro nos separaba, Jim esquivaba mis golpes y volvía a agarrarse. Durante estos agarrones, me dirigía cabezazos al rostro, que yo procuraba esquivar como mejor podía. En el undécimo asalto, uno de los cabezazos dio en mi sien, mis piernas se doblaron, y me desperté de bruces en la lona, con el árbitro inclinado sobre mí, y contando el quinto segundo. Al séptimo segundo me puse en pie, atontado aún, y sin saber quién era el boxeador que tenía enfrente ni el asalto en que me hallaba. Lancé mi derecha, en golpe directo, al rostro de Jim, Jim alzó su izquierda, y yo crucé limpiamente mi izquierda a su hígado.

Fue una triste manera de ganar el campeonato.

Calder me felicitó secamente, y yo vi en su rostro el convencimiento de que yo no valía para el boxeo, que era carne de ring, y que el desarrollo del combate, pese a haberlo ganado, había confirmado sus ideas. Jim me felicitó y me abrazó, y en la mueca de su sonrisa había toda la amargura de una triste previsión confirmada. Su impaciencia y agresividad durante el combate tomaban entonces otro sentido, y parecía que con ellas hubiera solamente querido combatir el convencimiento de que la pelea estaba perdida para él desde que el golpe de campana anunciara el comienzo del combate.

Velázquez era el único que aparentaba satisfacción. El viejo embustero sonreía, saludaba a la gente y aceptaba felicitaciones, como si aquella hubiese sido la mejor pelea de mi vida.

En el vestuario me sentí mal, con náuseas y sensación de estar flotando en el aire. Vomité un par de veces y seguí mal. Aquel día Velázquez dejó que una multitud de desconocidos entrasen en mi cuarto. Casi todos eran muchachos jóvenes que me miraban ávidamente, como si yo llevase monos pintados en la cara, y me daban palmadas en los hombros, en los brazos, en las piernas, donde podían, y me felicitaban largamente. Cuando Velázquez, magistralmente, me curó las heridas en el rostro, todos callaron, y, chupando sus pitillos, achicaron los ojos para ver mejor. Todos sabían que yo era Luis Canales y me nombraban. Pero ellos y yo estábamos encerrados en distintos recipiente de cristal; nos veíamos, nos hablábamos, pero su mundo y mi mundo estaban aislados el uno del otro. En la lucha para conocernos y ser amigos, nuestras palabras eran sonidos que solamente tenían significado dentro

del recipiente en que se hallaba el que las pronunciaba. Sentí otra vez la soledad. Dije:

—¿Dónde está Bernardo?

Y Velázquez gritó:

—¡Que venga Barba! ¿Dónde está Barba? ¡Barba!

Y muchos se movieron. Se abrió la puerta para cerrarse enseguida. Pasaron minutos ocupados solamente por las palabras y los gestos de aquella gente.

Vi a Bernardo abrirse paso entre los hombros de aquéllos. Y su rostro apareció sobre mi cabeza en la mesa de masaje. Bernardo tenía el rostro hinchado y el ojo izquierdo cubierto de una mancha morada. Su cabello estaba aún húmedo del agua de la ducha. Dije:

—¡Eh, Bernardo...!

Y él me sonrió. Dijo:

—Hoy he ganado por fuera de combate... Una serie de «uno, dos», y luego un «gancho»...

Y miró a Velázquez, pero éste, que le había estado mirando, apartó la vista de él. Yo dije:

—Ahora, a buscar el campeonato, Bernardo...

Bernardo me preguntó:

—¿Qué tal te fue?

—¿No has visto la pelea?

Sacudió la cabeza negativamente.

Yo le enteré:

—Tumbé a Jim en el undécimo asalto...

Bernardo no parecía escucharme. Dijo:

—Es duro el chico ese...

Y yo:

—No es duro. Apenas pega...

Bernardo sonrió burlón y comentó:

—¿No pega? ¿Que no pega dices?

Y con el dedo índice se señalaba el pómulo izquierdo, morado, con puntitos rojos en la piel, tirante y con brillo.

Velázquez echaba a mis visitantes, que se despedían con mil felicitaciones, gritos, palmadas, cachetes, apretones de manos...

No sé qué hora sería cuando Velázquez, Lázaro, Bernardo, Kutz y yo salimos del estadio. La noche estaba solitaria. En la calle —los faroles apagados— reinaba el silencio. Las puertas de las casas estaban cerradas y el suelo presentaba grandes manchas de humedad. Las voces de Velázquez y Lázaro sonaban claramente en la

noche. En una esquina, solitario y con expresión reservada, estaba el gran coche color de crema.

Capítulo IX

OÍ LA VOZ DE VELÁZQUEZ llamando a la muchacha, y luego gritando mi nombre. La voz de Velázquez repetía la llamada y cada vez sonaba más cercana a la galería, donde yo me encontraba.

Le vi subiendo la escalera, y él, cuando me vio, se detuvo. No estaba bebido, pero su mirada brillaba de excitación. Me gritó:

—¡Ven acá!

Me acerqué.

Velázquez cogió mi cabeza entre sus manos y me examinó el rostro. Aprobó mediante un severo cabezazo y me preguntó en tonos decisivos:

—Luis, ¿te encuentras bien?

—Sí, señor.

—¡Todavía tienes el rostro hinchado!

Parecía que me culpase de ello, cuando en realidad era lo natural, ya que solamente hacía tres días que había celebrado el combate con Jim Echevarría. Yo dije:

—Pero me encuentro bien.

Frunció las cejas y me miró al fondo de los ojos. No dijo nada. Dio media vuelta y bajó, muy aprisa, los escalones que segundos antes había subido. Desde abajo me gritó:

—¡Aprisa! ¡Vístete y llama a los otros! Vamos a la ciudad.

Y dirigiéndose al teléfono, y siempre silencioso, comenzó a manipularlo y a gritar a la muchacha de la centralita en el pueblo.

Cuando regresé, vestido con mi traje nuevo, encontré a Velázquez paseando arriba y abajo por la habitación. Miró el reloj, y como si yo fuese responsable de los demás, me gritó:

—¿Qué hace esa gente, que no baja? ¡Diles que bajen!

Y sin esperar respuesta, siguió paseando. Yo no me moví. Él se detuvo y me miró. Dijo:

—Vamos a firmar contrato para el campeonato continental. Definitivamente, te lanzo. Trevert está esperándonos en la ciudad. Yo pensaba hacer esto el próximo año, pero Trevert me ha ofrecido la ocasión ahora, y creo que vale la pena aprovecharla. Hoy firmaremos cinco combates, el último con Gérard Grand, para el título. Los cuatro primeros serán con gente de auténtica valía internacional. ¿Te sientes capaz de afrontar esto?

—Seguro.

—¿Te das cuenta de lo que significa?

—Sí.

En aquellos instantes llegaron Lázaro, Kutz y Barba. Velázquez les informó:

—Estaba diciendo que vamos a firmar el contrato para el campeonato continental. Trevert, el apoderado de Grand, nos está esperando. Ha sido una cosa imprevista. Vosotros no estáis incluidos en el contrato, pero indirectamente os beneficiaréis, porque vais a pelear en las veladas en que Luis combata. Hoy habrá reportajes y fotografías para todos.

Al llegar frente al hotel, en la ciudad, Velázquez ordenó a Lázaro que me acompañara a comprar una corbata. Velázquez, Barba y Kutz entraron en el hotel.

Lázaro y yo fuimos a una tienda muy lujosa, con luz azul, cristales negros y plateados en las paredes, y sillas rojas y verdes. Una alfombra blanca y verde cubría el suelo. Había silencio y hacía calor allí dentro. Cuando entramos, las dos dependientas estaban charlando en susurros. Las dos se callaron y nos miraron. Iban pintadas como máscaras y llevaban vestidos escotados. Eran las dos muy guapas. Compré una corbata muy bonita, marrón con rayas verdes y rojas, y me la puse.

Encontramos a Velázquez en un saloncito pequeño, al lado del salón grande del hotel. En el centro había una mesilla, y al lado otra mesilla con botellas, vasos y platos. El aire estaba gris de humo de tabaco. Alrededor de la mesa se sentaban siete u ocho personas. Velázquez, Kutz y Barba estaban uno al lado del otro, y se les advertía cohibidos. Cuando entré, todo el mundo se puso en pie. Velázquez cogió del brazo a un hombre bajito y calvo, y le condujo hacia mí. El hombre tenía una nariz pequeña y remangada, y llevaba un bigote extraño que daba risa; era como una mariposa, cada ala del bigote tenía la forma de un ala de mariposa. Y su calva tenía forma de cúpula. El hombre no era japonés, pero lo parecía. Velázquez dijo:

—¡Éste es mi campeón!

El hombre me tendió la mano y me sonrió sin despegar los labios. Luego dijo:

—Mucho gusto, campeón... Mucho gusto...

Hablaba a salivazos, y se le notaba que era francés o inglés o alemán. Velázquez me dijo:

—Éste es monsieur Trevert.

Y pronunció el nombre con unción e inclinando un poco la cabeza. Trevert me estuvo sacudiendo la mano un buen rato, en tanto que me sonreía amistosamente.

Uno de los hombres que estaba allí se vino hacia nosotros, y le indicó a Trevert que volviese a estrecharme la mano. Trevert lo hizo, y el hombre alzó su máquina de fotografiar e hizo saltar su chispazo de luz cuatro o cinco veces. Entonces Velázquez dijo:

—Un momento.

Se puso entre Trevert y yo, nos pasó sus brazos sobre los hombros y sonrió anchamente al fotógrafo, quien tiró más fotos. Entonces Velázquez llamó a Kutz y a Bernardo y a Lázaro, quienes acudieron con embarazadas sonrisas y placer

escondido, dispuestos a que les retrataran. Trevert se retiró discretamente y el fotógrafo le dijo a Velázquez:

—Oiga, estas fotos son de su cuenta, ¿no? ¿Usted las paga?

Velázquez, molesto, le gritó que desde luego, que él pagaría. Y otra vez saltaron los chispazos.

Mientras nos dirigíamos a la mesa en el centro, Velázquez me presentó a tres hombres más.

Cuando estuvimos sentados alrededor de la mesa, Velázquez intentó lanzar un discurso, dirigido a los periodistas:

—El centro alrededor del que gira todo cuanto se ha estipulado en este contrato, es la disputa del título continental entre Luis Canales...

Yo dejé de atender y bebí la copa de vino que alguien me había servido, y la llené otra vez. La conversación entre Velázquez y los periodistas se estaba animando, pero Trevert la cortó:

—Oiga, Velázquez, quiero hacer constar que la garantía tiene que ser depositada antes del día treinta.

Velázquez, un poco molesto, dijo:

—Sí, señor; así se hará, tal como consta en el contrato.

Y Trevert insistió:

—Bien. Pero yo quiero que se cumpla.

Velázquez puso su mano derecha sobre su pecho y dijo:

—Yo siempre cumplo.

Trevert alzó las cejas y lanzó un gruñido. Los periodistas y el fotógrafo rieron. Uno de los periodistas intervino:

—Un par de preguntas solamente, las últimas...

Todos se callaron, y el periodista, con una sonrisa benévola, amable, en los labios, preguntó a Velázquez:

—¿Usted cree que Canales está ya maduro para combatir por el título continental?

—Absolutamente. Retrasar ese combate, sería perjudicial para Luis.

El periodista dijo:

—Canales es un boxeador valiente. En pocos meses, los boxeadores locales le han marcado el rostro dejándoselo como si fuera un veterano del ring. ¿Usted cree que Canales podrá soportar el castigo que posiblemente le producirán los ases internacionales, gente dotada de gran pegada?

—Luis, igual que hasta ahora ha venido haciendo, les ganará por fuera de combate. Recuerden su pelea con Mobarki.

Yo asentí:

—Sí, señor.

Y Trevert me dirigió una mirada de curiosidad.

El periodista hizo otra pregunta, pero Trevert impidió la contestación de Velázquez:

—Señores, ¿vamos a firmar ya?

Velázquez agarró los papeles, les echó un vistazo y puso tres veces su firma en ellos. Luego pasó los papeles a Trevert, quien rápidamente puso sus tres firmas. Me pasaron los papeles y yo también firmé. Trevert se puso en pie, y el periodista que había preguntado a Velázquez le pidió que contestase a unas preguntas. Trevert objetó:

—Ya he contestado antes todo cuanto sé.

Se dirigió a mí, me estrechó la mano y me dijo:

—Mucha suerte. La base de mi negocio, igual que la del señor Velázquez, consiste en que haya buenos boxeadores en el mundo; me importa poco que tú seas uno de ellos. Yo quiero que los haya solamente... Así es que buena suerte y que ganes todos tus combates por *K.O.*

Y me sonrió con una mueca que parecía partir su rostro en dos, porque su boca, al sonreír, se extendía mucho y se metía hacia dentro.

Estrechó la mano a Velázquez y se despidió de los otros mediante un gesto.

Después de salir Trevert, todos nos sentimos menos importantes. A los pocos instantes, Velázquez se estaba peleando con el fotógrafo. Velázquez estaba congestionado, y el fotógrafo gritaba. Los periodistas pusieron paz. Los periodistas comenzaron a hacerme preguntas y Velázquez, sin encontrar oposición, las contestó por mí, en tanto que yo bebía vaso de coñac tras vaso de coñac.

Al fin, los periodistas se largaron.

Los cinco cenamos en el hotel.

Al terminar la cena, Bernardo estaba borracho perdido. Tuvimos que llevarle al automóvil, en donde le dejamos durmiendo. Kutz se reía por nada, echando la cabeza hacia atrás como una tanguista, y yo creo que también estaba bebido. Lázaro tenía el rostro más largo y pálido que de costumbre, pero sus ojillos estaban sanguinolentos y en ellos bailaba la llama de una alegría maligna, agresiva. Y Velázquez, rojo como un pimiento, y rebosante de satisfacción, reía a carcajadas, que sonaban como una larga serie de hipo encadenados. Velázquez y Lázaro, sorprendentemente, se hicieron grandes amigos durante la cena, y al terminarla estuvieron largo rato contándose chistes y riéndose.

Velázquez propuso que saliéramos a airearnos un poco.

Anduvimos calle abajo, lenta, pausadamente. En las fachadas de las casas brillaban y parpadeaban los anuncios luminosos, en colores distintos, tiñendo el aire húmedo frente a ellos. En el centro, bajo cada hilera de árboles, brillaba la luz blanca de los focos eléctricos, colocados de tal manera que no sólo iluminaban la calle, sino

que también vertían su luz en el follaje de primavera de los plátanos, dejándolo de color verde, brillante, como si las hojas hubiesen sido barnizadas, y por entre las hojas se veía, a retazos, la negrura de la noche. El río de luz iluminando el follaje verde líquido avanzaba hacia el puerto de la ciudad, al final de la calle.

Entramos en una casa de puerta estrecha. Subimos unos peldaños, y tras cruzar otra puerta, hecha con espejos, nos encontramos en una sala, en penumbra, en la que había mesas alrededor de una pista de baile de madera brillante. Al fondo había una orquesta, y a la izquierda un mostrador.

Nos sentamos a una mesa cercana a la orquesta.

Tres o cuatro parejas bailaban en la pista, redonda. A una mesa cercana, a mi izquierda, se hallaba sentada una mujer muy guapa, con los ojos pintados, y vestida con un traje verde muy escotado. Estaba acompañada de un hombre de la edad de Velázquez, calvo, de rostro grave y redondo. Los dos miraban a las parejas de bailarines y permanecían silenciosos. En las otras mesas había muchachas solas que parecían aburrirse.

La orquesta armaba mucho ruido. Kutz, sentado frente a mí, seguía el ritmo de la música dando cabezadas y golpeando la mesa con las palmas de sus manos. Velázquez, con los ojos entornados, miraba a su alrededor y tenía la boca distendida en una sonrisa alerta y benévola. Lázaro miraba a todos lados, como un hombre que busca.

Yo me sentía atraído por la mujer a mi izquierda. Ella se había dado cuenta y de vez en cuando me dirigía una ojeada y me sonreía. El hombre que iba con ella, inclinaba con frecuencia su cabeza hacia la mujer y le decía algo; entonces la mujer reía, inclinándose hacia él, y se propinaban un cabezazo. Tras esto volvían a su seriedad y a la contemplación de los que bailaban. La mujer me echaba su ojeada y me sonreía mirando hacia otro lado, como si sonriese para sí.

Nos trajeron las botellas que Velázquez había pedido, y yo comencé a beber. Bebía y contemplaba a los que bailaban y a la mujer a mi izquierda, que cada instante me parecía más guapa. Vi a Lázaro en la pista bailando con una muchacha rubia, de cabello largo y liso. Velázquez hablaba con tres muchachas sentadas a una mesa tras la nuestra, y por la manera de hablar parecía que se estuviera peleando con ellas, pero no era así, porque se reían. Las muchachas vinieron a nuestra mesa. Dos de ellas se sentaron junto a Velázquez y la otra con Kutz. Yo seguí bebiendo. Una mujer que estaba sola, sentada a una mesa bastante alejada a la nuestra, se alzó y vino hacia mí. Me pidió un cigarrillo. Yo le pedí el cigarrillo a Velázquez, y en tanto éste buscaba el paquete para dármelo, la mujer se sentó a mi lado. Era fea. Le di el cigarrillo. Y ella me pidió fuego. Tuve que pedírselo a Velázquez. Tras haber encendido el pitillo, la mujer me preguntó si yo era boxeador. Yo le dije que sí, y ella comentó: «¡Qué miedo!» Y se echó a reír. Yo le dije que era campeón nacional. Y ella, como si

quisiera demostrar admiración, dijo: «¡Anda!» Velázquez bailaba; se movía con mucha gracia y demostraba agilidad. La muchacha agarró una de las botellas, la sacudió y dijo: «Ya os lo habéis bebido todo... ¡Viciosos!» Se echó a reír, me dio un arrechucho con la pierna y llamó a un camarero. Cuando trajeron las botellas, la chica dijo que quería bailar. Yo le dije que no sabía, y ella contestó que lo mismo daba y que le reventaba estar quieto. Salimos a la pista. Era más alta que yo, tenía el cuello largo y unos hombros bien dibujados, redondos y graciosos. Mi mano casi abarcaba su cintura. Me empujaba a derecha e izquierda, para delante y para atrás, haciéndome seguir el ritmo de la música. Sonriendo, dijo: «Tienes las bisagras enmohecidas...» Yo pregunté: «¿Por qué?» Y ella repuso: «¡Muévete, hombre!» Quise seguir el compás de la música, tal como yo lo sentía, y poco faltó para que derribase a la muchacha. Ella, en lugar de enfadarse, se rió. Y entonces sentí un par de palmadas en la espalda, miré hacia atrás y vi a un hombre desconocido, de cabello gris, y con gafas de concha, que me sonreía. El hombre dijo: «¡Hola, Canales...!» Y la mujer que bailaba con él, que me pareció muy guapa, de rostro redondo y ojos grandes y negros, llenos de luz, me sonrió como si yo le gustase. Vi a Kutz y a Velázquez en la mesa, y dije a la chica que ya habíamos bailado bastante.

Velázquez estaba muy animado. Tenía a una chica a cada lado agarrándolas por los hombros, charlaba incesantemente y reía. Las chicas también reían. Kutz había cambiado de pareja. La mujer que estaba a su lado en aquellos instantes, llevaba el cabello teñido de blanco casi, los labios pintados de color de rosa blanquecino, y los párpados con polvillo verde. Tenía pestañas larguísimas, que parecían hechas de alambre fino. Kutz estaba distraído y grave. Se notaba que aquel par eran viejos amigos. La muchacha le pegó un codazo en las costillas y, luego, agarrando el brazo de Kutz, se lo puso encima de sus hombros. Kutz la miró y le sonrió tiernamente, pero no dijo nada, porque no tenía nada que decir. Al cabo de unos instantes, Kutz me señaló y dijo:

—Éste es Luisito Canales, el compañero de quien te hablé.

Ella me miró y pareció decepcionada. Saludó:

—¡Hola!

Luego se inclinó hacia Kutz y le dijo algo al oído. Kutz sonrió y advirtió:

—No sé si Velázquez querrá... Ya se lo diré.

Y ella insistió:

—Díselo ahora.

Kutz se puso en pie y, acercándose a Velázquez, le habló al oído. Velázquez le contestó mediante una larga explicación en voz baja, en la que yo pude oír mi nombre. Para terminar, Velázquez, en voz alta, se dirigió a la acompañante de Kutz y le dijo:

—Ya veremos. Hoy es martes solamente.

Y siguió su conversación con las dos mujeres. Kutz regresó al lado de la muchacha rubia y los dos quedaron silenciosos. Ella estaba molesta por la contestación de Velázquez, y Kutz resignado. Yo, entretanto, había bebido tres o cuatro copas más. La chica a mi lado agitó sus manos delante de mis ojos, tal como se hace para sacar de su trance a un embobado, y dijo:

—¿En qué piensas?

Y rió. Yo dije:

—¿Bailamos?

Ella comentó:

—Pero si no sabes...

Salimos a bailar. Desde la pista vi a la pareja sentada a la mesa a la izquierda de la mía. Los dos estaban silenciosos, sumidos en abatimiento. Sobre su mesa había solamente dos copas pequeñas. Mi pareja señaló a la mujer y dijo:

—¿Sabes quién es ésta?

Yo le dije que no. Y ella me explicó que la mujer a la que yo había estado mirando era la estrella del local y que cantaba canciones mejicanas. Dijo admirativamente: «¡Ya verás cómo canta!» Lo dijo en un éxtasis de gozo anticipado. Luego me informó de que ella también actuaba en el espectáculo bailando una polca. Y se quejó de que su número resultaba muy soso, porque no la dejaban vestirse tal como ella quería. Dijo que en una gira que había hecho con el «maestro» por Turquía y Egipto, el número de la polca había tenido un gran éxito porque allí lo bailaba con un vestido que era «así» y «así», y señaló una franja en el pecho, y otra en el vientre. Terminó encogiendo sus hombros en un ademán de renuncia y tristeza. Tras unos instantes de silencio, me miró y exclamó: «Pero ¡qué serio eres, hijo!» La orquesta entera, todos sus instrumentos acordados, dio el sonido de tres golpes de gong. La chica dijo: «¡El espectáculo!» Y me arrastró fuera de la pista, pero en lugar de dirigirse a nuestra mesa, se dirigió a la de la mujer y el hombre graves. Con la mano derecha cogió la derecha de la mujer, se inclinó hacia ella y suplicó: «Oye: ¿verdad que cantarás *La barca de oro*? ¿Verdad que sí?» Y la mujer la miró sonriente, acentuó su sonrisa y dijo: «Sí, si quieres la cantaré...» Mi pareja soltó un «¡Guapa!» de agradecimiento y besó a la otra en la mejilla. La mujer que iba a cantar me miró, con sonrisa en sus ojos, y dijo:

—¿Usted es Luisito Canales?

Y me tendió la mano. Yo estreché la suya y respondí:

—Sí, señora.

Y ella dijo:

—He visto casi todos sus combates. Enhorabuena por el campeonato, pero esa pelea no me gustó. ¿Qué le ocurrió? Me dio la impresión de que estuviera enfermo.

—No, no lo estaba. Me pasó que no pude entrar en calor, ¿sabe? No cogí el

ritmo...

Su acompañante, con acentos juiciosos y expresión de gravedad científica en el rostro, explicó:

—Le pegaron mucho...

Y dirigiéndose a mí, dijo:

—Tiene usted que andar con cuidado con eso porque, a la larga, es peligroso...

Yo contesté:

—Por el momento no me afecta.

Y el hombre alzó en el aire su mano derecha en un ademán de alto a mi confianza, y previsión de muy probables futuros males, y dijo simplemente, pero con gran expresividad en la voz y visaje:

—¡Oh...!

La mujer lanzó una mirada de desaprobación a su amigo y, sonriéndome, dijo:

—Pegó usted un bonito golpe...

Y poniendo expresión cómicamente feroz, imitó mi golpe cruzado al hígado, con su mano derecha, y se echó a reír. Me tendió la mano y volvió a felicitar-me.

Mi pareja me dejó en mi mesa, con Velázquez y Kutz —Lázaro se había marchado—, y se fue a vestir para su actuación. Las mujeres que habían estado con Velázquez y Kutz, también se habían marchado. En la pista, un hombre leía, ante un micro, un papel: «Las hermanas Cuadrado, bailarinas clásicas; Daniel y Lucy, gran pareja de baile; Lalo, humorista moderno...» Y al final de la larga lista: «Y la gran estrella de la canción hispanoamericana, la cantante internacional...» Y dijo el nombre, pero yo no pude comprenderlo, porque el hombre gritó demasiado y, al mismo tiempo, todas las mujeres en la sala rompieron en aplausos.

El hombre se fue de la pista, y la orquesta atacó un pasodoble. Eran unos compases muy marchosos, coronados, a ratos, por el repique de castañuelas. El sonido de las castañuelas era muy agradable porque sonaba fuera de la orquesta, solo, aislado. A mi derecha, entre las cortinas en la puerta, en la semioscuridad de un pasillo, vi a una mujer vestida de andaluza, que repicaba las castañuelas. La mujer estaba de pie entre dos sillas. Vi que se arreglaba la falda de volantes y decía algo a otra mujer que estaba cerca de ella. La orquesta hizo una brevísima pausa, un silencio muy breve y, al volver a tocar, los compases eran solemnes y lentos. Las castañuelas repicaron, y la mujer que las repicaba, salió a la pista seguida por la luz de un foco. Iba con un vestido de falda hasta los tobillos, muy amplia, peineta y mantilla blanca. Se movía con aire de buque de vela. Tenía nariz grande y curvada, y ojos negros bajo dos cejas de trazo muy negro también. La orquesta retuvo un poco su sonido, y la mujer comenzó a contar una historia. Era una historia triste, pero al llegar al momento en que todo era más triste, la mujer se puso contenta y, repicando las castañuelas, se dio un par de vueltas por la pista, rozando con su falda los manteles de

las mesas. Luego se fue al centro y repitió la historia. Cuando se fue, todos aplaudimos.

Salió más gente, y cada cual hacía su número. Yo apenas atendía porque estaba ocupado en observar a la mujer sentada a la mesa de al lado. Y ella, sin moverse, me observaba con el rabillo del ojo, y sonreía al aire.

Apareció la muchacha que había estado bailando conmigo. Iba con una especie de traje de baño cubierto de lentejuelas, muy ceñido, de color verde. Llevaba un sombrero con plumas blancas, zapatos rojos de tacón muy alto y un paraguas rosa. Blandiendo el paraguas a diestro y siniestro, y haciéndolo rodar por encima de su cabeza, estuvo bailando una polca muy movida. Al compás de la música daba pasos, tiraba pataditas al aire y, de vez en cuando, sacudía graciosamente el trasero.

La siguiente fue la pareja de Kutz, la chica del cabello blanco y los párpados pintados de verde. Llevaba muy poca ropa. Bailó una pieza de música lenta en la que destacaba el sonido quejumbroso de una trompeta. Bailaba con expresión de preocupación en su rostro, como si toda su atención estuviera concentrada en seguir la música con los movimientos que, partiendo de su vientre, se transmitían a piernas, brazos y tronco. En los momentos en que la línea melódica de la trompeta se retorció sobre sí misma, la chica seguía el sonido retorciendo su vientre —las piernas dobladas por las rodillas, el estómago para dentro y el vientre salido— en un movimiento circular de izquierda a derecha, de atrás para delante y de delante para atrás. Y mientras hacía esto, su rostro adquiría mayor seriedad, expresión preocupada casi. La gente reía. Y Kutz, su mirada perdida en el cuerpo de la muchacha, sonreía complacido.

La vecina ya no estaba.

Los anunciados fueron saliendo. Y yo fui bebiendo copa tras copa, a falta de otra cosa que hacer.

Al fin salió la mujer. Fue saludada con una salva de aplausos, y ella correspondió muy brevemente, casi igual que yo hacía al salir al ring. Calzaba botas altas, de cuero rojo y con arabescos verdes, y vestía una falda con grandes listas verticales negras, rojas, verdes, blancas y azules, y una blusa blanca bordada en oro. Cubría su cabeza con un enorme sombrero mejicano. Con voz recia, de hombre casi, cantó una canción mejicana. Desde el comienzo de la canción la atención de cuantos estábamos en la sala quedó prendida en la voz de la mujer, quien, de vez en cuando, la bajaba hasta convertirla en un susurro. Cuando la cantante, tras su primera canción, correspondía a los aplausos, la muchacha que había bailado la polca llegó corriendo a mi mesa y se sentó junto a mí. Ávidamente me preguntó:

—¿Cuántas canciones ha cantado?

Y sin esperar contestación, fijó sus ojos en la cantante, y avanzó el cuerpo por encima de la mesa. Parecía que quisiera ver y oír cada gesto, cada pedazo de realidad

de la estrella y cada matiz de su voz, cada inhalación de aire que luego soltaría en sílabas. Escuchó la canción siguiente con la boca abierta, y por sus ojos pasaban sombras de estremecimiento, emoción y ternura. Me había cogido una mano y la tenía amorosamente entre las suyas. Al término de la canción, abandonó mi mano y rompió en aplausos frenéticos. Al acallarse la ovación avanzó aún más la cabeza para escuchar el título de la canción siguiente. La artista cantó varias canciones. Y al anuncio de cada una de ellas, la muchacha que había bailado la polca comentaba extasiada para sí misma las características de la canción: «¡Es aquella tan triste!», «¡es preciosa ésta!»... Y a las primeras estrofas, sin mirarme, fija su vista amorosa en la que cantaba, buscaba mi mano y la encerraba entre las suyas. Al fin, la cantante miró a la mesa en que yo estaba, y vi que me miraba a mí. Dijo:

—Y ahora voy a cantar, dedicándolo a una gran figura del deporte nacional y deseándole toda la suerte del mundo, *La barca de oro*. Para Luisito Canales.

Mi pareja se estremeció y me lanzó una mirada de envidia.

La otra cantó la canción entera para mí, y sólo apartaba su vista de mis ojos para fijarla extática en el techo.

Ésta fue su última canción aquella noche.

El foco fue apagado, retiraron el micro y la orquesta reanudó su música de baile.

Yo no me encontraba bien, tenía náuseas y todo daba vueltas a mi alrededor. No estaba acostumbrado a beber. Mi acompañante, tras las canciones, había quedado pensativa. Salió de su ensimismamiento y dijo:

—Anda, vamos a bailar.

Al ponerme en pie me di cuenta de que apenas podía sostenerme. Pero estuve bailando durante unos segundos, hasta que la chica dijo:

—Anda, vamos a sentarnos, que no te aguantas derecho.

Me lo dijo como si yo fuese imbécil. Yo me negué:

—No me da la gana. Ahora quiero bailar.

Y la agarré para seguir bailando. Pero ella se retorció como un gato que no quiere dejarse coger, y chilló:

—¡Ea, sin maltratar!

Estaba furiosa. Pero luego de decir esto, se dominó y dijo suavemente:

—Bueno, bailaremos un poco, y luego nos sentamos, ¿eh?

No le contesté. Aquella mujer creía que yo estaba más borracho de lo que en realidad estaba. Ella bailaba pensativa. Yo me acordé de la cantante, y le pregunté:

—¿Canta todos los días?

—¿Quién?

—Tu amiga.

—Sí.

Sin que yo me diese cuenta, mi pareja me llevó a la mesa. Y cuando estábamos

allí, un camarero vino e hizo ademán de coger las botellas y llevárselas, pero la chica dijo que no con la mano. Velázquez y los otros se habían ido. En la mesa de al lado estaba la cantante. Yo le dije:

—Gracias por la dedicatoria.

Ella se dio cuenta de que yo estaba borracho, y riéndose, dijo:

—¿Por qué no se sienta con nosotros? ¿Por qué no os sentáis con nosotros?

Mi pareja se levantó y fue a sentarse con ellos. Yo me sentía tan feliz de verme libre de ella, que no me moví. De todos modos, si yo hablaba con la cantante desde mi mesa, estaría mejor que si yo hablaba con ella desde su mesa, porque estando en mesas distintas ella tenía que separarse un poco de su acompañante para hablar conmigo. Yo le dije:

—Canta usted muy bien.

—¿Le gustan las canciones mejicanas?

—Mucho.

—También canto canciones modernas.

—No me gustan.

—¿Por qué? Las hay que son muy bonitas.

—Si las canta usted, quizá.

Y volvió a reír, pero esta vez de veras.

—Es usted muy amable.

Y se inició un silencio. Y el silencio se prolongó, sin que yo dejara de mirar a la mujer y sin que ella apartara su atención de mí. Era, de verdad, muy guapa. Ella dijo:

—¡Qué música tan linda!, ¿verdad?

—Sí.

Yo no había escuchado ni una sola nota de aquella música. Hice esfuerzos para captarla, pero no pude porque los pensamientos me taponaban los oídos.

La mujer me sacó a bailar.

En la pista todo el mundo nos miraba, a ella y a mí. Y algunos hacían comentarios, sobre nosotros, con sus parejas. La cantante también era más alta que yo. Mis ojos quedaban a la altura de su barbilla. Bailaba muy bien, llevándome por los caminos de la música sin que yo me diera cuenta.

Al regresar a la mesa dijo:

—El campeón baila maravillosamente...

La que había bailado la polca, alzó las cejas en expresión sorprendida, pero no se atrevió a decir lo que pensaba. Y el hombre que acompañaba a la cantante, dictaminó:

—Por lo general, los boxeadores bailan bien. Los ha habido que, al retirarse, se han dedicado a bailarines profesionales.

Hizo algunos comentarios sobre la relación entre el boxeo y el baile, y dijo que era ya hora de marcharse. Se puso en pie, y yo comprendí que la cantante iba a

marcharse con él. Los dos se despidieron dándome la mano.

Me sentí solo. Y borracho.

La chica dijo:

—¡Eh! ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan triste?

Le hubiera dado de bofetadas. Pero no lo hice. Y ella, al ver mi expresión rabiosa, se rió, se rió a gusto. Yo la amenacé:

—Si no te callas, te parto la cara.

Y pensaba hacerlo. Y precisamente para no hacerlo, me levanté, crucé la pista, caminé a lo largo del mostrador, desanduve lo andado y llegué a una pared pintada de negro que me desconcertó. Fui al bar y pedí una bebida. Costó trabajo que me la sirvieran porque ellos querían saber qué bebida quería, y yo solamente quería una bebida. Tan pronto como terminé la primera copa, pedí otra, y luego otra.

No sé exactamente lo que ocurrió. Solamente recuerdo que había mucha gente a mi alrededor, y que algunos querían llamar a alguien, y otros decían que no, que no era necesario. Y yo me reía de todos. Algunos avanzaron hacia mí y quisieron cogerme, pero yo no les dejé, y entonces, cuando los rechacé, oí chillidos de mujer. Y una voz que decía: «Está loco». Y los que querían cogerme se quedaron quietos y lejos de mí. Yo no comprendía nada. Estaba furioso, y no sabía por qué.

Y de pronto todo se calmó. Vi a Velázquez a mi lado, y todo el mundo me sonreía.

Me desperté en mi cama, en el cuarto de techo alto, con la puerta que comunicaba con la galería en que hacíamos la gimnasia, y la ventana abierta a los campos que terminaban en la playa. En la casa había silencio, y el día —a través de la ventana— era claro, de sol limpio, sobre el mar azul resplandeciente. Serían las tres de la tarde. Tenía la cabeza pesada. Me acordé de Trevert y de la muchacha que cantaba en el cabaret.

* * *

Aldo Constantini, André Clergerie, Michel Joris, Herman Horst Ramfeld y Joao Sousa eran los nombres de los púgiles con quienes tenía que enfrentarme antes de mi combate para el título continental contra Gérard Grand.

El día siguiente al de la firma del contrato con Trevert, Velázquez dibujó en una cartulina cinco grandes recuadros, puso en cada uno de ellos el nombre de cada boxeador con quien debía pelear y colgó la cartulina junto a la ventana en mi dormitorio. Yo me aprendí de memoria los cinco nombres.

Los combates se sucedieron en la cadencia segura escriturada en el contrato, marcando cada uno de ellos un hito en el camino que terminaría en el combate para el título continental.

Yo me sentía inmerso en un río poderoso que me arrastraba en su avance. No podía remontar la corriente ni desviarme hacia cualquiera de sus orillas, sino que debía llegar a la desembocadura. La conciencia de que existía toda aquella gente desconocida que sabía mi nombre y quién era yo, y que me aplaudían al aparecer sobre el ring; el saber que mis contrincantes temían mi golpe cruzado de izquierda, las noticias que de mí daban los periódicos... En fin, mi existencia ante un mundo vasto que me conocía, formaba la corriente del río que me arrastraba. Y durante aquel período yo viví olvidado de todo, excepto de la figura que me aguardaba al final de mi camino, a la desembocadura de mi río: Luis Canales, yo mismo.

Velázquez dirigía nuestro vivir en la casa y apenas se ausentaba de ella. Lázaro, Bernardo y Kutz estaban siempre a mi alrededor, arropándome como los cabestros arropan al toro bravo, y guiando sus palabras y sus actos hacia mi mejor preparación para el próximo combate.

Una meta ordenaba nuestra conducta; era la última meta: mi combate con Gérard Grand. Velázquez, lo mismo que los otros camaradas, jamás nombraron a Grand por su nombre, y solamente se referían a él indirectamente, al hablar del combate para el título. Gérard Grand era solamente la fuerza que se opondría a la mía en la ocasión de la pelea. De esta manera, Velázquez logró que Grand fuese para mí un enemigo familiar que difícilmente podría sorprenderme, y al mismo tiempo evitar que su rostro, su persona, se me hiciera temible. Nunca pensé en él como en el hombre que podía quebrar mis esperanzas para siempre, y, sin embargo, sabía su estilo de pelear con tanta exactitud como conocía el de Bernardo Barba. Sabía que boxeaba con el cuerpo encorvado —echado hacia delante—, la cabeza baja, y los puños en guardia cerrada justamente debajo de sus ojos, y que el día que me enfrentase con él, solamente vería sus ojos y el cuero de sus guantes; que boxeaba sin apenas evolucionar sobre el cuadrilátero, evitando los golpes mediante movimientos de cintura, y que lanzaba sus puñetazos de tal modo que sus puños quedaban a mayor altura que su cabeza; que pegaba pocas veces, pero con fuerza y dando siempre en el lugar preciso en que más daño podía causar. También sabía sus defectos: era viejo, por lo que a partir del quinto o sexto asalto le fallaban los pulmones, «encajaba» poco, ya que los golpes bien colocados le dejaban atontado durante un par de segundos, pero su veteranía le había enseñado a mantenerse en pie después de recibir el golpe y, aun estando medio inconsciente, a lanzarse a un ataque feroz con el que ocultaba su estado de atontamiento, asustando al contrario y, entretanto éste retrocedía, él superaba los efectos del golpe recibido. De Gérard Grand sabía datos que eran, para mí, como piezas de un juego de ajedrez.

La actitud de Velázquez a partir de la firma del contrato con Trevert, fue distinta a la suya habitual. Dirigía los entrenamientos personalmente, con mano maestra. En ellos estaba sereno, fríamente autoritario y muy razonable. Su consumo de jerez

disminuyó notablemente. El Velázquez colorido, fanfarrón y sonriente había desaparecido. En los días de combate, se convertía en un hombre nervioso, dubitativo y, en ocasiones, acobardado. En el instante de salir del cuarto para encaminarnos al ring, solía estar irritable, preocupado por detalles prolijos y propenso a echarle unas broncas tremendas al pobre Dalmiro. Me empujaba fuera del cuarto como si yo tuviera miedo de salir, y me gritaba: «¡Anda, Luisito, vamos ya!» «¡Anda, no te retrases más!» Que yo sepa, la irritabilidad le duraba hasta el momento en que yo, tras el primer asalto, regresaba al rincón. Parecía que el contemplar mi lidia durante el primer *round* le causase un miedo atroz que le impidiera incluso darme consejos entre asalto y asalto. Solamente me hacía las advertencias rutinarias reducidas a su mínima expresión y dichas en tono dulce, como si temiera que su intervención pudiese dar al traste con mi victoria. Daba la impresión de que creyera que yo era una fuerza, por él preparada, y salida de su dominio, y que lo mejor era dejar que la naturaleza —yo— siguiera su curso... Al regresar al rincón, hallaba a un Velázquez cohibido, que me preguntaba: «¿Qué tal Luisito, hijo...?», «¿te encuentras bien...?», «¿cómo va la vista...?», «¿algo cansado quizá...?» Y, en silencio, me pasaba las palmas de sus manos por el estómago... De vez en cuando se arriesgaba: «Fíjate bien en el hígado... Y, cuando puedas, cruza la izquierda...» O bien: «No des tanto la cara... Tápate un poquito más... Ese chico pega muy duro...» Al término del combate, cuando el árbitro alzaba mi brazo declarándome vencedor, Velázquez recuperaba su antigua manera de actuar y sonreía fanfarrón, seguro de sí mismo, como si fuese él, y solamente él, quien hubiera ganado el combate. Pero en el camino a casa, dentro del automóvil, su euforia desaparecía para dar paso al estado de ánimo sereno y grave que tenía durante las sesiones de entrenamiento.

La serenidad imperante en mis entrenamientos iba aliada a la serenidad en mis cotidianos ensueños. Al despertar, mientras miraba los progresos del sol en el horizonte marcado por la lejana línea del mar, sentía que faltaba muy poco para que, dentro de mi cabeza, apareciesen imágenes concretas. Un sentido de inminencia, de algo grande que está a punto de suceder, dominaba el ensueño. El objeto estaba muy cercano, y su cercanía me daba sensación de calor íntimo. Sabía que Luisito Canales estaba dentro de mí, y casi le veía. Las láminas de uno de los libros de Velázquez coadyuvaban a formar las casi-imágenes en mi cabeza. Era un libro dedicado a los cuadros de un pintor, medio ruso medio francés, que pintaba gentes muy dulces, objetos bellos y raros, y noches ricas en luz, la luz extraña que tiene la noche cuando cae sobre las casas y los pueblos. En muchos de los cuadros de este gran hombre, sobre las figuras y sobre los poblados, en la noche, arriba, en el cielo nocturno, había unas bolas o huevos hechos de luz y con hermosos colores dentro, y cabezas de mujer y de caballos y nubecillas blancas, y, por dentro, el huevo o la esfera, estaba forrado

de luz rosácea o azulada. Mientras yo miraba el mar y el cielo grises al frente, y las montañas dormidas aún, sentía aquellas esferas pendientes en el aire como inminentes pedazos de vida próxima, de mí mismo. Luego, al salir el sol, cuando la línea del horizonte se hacía clara, tan clara que cualquier cosa podía ocurrir, el mundo pendiente sobre mi cabeza se hacía casi concreto, casi verdad. A los pocos instantes la claridad en el horizonte se resolvía en luz roja. Y del mar salía el sol rojo, pesado y fuerte, y se remontaba hacia el alto cielo. Entonces, los óvalos y las esferas, los mundos con luz, repletos de cabezas de niña, y de manos cogiendo violines, y de gallos azules puestos cabeza abajo, y cabezas de caballo y de vaca, parecían difuminarse, perderse, comenzaban a diluirse en el aire, a quedarse sin su luz. Y cuando el sol llegaba a su sitio todo cesaba, y el mundo de Marc Chagall se iba, y yo sabía que Velázquez, Bernardo, Lázaro y Kutz comenzaban a agitarse en sus camas echando el sueño hacia la parte de atrás de sus cabezas.

Después de la ensoñación, el entrenamiento de cada día me daba equilibrio. Doblaba piernas, brazos y cintura; cuello, pies, muñecas... Golpeaba el pesado saco de arena siguiendo la voz de Velázquez: «Directo de derecha... ¡Cruza la izquierda! Cambia la guardia, ¡uno, dos! ¡Cruza la izquierda!» Y el saco se bamboleaba al compás de mis golpes, yo sentía plenamente el choque del guante contra el saco, y el saco casi cobraba vida. Y luego «hacer guantes» con Kutz o Lázaro, y «sombra», y marcha atlética, precedido por Kutz y seguido por Lázaro y Bernardo, a lo largo de la playa o por los montes cercanos.

Los combates durante este período, significaron, para mí, todos ellos lo mismo. Mi victoria por fuera de combate, y el castigo durísimo en mi rostro, las cejas y los pómulos abiertos, y los labios partidos. Al descender del cuadrilátero, Bernardo, Kutz y Lázaro se abalanzaban sobre mí y me abrazaban, y entre abrazos y felicitaciones me acompañaban a lo largo del pasillo camino de los vestuarios, mientras los dos guardias nos precedían apartando a la gente que nos cerraba el paso. Y, tras esto comenzaba el largo sufrimiento. El atontamiento, que me duraba tres o cuatro días, el sueño anormal, el dolor de cabeza desgarrador. En esos tiempos, llegué a sentir miedo a las horas subsiguientes al combate. Pero el dolor y la victoria iban juntos, eran dos hermanos mellizos. Pero si, en el palacio de los deportes, antes de la pelea pensaba en el castigo, no podía remediar el sentir miedo, los deseos de irme, de huir... El dolor, en sí mismo, no es nada. Es solamente dolor. Pero a mí, el dolor en el rostro y dentro de la cabeza, me parecía un heraldo de otras realidades que podían llegar. Tenía la sensación de que algo estaba muriendo dentro de mi cabeza, y durante los días que mediaban entre el combate y la reanudación de mis ejercicios, la idea de que yo estaba recorriendo inevitablemente el mismo camino de Bernardo, me atormentaba. Pero el té, la gimnasia, la atención concentrada en mi próximo combate, el horario

rígido, mis esperanzas y mis ensueños me encajonaban en el sendero de la rutina. La corriente de aquel río volvía a llevarme. Y en la víspera del combate siguiente, que yo sabía iba a conducirme otra vez al embrutecimiento y al dolor, mi angustia regresaba.

Tras cada combate, Velázquez acudía a mi dormitorio y pintaba un círculo sobre el nombre del boxeador al que yo había vencido. Así vi aparecer los círculos sobre los nombres de Constantini, Clergerie y Joris.

Tercera parte

Luis Canales

Capítulo Primero

Y ÉL VOLVIÓ A PREGUNTAR:

—¿Dónde está Bernardo?

Oyó a Velázquez:

—Ahora viene. Lázaro ha ido a avisarle.

Y otra vez habló Velázquez:

—Dalmiro, ve a buscar a Bernardo.

Y él alzó las manos a su cabeza, y con ellas se tocó los parietales. Y así quedó, abarcando con sus manos el volumen de su cabeza. No sentía las manos en su cabeza, pero sí la cabeza en las palmas de sus manos.

Velázquez le dijo:

—Luis, hoy has peleado un gran combate. El mejor de tu vida.

No le contestó. Hubiera deseado abrir los ojos, pero no se atrevía. Recordaba aquel mundo informe de manchas negras, hondas, y deslumbrantes manchas amarillentas, y temía que cuando abriese los ojos volviera a verlo.

La voz de Velázquez sonó junto a su oído, y sentía la vibración del aire causada por el aliento de Velázquez, en la piel del rostro.

—¿Luis?

—¿Qué quieres?

Era la primera vez que le tuteaba.

—Antes de la pelea, he tenido una conferencia telefónica con Trevert. Hemos acordado que, si ganabas esta pelea, anticiparíamos el combate para el título con Gérard Grand. Podríamos celebrarlo dentro de quince días. ¿Qué te parece?

Él no le contestó. Estaba pensando en la oscuridad ante sus ojos y en Bernardo Barba. Cuando Barba llegara, él volvería a abrir los ojos. Sin Bernardo a su lado, no tenía valor para hacerlo.

Velázquez, confidencial, íntimamente, le dijo:

—El combate podríamos hacerlo aquí mismo, ante tu público... Di, Luisito, ¿qué te parece?

Abrió los ojos. Velázquez no estaba. Allí no había nada. Solamente aquella oscuridad manchada de amarillo constituía todo el mundo. Y sin embargo, sentía las manos de Velázquez en su estómago, y su aliento en su mejilla derecha. Él se incorporó y miró hacia abajo, a su estómago. Y sólo vio la barrera de niebla negra traspasada, en algunos puntos, por un sol deslumbrante, más allá. Miró a derecha y a izquierda. Y a la izquierda vio el movimiento del extractor de aire, arriba en lo alto de la pared; era solamente la niebla negra removida en un molinillo. Se dejó caer de espaldas a la mesa de masaje y cerró los ojos. La oscuridad de ojos cerrados era confortante, cuando menos era natural, era la misma, la propia de ojos cerrados.

Oyó a Velázquez:

—Luis, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal?

—No.

La cabeza no le dolía. Allí solamente tenía la sensación de no existencia, de pierna o brazo dormido e insensible. Pero el corazón le latía dolorosamente, y sus labios temblaban, sin que él pudiera dominarlos, y sentía frío en todo el cuerpo. Cuando llegase Bernardo, todo volvería al orden habitual. Entonces abriría los ojos, y, estaba seguro, no podría dejar de ver a Bernardo. Velázquez gritaba:

—¡Luis! ¿Qué te ocurre? ¡Luis! ¿Te encuentras mal, hijo?

La voz de Velázquez llevaba una carga extraña, como un temblor en las palabras, de miedo contenido. De temor a que sus palabras fuesen contestadas.

Él pensó que esperaría a que llegase Bernardo. Dijo:

—No me ocurre nada.

Y, en aquel instante, oyó la voz llana y ronca y lenta de Bernardo. Seguramente estaba a los pies de la mesa.

—¡Hola, Luisito!

Se sintió seguro, protegido por la voz y la presencia de Bernardo. Sonrió para su amigo, pero no abrió los ojos. Las manos de Velázquez habían dejado su estómago. Él preguntó:

—¿Qué te ha parecido el combate, Bernardo?

—Bueno. Si le atizas así a Grand, está listo.

Velázquez, con precaución en su voz, llevando sus palabras una intención distinta a la que por sí mismas expresaban, dijo:

—Luis, vamos a la ducha.

Y él no se movió ni contestó. Y tuvo miedo, porque tendría que abrir los ojos. Pensó que Bernardo le ayudaría con su presencia, que algo haría por él. Y dijo:

—¿Cómo te fue el combate?

Bernardo contestó:

—Los jueces me lo robaron. De todas maneras, el pollo se llevó una tanda de bofetadas que le tendrán una semana durmiendo...

Y Bernardo rió. Estaba más cerca de él, quizá se hubiera movido hacia él y a la izquierda.

Velázquez puso la palma de su mano sobre el pecho de Luis Canales, y dijo:

—Luis...

Y la mano presionó suavemente el pecho. Presionó más, fuertemente, y cuando mayor era la presión, Velázquez, en tonos apremiantes, conminatorios, dijo:

—¡Luis...!

Y él ya sabía qué quería decir Velázquez, y también comprendió que Velázquez sabía lo que a él le estaba ocurriendo. Dijo:

—Déjame en paz. Estoy cansado. Déjame estar aquí un rato. Para descansar.

Oyó a Bernardo. Se había acercado tanto, que sentía el calor de su cuerpo. Estaba al lado opuesto del que se encontraba Velázquez. Bernardo dijo:

—¿Qué te pasa, Luis? ¡Tú estás malo!

Y él dijo:

—Un poco. Sólo un poco. Estoy muy mareado.

Bernardo dijo:

—Ponte en pie y haz un poco de respiratoria...

Él calló. Y Bernardo se ofreció:

—¿Quieres hacer un poco de guantes conmigo? Lo haremos suave...

—No. Quiero estar quieto.

Bernardo insistió:

—Es malo estarse quieto.

Él no contestó. Y se hizo un silencio largo. Y él sabía que, durante el silencio, Velázquez iba adquiriendo la certeza sobre lo que a él le ocurría, y llegaba a conocerlo con toda exactitud. Tuvo miedo de que Velázquez hablara, y por eso él habló. Dijo:

—Bernardo, ¿de verdad te ha gustado mi combate?

Nadie le contestó. Parecía que Bernardo también hubiera adivinado. Sintió angustia.

Y Velázquez habló:

—Luis, mírame.

Y él, sin abrir los ojos, dijo:

—No tengo nada.

Una fuerza alzó su cabeza. Le pareció que su cabeza se alzara por sí sola. Y pensó que eran las manos de Velázquez. El aroma de jerez en el aliento de Velázquez invadió sus narices. Y la voz sonó junto a él.

—Mírame.

Él sonrió. Velázquez había hablado con acento dramático. Y el drama de Velázquez era teatral. Como una caricatura del miedo que él sentía. Abrió los ojos. Toda su voluntad, toda su atención se aplicaban a ver el rostro de Velázquez, que sabía estaba a dos dedos del suyo propio. Sentía la respiración, el aliento, y el calor del cuerpo de Velázquez, pero sus ojos sólo veían oscuridad. No era oscuridad. Era nada, como si sus ojos hubiesen sido taladrados.

Oyó a Velázquez:

—Luis, ¿me ves? Mírame, Luis.

Agarró los brazos de Velázquez y los apartó lejos de sí. Y se dejó caer de espaldas en la mesa. Cerró los ojos. Dijo:

—Claro que te veo.

Pero luego:

—Bernardo, estoy ciego.

Por un momento hubo silencio. Luis Canales oyó el murmullo de una conversación en el cuarto de al lado, y tuvo la impresión de que él y los que estaban en el otro cuarto estuvieran en el mismo. La voz de Velázquez le dio, por contraste, la noción del ámbito del cuarto en que se hallaban.

—Ten los ojos cerrados. Y no te preocupes, eso suele ocurrir, carece de importancia. No te preocupes.

Velázquez se dirigió a Bernardo:

—Quédate con él. No dejes entrar a nadie. Yo vuelvo enseguida.

Bernardo no le contestó. Luis oyó el murmullo en el vestíbulo, el portero, y otra vez el murmullo confinado tras la puerta.

Bernardo callaba. Él le dijo:

—Bernardo, ¿te ha ocurrido esto alguna vez?

Bernardo preguntó:

—¿Estás ciego, Luis? ¿No ves nada?

Y Canales no le contestó. Sabía que Bernardo, con expresión preocupada en su rostro, le miraba fijamente. Los instantes de silencio le desconcertaban, porque le hacían perder la noción del tiempo.

Otra vez el rumor en el vestíbulo entró y quedó cortado por el portazo. Oyó una voz conocida que le hablaba alegremente, como si quisiera darle buenas noticias.

—¿Qué tal, Luisito?

—¿Quién es?

—Soy yo, Paco. El empresario de la otra sala, ¿sabes?

Él no dijo nada. Y don Paco habló.

—Estáte tranquilo, Luis. Quieto tal como estás. Ahora te examinará un médico, uno de los mejores especialistas del país... Y luego iremos a casa a descansar, y ya verás como eso que tienes no es nada... Esto le ocurrió a Fariñas, el año pasado, y ya ves, ahora está como nunca... Es sólo conmoción, un *K.O.* que te ha afectado a la cabeza.

Velázquez le había pedido auxilio, y, privadamente, fuera del alcance de los oídos de Luis Canales, le había explicado lo que ocurría. Y don Paco había dicho que él se cuidaría de solucionarlo todo... Luis Canales dijo:

—Bien.

Velázquez habló:

—¿Puedes despejar la sala? Echar afuera a toda esa gente que hay...

Don Paco, gravemente, dijo:

—Es mejor esperar un poco. Se olerían lo que ha pasado... ¿Qué hacemos con Sousa?

Velázquez dijo:

—Le dejaremos entrar un momento solamente.

Sintió una mano sobre su hombro, y la voz de Velázquez susurró:

—Sousa quiere felicitarte... Entrará un momento y tú le darás las gracias por la felicitación... Ponte estas gafas. Yo me encargaré de que se largue enseguida.

Y en lugar de dárselas, Velázquez le colocó las gafas.

Oyó la puerta al abrirse, y luego, tras el golpe contra el quicio, sonaron pasos firmes y sonoros. Dirigió la cabeza hacia la derecha, y dos manos cogieron la suya, al tiempo que una voz delgada, de tenor, soltaba junto a él un torrente de palabras en francés. No comprendió nada. Y la voz apremiante de Velázquez, disfrazada con acentos de optimismo, dijo:

—¡Bien! Anda, dale las gracias, Luisito, y dile que él también es un gran campeón...

Luis Canales, inmóvil su cabeza, orientada a su derecha, dijo:

—Gracias, Sousa. Tú también eres un gran campeón.

Las manos que tenían la suya, se la oprimieron con fuerza, en un apretón cordial, que fue acompañado de palabras en portugués, que Canales tampoco comprendió. Canales sonrió, inmóvil su cabeza. Y oyó a Velázquez, que hablaba en francés, y las manos soltaron la suya, y los pasos firmes se alejaron, y la puerta dejó entrar el aire vibrante de palabras en el vestíbulo, y oyó el golpe de la madera de la puerta y el metal del cerrojo automático. Sin razón, súbitamente, sintió deseos de verlo todo, ver los rostros de los que estaban con él, las paredes del cuarto, sus pies... No abrió los ojos, y sintió por un instante la congoja que se padece cuando se tienen deseos de llorar. Dijo:

—Bernardo, ¿qué ha dicho Sousa?

Y Velázquez advirtió:

—Bernardo ha salido un instante, volverá enseguida. Velázquez y don Paco cuchicheaban. Y cuando terminaron, Velázquez, en voz demasiado alta y sincera, dijo:

—Luis, vámonos. Anda, vamos, levántate.

Y sus manos le cogieron por las axilas y le alzaron, y Canales puso sus pies en el suelo, apoyando sus manos en el borde de la mesa de masaje. Velázquez decía:

—Paco ha llamado a la clínica y ahora vamos allá. Ha hablado con el médico y le ha explicado lo que te pasa. El médico dice que seguramente no es grave, pero quiere verte, ¿sabes? Es muy buen médico, de los mejores del mundo... Ahora vamos allá...

Velázquez le dio una palmada en el hombro y susurró a su oído:

—¡Ánimo! ¡Esto no es nada! Dentro de quince días cruzarás tu izquierda al hígado de Grand... ¡Animo, Luisito!

Oía a Bernardo:

—Levanta las patas.

Y alguien, seguramente Bernardo, le agarró los pies y se los levantó del suelo. Y él sintió que le ponían los pantalones.

Velázquez le cogió por los brazos y dijo:

—Anda, ponte en pie.

Estando ya en pie, le pusieron la camisa. Y luego la chaqueta. Sintió que le quitaban las gafas, y la voz de Velázquez dijo:

—¿Ves un poco?

Abrió los ojos. Y dijo:

—Veo su chaqueta.

La veía como una mancha de color castaño, a su derecha. Alargó la mano para tocarla, pero su mano se perdió en el aire, en tanto que su codo tropezaba con el rostro de Velázquez.

Alguien le puso otra vez las gafas.

Don Paco dijo:

—Un momento, dejadme ver...

Y él oyó el ruido de la puerta al abrirse, pero en esta ocasión no entró en el cuarto murmullo de conversaciones. Don Paco dijo:

—Adelante.

Velázquez le anunció:

—Afuera no hay nadie. Nadie te verá.

Echaron a andar. Velázquez le cogía de un brazo, y Barba del otro.

Despacio anduvieron el camino hacia la salida, en tanto que él reconocía por sus pasos el pasillo largo y estrecho, los cinco escalones que conducían a la gran sala del público, el camino hacia la gran puerta de salida. Todo estaba en silencio, y posiblemente en penumbra.

Sintió el aire de la noche en su rostro y en sus pulmones, y oyó el ruido de los tranvías eléctricos, el vocear de los vendedores de periódicos y el ronquido amortiguado de los motores de automóviles y motocicletas. A lo lejos sonó, dos veces, el silbato de un policía de tráfico.

Los que le llevaban del brazo se detuvieron. Y uno de ellos, Velázquez, le dejó. Oyó la portezuela del automóvil al abrirse, y alguien, frente a él, le cogió las dos manos y dijo.

—Agáchate y entra.

Era Lázaro. Bernardo le puso la mano en la parte de atrás de la cabeza y se la bajó, en tanto que con la otra mano, puesta en la espalda, un palmo por encima de los riñones, le empujaba hacia delante, y las dos manos que tenían las suyas tiraban de él. Entró en el automóvil y se sentó. A su izquierda estaba Lázaro, y a su derecha alguien más. Oyó a Lázaro:

—¡Perra suerte, Luisito! ¡El boxeo es así! Maldita profesión, profesión de esclavos, está maldito el boxeo, Luis. Tú pagas ahora, pero hace unos meses fue el pobre Charly Collado... Y todos pagamos, incluso aquellos que como yo...

La voz de Velázquez sonó alta, autoritaria y enfurecida:

—¡Cállate, Lázaro!

Lázaro lanzó un suspiro y se calló. Y se hizo un silencio tenso, dentro del automóvil.

Él preguntó:

—¿Quién está aquí?

Y el que estaba a su derecha contestó:

—Yo.

Era Ramón Kutz.

Enfrente, junto al conductor, que era Velázquez, estaba don Paco, que cuchicheaba con Velázquez, y seguramente Barba.

El automóvil, lentamente, se puso en marcha. En la calle había silencio. Él preguntó:

—¿Qué hora es?

Y Velázquez contestó:

—Las dos y media.

El automóvil adquirió velocidad, pero enseguida la redujo y se detuvo. Volvió a avanzar, pero despacio, y se detuvo otra vez. Y así hizo cinco veces. Luego adquirió velocidad y la sostuvo. El silencio no fue roto ni una sola vez. Él creía que iban a llegar en muy poco tiempo, y el viaje le parecía demasiado largo ya. Dijo:

—¿Adónde vamos?

Y don Paco contestó:

—Enseguida llegaremos, está muy cerca.

Y sobre su pierna derecha recibió un puñetazo, seguido de otro en su hombro izquierdo. Y oyó a Bernardo:

—¡Ah, Luisito! ¡Ah, ah, ah!

Y recibió tres puñetazos más en la pierna. Bernardo quería animarle. Le oyó:

—Esto no es nada. Tú no tienes nada, Luis. A Reñaga le ocurrió lo mismo el año pasado.

Él recordó a Reñaga. Le había visto un par de veces, y Bernardo le había explicado lo que le ocurriera. Se quedó tuerto debido a desprendimiento de retina. La retina es como una película que hay en los ojos, y si la película cae, uno no ve. Y a Reñaga le cayó la película de un ojo. Por eso se quedó tuerto. La causa fue el haber recibido demasiados golpes en el ojo.

Él dijo:

—Esto que yo tengo puede ser desprendimiento de retina.

Pero él solamente lo dijo para que todos los que estaban dentro del automóvil le dijese que no, que aquello era imposible. Lázaro le reprendió:

—No digas estupideces...

Y don Paco, delante, dijo:

—¡No! —Soltó una carcajada de actor. Y prosiguió—: Desprendimiento no puede ser. A ti lo que te ocurre, Luisito, es que tienes una cabeza muy dura. Llevas un K.O. dentro, pero porque eres un cabezota, todavía estás en pie... ¡Tú no sabes cómo te ha pegado el Sousa ese!

Barba, que estaba delante, pero sin duda vuelto e inclinado hacia atrás —fue el que le diera los puñetazos en la pierna y hombro—, dijo:

—Sí, pega el tipo. Cada golpe que te arreaba sonaba como una campanada de la catedral.

Y, en una meditación subsiguiente, añadió:

—Me gustaría toparme con él.

El automóvil avanzaba aprisa, como si corriese a lo largo de una carretera. Su motor producía un zumbido suave y bajo. Y cuando pasaba por encima de un bache, no se notaba un movimiento de hundimientos y elevación, sino una sacudida de atrás hacia delante. Seguramente iban a mucha velocidad. Un par de veces él sintió la presión lateral, acompañada de un breve gemido.

El automóvil se detuvo.

Velázquez dijo:

—Mejor que vosotros os quedéis aquí. Vamos a entrar Luis, Paco y yo.

Barba y Lázaro le ayudaron a descender del automóvil, y una mano le bajó la cabeza para que no se diera contra la parte alta del marco de la portezuela.

Estaba lloviendo, pero los tres anduvieron despacio, bajo la lluvia, para que él no tropezase.

Dentro de la casa hacía calor, y el aire era seco.

Don Paco habló en voz muy alta y con palabras rápidas. Dijo que el doctor los esperaba. Y una mujer, en voz baja, hablando lentamente, les pidió sus nombres.

Una mano firme y suave le agarró el antebrazo derecho, y otra mano le tocó apenas la mano derecha, al tiempo que la voz de la mujer decía:

—Siga la barandilla.

Y sintió en la palma de la mano un cilindro suave que invitaba a la mano a recorrerlo. El cilindro le llevó hacia delante, y luego a la derecha. Y al fin se convirtió en barrera que le detuvo.

Oyó a Velázquez y a don Paco. Los dos dijeron: «Buenas noches, doctor». Y él también dijo: «Buenas noches». Y la voz de un hombre viejo, que preguntó:

—¿Este es Canales?

Velázquez respondió:

—Sí, señor.

La voz del médico sonó cerca de su rostro.

—Llevas el rostro muy herido.

Y él dijo:

—Hace sólo media hora que terminó el combate. El médico le cogió por el antebrazo izquierdo y le condujo hacia delante. Y dijo:

—Siéntate.

Él se sentó en una silla dura, fija en el suelo. Y alguien le quitó las gafas. Hubo un silencio, y él creyó que el médico estaría mirando fijamente a su rostro. Y quizá Velázquez y don Paco miraran al médico de la manera que la gente mira a los médicos cuando ellos reconocen al enfermo amigo. La voz vieja preguntó suavemente:

—¿Por qué mantienes los ojos cerrados?

Y él dijo:

—No lo sé.

El médico volvió a hablar.

—¿Ganaste el combate?

—Sí, señor; por *K.O.*

—Enhorabuena. Es muy importante para ti haber ganado este combate, ¿verdad?

—Sí, señor. Mucho.

—Explícame cómo ganaste.

La voz del médico era sabia y amiga. Más amiga que la de Velázquez y don Paco. Y él estuvo seguro de que el médico comprendería bien sus palabras. Y le contó su pelea. Cuando terminó su relato, el médico afirmó:

—Eres un valiente.

Y él no respondió. El médico añadió:

—Cuéntame lo que te ocurre en la vista.

Y él se lo dijo:

—¿Cuándo te diste cuenta de que no veías?

—Cuando quise ver a Velázquez, que me curaba la cara. Yo no sabía que me estaba curando la cara, y tenía los ojos cerrados. Y él me dijo: «¿Pica?» Y yo pensé que me había desmayado, porque no sentía el picor del antiséptico en las heridas, y abrí los ojos y no vi a Velázquez.

—Ven —le indicó el médico.

Y guiándole con su mano le llevó a otro cuarto. Y él no supo lo que el médico estuvo haciendo, pero en el cuarto había otro hombre, al parecer médico también y al que el primero llamaba Bosch. Y entre los dos se cambiaban breves palabras, sin sentido para él, pero que entre ellos bastaban para entenderse. Fue un largo examen. Al terminar el examen, el primer médico se fue del cuarto, y el llamado Bosch

preguntó a Luis Canales una infinidad de cosas. Cuándo nació, qué enfermedades había tenido, si estaba casado, de qué habían muerto sus padres, en qué trabajaba... Y cuando terminó, le condujo fuera del cuarto, a otra habitación en la que estaban el primer médico, Velázquez y don Paco. Bosch le condujo hasta una silla, y entonces oyó la voz vieja y amiga del primer médico:

—Quédate con nosotros, Bosch.

Y el otro dijo:

—Bien.

Y la voz vieja le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que boxeas?

—Un año, o menos quizá...

—Has recibido muchos golpes en el rostro, al parecer...

—Sí, señor.

—¿Te han dejado fuera de combate, inconsciente, con frecuencia?

Velázquez dijo:

—Luisito siempre aguanta el castigo en pie...

Y él arguyó:

—Pero me han tumbado varias veces. Quiero decir que me tumban con frecuencia, pero yo me levanto antes del diez.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que antes de que el árbitro cuente los diez segundos me pongo en pie...

—¿Y cuántos segundos te cuenta el árbitro antes de que tú te pongas en pie?

—Depende. A veces ocho, e incluso nueve...

—¿Y cuando te pones en pie te sientes bien?

—No. Muchas veces estoy *groggy* aún...

—Claro...

Hubo un silencio. Y él sintió la mano del médico en su muslo. Y la voz amiga sonó con acentos de franqueza y sencillez:

—Mira, Canales: ya les he explicado a estos señores, tus amigos, lo que creo que te ocurre. El doctor Bosch y yo estamos casi seguros en nuestro dictamen. ¿Verdad, Bosch?

—Sí, doctor.

—Lo que tú tienes, Canales, es bastante grave. Tus ojos están bien, no hay lesiones en ellos y cumplen su función. La lesión está localizada en el centro óptico, dentro de la cabeza, ¿sabes? Y es esa lesión en la cabeza lo que te impide ver.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Imagínate un automóvil o una locomotora. El motor funciona perfectamente, y las ruedas están en buen estado, pero el sistema de transmisión, los engranajes que transmiten la energía del motor a las ruedas están rotos, o desajustados. En tal caso, el

automóvil o la locomotora no corren, no pueden moverse. Tus ojos reciben bien las imágenes, pero tu cerebro, que también está bien, no las recibe, y por eso no ves.

—¿Es grave esto?

—Sí.

—¿Hasta quedarme ciego para siempre?

—Sí, incluso esto...

—Pero ¿yo volveré a ver?

—Eso es lo que intentaremos.

—¿Cuándo?

—Escucha, Canales: mi deseo es que tú vuelvas a ver, y que vuelvas a ver cuanto antes. Si en mi mano estuviera, saldrías de aquí, esta misma noche, curado. Pero yo no sé si volverás a ver, ni cuándo volverás a ver si es que a eso llegamos.

Él dijo:

—Velázquez, ¿verdad que podrá obtener un aplazamiento de la pelea con Grand? Sin romper el contrato con Trevert, solamente aplazarla hasta que yo vea.

Fue el médico quien contestó y su voz fue dura:

—Es posible que no recuperes la vista. Si la recuperas será un regalo que Dios te hará, pero cualquier golpe, aun leve, podría dejarte ciego para siempre. Olvídate del boxeo. Olvídate de él para siempre.

Las palabras del médico, la noción del lugar en que él estaba, y la de la existencia de aquellos que estaban a su alrededor, se hicieron confusas. Hasta aquel instante, él solamente había pensado en que no veía. Tras las palabras del médico, la noción de la ceguera había penetrado en su mente. Penetró, y por un instante tomó todo su ánimo, y sintió los temblores sutiles del miedo colarse hasta el núcleo más íntimo de su corazón, resbalar por sus manos hasta las puntas de los dedos, paralizar nervios y músculos del cuello y el rostro, y anonadar su cerebro en una presa paralizante. Solamente la idea «ciego para siempre» estaba en su conciencia. Pero esto duró solamente un instante, porque él pensó en Gérard Grand y no quiso pensar en la posibilidad de que aquella pelea se celebrase, sino en ella misma, y en la seguridad con que él cruzaría su izquierda al hígado de Grand, y Grand caería por la cuenta de diez.

Y Velázquez le preguntó:

—¿Qué te parece, Luis?

Y Luis regresó a la realidad del lugar, y tuvo conciencia de las palabras que ellos habían pronunciado durante su breve lucha con el miedo. Habían dicho algo sobre internarle en la clínica, sobre otra consulta al día siguiente, sobre lo que él tenía que hacer durante las horas que mediaran entre aquel instante y la consulta siguiente.

Contestó:

—Bien.

Velázquez dijo:

—Muchas gracias, doctor. Muchas gracias.

Y don Paco:

—Gracias.

Y la voz amiga:

—Adiós, Canales.

Y él:

—Buenas noches, doctor.

Y el otro médico:

—Buenas noches.

El camino de vuelta fue el más largo recorrido en su vida. Estaba penetrado por la idea de que en cuanto llegase a la casa, algo variaría, se crearía un orden, se producirían unas circunstancias que le conducirían a la luz, a la normalidad de siempre.

En el mundo del ring, el mundo cruel de los golpes y las luces, del rostro del contrincante, y el árbitro, del público más allá de las cuerdas —como un mar o un gran animal— que se expresaba en clamores rotundos, en rumores sutiles y poderosos, en vaivenes de sonidos contradictorios y se cernía sobre el ring en el instante del «fuera de combate», en aquel mundo, cualquier cosa podía ocurrir. Aquél era el mundo de sus increíbles victorias. Y también de su ceguera. En casa las cosas no eran así.

Durante el viaje procuró no pensar, y toda su atención se concentró en el tiempo, en espera de que discurriesen las dos horas que debían llevarle a la casa. Pero el tiempo se le hizo indivisible, y en ocasiones Luis Canales existió mucho, tras preguntar la hora, y al volverla a preguntar, Lázaro le contestó: «Te lo acabo de decir». Y él insistió: «¿Cuánto tiempo ha pasado?» Y Lázaro le decía: «Nada. Diez o doce segundos».

Al llegar a la casa, él anduvo entre Velázquez y Bernardo, que le tenían cogido de los brazos. Y todos —Kutz y Lázaro también— anduvieron sobre la grava sonora camino de la puerta. Y luego los pies, calzados con zapatos de suelas duras, dieron sus pasos sobre las baldosas rojas de tierra cocida, sonando límpidamente. Y todos los pasos se desordenaron y confundieron al iniciar la subida de la escalera. Y todos ellos iban en silencio. Y él sabía que iban hacia su dormitorio.

Cuando ya estuvieron dentro del cuarto, Velázquez le preguntó:

—¿Quieres que te acompañemos esta noche? Podemos turnarnos.

Él se negó:

—No. Prefiero estar solo.

Velázquez le acompañó hasta la cama. Y dijo:

—Lázaro, ayúdame a desnudarse.

Y Canales insistió:

—Quiero estar solo. Mejor que os larguéis.

Velázquez añadió:

—Mañana iremos a la consulta esa con los otros médicos. Son de lo mejor del mundo, Luis. Todos ellos son primeras espadas.

Él no contestó. Y ellos se fueron.

Se desnudó. Y al hacerlo se dio cuenta de que había estado llevando los calzones y los borceguíes de boxeo.

Ya en la cama, oyó el sonido de los pasos de Velázquez y los otros, alejándose por la galería.

En el silencio y con la conciencia de su soledad, se sintió tranquilo y supo que su ceguera era pasajera y que lo único que debía hacer era dormir. Poco a poco, todas las sensaciones habituales en él, tras un combate, aparecieron. Y fueron recibidas con la alegría con que se recibe a un ser querido, tras larga ausencia. El dolor en el rostro, las palpitaciones dolorosas en las brechas de las cejas y pómulos, la sensación de piel tirante sobre la carne hinchada, y el dolor de cabeza, también palpitante; el cansancio infinito en todos sus músculos, dormidos y sin embargo doloridos; y la excitación de la imaginación, la visión del rostro de Sousa apareciendo y desapareciendo tras sus negros guantes. Se sintió seguro de sí mismo, y pensó en su próximo combate con Gérard Grand. Dejaría a Gérard Grand fuera de combate. Estaba seguro. Estuvo imaginando su combate con Gérard, veía su rostro, que se le antojaba el de Bernardo, porque ni siquiera una foto de Grand había visto, bajo la luz de los focos de la sala de deportes, y en la imaginación iba creando, como en una película de cine, el combate, uno de sus característicos combates. Grand le pegaba duramente, él aguantaba la tarascada y replicaba al hígado. Varias veces repitió en su imaginación el momento del fuera de combate de Gérard Grand.

Y pensaba que en aquel combate todo sería distinto porque subiría al ring para ser Luisito Canales. Para, en el momento en que el árbitro alzara su brazo hacia los focos, ser, frente a todos, Luis Canales. Subiría al ring, como siempre, con la cabeza gacha, saludaría brevemente al público y a Gérard Grand, y se retiraría al rincón junto a Velázquez. Y en silencio esperaría, desde entonces y a lo largo de todos los lances de la pelea, el momento de cruzar su izquierda al hígado de Grand.

Así se sentía bien. Normal. Con el dolor en el rostro, el cansancio en los músculos y la imaginación excitada. La rara insensibilidad de su cabeza, el silencio tenso y grave de Velázquez, Kutz y Lázaro y Bernardo, todo aquello había desaparecido.

Se durmió tranquilamente, conservando en su cabeza las imágenes del futuro combate con Grand.

Al despertar, vio la luz del amanecer encuadrada en el marco de la ventana. No movió ni un músculo. Extasiado, contemplaba la luz. Desde la cama solamente podía ver aquello: el aire vibrando sutilmente al contacto con la luz suave que le llegaba de lejos, del sol aún escondido. Solamente la luz en el aire azulado. Estaba sola, y era pura y alta, y no se podía tocar. No tenía forma, y era solamente luz. Velázquez no llevaba razón; el combate con Grand se celebraría al término de las dos semanas siguientes. Y él iba a ganarlo, tal como había imaginado aquella noche: cruzaría la izquierda, y Grand, doblado por la mitad, caería de narices sobre la lona, culo al aire, rostro y rodillas sobre la lona, e intentaría ponerse en pie, pero fallándole las piernas, paralizadas por el golpe al hígado, y sin aire en los pulmones, rodaría, en aquella postura, sobre la lona, mientras el árbitro le seguiría en sus volteos, avanzando en su cuenta hasta los «¡ocho!» y «¡nueve! », y finalmente el «¡Fuera!».

Saltó de la cama y anduvo hasta la ventana. Vio un curioso paisaje. El sol estaba ya arriba, en el cielo, pero su luz era pálida como si aún no hubiese salido de tras el mar. Abajo los montes no eran de tierra ocre y vegetación verde, sino fotografiados en blanco y negro. El mar era gris. Y en los montes había manchas como las que aparecen en los grabados estropeados por el tiempo.

Regresó a la cama, y fijó sus ojos en la luz del cielo. Pero pronto los cerró, porque tenía la idea de que, teniéndolos cerrados, la vista volvía a ellos. Quedó así, con paz en su ánimo, y la vaga presencia de su combate con Grand, dispuesto a dejar pasar el día entero.

Oyó ruido, y en la puerta vio a Velázquez. Su cabeza le pareció más pequeña de lo normal. No podía ver su blanco cabello. Y el bigote era una mancha redonda en la parte baja del rostro. Luis Canales le miró fijamente y le sonrió. Velázquez se acercó despaciosamente a la cama. Y cuando estaba junto a ella, Luis Canales vio sus ojos: tenía las cejas fruncidas y le miraba fijamente, con expresión de incredulidad y duda, como si su fuerza de incredulidad no quisiera admitir la duda que se formaba en su mente. Dijo:

—Luis, ¿ves?

—Claro que sí.

Despacio alzó en el aire su mano derecha y la movió de derecha a izquierda. Él ni la miró y se echó a reír. Velázquez calló. Él dijo:

—¿Qué te pasa, hombre?

—Nada. Has tenido mucha suerte, Luis...

—No. Fue un *K.O.* en pie y nada más. Fue uno de esos «casos» raros, parecido al que tuvo Bernardo en su combate de campeonato. Le dejaron *K.O.* en pie. Yo quedé *K.O.* en parte. Ahora estoy bien.

—¿Ves bien? ¿Igual que antes?

—No. Como antes, no.

Velázquez, que había estado sentado en la cama, se puso en pie y anduvo hasta la ventana. De espaldas a Luis Canales, miraba el paisaje. Canales dijo:

—Pero veo lo bastante para pelear, hoy mismo, con Gérard Grand.

Velázquez anunció:

—Me ha telefonado Paco. Dice que hoy a las cuatro van a examinarte los médicos que el de ayer llamó a consulta.

Canales calló. Velázquez dijo:

—Paco estuvo hablando con el médico que te vio ayer. Dijo que no creía que volvieses a ver.

Él miró la luz azul pálido en el cielo. Era lo más hermoso que había visto en toda su vida. Dijo:

—Pues falló. El médico ese quizá sea el mejor del mundo, estoy seguro de que es el mejor del mundo, pero esta vez la cagó. Velázquez, yo no creo que sea necesario que vayamos a ver a los médicos esos. Si te parece bien, hoy me quedaré en cama durmiendo, y mañana comenzaremos los entrenamientos para el combate con Grand. Ve tú a la ciudad y habla con los médicos para que no se enfaden...

Velázquez no contestó. Estaba de espaldas a él, y miraba hacia fuera, pero seguramente no veía nada porque estaba pensando.

Canales continuó:

—Tú arregla todo lo del combate. Sobre todo, procura que no tenga que aplazarse ni nada...

Y vio que Velázquez no se movía ni contestaba. Y estuvo seguro de que no había escuchado sus palabras, pero al instante siguiente comprendió que Velázquez fingía que no las había oído. Y advirtió:

—Velázquez, tú no sabes lo que significa para mí esta pelea. Quiero ser campeón continental antes de que termine el mes. Estoy en forma, como nunca he estado, y tumbaré a Grand por la cuenta. Te lo juro. Velázquez, ¿me oyes?

—Sí, Luis.

—Veo. Veo bien. Y estoy en forma. Como nunca. Llama a Trevert y dile que lo prepare todo. No hagas ninguna estupidez; quiero pelear con Grand. Ahora mismo, si pudiera, pelearía con él... Y le tumbaría.

Velázquez musitó:

—Bien, de acuerdo.

—¿Has hecho algo?

—¿Qué quieres decir?

—No habrás cancelado el contrato o hablado con los periódicos...

—No.

Volviose Velázquez y, caminando lentamente, se dirigió a la puerta. Iba con la cabeza baja, abatido. Al llegar a la puerta dijo:

—A las dos iremos a la ciudad para consulta.

Canales se opuso:

—No. Ve tú, pero yo no voy. Yo estoy bien, no necesito médicos. Ve y diles que ya estoy bien y que no les necesitamos. Que el engranaje entre el motor y las ruedas ya funciona.

Velázquez, sin levantar la cabeza, alzó los ojos. Y lentamente, en voz muy baja, dijo:

—Está bien, Luis.

Y sin decir más se fue.

Eran las diez de la mañana. Él cayó en un estado de duermevela, en el que el cansancio del combate fue remitiendo lenta, firmemente. Y de la duermevela pasó al sueño profundo.

Hacia las seis de la tarde, Bernardo Barba entró en el cuarto, despertándole. Bernardo se sentó en el suelo, junto a la cama, y dijo:

—Velázquez me ha dicho que ya ves.

—Sí. ¿Qué ha dicho Velázquez?

—Eso: que ya ves.

—¿Y nada más?

Bernardo se encogió de hombros.

—Nada, solamente eso. Kutz y Lázaro se han largado ya. Velázquez me ha dicho que yo también debo irme, pero yo le he contestado que solamente me marcharía contigo.

—¿Ha despedido a Kutz y a Lázaro? ¿Por qué?

—Les ha dicho que da por terminada la temporada y que el sábado vayan a su hotel, en la ciudad, para pasar cuentas. Yo también tengo que ir. Velázquez ha empacado sus cosas y se larga también. Dice que se va a Sudamérica.

Bernardo se calló. Y se quedó con la cabeza baja, la vista fija en sus grandes alpargatas azules, meditando tristemente sobre todo aquello.

Canales miró al cielo por la ventana. La luz era la misma que viera al despertar: azul tenue y temblorosa. Y el rostro de Bernardo era una mancha blancuzca.

Bernardo dijo:

—Volveré con Calder. Él sabe que yo soy un buen boxeador. Me conocen bien, ¿sabes? Y ahora estoy colocado para pelear por el título...

Canales dijo:

—Tú estás listo, Bernardo. Nunca volverás a pelear por el título. Estás «sonado».

Y pensó: «Y yo solamente veo sombras; en realidad, no puedo pelear».

Barba no dijo palabra. Miró fijamente a Canales y calló. Se puso en pie y salió de la habitación.

Él se levantó y fue a la ventana. Vio el extraño paisaje de montañas —como manchas negruzcas— con manchas amarillentas, y la bella luz tenue, azul y temblorosa, en el cielo. La luz le pareció muy bella otra vez. Regresó a la cama.

Velázquez no tardó en regresar. Luis oyó el motor del automóvil avanzar por la carretera, y luego dirigirse por el camino hacia la casa. Y el frenazo inútil. Y el silencio. Y tras un minuto, los pasos de Velázquez al subir la escalera, y luego en la galería. La puerta se abrió, y Velázquez dio los últimos pasos del camino emprendido en la ciudad y que terminaba en la cama de Canales. Se detuvo junto a la cama. Y fijó sus ojos en Canales.

Él le sonrió. Velázquez dijo:

—Los médicos me han confirmado lo que ya sabía y tú debieras haber supuesto: si vuelves a pelear, es casi seguro que pierdes la vista para siempre. Ha sido un verdadero milagro el que la hayas recuperado.

Canales no varió su sonrisa. Y calló.

Velázquez siguió:

—En el examen de ayer, y tú quizá no lo sepas, se vio que tienes el cerebro acribillado a heriditas, heridas pequeñas, muchas, y que es un verdadero milagro que no estés «torta» perdido. Pero eso carece de importancia. Lo grave es tu lesión en el centro óptico. Otro golpe, un golpe débil, puede dejarte ciego para siempre.

Canales, sin borrar su sonrisa, permaneció en silencio. Porque no tenía nada que oponer a todo aquello. Él sabía algo más importante. Algo que Velázquez ignoraba. Y era que cuanto los médicos opinaran, le tenía sin cuidado. Quizá tuvieran razón. Pero la cosa no tenía importancia, porque a él le era imposible tener presente en su mente la posibilidad de perder la vista. Otra realidad más fuerte, estaba al frente. Era Luisito Canales. Era, no su vista, sino él mismo, todo él.

Velázquez le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Pelear con Grand.

Velázquez se movió inquieto. Dijo:

—Yo no quiero estar en tu rincón. No quiero intervenir en eso.

—Me da igual. Haz lo que quieras. De todos modos, tú no puedes prohibirme que pelee.

—Sí puedo. La Federación está obligada a suspender el combate si tiene conocimiento de tu estado.

—Pero usted no comunicará nada a la Federación.

—No.

La voz de Barba sonó junto a la puerta:

—Luis ganará el combate.

Velázquez miró hacia atrás. Y objetó:

—No. Si supiera que Luis iba a ganar, cualquiera que fuesen las consecuencias, yo estaría en su rincón. Entiendo de boxeo más que todos vosotros. Que tú, Bernardo, que tú, Canales, y que Lázaro y Kutz y Paco y todos. Yo sé lo que significa ganar una pelea, no ya una pelea para el campeonato continental, cualquier pelea... Presenciar como tú peleas, Luis, es más duro que hacerlo, que pelear. Al menos para mí. Grand, o cualquier otro boxeador, tal como tú te encuentras, puede tumbarte por la cuenta al primer asalto. Tú no ves, Luis. Sólo ves sombras, ¿verdad? Contéstame.

—Sí.

—No verás los ojos de Grand. Tú crees que es tu instinto, y sólo el instinto el que te guía en tus cambios de posición, en tus fintas, ataques... Pero no es así, no es por instinto, sino porque has aprendido a ver en los ojos de tu contrario el movimiento que se dispone a efectuar. Y tú, ahora, no puedes ver eso.

Él pensó que Velázquez decía verdad. Pero podía superar esta desventaja peleando con mayor precaución, y aguzando su atención para propinar el izquierdazo. Insistió:

—Puedo ganar. Y ningún médico ha dicho que fuese seguro que por pelear este combate yo fuese a perder la vista. Además, los médicos ya se equivocaron una vez. ¿No es cierto?

Velázquez se miró las manos, y luego su vista miró la mesilla de noche, el techo y el suelo. Respondió:

—No quiero discutir. Yo me voy. Voy a darte un consejo: vuelve al trabajo. Lo más seguro es que te den un puesto de confianza, bien pagado, porque a la gente siempre impresiona eso de que un tipo haya sido campeón nacional. Yo tengo algún dinero para ti. Es una suma pequeña, porque el momento de ganar dinero no había llegado aún, y he estado pasando una pensión a tu mujer. Si dejas el boxeo ahora vas a tener trabajo, unos ahorrillos, conservarás tu fama y, lo que es más importante, tu salud, tu vista...

Velázquez calló. Bernardo y Canales no rompieron el silencio.

Velázquez expuso entonces:

—Luis, voy a ofrecerte una buena oportunidad. Si quieres, organizaré una velada en la que pondrás en juego tu título nacional ante Jim Echevarría. Tú cobrarías la bolsa entera porque eres el propietario del título; en ese combate yo no te cobraría mi comisión. Y probablemente Calder te pagaría también. Jim no te atizaría ni un solo golpe al rostro, y tú, poco antes de terminar el combate, te tumbarías por la cuenta de diez. Eso puede darte dinero. Vas a necesitarlo.

Tras ese combate no había nada. Tras el combate con Grand estaba todo, todo lo que él había estado buscando desde que en su pelea en el Trofeo Navarro se enfrentara con Esteban Caño.

—No.

—Bien. No tengas miedo, Luis; no diré nada a nadie, me callaré como un muerto. No creas; yo también me jugaría la vista y la vida, y todo, por algunas personas a las que quiero, y quizá por alguna tontería menos importante que el campeonato continental. Así es que respeto tu actitud, aun cuando me parece una estupidez. Pediré autorización a Trevert y traspasaré mis derechos a Paco, o a Calder, o a Echaury, o a cualquiera. Yo no quiero intervenir en ningún aspecto.

Capítulo II

BARBA REGRESÓ a la población donde estaba la fábrica, donde los dos habían vivido. Él le acompañó a la estación y le vio subir al tren de las nueve y diez. Le encomendó que no hablase con su mujer ni siquiera para darle recuerdos.

Anduvo lentamente por la calle que desembocaba al puerto, y cuando estaba cerca de la plaza en que daba principio la calle, penetró en otra, estrecha, a su izquierda.

Volvió a su pensión. La escalera era empinada, con peldaños de ladrillos rojos. Olía a tubería despanzurrada, perfume de mujer y verdura hervida.

Al entrar en el piso uno se topaba con una pared y entonces debía seguir un pasillo a la izquierda. La tercera puerta en el pasillo era la de su cuarto. Dentro había un lavabo, una mesa pequeña, una cama, un armario y tres sillas.

Se tumbó en la cama y apagó la luz.

—¿En dónde quiere usted cenar? ¿Aquí o en el comedor?

—Aquí.

—Cuando se vayan los de enfrente, le pondré allí. Es una habitación con balcón a la calle...

—Bien.

—Ahora le traigo la cena...

—Bien.

Le sirvió una cena abundantísima, que él no pudo comer en su totalidad.

Tan pronto como hubo terminado se acostó y apagó la luz.

Desde que comenzaron a cenar, una armónica estuvo sonando en la habitación de al lado. Quien la tocaba era una mujer. Él la oyó hablar con la patrona.

En la oscuridad de su habitación estuvo oyendo los tangos de la armónica y, al fin del pasillo, las voces de una conversación entre cuatro o cinco personas. Se sentía solo, pero en paz.

En cuanto la armónica dejó de sonar, comenzó a dormir.

Se despertó al alba. Saltó de la cama y anduvo por el pasillo hasta el retrete. Al regresar al dormitorio, no pudo conciliar el sueño durante media hora o tres cuartos de hora, y oyó el ruido de la puerta de la casa al cerrarse tras un recién llegado, y luego el taconeo de su vecina, la de la armónica, hasta el cuarto. Y dentro del cuarto de al lado, el sonido de los zapatos al ser arrojados al suelo. Y ruido de agua en el lavabo. La mujer cantaba en un murmullo bajo. Las palabras de la canción que ella no sabía las sustituía con tarareos. La luz del nuevo día, que seguramente estaba en el cielo ya, entraba grisácea por la ventana, a la derecha, que sin duda daba a algún patio interior.

La voz de la mujer cesó. Y a los pocos instantes Luis Canales dormía de nuevo.

A las dos de la tarde la patrona le despertó, y, bloqueando con su cuerpo la puerta,

dijo:

—Hay un señor que quiere verle.

—Que pase.

Ella se apartó y dejó paso a Velázquez, que entró sonriente y triunfador, con el mismo aire que le envolviera en la entrada triunfal acompañando a Charly Collado.

—Todo arreglado, Luisito. Paco se queda con el contrato, y Trevert lo autoriza.

Velázquez se sentó en una silla junto a la cama y sonrió alegremente.

—Hoy salgo para la capital en el avión de las seis y veinte. ¿Cómo te encuentras?

—Como un reloj.

—¿Y la vista cómo anda?

—Cada día mejor.

—Me alegro, me alegro...

Se puso en pie, le dio un cachete y dijo:

—¡Vale! Estoy seguro de que te vas a calzar el campeonato continental. ¡Pobre Grand! Será una gran alegría para mí.

Y parecía que estuviera diciendo la verdad.

—Gracias, yo también creo que voy a ganar.

—¡Seguro! Hasta la vista, Luisín. Y ve a ver a Paco lo antes posible.

—Iré.

—Adiós y suerte, Luis.

—Adiós, Velázquez.

Por la tarde fue a la vieja sala de boxeo, allí donde don Paco tenía su despacho. Era una tarde hermosa y soleada. Por las calles se veían grupos de visitantes extranjeros que caminaban lentamente, mirándolo todo, y gozando de la libertad de estar en un país que no era el suyo, desligados de toda obligación habitual en ellos. Las gentes de la ciudad andaban aprisa, se amontonaban en los pasos de peatones, donde esperaban impacientes el cambio de luces.

Anduvo despacio gozando de la tarde.

Ante la sala de deportes había grupos de gente joven y colas ante las taquillas. Sobre la puerta de entrada, las letras formadas por bombillas pintadas de blanco, decían: «Hoy, gran baile».

Pegados en las paredes aún estaban los carteles de las veladas de boxeo recientemente celebradas. En uno de ellos se decía: «Luis Canales, imbatido en su carrera profesional, aspirante al título continental, contra Joao Sousa, vencedor por puntos del campeón continental Gérard Grand». En otros carteles estaban los nombres de Jim, Bernardo y García-Paredes.

El portero le pidió la entrada, pero él le dijo que no iba a bailar, sino a ver a don Paco. Y el portero le reconoció y le estrechó la mano y le dejó pasar. Unos

muchachos que estaban junto a la entrada también le reconocieron y le saludaron.

Don Paco estaba solo en su despacho. Escribía palabras en un papel muy pequeño, el rostro a dos dedos del papel. Alzó la vista y le saludó con un gran grito:

—¡El campeón! ¡Tanto bueno por aquí!

La luz era escasa, y las gafas negras apenas le permitían ver. Se las quitó.

—Velázquez me dijo que viniera a verle.

—Sí, quisiera hablar un poco contigo.

—Adelante, pues.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Velázquez me dijo que en la consulta de los médicos, después de la primera visita, aquella en la que yo estuve presente, se diagnosticó que tú ya estabas bien, que todo fue un *K.O.* normal y corriente... ¿Es cierto eso, Luisito?

Él pensó: «¿Por qué pregunta este embustero?»

—Sí.

—No hay peligro de que tu lesión se reproduzca, ¿verdad?

—No.

—Ya. Yo he tomado el contrato de Velázquez perdiendo dinero. Deseo que ganes la pelea a Grand; pero, si no la ganases, no debemos preocuparnos. Para mí son más importantes los combates que seguirán al de Grand, que no éste en sí mismo... Así es que si tú crees que no estás en forma para ganar a Grand, dímelo. Yo siempre podría llegar a un acuerdo con Trevert, ¿comprendes? No quiero, en manera alguna, que Grand te machaque y se te vuelva a reproducir eso en la vista. Me entendería con Trevert, tú saldrías de la pelea entero, y luego, en los combates siguientes, nos resarciríamos... Tu nombre pesa mucho hoy en día...

Él pensó que no estaba dispuesto a aquello. Dijo:

—Sí, de acuerdo. Pero me encuentro muy bien.

Don Paco preguntó:

—¿Quién estará en tu rincón el día de la pelea?

—Da igual. Cualquiera. Bernardo.

—¿Barba?

—Sí.

—Pero si está sonado como una campana...

—Ya sé.

—Yo creo que Lázaro aceptaría...

—No. Quiero a Bernardo.

—Como tú quieras. ¿En dónde piensas entrenarte?

—Me entrenaré yo mismo. De vez en cuando vendré aquí.

—Yo preferiría que te entrenase Angiano...

—No, no. Yo mismo.

Y se levantó para irse. Don Paco parecía nervioso, inquieto.

—Quisiera verte por aquí durante estos días...

—¿Para qué?

—Los dos andamos metidos en la misma aventura, y quisiera verte con alguna frecuencia...

—Bueno, ya vendré.

Canales se acordó de Bernardo. Dijo:

—No avise a Bernardo hasta un par de días antes del combate.

Don Paco se rebeló:

—Eso no puede ser, Luis. Tienes que comprenderlo. Barba debe estar contigo. ¿Con quién te entrenarías, sin Barba? Ya sabes que yo preferiría que te entrenase Angiano. Si quieres, Angiano te entrenará, y el día de la pelea Bernardo te cuidará en el rincón...

—No. Me entrenaré solo. Y a Barba no le avisará usted hasta el mismo día de la pelea...

—Lo siento, pero yo no haré eso.

—Si no lo hace, no peleo.

Don Paco se reclinó en la silla y le miró en silencio. Accedió:

—Como tú quieras.

Siete días antes del combate, Bernardo Barba llegó a la pensión.

Él estaba tumbado en cama y oyó el timbre. A aquella hora nadie llamaba a la casa. Era mediodía. Los dos amigos que tenían su habitación junto a la cocina, al final del pasillo, salían muy de mañana y no regresaban hasta las siete de la tarde; la mujer de la armónica dormía; y los otros —el matrimonio reciente y las dos mujeres— acababan de salir. Nadie acudió a abrir. El timbre sonó de nuevo, insistentemente. Y oyó los pasos de la patrona al dirigirse hacia la puerta. Tras unos instantes, oyó la voz de Bernardo:

—Buenos días. ¿Está aquí Luis Canales, un boxeador?

La mujer contestó:

—No sé si está. Voy a ver.

Y sus pasos se acercaron a la habitación de Luis Canales. Él vio su sombra encuadrada en la puerta.

—Luis...

—Dígale que no estoy.

Y ella tardó en contestar, pero al fin lo hizo, y en su voz había contento:

—Bien..., bien...

—Dígale que casi nunca paro aquí.

—¡Bien, bien!

—Dígale que vaya al gimnasio, a ver a don Paco.

La mujer no contestó y salió de la habitación. Sus pasos se alejaron, pasillo adelante, camino del recibidor. Su voz sonó muy alta y firme:

—Luis no está. Casi nunca está, ¿sabe?

Oyó la voz de Bernardo:

—¿A qué hora regresa?

—¡Tardísimo! A las tres o las cuatro de la madrugada... Yo casi nunca le veo, porque, a veces, a las ocho de la mañana ya sale de casa.

Hubo un silencio largo. Bernardo seguramente intentaba pasar y se pasaba las manos por el rostro y se rascaba las orejas, la cabeza y las mejillas. La mujer dijo:

—Es que pronto tendrá que pelear en un combate muy importante, y claro, tiene que prepararse muy bien...

Barba preguntó:

—¿Tiene habitación para mí?

La voz de la mujer tardó un poco en contestar.

—¿Para cuántos días?

—Siete u ocho.

—No sé. Siete u ocho... No sé. Espere un momento.

Desde el cuarto oyó los pasos de la mujer encaminarse hacia allí. Otra vez la silueta negra quedó recortada en la puerta, y el susurro penetró en la habitación:

—Su amigo quiere quedarse aquí. ¿Qué hago?

—Haga lo que quiera.

—Oiga: vamos a hacer una cosa: yo le pondré en la habitación de delante y me las arreglaré para que no le vea. Diré que usted está fuera, y usted se cierra con llave por dentro.

Luis no contestó. La figura desapareció y otra vez los pasos anduvieron hacia la puerta.

—Sí, tengo sitio para usted. Es una habitación con balcón a la calle...

Barba volvió a preguntar:

—¿A qué hora volverá Luis?

—No sé. Está muy atareado con el combate ese...

Bernardo vivió en la pensión hasta el día del combate. Luis Canales le oyó preguntar por él en varias ocasiones. Y la mujer siempre contestaba que ella solamente sabía que Luis no estaba. Y Bernardo insistía: «¿A qué hora salió?» «¿Cuándo volverá?» «¿Adónde ha ido?»

Los pasos de Bernardo a lo largo del pasillo llegaron a ser, para Luis, tan reconocibles y familiares como el mismo rostro o la voz de su amigo. Eran pasos

lentos, largos y pesados. Y el tiempo que Bernardo empleaba en la ducha o en el retrete era también característico. Al principio los pasos de Bernardo inquietaban a Luis Canales, pero aprendió a recordar que su puerta estaba cerrada con llave, y así adquirió sentido de seguridad. Y más tarde el sonido de los pasos, unido a la conciencia de la seguridad de su encierro, le causó una sensación muy agradable. Finalmente, los pasos llegaron a ser un sonido querido, tan amado como el propio Barba.

Varias veces intentó Bernardo abrir la puerta del cuarto en que se hallaba Luis Canales. Éste, en silencio, desde la cama, contemplaba el movimiento del pomo de la puerta. Bernardo insistía pacientemente, y alguna vez le llamaba: «Luis, Luis...»

El día de la pelea para el campeonato, Luis Canales se despertó a las seis de la mañana.

Fue al cuarto de Bernardo Barba. Estaba durmiendo, entreabierta su desdentada boca, al aire las desnudas encías, y los ojos, de párpados partidos e hinchados, medio cerrados tan sólo; respiraba en un levísimo, suave ronquido. Canales abrió el balcón y se asomó. La casa de enfrente estaba cercana, tanto que daba la impresión de que con la mano pudiera tocarse su fachada. Arriba, el cielo era de color gris, y abajo los faroles lucían tristes, como manchas rojizas, vencidos casi por la luz del día. A la izquierda, al término de la calle, se veían los árboles de la otra calle, la que conducía al puerto. Se dejó caer en el estado de ensueño que solía envolverse en los amaneceres en la casa de campo. Y por el color de las hojas de los árboles, al final de la calle, siguió la salida del sol. Las hojas de los árboles fueron, al principio, de color verde mate y agrisado; sin dejar de tener este color, las hojas en las copas, al recibir más luz, se concentraron, adquiriendo las copas delineación de encaje. Cuando los rayos del sol dieron directamente en los árboles, las hojas más altas adquirieron un color verde claro y brillante, y las que estaban bajo su sombra eran verde oscuro. Su sensación de ensueño era suave y poderosa, y su vista, como por milagro, perfecta. Ni una sola mancha turbaba la claridad de su visión.

Cuando entró en el cuarto, Bernardo Barba estaba ya despierto y le miraba tranquilo y sonriente. Le dijo: ¡Bernardo! ¿Qué me cuentas?

Bernardo sonrió:

—¿Por qué te encerraste?

—Quería estar sólo. Supongo que no te habrás ofendido.

—No. Ayer te anduvo buscando el don Paco. Yo le dije que tú no estabas en la pensión, y te buscó por toda la ciudad. Quería presentarte al Grand ese, que llegó ayer. Pero yo le dije que tú no estabas. —Y rió. Luego, con acentos petulantes, añadió —: Yo te dirigiré esta noche.

Luis contestó:

—Bueno.

—El pesaje será a las tres de la tarde. Habrá fotógrafos y periodistas...

—Ya me lo imaginaba.

—¿Qué tal andas de la vista?

—Perfectamente.

Barba lanzó un gruñido. Luis Canales dijo:

—Voy a dormir un poco. A las dos, llámame.

Bernardo frunció el entrecejo.

—Más vale que vayas a pesarte, no sea que estés pasado de peso.

Sí, tenía razón.

Los dos fueron a una farmacia. Y Luis Canales, vistiendo pantalón y camisa —sin zapatos y vacíos sus bolsillos—, pesó trescientos gramos menos del peso límite para los gallos.

Regresó a la pensión y se tumbó en la cama. Sentíase tranquilo y seguro de sí mismo. Y en aquella ocasión ni siquiera pensó en las consecuencias del combate, tal como solía hacer en los tiempos anteriores. No tardó en entrar en un estado de dulce sopor.

Cuando Luis Canales, a las tres en punto de la tarde, entró en el gimnasio, vio una multitud arremolinándose alrededor de cuatro hombres. Uno de ellos era don Paco, y a su lado estaban un hombre gordo, con una gran cabeza de ojos grandes, saltones y verdes, y un hombre de la misma estatura de Luis Canales, algo más viejo que él, de rostro alargado y seco, nariz grande y aguileña, y expresión nerviosa, inquieta en sus ojos, pardos, y que llevaba el cabello, rubio de cáñamo, cortado en cepillo. Con ellos estaba otro hombre, alto y flaco, vestido muy elegantemente, de rostro delgado, piel pálida y ojos de color azul marino. Este hombre parecía sentirse cohibido, y sus ojos observaban cuanto ocurría alrededor.

Luis Canales avanzó hacia ellos. Y cuando estaba a mitad de camino, sonaron unas palmas que en un instante se convirtieron en ovación. Don Paco fue a su encuentro, le estrechó la mano y le abrazó. Luego le presentó al hombre de nariz aguileña, expresión nerviosa y cabello rubio de cáñamo.

—Mira, Luisito, éste es el campeón continental Gérard Grand.

Gérard Grand le miró de cabeza a pies, midiendo su cuerpo, le sonrió y dijo:

—Mucho gusto...

Don Paco agregó:

—Tienes suerte, Luis; hasta habla tu idioma...

Grand rió, y al reír, sus ojos chispearon.

—Yo lo aprendí en la América... Mi mujer es colombiana... Y solamente habla su lengua...

Y sus propias palabras le dieron risa. Y se rió. Era un tipo simpático. Mientras hablaba, movía la mandíbula inferior hacia delante y atrás, en un tic nervioso, como si le doliese la garganta y moviendo la mandíbula pudiera aliviarse. Don Paco presentó a Canales a los otros dos. El de los ojos verdes era el hermano de Trevert y entrenador de Grand. Y el tímido elegante era un periodista francés que, al serle presentado Canales, susurró algo y dio medio paso atrás, como si quisiera esconderse.

Los periodistas comenzaron a preguntar. Primero a Grand:

—¿Quién ganará?

Grand sonrió cazarraamente, y en voz baja contestó:

—Yo no sé... —Se encogió de hombros, y, como dando una explicación a su perplejidad, añadió—: Lo sabremos todos después del combate... Para eso se hace la pelea, ¿verdad?

—¿Cree que Luis Canales es un adversario difícil para usted, o se trata de una pelea rutinaria?

—Toda pelea es difícil cuando uno es campeón continental. Todo el mundo quiere hacerle daño a uno... Y me han dicho que Canales pega muy fuerte con la izquierda... —Rió y puntualizó—: En el hígado.

E hizo un cómico visaje de dolor en el hígado. Todos rieron.

Otro periodista preguntó en voz muy alta, con acento conminatorio:

—Si pierde este combate, ¿piensa retirarse del boxeo?

Grand contestó rápidamente, tras dos tirones de mandíbula, y en voz muy baja:

—No pienso perderlo.

Otro preguntó:

—¿Es cierto que no piensa pelear para el campeonato del mundo, mientras el campeón del mundo no se avenga a ir a París?

Grand repuso:

—Yo no comprendo.

Y su entrenador intervino. Y preguntó qué había sido preguntado a su pupilo. Don Paco se lo tradujo, y el entrenador dio una larga e indignada contestación. Su rostro estaba congestionado y su barbilla temblaba de coraje. Don Paco tradujo la contestación:

—Dice que Grand combatirá para el campeonato del mundo en el momento y lugar que M. Trevert considere oportuno. Y que su campeón está fatigado y tiene que pelear esta noche, por lo que les ruega dejen de preguntarle.

Grand sonrió al periodista y se excusó con un movimiento de hombros. Entonces preguntaron a Canales:

—¿Quién ganará?

—Yo. Por fuera de combate.

—¿En qué asalto calcula llegará el fuera de combate?

—En el tercero o cuarto.

—¿Se considera usted campeón continental?

—Sí, señor.

—Su último combate, contra Sousa, fue durísimo y, según rumores, usted padeció una grave lesión en la vista ¿Es cierto?

—No. Fue un combate muy duro, y por unas horas tuve visión defectuosa, pero enseguida volví a la normalidad. Eso puede ocurrirle a cualquiera.

—¿Cuándo empezó a boxear?

—Hace cosa de un año.

—¿A qué atribuye el haber llegado, en tan sólo un año, al campeonato del continente?

—A mi pegada con la izquierda. Y a haber peleado dando siempre la cara, sin rehuir la pelea.

Eran varios los que le dirigían preguntas, y él, mientras contestaba, veía rostros desconocidos, y el de don Paco tranquilamente sonriente, y el de Bernardo boquiabierto, y el irónico de Gérard Grand, y el del hombre de los ojos verdes, intentando comprender aquel idioma y suspicaz como si creyera que algo contrario a sus intereses se estaba tramando.

—¿Se ha peleado con Aureo Velázquez?

—No. Nos hemos separado amistosamente. Ahora don Paco cuida de mis intereses, y el ex campeón nacional Bernardo Barba me entrena.

—¿Ha tenido dificultades en dar el peso?

—Esta mañana, vestido, estaba trescientos gramos por debajo del límite.

—¿Cuántas peleas ha ganado por fuera de combate?

—Todas menos tres.

—¿Todos los fuera de combate lo fueron por golpe cruzado al hígado?

—Casi todos.

—¿Le han puesto *K.O.* alguna vez?

—Nunca.

—¿Le tumban con frecuencia?

—Sí, pero me levanto antes de la cuenta, y luego gano por *K.O.*

Don Paco interrumpió el interrogatorio. Grand y Canales se desnudaron, un delegado de la Federación les pesó y otro levantó acta. A Grand le faltaban tan sólo cinco gramos para llegar al límite. Cuando el hombre de la Federación dio el peso en voz alta, un murmullo excitado se extendió por la sala. Y un periodista se adelantó y preguntó a Grand:

—¿Ha tenido que tomar baños de vapor para rebajar peso?

Y el hombre de los ojos verdes se adelantó hacia el periodista, como si fuera a agredirle, y le gritó:

—¡No contesta! ¡No contesta! ¡No contesta!

Y regresó junto a su pupilo, murmurando ferozmente en francés.

Pesaron a Luis Canales, quien dio quinientos veinte gramos menos del peso máximo para los gallos. Hubo un murmullo de satisfacción, y don Paco dio un par de palmadas en la espalda de Luis Canales, al tiempo que murmuraba:

—Bien, Luisito, bien...

Llegaron los fotógrafos. Grand y Canales se dieron la mano, y los chispazos saltaron. En el momento en que Luis daba la mano a Grand, sonó una voz: «¡Luisito, aprovecha la ocasión: atízale ya!» Sonaron risas.

Luis Canales y Barba regresaron a la pensión. Canales se tumbó en la cama; Barba creyó que debía estar con él y se sentó en una silla dispuesto a velar el sueño de Canales. Pero Luis Canales se sentía inquieto, y no pudo conciliar el sueño. Desde la cama vio la lucha del sueño y la vigilia en el rostro de Bernardo. Y el sueño venció fácilmente.

A las diez de la noche, Luis Canales despertó a Bernardo, y los dos, en un taxi, fueron a la sala de deportes.

Todos los focos, en la parte exterior del edificio, estaban encendidos, y en la noche tibia de la casi terminada primavera, junto al palacio de líneas rectas, se arremolinaba una multitud ruidosa. En las esquinas había parejas de policía a caballo, y en los arroyos, guardias de tráfico luchaban con automóviles indecisos e insistentes en su indecisión, que despacio pretendían descubrir un camino milagroso por el cual avanzar unos metros. Afuera llegaba el murmullo de la multitud encerrada dentro del estadio. Bernardo Barba y Luis Canales entraron por la puerta pequeña, de madera, y el portero los saludó con una sonrisa. A lo largo de un pasillo de cemento, sin cubrir, sobre el que se alzaban las gradas, anduvieron hasta la otra puerta, y entraron en una sala iluminada con cinco o seis ramilletes de pequeños focos, colocados en el techo. Allí había mucha gente, y los rostros le eran familiares a Luis Canales. Cuando entró, sonaron palmas de bienvenida. Don Paco llegó hasta ellos dos y los acompañó a uno de los cuartos. Era una habitación amplia, con ducha, mesa de masaje y varias sillas; también había un *punching* y un gran espejo. Don Paco dijo:

—He puesto un par de hombres a la puerta para que nadie os moleste; dentro de un par de segundos Dalmiro estará aquí.

Miró sonriente a Luis Canales y preguntó:

—¿Qué? ¿Todo bien?

—Bien.

Se restregó las manos, satisfecho. Y con una media sonrisa, añadió:

—Grand ya está aquí. Llegó hace media hora. Ha estado haciendo sombra...

Y lo dijo con extraña satisfacción, como si Grand estuviera sentenciado al fuera de combate. Dejó de reír, su rostro adquirió expresión de severa complacencia y de sus bolsillos sacó un papel azul. Se lo dio a Luis Canales. Era un telegrama: «Mucha suerte combate campeonato. Abrazos, Velázquez». Canales dijo:

—¿Dónde anda el tipo ese?

—En la capital. Yo le invité a que viniese a ver la pelea, pero no quiso.

Dalmiro entró. Iba vestido de blanco. Sonrió a Canales y se ruborizó. Dijo a don Paco:

—El señor Calder está aquí fuera y quiere ver a Luisito.

Don Paco se opuso:

—Dile que no puede recibir a nadie.

Dalmiro insistió:

—El señor Calder ya lo sabe, pero...

Luis Canales accedió:

—Que pase.

Dalmiro dio entrada a Calder. Éste miró a Luisito Canales y en su rostro había su sonrisa de dolor de estómago y la mirada de sarcástica comprensión de todas las cosas. Acentuó su sonrisa y habló:

—¿Qué tal, Luis?

Dudó, y saludó a don Paco y a Barba con un «¡Hola, Paco!», «¡Hola, Bernardo!». Luego miró a todos lados, a las paredes, al suelo, como si buscara algo. Y al fin fijó sus ojos en Canales.

—Luisito —dijo—, he venido para desearte toda la suerte del mundo. Si esta noche quedas campeón, nadie estará más contento que yo.

Avanzó hacia Canales y le abrazó. Y sin decir más se dirigió a la puerta. Cuando estuvo junto a ella dio media vuelta y dijo, dirigiéndose a don Paco:

—Fuera están Jim Echevarría, Comellas, García-Paredes y todos mis chicos... Quisieran desear suerte a Luis...

Don Paco contestó:

—Diles que los iremos llamando para que lo hagan.

Calder agradeció mediante una cabezada, y se fue.

Cuando la puerta se cerró tras él, Bernardo suspiró.

Uno a uno fueron pasando Jim, Comellas, Luna, Bobby, todos... Todos parecían estar seguros de que Luis Canales sería, aquella noche, el nuevo campeón continental. Entraban, sonreían y decían: «¡Hola, Luisito!... ¿Qué tal? Bueno... Suerte». Dudaban un instante, sonreían, meneaban la cabeza y se iban.

Y Luis Canales oyó, lejana, pero clara y distinta, la voz del público. Primero, una pita fuerte, luego protestas, y al fin una ovación cerrada, unánime. Se estaba

celebrando el segundo combate de la velada. Luis Canales se desnudó y se puso los calzones de boxear. Luego hizo sombra durante unos segundos, y cuando notó que comenzaba a sudar, se tumbó en la mesa y pidió a Dalmiro que le diese masaje en las piernas. Cerró los ojos, y, sin motivo alguno, se sintió dominado por una oleada de miedo y nerviosismo. En el momento de cerrar los ojos, se le apareció la imagen de Gérard Grand, su rostro convulso por el tic nervioso en la mandíbula, y sintió dolor en el rostro, y la oscuridad de ojos cerrados le pareció falta de visión. Pensó en los puñetazos de aquel hombre, de rostro seco y nervioso, contra sus pómulos, sus cejas y sus párpados.

Sintió el sudor en sus manos y se le hizo difícil respirar. Y un mareo extraño, como un vahído que le dejaba desamparado, sin fuerzas, le invadió la cabeza. Tuvo una racha de escalofríos. Pero no abrió los ojos ni luchó contra el vahído ni intentó apartar de su mente la imagen del rostro de Grand. Luis Canales preguntó la hora. Le dijeron que eran las once. Entonces preguntó que cuantos asaltos faltaban para que empezase su combate, y don Paco salió para enterarse. Dalmiro le dijo:

—Cálmate. Haz un poco de respiratoria, y luego yo te daré masaje en el estómago... Anda...

Lo dijo como si pidiera un favor, pero Luis Canales no movió. Regresó don Paco y dijo que estaban en el quinto asalto del antepenúltimo combate, es decir, que faltaban dos asaltos y un combate entero de ocho asaltos. Luis Canales se puso en pie y, siguiendo el consejo de Dalmiro, emprendió los movimientos de gimnasia respiratoria.

Dalmiro le daba masaje en el estómago. Y él tenía los ojos entreabiertos, y veía a Barba, vestido de blanco —jersey y pantalones—, sentado en una silla, las manos entre las piernas, la cabeza gacha, la boca abierta, y los ojos vacíos de vida, interés, mirada. Jamás le había visto con tan tremendo aspecto de «sonado». Afuera estalló un grito unánime, largo, y Luis Canales comenzó a contar. Cuando llegó a ocho oyó un murmullo del público, que crecía más y más, y en el momento en que contaba diez, fuera estalló una ovación. Dalmiro musitó:

—Se han cargado a Mañas.

Canales preguntó:

—Éste era el combate de semifondo, ¿no?

Don Paco dijo:

—Ponle las vendas ya.

Bernardo se puso en pie y buscó las vendas en el maletín.

Cuando Bernardo terminó de vendarle las manos, Luis Canales preguntó la hora. Habían pasado cuatro minutos. Dijo que las vendas estaban mal puestas. Y Bernardo se las quitó, y, cogiendo otras, volvió a vendarle las manos. Cuando terminó la operación, él no preguntó la hora porque supuso que habían transcurrido cinco o seis

minutos tan sólo. Pidió a Dalmiro que le peinara y le pusiera fijapelo. Dalmiro dijo que él no tenía fijapelo. Y Luis Canales maldijo a Dalmiro. Bernardo le dio masaje en el rostro, y luego le puso unguento en los pómulos y frente. Y con mucho cuidado le quitó el unguento, de manera que la piel quedase algo grasienta para que el cuero de los guantes de Grand resbalase sobre la piel del rostro de Luis Canales.

Luis Canales pensaba que aún faltaban cinco o siete minutos, cuando el empleado entró y dijo:

—Cuando quieran, al ring.

Se puso la bata azul de cielo con ribetes blancos y su nombre en letras blancas a la espalda. Fue al espejo y se miró. Su rostro le fascinaba. Tenía la cabeza cuadrada, y el cabello, rubio y rebelde, alzado, en la parte de atrás, en una cresta. Su rostro era más ancho que largo, y la nariz corta y ancha; tenía boca de labios gruesos y bien dibujados, y los ojos, pardos, muy separados el uno del otro. Las cejas, pómulos y párpados mil veces rotos, le daban expresión preocupada; parecía que sus ojos estuvieran un poco hinchados de tanto pensar.

Don Paco le daba prisa. Y Bernardo, disfrazado de preparador, estaba a su lado y no sabía qué hacer. Él dijo a Barba:

—Anda, vamos.

Salieron. Todos los que estaban en el vestíbulo, le aplaudieron. Y él los saludó con la mano, bajó la cabeza y, a paso atlético, recorrió el pasillo hasta la puerta que daba a la sala.

Al abrir la puerta vio el palacio de los deportes colmado de público hasta las últimas gradas. La gente, en los laterales, formaba dos rampas de humanidad que se elevaban y retrocedían hasta la techumbre de cristal, en la que brillaban las largas hileras de luces apiñadas. Abajo, en la pista, la gente estaba de pie, y en medio se alzaba el ring, blanco y rectangular, con el gracioso dibujo de las doce cuerdas rojas. Los haces de luz que bajaban del techo iluminaban capas densas de humo de tabaco inmóviles en el aire, formando estratos grises. Y un murmullo intenso llenaba el ámbito. Vio los rostros de los espectadores más cercanos volverse hacia él, y sonaron palmas. Todos los rostros le miraron y las palmas se multiplicaron y se propagaron a lo largo y ancho de la sala hasta formar una ovación atronadora. Algunos espectadores avanzaron hacia él. Dos guardias le abrieron un camino hasta el ring. Subió los cuatro escalones y, colándose por entre las cuerdas, entró en el rectángulo de lona y saludó a todos lados. Fue a su rincón, sentose en su banqueta y esperó. Sonaron unos aplausos, y vio a Gérard Grand —su cabeza solamente— junto al ring. Vio a Grand de cuerpo entero entrando en el ring, y los aplausos arreciaron. Grand avanzó hacia él, y él se puso en pie, y los dos se estrecharon las manos.

Las luces sobre el ring se intensificaron al tiempo que se apagaban las de la sala. Se oyó un rumor que no era de palabras y el movimiento del público al sentarse le dio

la sensación de que las gradas laterales se alejaban un poco, y el patio de butacas se hundía cosa de medio metro.

Bernardo y Luisito Canales por un lado, y Gérard Grand y su preparador por otro, acudieron a la convocatoria del árbitro. Los guantes fueron sorteados. El árbitro dio sus instrucciones en inglés, Canales y Grand asintieron a cabezadas y el árbitro les mandó a sus rincones.

Chocó los guantes, ya calzados, y miró hacia Grand. Estaba de espaldas a él y ya no llevaba la bata. Los huesos de la espina dorsal y las costillas se le marcaban en líneas duras en la piel. Aquel hombre era solamente piel, hueso y nervios.

El árbitro dio la señal y sonó la campana.

Vio a Gérard Grand acudir hacia él, con la guardia baja, y la sonrisa en los labios. Él le esperó con la guardia cerrada y la cabeza gacha, y cuando Grand llegó a su jurisdicción, él retrocedió un paso, balanceó el cuerpo un par de veces y, avanzando rápidamente dos pasos, lanzó un directo de derecha que dio plenamente en el rostro de Grand. Grand no pestañeó y tampoco hizo ademán de contestar el golpe. Sus puños estaban a la altura de la cintura, dejándole al descubierto. Canales, bien cubierto con los dos puños, se echó para delante y lanzó una serie muy rápida de directos con las dos manos, sin que ni uno sólo llegara al rostro de Grand, que se había encorvado protegiéndose el rostro con los dos puños. Canales bajó su guardia, invitando a Grand a que pegase, y hasta sus oídos llegó excitado el rumor del público. Grand se movió, de costado, hacia la izquierda, y Canales avanzó lanzándole dos *crochets* que dieron en el rostro de Grand, sonando como un badajo contra el bronce de su campana; pero, en el mismo instante, Canales sintió tres golpes, muy duros, en cada una de sus sienes. Se irguió y contestó golpe por golpe, pero ni uno solo de sus puñetazos dio en Grand, porque éste los esquivó fácilmente. Canales vio el rostro de Grand frente a él, y en el momento en que Canales lanzaba su izquierda, sintió su frente invadida por una extraña insensibilidad y fue proyectado hacia atrás, y mientras procedía a impulso del puñetazo recibido, solamente veía las cuerdas al otro lado, y se sentía incapaz de dominar sus movimientos. Por un instante volvió a ver el crispado rostro de Grand junto al suyo, y su cabeza fue sacudida a derecha, a izquierda y a derecha otra vez. Sintió la ardiente insensibilidad en la frente, dejó de ver el rostro, las cuerdas, y todo se hizo una masa gris oscura, negra luego, y sus piernas se doblaron, y se sintió caer, y siguió cayendo, y fue cayendo en un abismo sin fin, sin hallar jamás la lona.

Oyó su propia voz. Y otra vez oyó su gemido. Otra voz, lejana y desconocida, dijo: «Vuelve en sí...» Y una voz muy cercana y amiga, susurró: «Luis..., Luis...» Una mano se posó sobre sus ojos, y la voz amiga dijo: «Estate tranquilo... Cierra los ojos..., tranquilo». Y él no sabía de quién era la voz. Agarró la mano que estaba

tapándole los ojos, con sus dos manos, y la apartó de sí, y miró a todos lados, pero no vio. Y con las manos buscó el rostro del hombre que había puesto la mano sobre sus ojos. Y muchas manos cogieron a Luis Canales y le obligaron a yacer de nuevo. Y Luis Canales, por un instante, se quedó inmóvil. Sus manos tocaban sábanas. Hacía calor allí donde él estaba. Y todos los que se hallaban en la habitación guardaban silencio absoluto y no se movían. Oyó el ruido de un motor de automóvil, frente a la casa. Luis Canales dijo: «Bernardo, ¿dónde está Bernardo?» E incorporándose, extendió sus brazos al frente. Sus manos tocaron un rostro que no huyó. Y la voz de Barba dijo: «¿Qué, Luisito...?» Canales dejó caer sus brazos sobre el lecho. Y oyó a Bernardo otra vez: «Cierra los ojos, Luis...» Luis Canales sabía que estaba en cama, boca arriba. Cerró los ojos, dio media vuelta, para quedar con el rostro contra la almohada de modo que los que allí estaban no pudieran vérselo, y comenzó a llorar.

Epílogo

HAN PASADO ya casi dos años desde mi combate con Gérard Grand, y la luz no ha regresado. Y, según dicen, no regresará.

A mi alrededor todo es definitivo, todo está terminado como un gran paisaje. El paisaje varía su aspecto según la estación del año, el tiempo que hace, y la hora del día y la noche, pero es siempre el mismo. Aunque en ocasiones mi situación me parezca triste y en otras casi risueña, yo y cuanto me rodea formamos un todo invariable.

Soy Luisito Canales. No como yo hubiera deseado ser, pero lo soy.

Vivo en la ciudad, trabajo y tengo amigos. Jamás podré decir lo que casi todos los grandes púgiles dicen: «Cuando uno está en la cumbre, todo el mundo es amigo; invitan, felicitan y llevan a uno del brazo a todas partes. Pero luego, cuando comienza a perder combates, y echa a rodar cuesta abajo, ni el propio padre conoce a uno...» No, mi caso es distinto: estos amigos me han conocido después que la noche viniera y se quedara para siempre en mis ojos. Sus voces nuevas han poblado mi oscuridad, y por ellas he conocido a un Luis Canales que yo he aceptado tal como me lo han dado las voces.

Casi todos aquellos a quienes yo conociera en mis días de peleador, vienen a verme. Jim Echevarría, Comellas, García-Paredes, Ramón Kutz, Lázaro y los demás, cuando pasan por la ciudad, me visitan y me cuentan sus cosas. Tienen poco que contar, pero lo cuentan todo. Calder también viene, y me ha presentado a un muchacho en el que tiene puestas sus esperanzas. Nos dijo: «Mirad, este chico es un peso medio que hoy empieza, y que va a repartir mucha leña durante los próximos meses...» Y Baltasar Cuenca intervino: «A ver si es verdad... A ver...» Y yo: «Mucho gusto...» Y la voz de Calder: «Éstos son Baltasar Cuenca y Luisito Canales, chico...» Y una voz joven, insegura y esperanzada: «Mucho gusto...» Bernardo Barba también acude, y él es quien menos habla y más tiempo está conmigo. Llega, me saluda, nos sentamos a una mesa y allí nos quedamos en silencio; a ratos me pregunto si Bernardo está aún conmigo o si se ha marchado sin despedirse. Bernardo no boxea desde hace año y medio, porque nadie lo contrata, pero él se considera en activo, y me asegura: «La semana próxima reanudaré los entrenamientos, porque Velázquez se interesa por mí... El nuevo campeón es zurdo, ¿sabes?, por eso estoy entrenándome con la guardia cambiada...»

A Velázquez no le he tratado más, pese a que ha estado en la ciudad en tres o cuatro ocasiones. Velázquez es la persona menos inteligente de cuantas traté en mis tiempos. No ha venido a verme porque tiene miedo a todo lo que sea triste, y es tan zote que no ha sido capaz de comprender que mi situación no es triste. Velázquez es

un pobre hombre. Con su jerez.

Trabajo y vivo en el bar de Baltasar Cuenca, el hombre de la gorra de seda negra, enfrente de la vieja sala de boxeo. Calder fue quien, cuando yo tenía que acudir casi cada día a la consulta del médico, le pidió a Baltasar que me dejase dormir allí. Y con el paso del tiempo me he quedado para siempre. Baltasar solamente me impuso la condición de que ante la gente le llamase «señor Baltasar»; y él me llama su «secretario» porque yo tomo recados para él, y cuando él no está, hago las veces de dueño del bar.

Durante estos dos años han sido muchas las situaciones que, considerándolas yo al principio temporales, las he aceptado, finalmente, como definitivas. Así mi ceguera, mi estancia en casa de Baltasar Cuenca y lo de mi mujer. En los primeros días, cuando yo aún no me había acostumbrado a no tener esperanzas, pensaba que no iría a ver a mi mujer en tanto no hubiera recuperado la vista o no supiera, definitivamente, que no iba a recuperarla. Todavía no he ido a su encuentro ni pienso hacerlo. Pero ahora, que ya mi mente se ha serenado, tengo buenas razones para ello. Para mi mujer, yo soy «Luis». Y mi historia es: «Luis quiso ser boxeador, y le dejaron ciego». Antes, Luisa me preguntaba si «ellos» me habían hecho daño y si «ellos» me habían dado dinero. Y luego, Luisa supo que «ellos» me habían dejado ciego. Ella no sabe, ni puede saber, quién es Luisito Canales. Luisa es un problema. A veces pienso que no regreso junto a ella porque me da vergüenza regresar tal como estoy; otras, porque sería deshonesto, una traición casi, regresar siendo yo otro —Luisito Canales—, y otros veces se me ocurre que Luisa está en lo cierto y que yo soy un hombre que quiso ser boxeador y al que dejaron ciego. Pero esta última razón la desecho enseguida, porque aceptarla significa el hundimiento de todo cuanto pone tierra bajo mis pies, suelo sobre el que seguir viviendo. Por esto no quiero ir con ella. Más tarde, algún día, sé que volveremos a vivir juntos, porque yo la echo de menos.

Y esto es todo cuanto hay a mi alrededor.

Muchas veces, cuando, por la noche, Baltasar Cuenca cierra las puertas de su establecimiento, y yo me quedo solo, vuelvo a caer en ensueños e imagino que subo a un ring, escoltado por el gran Velázquez, y peleo, y doy la cara, y aguanto castigo en ella, y al fin cruzo mi izquierda al hígado, y mi adversario rueda por la lona, y voltea una y otra vez hasta que el árbitro alza sus brazos al cielo y grita su «¡Fuera!». No son recuerdos de peleas pasadas; son sueños de futuros combates. ¿Por qué sueño eso, siendo lo que soy, estando como estoy, sabiendo que es absolutamente imposible que pueda suceder? No lo sé. Sin embargo, sé que hay pájaros hembras que, sin macho, ponen huevos —que son malos— y los empollan desesperadamente. Me parece que yo empollo el huevo estéril de mis sueños porque me es necesario, porque me lo manda la misma fuerza que me impelía a subir al ring y a pelear. La misma fuerza que me impulsa a seguir viviendo, siendo, existiendo.



Andrés Bosch Villalta nació en Palma de Mallorca en 1926, aunque desde su infancia residió en Barcelona, donde cursó Derecho.

Tras pasar algún tiempo en Sudamérica, volvió a Barcelona y se dedicó por completo a la literatura. En 1959 ganó el Premio Planeta con *La noche*, y en 1961 el Premio Ciudad de Barcelona con *Homenaje privado*. Posteriormente publicó *La revuelta* (1963), *La estafa* (1965), *Ritos profanos* (1967) y *El mago y la llama*, con la que obtuvo el Premio Olimpia 1970. En 1974 publicó *El cazador de piedras* y en 1982 *El recuerdo de hoy*. También ejerció como traductor literario de autores como Virginia Woolf, D. H. Lawrence, John Steinbeck, William Styron y Gertrude Stein.

Murió en Barcelona en 1984.